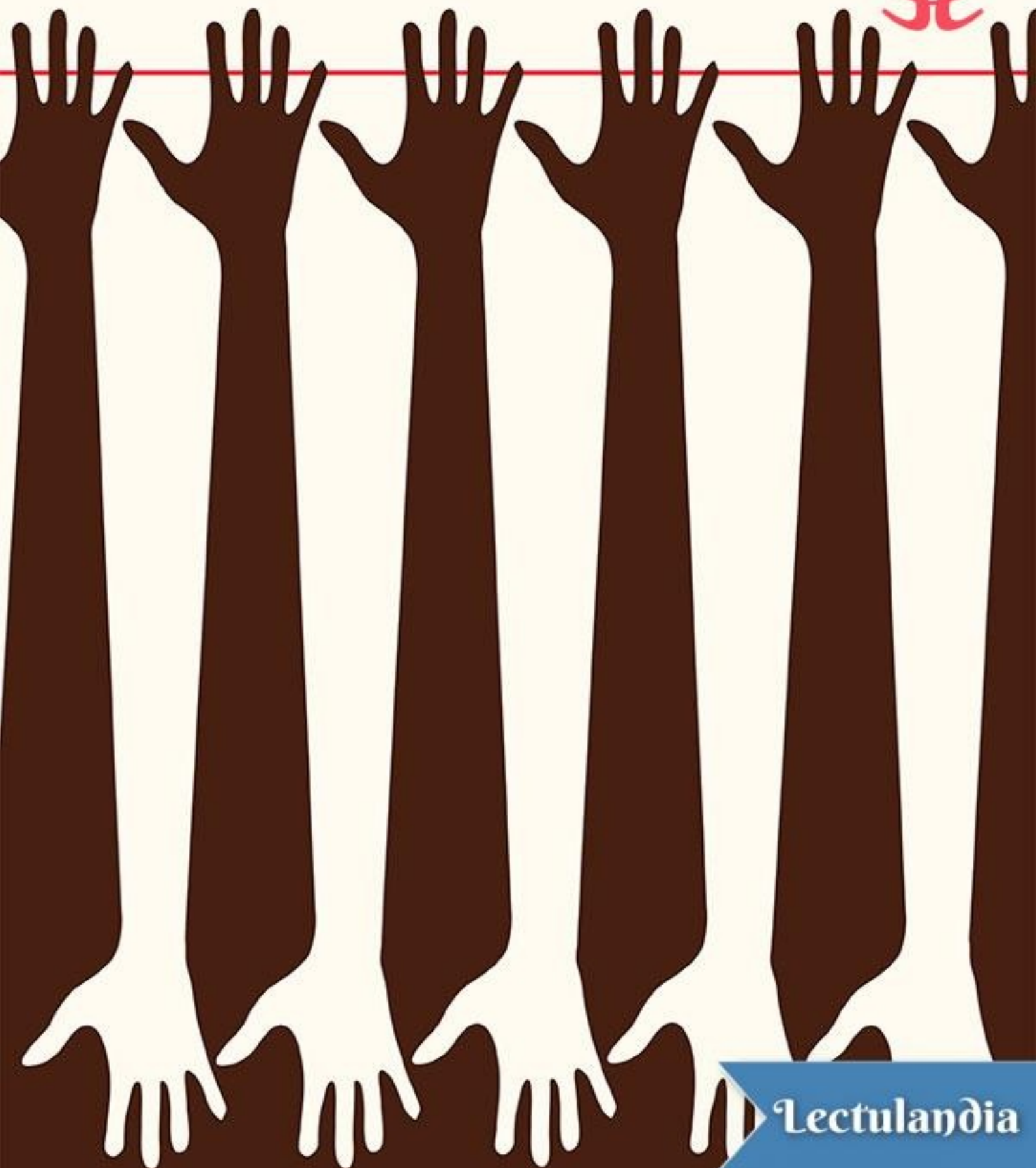


HUESOS CRUZADOS

Nuruddin Farah



Lectulandia

Doce años después de su última visita, Jeebleh regresa a su añorada Mogadiscio para ver a sus viejos amigos. Le acompaña su yerno Malik, un periodista interesado en cubrir la creciente agitación política en la capital de Somalia. Sin embargo, lo primero que encuentran no es el caos que esperaban, sino una inquietante calma impuesta por unas omnipresentes figuras vestidas de blanco y armadas con látigos. Al mismo tiempo Ahl, el hermano de Malik, llega a la conflictiva región de Puntlandia buscando a su hijastro, que parece haber sido reclutado por la insurgencia religiosa somalí. Los esfuerzos de ambos hermanos los obligarán a adentrarse en el tejido social de un país al borde del colapso interno y a punto de convertirse en un campo de batalla en su intento por rechazar la invasión de las tropas etíopes.

Lectulandia

Nuruddin Farah

Huesos cruzados

Trilogía de Regreso a Somalia - 3

ePub r1.0

Titivillus 05.08.18

Título original: *Crossbones*
Nuruddin Farah, 2011
Traducción: Eugenia Vázquez Nacarino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Charlie Sugnet e Ilija Trojanow

Un muchacho de edad indeterminada que lleva una gorra de los Yankees y unas gafas Ray-Ban baja de un coche que acaba de detenerse. Sale con cuidado, sacando primero un pie y después el otro, como si fuera una araña trepando por una grieta. Después saca un macuto del maletero del coche, sin que los dos hombres sentados delante hagan ademán de ayudarlo. Son antiguos militares y, aunque no le hayan dicho nada, sabe que la gente como él no les merece muy buena opinión.

Se echa el macuto al hombro y asiente en gesto de agradecimiento a los dos ocupantes del vehículo. Estos apartan la mirada con manifiesto desdén; no quieren aceptar su gratitud. Él sonríe con fanfarronería juvenil, sin delatar en modo alguno la inquietud que siente. No quiere fracasar; no puede permitírselo. Es consciente de la enorme diferencia que hay entre ser un mártir y meter la pata y conseguir que te maten. Por supuesto, no quiere morir; no hasta haber hecho realidad su sueño.

Es de estatura pequeña y de ambiciones enormes. Durante su primer día como recluta de Al Shabab, el instructor, molesto con él, lo agarró por el pescuezo a la vez que le gritaba en somalí: *Waxyahow yar!* («¡Jovenzuelo!»). Se quedó con el apodo, y ahora responde a él. No ha tenido educación digna de ese nombre, pero se considera rico en visiones del paraíso. El coche da marcha atrás y él avanza por la carretera de tierra, jadeando con fuerza bajo la carga que acarrea.

Hace calor, y justo antes del mediodía se encuentra de frente con una mujer enfundada de pies a cabeza en un velo que la cubre como un toldo. La mujer siente curiosidad al ver esa figura de huesos menudos que apenas mide más de metro treinta y cinco —un enano, es lo primero que ha pensado— y lleva un macuto más grande y más pesado que él. Lo observa en silencio mientras deja el macuto en el suelo, suspirando con alivio. Ella espera a que se quite las Ray-Ban y le muestre la dureza de su mirada antes de pensar siquiera en retirarse el velo o contemplar cualquier pregunta que pueda hacerle.

—Me llamo Cambara —dice ella—. ¿Y tú?

—A mí me llaman Jovenzuelo —dice él. A continuación, tartamudeando levemente, le pide que le diga «Cómo llegar a la quibla».

Ella se toma su tiempo. Cree que el chico debe de estar confundiendo la quibla —palabra árabe que designa la dirección hacia la que rezan los musulmanes— con el norte. Se pregunta si será un hombre hecho y derecho con voz de niño, o un niño metido en un cuerpo de hombre. Están en mitad de una carretera de tierra en el este de Waldhiigley, un distrito de Mogadiscio venido a menos, evaluándose mutuamente. Cambara va camino del mercado de Bakhaaraha; necesita comprar unos últimos detalles con los que acabar de decorar el piso para sus huéspedes, Jeebleh y su yerno periodista, Malik, que llegan mañana. De repente, mientras estudia al jovenzuelo se le ocurre la idea de que quizá se esté haciendo pasar por quien no es, del mismo modo que ella se cubre con ese gran toldo antes de salir de casa como parte de su disfraz,

como escenografía. Las mujeres somalíes, que antes nunca llevaban velos, recurrieron a ellos cuando empezó el conflicto, en 1991. Así se sentían más a salvo del acoso sexual por parte de jóvenes armados. No obstante, últimamente, desde que la Unión de Cortes Islámicas se ha hecho con el control de Mogadiscio y ha extendido la jurisdicción de la sharía, el velo integral se ha vuelto de rigor. Se castiga a las mujeres si aparecen vestidas con pantalones o con los vestidos menos restrictivos habituales antes de la guerra civil.

Él tiene el pelo de color ceniza y tan crespo que no hay peine capaz de alisarlo. Por las pocas palabras que ha dicho, ella deduce que aún no le ha cambiado la voz. Sin embargo, su cara está llena de los hondos surcos que ella asocia con los rasgos endurecidos de un pastor de la región central, donde se originaron todas las inestabilidades políticas recientes de Somalia. Al Shabab, el ala militar de la Unión de Cortes Islámicas, ha estado intentando someter mediante el terror a los residentes de la ciudad, y parece haberlo logrado hasta cierto punto. Ella da por supuesto que el chico es uno de los reclutas de Al Shabab encargados de «consagrar» —o mejor dicho, de confiscar— una vivienda en el barrio, desde la que él y sus colegas lanzarán ataques contra sus objetivos. Cambara señala hacia el sur, orientándolo en la dirección equivocada, bien lejos de la parte nororiental de la ciudad donde vive ella.

Jovenzuelo levanta su macuto y camina en la dirección que le ha indicado la mujer. Cambia la carga de un hombro al otro mientras respira ruidosamente por la nariz, y de vez en cuando descansa. Juega a ser más duro de lo que es; intenta andar con pies de plomo, aunque resulte obvio que el intento es una farsa; no puede dar dos pasos sin titubear. Baldado por el peso que tiene que llevar, ya no puede recordar los detalles de las instrucciones que ha recibido. Sin duda se siente afortunado de que lo hayan elegido para este encargo envuelto en secretismo, su primera misión. Hará cualquier cosa para impresionar a los comandantes de la célula de la que ahora es miembro de pleno derecho. Eso le hace sonreír e imprime energía renovada a sus andares.

Pierde el equilibrio justo cuando recuerda haber recogido el macuto unas horas antes. Le habían enviado a ver a un hombre con una gran barba, que le había granjeado su nombre de guerra: Garweyne o «Barba Cerrada». Barba Cerrada es el director de una de las tiendas de informática más grandes del mercado de Bakhaaraha, el epicentro de la resistencia, un santuario desde cuyas laberínticas madrigueras los insurrectos emprenden frecuentes ofensivas. El complejo del mercado confunde a cualquiera que no esté familiarizado con sus numerosos pasillos sin salida, delimitados por casetas y puestos que requieren medio día para instalar y solo un par de horas para desmantelar.

En el macuto, Barba Cerrada ha colocado minas antipersona, granadas y otros artilugios explosivos, armas pequeñas destinadas a agujerear el fuselaje de los aviones en el caso de una incursión etíope, supone Jovenzuelo. Lo cierto es que

Barba Cerrada compartió poca información con él de manera directa, y Jovenzuelo sabe que no está ahí para hacer preguntas. No puede dejarse vencer por la curiosidad, ya que desviarse de su misión del modo que sea acarreará un castigo severo. Jovenzuelo entiende hasta aquí: su papel es ser la avanzadilla de un comando que prepara el terreno para que Al Shabab pueda responder inmediatamente a una eventual invasión etíope de Mogadiscio. Lo han adiestrado en el manejo de explosivos, pero hoy su trabajo consiste en consagrar un piso franco. El contingente del que forma parte está compuesto por un selecto grupo de combatientes que tienen el mismo mando central, formado por dos hombres.

El nombre de guerra de uno de ellos es Dableh: Soldado Raso. Temido por quienes le conocen, Soldado Raso, de voz suave, fue coronel en el ya extinto Ejército Nacional. En 1991 estaba al mando del mayor arsenal de armamento del país, puesto para el que lo nombró directamente el anterior dictador. Tras el comienzo de la guerra civil, el coronel cambió de bando y concedió al señor de la guerra conocido como el Cacique del Sur acceso ilimitado a ese arsenal armamentístico, equipando así a su desharrapada milicia de clan y permitiendo a esta expulsar de la ciudad al jefe del Estado. Cuando Cacique del Sur murió, el coronel transfirió sus lealtades a las Cortes y contribuyó a su triunfo final sobre los señores de la guerra en 2006. Ahora, unos meses después, aporta su pericia militar al plan para invadir Baidoa, sede del débil Gobierno Federal de Transición, y se prepara ante un posible ataque etíope para apoyar al Gobierno.

El número dos en la estructura de mando lleva el nombre de guerra de Al Xaqq, que significa «la Verdad», término que posee atributos divinos, ya que es uno de los noventa y nueve nombres de Alá. Hombre modesto, Al Xaqq atribuye un significado más temporal a su nombre y prefiere que lo llamen Portador de la Verdad. No solo es un genio de los explosivos, sino también miembro de las altas esferas de las Cortes, un hombre muy sabio acostumbrado a tener a grupos de hombres a su cargo. Se enorgullece de su formidable capacidad de identificar a posibles terroristas suicidas, con los que trabaja de forma muy estrecha. Duerme y come con ellos para establecer complicidad antes de que cumplan una misión, y los somete a duras y desagradables experiencias que ponen a prueba su perseverancia. En ocasiones es el único que está informado de los detalles de una incursión, porque las diseña a la medida del mártir elegido por él. Hace unos pocos meses, después de que Jovenzuelo no acabara de dar la talla para ser terrorista suicida, Portador de la Verdad le sugirió que se adiestrara en materia de explosivos y lo transfirió a la unidad de Soldado Raso.

Jovenzuelo conoce el protocolo: Barba Cerrada le habrá enviado un SMS tanto a Soldado Raso como a Portador de la Verdad confirmando que Jovenzuelo ha recogido el macuto. Los acontecimientos especiales exigen rituales especiales, que se repiten muchas veces, y en cada ocasión un insurgente recibe un alijo de armas o un fajo de billetes de los hombres que dirigen la insurrección.

Agotado de llevar el macuto, Jovenzuelo se toma un largo descanso y empieza a

dudar de que vaya en la buena dirección. Según el conductor, la casa debería de haber estado muy cerca. Pero, o bien ha estado caminando en círculo, o la mujer envuelta en el enorme velo lo ha engañado. Presiente que no va a llegar a la hora acordada. Acelera el paso, tuerce primero a la izquierda y luego a la derecha, y después otra vez a la derecha. Se tropieza con dos hombres que están conversando y cree que deben de ser los dos simpatizantes de Al Shabab que tenían que proporcionarle indicaciones. Al principio no le hacen ningún caso, a pesar de que se ha parado muy cerca de ellos. A Jovenzuelo le parece que no saben qué pensar de él. Entonces se acuerda del código acordado. Con la voz ensayada de un actor recitando sus diálogos, pregunta:

—¿Podría uno de ustedes decirme dónde queda el norte?

A Jovenzuelo no parece preocuparle que estos dos hombres no se ajusten exactamente a las descripciones que le dieron sus instructores. Como tiene hambre, no presta tanta atención a los detalles como debiera. El mayor de los dos es delgado, de piel muy oscura, atractivo, y de mirada inteligente; lleva un sarong. Su acompañante, más joven, más bajo y fornido, lleva una librea beduina.

El hombre de librea, con los dientes renegridos, es el primero en hablar. Se vuelve hacia su compañero y con el ademán característico con el que los hombres muy cultos hablan a los no instruidos, dice:

—Este jovenzuelo quiere saber cómo ir al norte.

—¿Qué te hace pensar que quiere saber cómo ir al norte cuando lo que quiere saber es la dirección de la quibla? —responde el más anciano.

Jovenzuelo ya no recuerda a qué desconocido ni en qué esquina de la calle tenía que pedir direcciones utilizando la palabra clave «quibla». Deduce del tono del mayor de los dos que lo están engañando. Cuando los mira más detenidamente, se siente más confundido todavía. El hombre de librea se comporta de forma curiosa, como si quisiera estirar el brazo y abrir el macuto. Entonces, intentando demostrar que sus conocimientos son superiores a los del más anciano, desencadena una incertidumbre aún mayor en la mente de Jovenzuelo.

—¿Creerá este joven que el camino al norte siempre indica el camino a la quibla?

Ahora la duda se ha despertado en los ojos del más anciano, y él también fija su mirada en el macuto. Le dice a Jovenzuelo que vuelva por donde ha venido hasta que encuentre una casa grande con una verja verde en la que están recién pintadas de color rojo las palabras *Allahu Akbar*.

—¿A qué distancia está esa casa?

—A unos cien pasos del cruce —responde el más anciano—. Luego tuerces a la derecha, y después a la derecha otra vez. Esa es la dirección norte, hacia la quibla, hacia La Meca, la dirección correcta. Ni la verja verde ni la inscripción en rojo tienen pérdida. Es allí donde quieres ir.

Jovenzuelo apenas se ha alejado hasta donde ya no puede oírlos cuando el hombre de librea estalla en una carcajada burlona, divertido por la idea de que acaban de enviar al muchacho al inmueble equivocado, que pertenece a un rival en los negocios

del más anciano de los dos. El propietario de la vivienda está fuera del país y se la está alquilando a una familia de dudosas filiaciones políticas que pertenece a un clan rival al del hombre de librea. «Dos pájaros de un tiro», sentencia.

Mientras Jovenzuelo busca la casa con la verja verde y la inscripción, atribuye la fragilidad de su memoria al hecho de no haber desayunado y a que un joven como él no puede comprender los intrincados juegos políticos de los adultos. Sospecha que lo están utilizando. Todo resulta confuso. De repente, sin embargo, encuentra la verja con la inscripción y deja de lado sus dudas. Pasa de largo y gira a la izquierda. Quiere entrar por la puerta de atrás, de acuerdo con sus instrucciones. Hay una valla alta que tendrá que escalar.

Con el pulso acelerado envía un mensaje de texto de una sola palabra para informar a su coordinador de que se encuentra en la puerta de atrás, y recibe una respuesta indicándole entrar inmediatamente. Abre el macuto y saca una ametralladora y un cinturón lleno de balas. Se echa la ametralladora plegable al hombro, se ciñe el cinturón y tira el macuto por encima de la valla, y a continuación espera unos minutos.

Jovenzuelo se desea buena suerte. Con pasos tan ligeros como una joven madoqua, coge carrerilla y trepa la valla. Se deja caer del otro lado con un ruido sordo y permanece agazapado durante un minuto aproximadamente, con el arma a punto, como ha visto en las películas.

Ante él se extiende un jardín desatendido, con arbustos bajos y desaliñados, árboles atrofiados y la pared de la casa cubierta de enredaderas. Avanza sigilosamente, tan silencioso como los leopardos de las historias que le han contado. Está convencido de que los instructores de la madrasa estarían satisfechos con él, y confía en que su breve entrenamiento le haya convertido en un cadete preparado para ser un mártir al servicio de la insurrección. Sobresaltado, hace una pausa de una fracción de segundo al oír que algo se mueve en las inmediaciones. De forma veloz y decidida, recupera el macuto y se sitúa, firme y sin miedo, detrás de los arbustos; al fin y al cabo, piensa, ser pequeño tiene sus ventajas. No obstante, ahora se topa con una valla más baja de la que nadie le había hablado, lo cual demuestra, se dice a sí mismo, que hasta los agentes de inteligencia de Al Shabab pueden fallar. Con todo, no se vuelve a mirar atrás, pensando que ese es el camino de la perdición. Además, un mártir no puede tener miedo. Si hace falta, utilizará el arma, disparará y matará.

Retrocede tres pasos, respirando agitadamente hasta notar una sensación de ardor en los pulmones. Al no mencionar la segunda valla, puede que a los agentes les pasara desapercibido algo más insidioso, por lo que debe de estar listo para cualquier eventualidad. A menos, por supuesto, que la omisión haya sido deliberada a fin de poner a prueba su fortaleza de carácter. Su coordinador le ha recalcado la importancia de utilizar el arma solo cuando resulte imperativo o en defensa propia, y en tal caso, de utilizar el silenciador.

Efectúa un movimiento nervioso tras otro. Arroja el macuto por encima de la valla. Aguarda unos minutos, y luego corre hacia la valla, la rebasa de un salto, y al aterrizar, se hace un ovillo compacto: esto lo ha aprendido viendo vídeos en una página web yihadista. En uno de ellos, los instructores animaban a los jóvenes yihadistas a guardar las cabelleras de los rehenes más prominentes como trofeos. Jovenzuelo duda de que alguna vez vaya a querer quedarse con la cabeza de un hombre al que haya matado. De hecho, no hay ninguna posibilidad de que quiera hacerlo, y en cualquier caso, no tiene dónde esconder la cabeza de un muerto; no dispone de un hogar que pueda llamar propio.

Ahora se topa con una segunda discrepancia respecto de las directivas recibidas: encuentra una ventana entreabierta, pero que no parece conducir a un cuarto de baño, como le habían dicho, sino a lo que parece ser una cocina.

Se esconde detrás de un árbol enorme con un tronco tan grande como el de un baobab. Permanece tan inmóvil como un fiel esperando al imán para reanudar sus prostraciones. Entonces, entregándose plenamente a cada uno de sus movimientos, como un yihadista encabezando el ataque frontal contra el enemigo, alcanza el patio trasero de un par de zancadas largas y veloces.

Escudriña el área en busca de indicios de que esté habitada: la presencia delatora de una silla de mimbre que alguien ha sacado al exterior para sentarse; un gato dormido enroscado, y ropa secándose en un tendedero.

Entra en el inmueble colándose por la ventana de la cocina, gracias a Dios que es pequeño y ágil como un gato al acecho. Por supuesto, no existen instrucciones capaces de prepararle a uno para cualquier contingencia. Hay decisiones que hay que tomar *in situ* y sin ayuda. Hasta donde él puede ver, en el interior todo está en calma. Camina un poco por la casa con una sensación triunfal, y luego sale a coger el macuto y meterlo dentro. Hace una llamada de teléfono para decirle a su coordinador que está en la casa y que todo va bien.

Su coordinador le pide que describa el exterior de la casa que ha «consagrado». De hecho, le pide que le repita varias veces cómo ha llegado allí. Al principio, Jovenzuelo lo achaca a una mala conexión telefónica. Luego empieza a dudar de que haya venido al inmueble indicado.

Termina la llamada y se embarca en un reconocimiento a fondo, cosa que debería haber hecho desde el principio. Sube por las escaleras y entra en los dormitorios. Constata, con gran consternación, la presencia de señales de vida. El cuarto parece habitado: cajones entreabiertos por uso reciente, calcetines mugrientos, ropa interior todavía húmeda. Se ha equivocado de casa, vuelve a pensar. Pero ¿qué puede hacer?

La nevera de la cocina zumba tanto que parece a punto de cobrar vida. Al abrirla y ver los recipientes de plástico llenos de las sobras de la noche anterior, le entra hambre y se enfada. Por una parte, hace tiempo que no come carne y se siente tentado de atiborrarse de buenos alimentos, como si esta fuera a ser su última comida; por otra, se arrepiente de haber hecho ya la llamada.

Oye movimientos procedentes del porche delantero. Se vuelve y ve a través de la puerta abierta a un hombre muy viejo, sin afeitarse y vestido en bata y zapatillas, tambaleándose hacia la casa. El anciano parece igualmente sorprendido de verlo a él. Sin embargo, confunde a Jovenzuelo con uno de sus muchos nietos y dice:

—¡Vaya, qué pronto has vuelto! Verás, el viento cerró la puerta y cuando vi que no podía volver a entrar, me quedé dormido en el banco bajo el árbol del jardín de delante.

Nada más llegar a Mogadiscio desde Nairobi, Jeebleh sale del Fókker un tanto mareado y desciende por los tambaleantes peldaños, mientras una pandilla de jóvenes que bajan como una banda de presos lo empuja contra la barandilla. Al pisar tierra firme lo envuelven nubes de polvo mezcladas con el calor y la humedad del mediodía; la brisa del mar, a medio kilómetro escaso, apenas hace mella en la viscosidad de la amalgama. Por si fuera poco, una irritante aglomeración de tráfico humano abarrota el fondo de la escalera mientras los porteadores se abren paso para ofrecer sus servicios a los pasajeros que descienden del avión.

Jeebleh visita Mogadiscio por primera vez en una década. Viene acompañado de su yerno, Malik, un periodista afincado en Nueva York que trabaja como *freelance* y que viaja con la intención de escribir artículos acerca de la tierra ancestral que nunca ha visto. Ahora, mientras observa a una docena de barbudos con túnicas blancas y látigos en las manos, Malik parece trastornado. Nacido en Adén, Yemen, de padre somalí y madre china-malasia, pasó la mayor parte de su infancia en Malasia, país sumamente ordenado. Aprendió somalí de niño, pero no lo ha hablado de manera continua y su oído no logra adaptarse a la aspereza extranjera de la entonación de estos barbudos que espetan órdenes a pasajeros y porteadores por igual. Jeebleh recuerda la cantinela de su mujer acerca de Somalia: «Ese desgraciado país, maldecido por esos espantosos clanes que siempre andan matándose entre ellos y a todos los que los rodean». Y no obstante fue Judith, tan propensa a hablar cuando no toca y a meter la pata, quien sugirió que Jeebleh llevase a Malik con él y quien convenció a la hija de ambos, Amran, para que diera su consentimiento.

Ahora Jeebleh y Malik se han separado del gentío, mientras los pasajeros se empujan entre sí en la estampida por recoger el equipaje o apartarse del camino de los demás. Jeebleh se sitúa a un lado y le tiende la mano a Malik, como le tendería uno la mano a alguien que se estuviera ahogando. Malik se lo agradece con un gesto de la cabeza y una sonrisa, pero rehúsa la mano ofrecida, de modo que Jeebleh se abre paso a duras penas entre la multitud para reunirse con él.

—Vayamos hacia el Servicio de Inmigración y Aduanas, que está ahí —dice en inglés, señalando hacia el pasillo y golpeando a alguien con la mano en el rostro, acto por el que se disculpa, aunque la persona golpeada no parece en absoluto molesta.

Un hombre con aspecto de ejercer la autoridad pese a no ir de uniforme —es uno de los que lleva una túnica blanca de estilo árabe y una kufiya de color morado estilo Arafat, pero sin látigo— se interesa por ellos cuando los oye comunicarse en inglés. Se aproxima con el aplomo de los poderosos y tiende la mano hacia Jeebleh:

—Su pasaporte, por favor.

Malik le pregunta disimuladamente a Jeebleh si sabe quién es aquel hombre. En lugar de responder a la pregunta, Jeebleh le entrega aquel pasaporte y a continuación se vuelve hacia Malik y le sugiere que le ceda el suyo. El hombre examina los

pasaportes uno por uno. Cuando ha recopilado toda la información posible, los devuelve y les indica con amabilidad que procedan hacia Inmigración y Aduanas. Un séptimo sentido somalí le advierte a Jeebleh de que se avecina algún problema inminente, pese a que ignore su índole. No obstante, se guarda de compartir su inquietud con Malik.

El edificio del aeropuerto está abierto por el lado que da a la pista de aterrizaje y al océano, y cerrado por el otro, donde está la salida. El aeropuerto solo lleva un par de meses abierto al tráfico, por primera vez en dieciséis años de guerra civil. Las labores de reparación del vestíbulo aún no están del todo terminadas, y el andamiaje se entrecruza y entorpece los movimientos de la gente; tampoco los accesos están acabados, ni mucho menos. Una cuerda en medio del vestíbulo separa las Llegadas y las Salidas. En el área de Salidas, hay unas cincuenta sillas baratas de plástico blanco agrupadas en un rincón, cabe suponer que destinadas a los pasajeros que están esperando para embarcar. En el área de Llegadas se está formando una cola desordenada a medida que los primeros pasajeros se amontonan para cumplir con las formalidades. Sin portaequipajes ni carros, y sin personal formado en Inmigración y Aduanas, no hay forma de saber cómo pueden acabar las cosas, ni lo que podrían llegar a hacer esos barbudos con túnica.

Jeebleh y Malik inauguran su propia fila; al parecer son los únicos pasajeros recién llegados que viajan con pasaporte no somalí. También les unen sus intenciones. Malik quiere escribir acerca de la ciudad bajo el gobierno de la Unión de Tribunales Islámicos mientras se hacen preparativos inminentes de guerra. Como periodista *freelance*, ha firmado un contrato abierto con un diario neoyorquino que se reserva el derecho a la exclusiva de cualquier artículo que escriba. A cambio, el periódico le ha concedido un pequeño anticipo que le sirvió para pagar el billete a Somalia. No obstante, es consciente de los peligros que supone visitar este país, y también sabe que el hecho de que acompañe a Jeebleh ha complacido a su suegro y tranquiliza a su esposa. Por su parte, Jeebleh tiene intención de facilitar la misión de Malik presentándole a su amigo del alma, Bile. Jeebleh y Bile se criaron en la misma casa, y la madre de uno prácticamente lo era también del otro. Más tarde fueron juntos a la Universidad de Padua, Bile para licenciarse en Medicina, Jeebleh para escribir su tesis sobre Dante. Incluso estuvieron juntos en la cárcel en Somalia, donde como disidentes políticos ocuparon celdas de aislamiento contiguas. Sin embargo, ahora viven a miles de kilómetros el uno del otro, y Jeebleh ha oído decir con frecuencia que Bile anda delicado de salud. Jeebleh está ansioso por ver a su viejo amigo y de conocer a su compañera, Cambara, que ha insistido en que ellos sean sus anfitriones y los de Malik en Mogadiscio. Hay otras personas a las que puede presentar a su yerno, y que le ayudarán a adaptarse a un entorno desafiante.

Pese a tantas buenas intenciones, la ansiedad de Jeebleh por el bienestar de Malik le pasa factura a medida que se esfuerza por anticiparse a los problemas que puedan surgir con la esperanza de aliviarlos. El hecho de que a Malik le incomode en sí

misma la conducta solícita de Jeebleh no ayuda. Gracias a su trayectoria de corresponsal extranjero en el Congo, Afganistán, Irak y otros puntos candentes del globo, está seguro de que no necesita que le digan lo que puede o no puede hacer. A la media hora de haber llegado a Somalia, los dos ya pecan de no decirse mutuamente lo que piensan.

Al ver a un joven en sus últimos años de adolescencia, Malik se acuerda de su sobrino, Taxliil, que desapareció recientemente de Minnesota junto a otros jóvenes estadounidenses de ascendencia somalí. Se dice que Taxliil y los jóvenes desaparecidos han ido a Somalia para alistarse como voluntarios en las filas de los combatientes de Al Shabab. Ahl, el hermano mayor de Malik, también vendrá a Somalia dentro de unos días a buscar a su hijastro fugitivo. A diferencia de Jeebleh y de Malik, Ahl se alojará en Puntlandia, el estado autónomo que tan mala fama se ha granjeado en los medios internacionales por servir de guarida a los piratas. Rumores no confirmados sostienen que a Taxliil están a punto de enviarlo a Puntlandia para hacer de enlace entre uno de los mandamases de Al Shabab y los piratas. Malik y Jeebleh pretenden ayudar a seguirle la pista a Taxliil de cualquier forma que esté a su alcance. Coordinarán sus esfuerzos, se comunicarán con frecuencia y se mantendrán informados mutuamente acerca de cualquier progreso que hagan. Dados los abundantes contactos de Jeebleh en la ciudad y los vínculos que Malik pretende establecer con otros periodistas y todo aquel a quien conozca, confían en encontrar a Taxliil.

A Malik le duelen los ojos debido a la arena que ahora sopla desde el mar, y la brisa marina contiene más de una pizca de sal; no para de frotarse los ojos y dejárselos escocidos con el talón de la mano. El mismo hombre de túnica blanca y kufiya morada abre una ventanilla del cubículo de Aduanas y, tras el pago de un visado de veinte dólares estadounidenses, sella sus pasaportes sin intercambiar una sola palabra. Aun así, el séptimo sentido somalí de Jeebleh no se calma.

Recogen sus maletas. Otro hombre de túnica blanca, este con un látigo de una sola cola en la mano, pregunta si tienen algo que declarar. Jeebleh le responde que no. El hombre dice: «Bienvenido al país». Y añade: «Que Dios les acompañe».

En cuanto salen del edificio, Jeebleh empieza a recorrer rápidamente la tierra de nadie de los terrenos del aeropuerto, dándose así el espacio físico y psíquico que necesita para tranquilizar sus alterados nervios. Malik va muy rezagado; se toma su tiempo. No cabe duda de que hay una enorme diferencia entre esta llegada y la horripilante llegada de Jeebleh la vez anterior, en Callisay, veinticinco kilómetros más al norte. En aquella ocasión se estremeció de terror y el corazón le palpitaba violentamente de miedo. Eran los tiempos de los feroces enfrentamientos armados entre los dos principales señores de la guerra, Cacique del Sur y Cacique del Norte. Una Línea Verde dividía la ciudad en mitades desiguales, cada una de ellas dirigida por un señor de la guerra. Mataron a un chiquillo antes de que él y su madre tomaran un avión con destino a Nairobi y de que Jeebleh abandonara siquiera el aeropuerto.

Jeebleh sabe que las disputas internas de las Cortes han impedido organizar una administración estable de la ciudad, pero la apariencia de orden en forma de hombres de túnica blanca con fustas y látigos es innegable. Esta vez no se ven tipos sospechosos abordándole a uno, o jóvenes revoltosos dispuestos a utilizarte para practicar el tiro al blanco y apostar por tu cabeza. Aunque no hay uniformes ni insignias, sigue habiendo actividades asociadas a la autoridad: hombres que sellan pasaportes, comprueban papeles y contienen a los espectadores que parece que hayan venido a ver a los Rolling Stones. Pasan por delante de la bulliciosa y expectante multitud, de los taxistas a la espera de clientes, de los desempleados que se ofrecen a llevar los bolsos de viaje, de los mendigos que mendigan. Sorprendentemente, nadie de esta alborotada multitud osa dar un paso más allá del cordón dispuesto para impedir su entrada, vigilado por un hombre de túnica blanca armado con un látigo. Entonces Jeebleh ve a Dajaal, que le saluda con la mano, y se relaja. Su amigo es un viejo profesional que ha vivido tiempos buenos y malos en esta ciudad. Jeebleh lo conoció durante su visita de 1996 y sabe que es valiente, fiable, meticuloso y, ante todo, puntual.

Jeebleh abraza cálidamente a Dajaal, y lo presenta como «el hombre al que querrías tener de tu lado a la hora de la verdad». Presenta a Malik como «mi yerno, padre de mi única nieta».

A Dajaal lo acompaña un joven desgarrado y dentado con un cuello largo como el de una jirafa, al que presenta como Gumaad, periodista. Jeebleh recuerda el nombre, a quien Dajaal describió por teléfono como un «tipo de inclinaciones integristas de cosecha local».

A su alrededor se agolpa una multitud que los mira con curiosidad. En Somalia las multitudes se forman con rapidez, quizá porque la gente sufre muchas clases de hambre: hambre de noticias, buenas o malas; hambre y también esperanza de poder sacar algún provecho por estar cerca del lugar de un suceso o donde hay dos personas hablando. No obstante, las multitudes se transforman en turbas a golpe de clarín. Jeebleh se acuerda de un par de incidentes espeluznantes durante su última visita.

Mientras se dirigen hacia el coche, Dajaal le dice a Malik:

—Gumaad te servirá de escolta, guía e investigador. Sabe Dios que necesitarás a alguien que sepa algo de la política local, que para un novato es un campo de minas.

Incluso si Dajaal no hubiera dicho nada antes, el acento de Gumaad lo habría delatado completamente ante Jeebleh. Procede de la misma parte de la región central del país que Dajaal, Bile y el Cacique del Sur, así como el hombre que los entendidos de las Cortes conocen simplemente como el Jeque, el actual ideólogo y agitador de los integristas. Jeebleh ha dicho a menudo que en ese distrito se puede buscar el origen de toda la inestabilidad política que ha assolado Somalia en los veinte últimos años. Pendencieros y belicosos, de él proceden varios de los señores de la guerra somalíes más obstinados, los jefes de piratas más letales y los empresarios más acaudalados, cada cual comprometido a su manera con la ingobernabilidad del país.

Jeebleh se lleva a Dajaal a un lado y le pregunta:

—¿Hasta qué punto conoces a Gumaad?

—¿Hasta qué punto se puede conocer a nadie en los tiempos que corren? — pregunta a su vez Dajaal.

—¿Te fiarías de él? Eso es lo que te pregunto.

—Lo colgaría de una viga si se portase mal contigo o con Malik.

Jeebleh no insiste en la cuestión de la confianza o de si se puede conocer a otra persona en Somalia en estos tiempos. Sabe que Dajaal no habla porque sí.

Entretanto Gumaad, al encontrarse a solas con Malik, prescinde de formalidades:

—Te lo advierto, tengo fuertes convicciones, y son distintas de las de Dajaal.

—No veo en ello ningún problema —dice Malik con calma.

Suben al automóvil; Jeebleh se sienta en la parte de delante con Dajaal, y Gumaad y Malik detrás. Dajaal arranca el motor pero no se mueve, e insiste en que todo el mundo se abroche el cinturón de seguridad. Gumaad refunfuña diciendo que «ponerse el cinturón» va en contra del islam; los accidentes ocurren y las muertes se producen cuando Alá así lo quiere.

—¿Cuándo admitirá Dajaal que nada ocurre al margen de Su voluntad expresa?

—En mi coche, nos abrochamos los cinturones —dice Dajaal.

Incluso después de abrocharse y de que Dajaal haya puesto el coche en movimiento, Gumaad insiste:

—Escúchate hablar: «En mi coche, nos abrochamos los cinturones». Este es el coche de Bile, no el tuyo. Así que no puedes decir «mi coche».

Un poco de su saliva va a parar a la cara de Malik, que se limpia discretamente. Jeebleh se divierte y sacude la cabeza ante este altercado sin sentido, mirando primero a Dajaal y luego a Gumaad. ¿Qué tendrá que ver la propiedad de un vehículo con la importancia de abrocharse o no los cinturones? Pero los somalíes, como sabe, rara vez reconocen las maniobras de distracción. Es característico de ellos confundir las cosas y tomar una metonimia por una sinécdoque. Si bien toda discusión tiene un comienzo, jamás tiene un final, y nunca hay una conclusión lógica que ponga fin a la disputa. Los somalíes están en su salsa cuando no paran de meter baza, y en su elemento cuando derraman sangre.

Ahora el coche aminora la velocidad. Un hombre vestido con sarong y camiseta está parado en mitad de la carretera con una pistola en la mano derecha. Les indica que paren.

Dajaal detiene el coche a un lado de la carretera y apaga el motor, como le han dicho. Descienden del automóvil, y el hombre les señala con un gesto unos bancos que hay a la sombra, lo que indica que podrían estar aquí mucho rato.

—¿Bajo la autoridad de quién? —pregunta Gumaad.

Dajaal agarra a Gumaad del codo y le conduce hacia los bancos, aunque no sin que este diga en voz alta que va a llamar al Jeque y que todo se resolverá enseguida.

—Creíamos que los controles a cargo de milicianos armados leales a los señores

de la guerra eran cosa del pasado —le dice al hombre del sarong y la camiseta.

Este no le presta la menor atención.

Como para despistarlos aún más llega otro hombre de un tamaño impresionante, barbudo, de andares lentos y orgullosos y con una mirada malvada y penetrante, pero inusitadamente reservada. Lleva la barba más larga y más desaliñada que Jeebleh haya visto jamás; recuerda a la de un sij devoto. Su atuendo inmaculadamente blanco, que luce del mismo modo en que un policía luciría un uniforme, consta de una túnica y unos pantalones como de pijama, holgados por arriba y estrechos por la parte de abajo, con unas perneras lo bastante cortas como para permitirle realizar sus abluciones sin remangárselos. Lleva dos teléfonos móviles, uno que está sonando en la mano derecha, y otro silencioso en la izquierda. Quizá lleve un tercer móvil en el bolsillo de la túnica, que cae pesadamente mientras camina.

—¿Qué hace él aquí? —le cuchichea Gumaad a Dajaal.

—Con Garweyne nunca se sabe —dice Dajaal—. Pero ¿es que ya no se dedica al negocio informático? Creía que últimamente le iba muy bien.

—Es la estrella en alza entre los miembros que forman la división de inteligencia del ala militar de las Cortes —le informa Gumaad.

—¡No me digas! —exclama Dajaal.

Malik oye la conversación por casualidad y cree que, a pesar de su corpulencia, el barbudo parece un culturista; no tiene un gramo de grasa.

Jeebleh está pensando en el cambio de indumentaria que se ha producido en la ciudad durante la última década. A mediados de los noventa, debido a la falta de sastres, tres cuartas partes de los hombres llevaban sarong. Ahora Mogadiscio está inundado de estilos importados de lugares tan lejanos como Arabia Saudí, Afganistán y Pakistán. Le asombra la variedad del atuendo, tanto masculino como femenino, que ha visto en el breve espacio de tiempo que lleva aquí.

Barba Cerrada va derecho hacia el ordenador de Malik. A Jeebleh no le sorprende, pues se acuerda del interés tan malsano que ya suscitó en el aeropuerto.

—¿Ese ordenador es tuyo? —pregunta a Malik.

Malik se pone firme, con las piernas separadas y el cuerpo echado hacia atrás, como si se dispusiera a derribar una puerta con el hombro.

—Soy un periodista somalí que vive en los Estados Unidos y estoy de visita, inspirado por los acontecimientos ejemplares que se están viviendo aquí —le dice a Barba Cerrada.

—¿Para quién escribes?

—Soy periodista *freelance*.

Malik recuerda haber leído acerca de los periodistas y escritores que visitaron la Unión Soviética en los tiempos gloriosos del comunismo. Los que daban respuestas cautelosas se topaban con reprimendas oficiales y no les concedían permisos. Decide jugarse el todo por el todo.

—Espero escribir acerca de la paz que se ha impuesto en el país gracias a la

Unión de Tribunales Islámicos, que lo ha arrancado de manos de los señores de la guerra y sus secuaces —dice.

Barba Cerrada habla como si la arena del desierto que hubiera tragado en otros tiempos perturbara su dicción, alterando el ritmo y obstaculizando la fluidez natural, como un desagüe bloqueado por una avalancha de fango.

—Trae acá el ordenador —dice.

La duda empaña los ojos de Malik cuando se da cuenta de que la puerta contra la que pretendía embestir no se va a mover ni un ápice. No obstante, guarda silencio y su expresión se endurece. Arruga la frente, más por confusión que por ira, preguntándose por qué nadie acude en su ayuda, por qué ninguno de los otros interviene en su defensa.

—¿Por qué? —pregunta Malik atragantado de ira.

Barba Cerrada tiene la astuta mirada de un hombre que se inventa sus propias reglas sobre la marcha. Malik se da cuenta de que no hay forma de que renuncie a quitarle su ordenador. Se ha topado con hombres como Barba Cerrada en otras ocasiones: brutos grandotes que se dedican a amedrentar a los periodistas.

—Porque lo digo yo —responde Barba Cerrada. Tiene las manos ocupadas en trenzarse la barba y se acaricia el bigote con la lengua. Cómo le gustaría a Malik borrarle la sonrisa de la cara. Reina el silencio. ¿Qué se puede hacer para evitar un altercado?

Entonces Gumaad pregunta:

—¿Y si nos negamos?

Barba Cerrada casi logra la tarea imposible de convertir su sonrisa en una mueca.

—¿Nosotros? ¿Quiénes sois «nosotros»? —le dice a Gumaad—. ¿Tú y quién más?

Están agitados, presa del nerviosismo. Un sutil gesto con la cabeza de Gumaad anima a Dajaal a intervenir.

—Siempre había creído que lo que distinguía a los tuyos de los señores de la guerra a quienes derrocasteis era vuestro sentido del respeto. ¿No te parece que nuestros huéspedes lo merecen?

Barba Cerrada es un maestro en tomarse su tiempo. De cerca, Jeebleh comprueba cómo los pelos de sus mejillas se erizan como los de un gato iracundo.

—¿Puede identificarse, por favor? —le dice a Barba Cerrada—. Eso es lo que están diciendo estos jóvenes.

Habla con la amabilidad de quien necesita no perder ni la batalla por conservar el ordenador ni la guerra para recuperarlo en caso de que sea confiscado. En sus ojos no hay derrota, solo una leve resistencia.

Sin que se perciba ya la arena del desierto en su voz, Barba Cerrada le dice a Jeebleh:

—Represento a la autoridad de las Cortes. Hasta la fecha, las Cortes no nos han proporcionado documentos de identidad. Trabajamos como voluntarios. Por tanto,

tendréis que confiar en mí. Por el bien de todos, os aconsejo que cooperéis.

—¿Y si se niega? —pregunta Jeebleh.

Barba Cerrada se mete las manos en el bolsillo y frunce el ceño, como si le acabara de venir a la memoria un recuerdo desagradable. Da una orden y, de un cubículo situado a la derecha de donde está el grupo, emergen cuatro jóvenes armados que se despliegan en abanico con gestos cargados de teatralidad, como si imitasen una escena de una película o algún documental yihadista que les ha hecho ver. Levantan sus AK-47 con las piernas separadas y accionan la clavija del modo automático: están listos para disparar si se les provoca, o si Barba Cerrada da la orden. Pero precisamente en este momento tan improbable, Barba Cerrada les dice su nombre:

—Me llamo Abu Cumar bin Cafaan —dice. Y repite que su cometido es garantizar que no entre en el país ningún *software* inaceptable ni material pornográfico, lo que constituiría una violación del código de conducta islámico.

Malik le entrega el ordenador a regañadientes.

—Enciéndelo y teclea las claves para que pueda tener acceso —le dice Gumaad.

—No es necesario —dice Barba Cerrada.

—¿No es necesario?

—No penséis que solo porque llevamos nombres musulmanes de la época del Profeta, al que Alá bendiga, en lugar de llamarnos Johnny, Billy o Teddy, vamos a tener problemas para acceder a un ordenador sin una clave. No estamos tan atrasados como quizá creáis —dice Barba Cerrada.

—Entrégaselo y no tengas miedo de lo que pueda hacer o no —le dice Dajaal a Malik—. Sabemos lidiar con los de su calaña.

Malik se sienta, abatido y desesperado.

—Dajaal y yo... ¡Hay que ver! ¡Mira que tener un nombre satánico y enorgullecerse de ello! Dajaal y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo. Este secuaz del demonio sabe de lo que soy capaz —dice Barba Cerrada.

Mientras Barba Cerrada se aleja con el ordenador, dejando a los cuatro intercambiándose miradas sin que ninguno de ellos sepa qué decir o hacer, Jeebleh recuerda que en la mitología islámica Dajaal es el nombre del Anticristo. En cualquier caso confía en que ahora, tal y como están las cosas, los cuatro no se culpen mutuamente por lo sucedido. Lo que hace Barba Cerrada parece tener menos que ver con impedir violaciones del código de conducta islámico que con ajustar cuentas con Dajaal. Malik ya está comparando esta última experiencia en una larga sucesión de encuentros anteriores con el abuso de poder, que van desde la detención que sufrió a manos de un señor de la guerra afgano atraído por su acompañante, una periodista, al episodio con un cacique congoleño que le confiscó el coche, el dinero y diversos objetos de valor.

—¿Tenemos que esperar? —pregunta Jeebleh.

—No sé cuánto tardará —dice Barba Cerrada—. Os sugiero que vayáis a echar un

vistazo a la ciudad, que disfrutéis de la comida y que os duchéis.

A continuación, señalando a Dajaal con una sonrisa de satisfacción, le dice a Jeebleh:

—Luego mándame a tu chófer y a su compinche a recoger el ordenador.

Ahora tampoco se le ocurre a nadie nada que decir.

Mientras se aleja en el coche, Dajaal recuerda el epíteto de infancia de Barba Cerrada: «Padre de Todas las Mentiras, y Tío del Engaño». Conduce rápido, como cerrando las distancias con un pasado esquivo para mostrarles a los demás lo que él siempre había visto. No obstante, tan solo dice:

—Barba Cerrada tiene más seudónimos que nadie que yo haya conocido jamás.

Dajaal es militar, hombre de pocas palabras y poco dado a los arrebatos emocionales. Es cauteloso y se preocupa de que sus acciones no perjudiquen ni a Malik ni a Jeebleh. Lo de Barba Cerrada y él viene de hace muchísimo tiempo. Los conoce, a él y a los miembros de su familia, por lo que son: un hatajo de seres autodestructivos de los que cuanto menos se diga, mejor para todo el mundo. Le alivia que Malik y Jeebleh no lo apremien a hablar.

Ahora Jeebleh está sentado atrás con Malik, pero este no responde a su solicitud. Jeebleh piensa en cómo cambia el comportamiento de las personas cuando las hieren en su orgullo. Algunas se enfurruñan y se encierran en sí mismas, pero otras se vuelven más asustadizas y pierden la serenidad. Mientras que las penas menores nos vuelven incautos, intuye Jeebleh, las grandes nos hacen enmudecer. Ahora mismo Malik está de un humor de perros; ni mira a Jeebleh ni habla. Ni siquiera parece estar escuchando a Gumaad que, envalentonado por el silencio de los demás, parlotea con tal entusiasmo que nadie puede seguir lo que dice. Por suerte, Malik no ha dicho nada de lo que más tarde pudiera arrepentirse.

Incapaz de confraternizar con Malik, Jeebleh mira por la ventana, asqueado por el expolio que los años de guerra civil ha infligido a la ciudad; así reaccionaría cualquiera que la hubiera conocido en los tiempos en que se la llamaba la Perla del Océano Índico. La milla cuadrada del centro, donde había cinco salas de cine en las que veía películas italianas en versión original y otras películas extranjeras subtituladas o dobladas, está completamente desfigurada, y los distritos históricos están derruidos. No hay daño peor que el que no se puede describir plenamente, piensa para sus adentros.

Malik, mientras tanto, rememora una escena de *Lawrence de Arabia*, de David Lean, que ha visto recientemente en vídeo. Recuerda en especial la expresión atormentada de Peter O'Toole al abandonar la sala de interrogatorios en la que tanto había sufrido a manos de sus torturadores. A partir de entonces, Lawrence será otro. Malik se recuerda a sí mismo que, para ser eficaz en su profesión, no puede ceder a la ira personal. Debe concentrarse en asimilar la situación somalí cuanto antes para poder empezar a escribir con conocimiento de causa y sin prejuicios.

Apretujado contra la puerta del coche, manteniéndose tan lejos de Jeebleh como lo permite ese espacio confinado, Malik alarga la vista para contemplar las devastadas calles de la metrópoli. Algo con la consistencia de la rabia y la demencia se le atraganta a Malik cada vez que visita un país asolado por la guerra, pero si esta

vez le resulta tan insoportablemente difícil es porque este es el país de su padre, una tierra de la que este rara vez ha hablado con afecto.

Tanto su padre como su madre eran hijos del Imperio británico, fruto de lo que Lawrence de Arabia había intentado recomponer. Su abuelo paterno, somalí, trabajaba como intérprete y contable con su abuela materna, una china-malasia que había sido reclutada para servir en Adén. Sus hijos estudiaron juntos, se enamoraron y se casaron. Malik es de la opinión de que en Somalia quizá ahora esté en ciernes un imperio de otra índole. El mundo musulmán, por lo que ve, se halla ante una encrucijada en la que pugnan varias tendencias rivales. Uno de los caminos es una *umma* pujante, una comunidad de fieles tal y como la conciben aquellos islamistas que se consideran rivales a muerte tanto de los musulmanes moderados o secularistas como de las personas de otras creencias. Malik cree que los integristas somalíes de inclinaciones radicales están provocando una confrontación con el imperio etíope con la esperanza de enfrentar al mundo musulmán contra una Etiopía dirigida por cristianos, a pesar de que Etiopía, más poderosa militarmente y aliada de los Estados Unidos, ganaría casi con seguridad la partida en caso de enfrentamiento. En el sudeste asiático miden sus fuerzas la India y Pakistán, dos países con arsenal nuclear. Con Afganistán convertido en un escenario bélico y Chechenia desdichadamente atrapada en la contienda, las inquietudes políticas y territoriales de varios países convergen en ángulos oblicuos. Y por supuesto no hay que olvidar el interminable conflicto árabe-israelí, que opone un gran segmento del mundo musulmán al estado judío y a los Estados Unidos. Los imperios ya no se conquistan mediante ejércitos, como sostenía el viejo imperialista Rudyard Kipling que había hecho Gran Bretaña. Los imperios los conquistan quienes tienen los recursos para conservarlos y someterlos. Malik duda mucho que Al Shabab pueda ganar una guerra y, ya no digamos, conservar los territorios conquistados.

El abatimiento de Malik se ha extendido dentro del vehículo, como un contagio para el que nadie tiene cura. Dajaal sigue conduciendo; el coche avanza como si fuera en piloto automático. Gumaad parece inquieto mientras intenta ponerse en contacto con «alguien» importante de la jerarquía de las Cortes para que interceda ante Barba Cerrada. Cada vez que lo intenta, la línea está ocupada (cosa que comunica con optimismo a todos), o suena sin parar y nadie contesta (cosa que no se molesta en decirles).

Jeebleh se fija en que no hay jóvenes con armas merodeando por las calles, ni milicianos drogados y armados resueltos a amenazar las vidas de quienes se nieguen a hacer su voluntad. Desde su visita en 1996, la mayor parte de los jóvenes se han dejado barba y visten esas túnicas blancas, salvo alguno que otro que lleva ropa militar o un uniforme improvisado en que se mezclan las insignias de las distintas facciones posteriores al colapso de la dictadura. El deterioro general sigue siendo el mismo, sin embargo; viviendas derrumbadas por dentro que más parecen piezas de construcción de juguete, en las que el piso de abajo o de arriba falta por completo.

La gran tragedia de las guerras civiles, las hambrunas y otros desastres de las regiones más pobres del mundo, piensa, es que los escombros rara vez divulgan la pena secreta que contienen. No se dispone de tecnología o análisis forenses para determinar científicamente lo sucedido, y los muertos rara vez se identifican o se exhuman. Con frecuencia no se sabe cuántas víctimas han perecido en una avalancha de barro o un tsunami. Uno nunca se entera de las últimas palabras que salen de sus labios, o de qué fue lo que finalmente causó su muerte: ¿la caída de una viga, un corazón enfermo o la esquirla de un cristal destrozado por las balas? ¿O quizá el agotamiento puro y simple provocado por vivir en circunstancias tan horribles un día tras otro?

Jeebleh no logra orientarse en el trayecto hacia la vivienda donde se alojarán, a causa de los estragos recientes del último enfrentamiento entre los señores de la guerra y las Cortes, que tuvo lugar hace tres meses. En una ciudad que ha sufrido la barbarie de la guerra civil se pierde el sentido de la orientación; en el mejor de los casos, se necesita la guía de quienes han seguido viviendo en ella. Con la esperanza de que Malik se haga una idea general de la disposición de la ciudad, pregunta:

—¿Dónde está la casa actual de Cambara en relación con nuestro alojamiento?

—La Línea Verde que separa el territorio entre los dos señores de la guerra ha desaparecido, pero hay más carreteras en desuso y cosas peores —le explica Dajaal.

—¿Cómo se desplaza la gente corriente que no tiene coche? ¿Cuál es la situación del transporte aquí, comparada con otras ciudades africanas? —le pregunta Malik a Gumaad.

—Yo nunca he salido de Somalia.

—¿Cómo te desplazas?

—Hay minibuses de diez o quince plazas. Los paras, te subes, y pagas el billete.

—¿Son seguros?

—Así es como he ido al aeropuerto, en un minibús de quince plazas —responde Gumaad—. Lo tomé cerca de donde vivo, en Yaqshid, y luego fui en otro desde la calle Makkal-Mukarramah hasta el aeropuerto. Tuve que esperar mucho rato para subir al que me llevó al aeropuerto, porque el conductor aparcó en un punto estratégico y esperó a que hubiera pasajeros suficientes para que el viaje le valiese la pena. En términos generales hay paz, impuesta mediante la buena voluntad de las Cortes. Y viajar en autobús es seguro.

—La paz impuesta requiere un gobierno que la haga durar, un gobierno que proporcione a la ciudad y a su millón y medio de habitantes servicios sociales: escuelas, hospitales y demás —dice Dajaal—. Dudo de que las Cortes tengan la experiencia, la voluntad y los recursos para proporcionárnoslos.

—Con el tiempo los tendrán —dice Gumaad.

—¿Con todas las luchas intestinas y rivalidades entre clanes, además de la dependencia que tienen las Cortes con las turbias iniciativas de Barba Cerrada para hacer dinero? —replica Dajaal—. De ninguna manera habrá paz. Además, en las

Cortes no están dispuestos a buscarla, a negociar con el Gobierno Federal de Transición radicado en Baidoa.

Gumaad explica que el resentimiento entre diversas facciones del país ha causado muchas muertes e inestabilidades. Dajaal y Barba Cerrada, por ejemplo, son enemigos desde los tiempos en que sus familias eran vecinas y los dos eran pequeños.

—Su aversión mutua procede de rencillas personales —sostiene, antes de explicarse—. Dajaal fue el que más éxito tuvo de los dos, en todos los frentes, mientras que las iniciativas de Barba Cerrada solían terminar en desastre. A Dajaal le fue bien en el terreno profesional y llegó a ser comandante en el Ejército. Formó una familia muy unida y se vio bendecido con un niño y una niña, que a su vez le dieron nietos. Barba Cerrada se ha casado cinco veces, pero no ha tenido hijos, y hasta hace poco no había estado en una buena situación económica.

—Y aun así, se da unos aires... —comenta Jeebleh.

—Un hombre seguro de sí mismo no se da aires —dice Dajaal.

Gumaad continúa:

—Es bien sabido que últimamente Barba Cerrada acosa a Bile diciendo que vive en pecado con Cambara, lo que para algunos es una falta que puede castigarse con la lapidación pública.

Cuando Jeebleh habló con ella la semana anterior, Cambara había mencionado que un integrista estaba obsesionado con su cohabitación con Bile, pero no había citado ningún nombre. Ahora Jeebleh se da cuenta de que se ha dejado engañar por las exageradas virtudes de las Cortes que circulan entre los somalíes de la diáspora, que quieren creer que su país ha empezado a pasar página. Fue una insensatez por su parte confiar en ellos. Se recuerda que las palabras más sospechosas en boca de un político son las proclamaciones de la fe en Dios.

Dajaal reduce la velocidad y gira a la izquierda para meterse en un aparcamiento que Jeebleh recuerda de ocasiones anteriores. Dajaal y Gumaad ayudan a subir las maletas por las escaleras hasta la vivienda.

Hay algo sumamente encantador en el desorden que reina en el apartamento, como si alguien hubiera desparramado con hábil descuido libros por todas partes, de manera que parezca que cayeron del mismo modo que caen al suelo los pétalos de un geranio. Los libros —en una plétora de idiomas y géneros, y acerca de una miscelánea de temas— yacen junto a la entrada de la vivienda y están amontonados ordenadamente en la cocina, con los lomos a la vista. Hay libros colocados de todas las formas imaginables en un estante metálico, al pie de la mesa del comedor y en el cuarto de baño, sobre una consola. Limpios, desempolvados, los libros representan una gran bienvenida para un profesor de literatura italiana y su yerno periodista. También hay un televisor; por los cables que asoman, parece que hay televisión por satélite.

Hay jarrones con flores, y cortinas nuevas, las habitaciones están ventiladas y se

ha dado la vuelta a los colchones; detalles que ponen de relieve el toque delicado de una mujer. En los dormitorios hay toallas de mano, jabones de toda clase, matamoscas y mosquiteros, además de notas de bienvenida de Cambara y Bile, que dicen, entre otras cosas: «Ojalá os hospedarais con nosotros, y quizá acabéis haciéndolo, ya veremos».

—Cuántos libros —dice Gumaad, que tiene aspecto de no haber leído nunca un libro de principio a fin y al que le divierte la emoción de los visitantes, que parecen niños en una juguetería. Mira primero a Jeebleh y después a Malik, y luego echa un vistazo alrededor, añadiendo—: Nunca he visto un lugar semejante.

Dajaal insiste en indicar dónde están las cosas, como el botones de un hotel. Aquí están los jabones, aquí las toallas. El sistema de seguridad incluye una gran plancha metálica tan grande como una puerta: se cierra desde dentro cuando uno se marcha y utiliza las rejas de barrotes de las ventanas y de la puerta al salir. Jeebleh les muestra cómo funciona cada uno de estos aparatos y les explica qué extensión metálica está destinada a qué agujero. Les dice cómo engranar mejor los candados con rapidez en caso de peligro.

—La seguridad de la casa es muy importante. Tenéis que estar preparados en todo momento. Mogadiscio es un sitio peligroso, pero podéis hacer que lo sea menos. Por favor, tenedlo presente.

Últimamente la vivienda ha estado desocupada. Bile se ha ido a vivir con Cambara. Raasta, la sobrina de Bile —amiga de la paz y a la que le gustaba decir que «en una guerra civil, se lucha continuamente debido a agravios siempre cambiantes»— y la cándida Makka —«que sonreía cuando lloraba y lloraba cuando se reía»— ya son adultas y viven en Dublín. Van a la universidad y a una escuela de apoyo, respectivamente, bajo la atenta mirada de Bile y el amigo de Jeebleh, Seamus, que ahora pasa más tiempo en Irlanda para poder estar cerca de su madre, postrada en cama. Jeebleh espera verlos a todos allí en breve, en cuanto haya ayudado a Malik a instalarse.

Dajaal conduce a Malik y Jeebleh a la cocina. Abre la nevera y señala la despensa, donde está la comida enlatada. Después pasa revista con ellos a los teléfonos móviles, que tienen tarjetas locales con saldo, ya que los móviles estadounidenses no son compatibles con los de aquí. Marca su número en cada uno de ellos para registrarlo en la memoria electrónica y que puedan llamarle siempre que quieran. Luego se asegura de que las coordenadas de Bile y de Cambara también figuren en ellos. Satisfecho, entrega a cada uno un teléfono móvil listo para usar.

Al final se reúnen en una habitación con vistas al mar, la que había ocupado Seamus durante la mayor parte del tiempo que pasó en el país, y que más tarde utilizó Bile. Jeebleh se la ofrece a Malik. Por deferencia hacia su suegro, Malik rehúsa, ya que Jeebleh solo va a estar en Mogadiscio unos días, pero este dice que ni hablar.

—Quiero que tengas lo mejor que hay en esta ciudad, mi querido Malik —le dice, y se abrazan y unen sus mejillas.

Luego van a la antigua habitación de Bile, que será para Jeebleh. Malik parece más relajado al darse cuenta de que quizá simplemente se ha visto atrapado, sin comerlo ni beberlo, en el fuego cruzado de una disputa que quizá libren desde hace un siglo la familia de Dajaal y la de Barba Cerrada. Nadie tiene la culpa. Y dado que nadie ha hecho comentarios incendiarios, no hay ningún fuego que apagar. Cuánta verdad encierra ese dicho de que los necios tienen el corazón en la boca.

Malik quiere estar a solas en la habitación con vistas al mar. Jeebleh sabe que su yerno es amigo de los rituales. Quiere familiarizarse con su habitación a fin de domesticarla, noción que para un nómada somalí apenas tendría sentido. Una vez, durante un viaje que hizo la familia, Malik se negó a deshacer el equipaje hasta que hubiera comulgado con la energía vital de su habitación y hubiera exorcizado los demonios del pasado que pudiera haber en ella. Es posible que las supersticiones colectivas e individuales obren y prevalezcan cuando uno ha de vérselas con un lugar ajeno. Jeebleh las entiende como supersticiones de un hombre arrojado a la parte más profunda de un conflicto que ha de tener presentes todos los aspectos de su entorno. Para sacar a los demás de la habitación se ofrece a hacer un té, y deja a Malik a solas con sus rituales.

Mientras Jeebleh prepara el té, Gumaad habla nerviosamente por teléfono con un amigo suyo, y Dajaal planea en silencio la siguiente jugada. Jeebleh espera que cuando Malik reaparezca esté en su elemento. Cabría considerar el incidente de hoy como un rito de transición, pese a que Jeebleh no se sienta con fuerzas para decirlo. El caso es: ¿hasta qué punto conoce a Malik? ¿Alguna vez llegamos a conocer íntimamente a nuestra familia política, con la que por naturaleza nos comportamos con formalidad?

De repente, Dajaal le dice a Gumaad:

—Vámonos.

Dajaal habla como si se le acabara de ocurrir una idea brillante que requiere actuar de inmediato. No quiere escuchar la sugerencia de Jeebleh ni la apelación de Gumaad de esperar a tomarse el té, que ya está casi listo.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunta.

—El té luego. Ahora vamos a recoger el ordenador —dice Dajaal.

—¿Qué prisa hay? —insiste Gumaad.

—¿Alguna vez has oído ese refrán que dice que allí donde se retira el agua proliferan los cocodrilos? —pregunta Dajaal.

Gumaad se muestra desafiante:

—¿Adónde quieres ir a parar?

Pero Dajaal ya le está esperando junto a la puerta, y sale en cuanto Gumaad se une a él.

Jeebleh, solo, sorbe su té y piensa en los tiempos en que el anterior dictador dirigía el país y la censura alcanzó su punto álgido, cuando la intervención de las

comunicaciones telefónicas era algo habitual y uno le entregaba su pasaporte al agente de Inmigración del aeropuerto al regresar del extranjero y se esperaba que fuera a recogerlo al Ministerio del Interior una semana más tarde. Nada nuevo, ¿verdad? La situación actual no es sino una dictadura con otro nombre. Hojea un libro ilustrado de la antigua Mogadiscio pensando que los somalíes, familiarizados desde hace mucho tiempo con las dictaduras de cosecha socialista, ahora se están acostumbrando a una modalidad de autoritarismo integrista. Ahora bien, la imposición de una voluntad por decreto religioso sigue siendo la imposición de una voluntad.

Jeebleh también recuerda con inquietud haber leído acerca del asesinato deliberado de varios antiguos oficiales del Ejército, sobre activistas pacifistas ejecutados en sus casas a altas horas de la noche delante de sus esposas e hijos, e intelectuales eliminados presuntamente por agentes de Al Shabab que los consideraban como una amenaza para su forma de interpretar el islam, inspirada en los talibanes.

Dajaal llama a Jeebleh para informarle de que han recogido el ordenador sin problemas y que están regresando. Jeebleh pregunta si Barba Cerrada o uno de sus subordinados se ha molestado en explicarle lo que le han hecho al ordenador, y si por casualidad han borrado archivos o hallado material de naturaleza pornográfica y lo han eliminado.

—Ha borrado varios archivos poco halagüeños acerca de las Cortes y la foto de una niña desnuda que servía de salvapantallas —dice Dajaal.

A Jeebleh le irrita que Barba Cerrada haya considerado «pornográfica» la fotografía de su nieta de un año, enjabonada y desnuda en la bañera. Eso demuestra la enorme cantidad de energía que los integristas del género provinciano dedican a cuestiones de poca o ninguna relevancia.

Malik se une a él en la cocina, revigorizado y dispuesto a enfrentarse al mundo, piensa Jeebleh. Informa a Malik de que Dajaal ha recuperado el ordenador y que está volviendo. Cuando Malik le pide detalles, Jeebleh le dice que han borrado algunos archivos porque se consideran poco amables con las Cortes.

—¿Han borrado alguna otra cosa? —quiere saber Malik.

Jeebleh le cuenta lo de la foto.

Malik no dice nada, pero Jeebleh siente que lo embarga la tensión cuando Malik se muerde el labio inferior, demasiado furioso para hablar. Jeebleh piensa en los resultados inexplicables que provocan las tensiones, y se pregunta cómo les afectará a Malik, Ahl y a él mismo las tensiones a las que todos están sometidos, la presión que inevitablemente se abatirá sobre ellos. ¿Cómo estarán cuando sufran una crisis nerviosa? ¿Cómo estará Malik si no puede sobrellevar la tensión? Observa preocupado a Malik, que se aparta y se coloca delante del espejo de la pared del salón y contempla detenidamente su imagen reflejada. Jeebleh siente que incluso para sí mismo Malik debe dar la impresión de haber envejecido en cuestión de segundos, de

estar más arrugado, de tener una expresión de mayor agobio, nada que ver con su naturaleza habitual.

Dajaal regresa solo y sin más explicaciones le entrega el ordenador a Malik, que lo recibe con cuidado, como una madre tomaría en sus brazos a una criatura enferma que está dormida. Lo lleva a la mesa de su futuro despacho junto a la cocina sin molestarse en abrirlo.

—¿Dónde está Gumaad? —pregunta Jeebleh.

—Se marchó en transporte público —responde Dajaal.

Suena el móvil de Jeebleh. Es Cambara.

—¿Dónde estáis? Bile y yo os estamos esperando y la comida se está enfriando.

—Enseguida vamos —la tranquiliza Jeebleh.

—Si estáis de suerte, Bile se unirá a nosotros —dice ella.

Ahlulkhair, conocido por su familia y sus amistades íntimas como Ahl, hermano mayor de Malik y director de un centro de Minneapolis que se dedica a la investigación de asuntos relacionados con Somalia, llama para comunicar que está enfermo por primera vez en su larga trayectoria como pedagogo. La verdad es que la tendencia cada vez mayor de los jóvenes somalíes a unirse a la facción de integristas radicales, Al Shabab, lo ha alterado. Taxliil, su hijastro, lleva más de seis meses desaparecido, y se sospecha que se encuentra en alguna parte de Somalia. De acuerdo con un rumor anterior, al joven fugitivo lo habían visto en Kismayo, ciudad costera en manos de Al Shabab que se considera demasiado peligrosa para visitar. Se dice que se estaba entrenando como terrorista suicida. Pero según un rumor más reciente, que le llegó a la mujer de Ahl, Yusr, por su amiga íntima Xalan, a quien se lo contó su marido, Warsame, tras oírlo de un hombre del servicio de inteligencia de Puntlandia, Taxliil se dirige a Bosaso con un par de extremistas entrenados por Al Shabab. Warsame y Xalan viven en Bosaso y se han ofrecido a hospedar a Ahl cuando llegue a la región dentro de unos días en busca de Taxliil. Nadie sabe con seguridad el paradero de una veintena de jóvenes estadounidenses de origen somalí que han desaparecido de sus hogares (en diversas partes de los Estados Unidos, pero sobre todo en Minnesota), pero el rumor de que Taxliil ha sido enviado a Puntlandia con la misión de hacer de enlace con los piratas en un intento de establecer un puente entre ellos y Al Shabab, parece cada vez más plausible. Se dice que Taxliil ha actuado en dos ocasiones como intérprete de una delegación de las Cortes para ayudarles a comunicarse con los rehenes, algunos de ellos musulmanes, capturados por los piratas somalíes.

Últimamente Ahl tiene el cuerpo desequilibrado, tanto que en ocasiones ha sido incapaz de coordinar las exigencias físicas más elementales. Hace un mes se despertó justo antes del amanecer de un sueño profundo y con unas enormes ganas de orinar. Se levantó y fue al baño corriendo, pero no pudo contenerse; se lo hizo encima como un bebé.

Malik y Jeebleh prometieron preguntar por Taxliil cuando llegaran a Somalia e intentar seguir la pista de sus movimientos por todo el país, pero Ahl sabía que tendría que acudir a Puntlandia en persona. Por supuesto, no hay garantía alguna de que Taxliil esté allí, ni que ninguno de ellos —Ahl, Malik o Jeebleh— vayan a localizarlo. Ni tampoco, en el caso de que lo hagan, que el joven esté dispuesto a volver con ellos a Minneapolis.

Hoy día, preparar un viaje a Somalia no es nada sencillo. El país ha estado sumido en la agonía de una violencia interminable las dos últimas décadas. Ahl y Malik, que nacieron y se criaron en Adén, crecieron con la idea de que Somalia era solo la tierra de su padre, y ni siquiera el viejo conoció o visitó jamás Somalia. Aun así, se aseguró de que sus hijos hablaran el idioma desde la niñez. De manera que

aunque el país sea desconocido, los problemas de Somalia no han estado muy lejos de sus pensamientos.

Preparándose para la visita, Ahl se ha puesto las vacunas requeridas y ha empezado a ingerir cada semana medicación contra la malaria. También ha estado recopilando toda la información posible sobre Puntlandia, leyendo cuidadosamente mapas y consultando a otros acerca de qué hacer, adónde ir y con quién contactar. Ha estado en comunicación con Xalan, a la que Yusur conoce desde la infancia. Ahl ha sabido por ella que el sobrino de Xalan, Ahmed-Rashid, el hijo de su hermana mayor, lleva desaparecido más de un año de Columbus, Ohio, tras esfumarse durante su primer año de estudios en un centro de formación profesional de dicha localidad. Pero como la madre del muchacho, Zaituun, no parece preocupada por su desaparición, Xalan, Warsame y el resto de la familia se comportan como si a ellos tampoco les preocupara. Quizá tenga algo que ver con el resentimiento que hay entre las dos hermanas, Xalan y Zaituun, aunque ambas vivan en Bosaso. En cualquier caso, Yusur le ha asegurado que eso no perjudicará a su relación con Xalan.

Ahl espera que así sea y le ha informado de las fechas de su visita a Xalan, confiando en que, con la ayuda de su marido, disponga medidas de seguridad para él. De todos modos, prefiere hospedarse en un hotel al menos los primeros días, aunque solo sea para hacerse una primera impresión del lugar y decidir sus prioridades. Ya tiene un billete de ida y vuelta a Bosaso, vía París y Yibuti. Xalan se ha ofrecido a recogerle en el aeropuerto y ha confirmado que le ha reservado una habitación de hotel.

Sentado ante un libro sobre Puntlandia, Ahl tiene el teléfono móvil a mano, y está deseando que suene; también tiene a su alcance el teléfono fijo. Aguarda con ansiedad noticias de Malik, que acaba de llegar a Mogadiscio. Quiere saber si todo ha ido según lo previsto. La noche anterior, mientras Yusur estaba en el turno de noche, se quedó despierto hasta tarde viendo los telediarios de Al Jazeera, BBC World Service y CNN, y complementó la información obtenida de dichas fuentes leyendo periódicos estadounidenses y europeos en línea. Está ansioso por conocer las últimas noticias acerca de la inminente invasión etíope de Somalia.

Suena el teléfono: Yusur le pregunta si tiene noticias de Malik. Cuando él le responde que Malik no ha llamado, a ella se le escapa un gemido. Ahl se recuerda a sí mismo que ha de ser fuerte, por el bien de todos. Su mujer acostumbra a arrastrarlo a un grado de desaliento en el que la vida se convierte en una carga y no existe nada más que desesperación. Es propensa a largos episodios de depresión; en ocasiones le ha resultado difícil conservar un puesto de enfermera en un hospital. Últimamente hace turnos de noche en una residencia de ancianos y rara vez vuelve a casa, ni siquiera de día. En una residencia siempre hay algo que hacer, sobre todo para una madre que llora desesperadamente a su hijo desaparecido.

Yusur cuelga, porque no logra detener su llanto.

Cuando Ahl llegó a Minneapolis-St. Paul a mediados de la década de 1980, solo había otra somalí en la ciudad, una joven y encantadora estudiante de Arte. A él lo habían contratado desde el Reino Unido, donde se había doctorado en Lingüística por la Facultad de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres, para que diera clases en el Departamento de Educación de la Universidad de Minnesota. Compró un piso en el centro de St. Paul, lo bastante grande para hospedar a Malik dos o tres veces al año, los periodos entre un encargo y otro para el diario de Singapur en el que publicaba sus artículos. Ambos hermanos se mantuvieron apartados de la comunidad donde se habían criado y hacían muy poca vida social, tanto con los yemeníes con los que habían crecido en Adén, como con la nueva afluencia de somalíes con los que compartían unas raíces muy laxas. Más tarde, cuando Minnesota se llenó de somalíes porque el gobernador ofreció mejores servicios que a los que podían acceder en San Diego, Nashville u otros lugares en los que se habían concentrado en un principio, los dos hermanos se comunicaban en cualquier idioma con el que no pudieran entenderlos quienes los rodeaban: somalí cuando estaban entre árabes, chino cuando estaban entre somalíes, e inglés entre ellos o cuando querían hacerse entender.

Malik se labró una reputación como corresponsal extranjero. Su madre regresó a Malasia para cuidar de los abuelos, y su padre volvió a su tierra ancestral, Somalia, donde curiosamente se instaló en las praderas del norte y cuidaba de cientos de camellos que compró con ayuda de los pastores que empleaba. El viejo se volvió totalmente nativo, como le gustaba decir a Malik, y se casó con una mujer todavía adolescente para seguir teniendo descendencia, pues esperaba garantizar que su estirpe no se extinguiera antes de tiempo; responsabilidad que ya no confiaba en que ninguno de sus hijos asumiera.

Los dos hermanos estaban muy unidos y cada cual desempeñaba un papel muy importante en la vida del otro. Si bien no mantenían contacto habitual con ninguno de sus progenitores, se esforzaban por ponerse al corriente de su paradero, de sus problemas, de sus empeños y de sus éxitos. De vez en cuando Malik desaparecía durante varios meses para cubrir alguna guerra terrible en otro país miserable y remoto. Después regresaba, agotado de viajar y necesitado de que Ahl escuchara sus aventuras y leyera los artículos que había escrito. Una sucesión de mujeres inteligentes se habían enamorado de él, y había mantenido breves aventuras con la mayoría de ellas.

El primero en casarse fue Ahl. Conoció a Yusur, una somalí siete años más joven, en un curso para refrescar cuestiones de salud pública destinado a somalíes recién llegados a Minneapolis. Ahl había dado una conferencia sobre la enseñanza de la gramática somalí a hablantes no nativos. Yusur y él entablaron una amistad sincera inmediatamente, al poco de empezar a hablarse. Sin embargo mantuvieron una distancia deferente durante bastante tiempo, conscientes de que no era posible

intimidad alguna entre ellos. Ella vivía sola y tenía un bebé. Más tarde Ahl se enteró de que estaba casada, pero que el matrimonio era un fracaso. El bebé era demasiado pequeño para dejarlo en una guardería, así que Yusur tuvo que contratar a una niñera durante varios meses para poder seguir trabajando y estudiando a la vez. Resultaba enojoso. El zángano de su marido mascaba *qaat* a diario con sus amigotes, que también estaban en el paro. Todos ellos cobraban subsidios y, si podían, vivían a costa de sus mujeres.

La maldad del marido de Yusur pasó de castaño oscuro: violó a la canguro. Estuvo dos noches en el calabozo, y luego fue procesado y enviado a prisión a cumplir condena. Los padres políticos de Yusur se enfadaron mucho con ella, porque se negó a pagar al abogado que contrataron para defenderle. Y cuando, una vez cumplida su sentencia, lo pusieron en libertad y ella se negó a volver con él, su familia política se enfureció tanto que la amenazaron con hacerle daño. Al final, la familia del sujeto lo envió a Detroit una temporada para que no siguiese manchando el apellido y luego lo ayudó a mudarse a Toronto, donde presentó papeles como si fuera un somalí recién llegado gracias a un ligero cambio en el orden de sus apellidos.

Cuando Ahl se enteró de las dificultades de Yusur, se ofreció a ayudarla. La animó a trabajar a media jornada durante un mes, y luego durante más tiempo. Después le «prestó» a su criada, una filipina. Seis meses más tarde consiguió una plaza para su hijo en una guardería del barrio con la ayuda de un «benefactor anónimo». La discreción es el punto fuerte de Ahl, y Yusur lo admira por ello.

Antes de convertirse en marido y mujer, Yusur y Ahl se estuvieron viendo discretamente durante mucho tiempo. Celebraron una boda íntima, solo Malik y sus padres estaban al tanto. Su madre los honró con su presencia, pero su padre no quiso asistir. El telegrama que envió desde Hargeisa decía: «Os doy mi bendición».

Para entonces el muchacho, Taxliil, conocía a Ahl lo suficiente para pasar con él un fin de semana entero en su compañía cuando su madre estaba trabajando. Taxliil y Ahl desarrollaron una relación de padre e hijo y, aunque no lo llamaba «papá», Taxliil se comportaba con Ahl como si lo fuera. Dado que el verdadero padre del muchacho había desaparecido en un agujero negro del que era improbable que saliera, Yusur emprendió los trámites necesarios para que Ahl fuera el tutor legal del niño. Sin embargo, la familia política reaccionó tan mal que Ahl le recomendó renunciar a la idea.

De todos modos, Ahl se aseguró de que a Taxliil no le faltara de nada. Era consciente de que, para la mayor parte de los niños somalíes de la diáspora, la vida podía ser casi una carga: castigos en casa, humillaciones en el colegio, madres criando a sus hijos sin ayuda, y padres que raras veces participaban en la educación de su descendencia. En muchos hogares, los parientes iban y venían de Somalia relatando historias de terror acerca de lo que estaba pasando en su país. Los teléfonos sonaban a las dos, las tres o las cuatro de la madrugada, y quien llamaba solía

necesitar dinero para pagar el entierro de un pariente que había muerto en una escaramuza entre las milicias. Como consecuencia de tanta agitación y debido al ruido constante de la televisión, a menudo los jóvenes carecían de la voluntad, la tranquilidad de espíritu y del tiempo para hacer las tareas escolares.

Gracias a Ahl, sin embargo, ese no fue el caso del hogar en el que se crio Taxliil. Los tres formaban el núcleo familiar: un hombre, una mujer y un niño; de vez en cuando los visitaba el tío Malik, que era un modelo de conducta ideal para un muchacho. En aquel hogar había orden y mucho cariño. Ahl sacaba tiempo para supervisar los deberes de Taxliil. Dos veces por semana el chico iba a la mezquita del barrio para recibir instrucción religiosa de un maestro somalí que tenía conocimientos rudimentarios de árabe, y a menudo Ahl lo corregía sutilmente sin poner en evidencia los defectos del maestro.

En el primer día del instituto, Taxliil conoció a un muchacho kurdo de ojos verdes, Samir. Se hicieron amigos inseparables. Hacían deportes juntos y se entretenían con juegos de palabras y de ordenador; se intercambiaban la ropa, nadaban y daban largos paseos los fines de semana. Se alentaban el uno al otro para hacer realidad sus ambiciones. Ninguno de los dos admitía conocer lo que significaba la palabra «imposible». Hacer las cosas bien no bastaba; ellos las hacían mejor que nadie.

Durante unas vacaciones de verano, Samir viajó con su padre en un avión con destino a Bagdad para visitar Irak por primera vez desde la invasión estadounidense. Estaba sentado en la parte trasera del coche con sus abuelos y su padre iba delante, con el conductor, el tío de Samir, cuando un marine norteamericano los detuvo ante un puesto de control. Samir se bajó rápidamente y esperó junto al arcén, lejos del vehículo. Su padre y su tío echaron una mano mientras el abuelo buscaba su bastón y su abuela empujaba el andador. El joven marine decidió que estaban tardando demasiado y abrió fuego, matando a todos menos a Samir.

De vuelta en Minneapolis-St. Paul, Samir se volvió un muchacho taciturno. Por solidaridad, Taxliil se encerró en su habitación y empezó a preferir estar solo que acompañado. Comenzó a hablar de manera entrecortada, como si tartamudeara. Se comportaba de forma irreconocible, se quedaba solo, enfurruñado y de un humor sombrío. Continuó viendo a Samir, pero su vida en común carecía de la diversión y de la vitalidad de antes. Samir habló de que debía atender sus «responsabilidades religiosas» y poco después desapareció de la vista. Aproximadamente un mes más tarde su foto se publicó en el *Star Tribune*. El pie rezaba: «Un joven de la localidad se convierte en terrorista suicida en Bagdad».

El FBI llegó a primera hora de la mañana siguiente y cayó con una excesiva dureza sobre Taxliil, Ahl y Y usur, como si hubieran sido ellos quienes habían detonado la bomba que provocó la muerte de los soldados. Se los llevaron en vehículos distintos y les tomaron las huellas dactilares, luego repasaron sus declaraciones juntos y por separado una y otra vez. Taxliil tuvo que soportar largas

horas de interrogatorio con amenazas reiteradas. El FBI también mostró un gran interés en Ahl, por su lugar de nacimiento y por que él, Yusur y Taxliil vivían ahora en una casa que estaba cerca de las rutas de evacuación a lo largo del Misisipi. Un agente del FBI lo acusó de ser un captador de reclutas para grupos radicales del mundo musulmán.

Los agentes asignaron a Yusur el papel de testigo. Al conocer su historial, la trataron con amabilidad. Según la versión policial, aquella mujer había pasado de las manos de un violador a las de un hombre de tendencias subversivas, hermano mayor de un periodista con acceso a fuentes yihadistas gracias a sus contactos. El agente le preguntó a Yusur si creía posible que Ahl reclutara a Taxliil como terrorista suicida. Le sugirieron que se quitara ese peso de encima; ellos eran sus amigos y querían lo mejor para ella. ¿Quiénes eran los amigos de Ahl? ¿Con quién contactaba y cómo lo hacía?

Finalmente el FBI les dio a los tres el visto bueno. Aun así les dijeron que informaran a la agencia de cualquier actividad sospechosa. En caso de que no lo hicieran, reabrirían sus expedientes.

Ahl está sentado con el teléfono móvil a mano, pero no suena. Cree que la mala suerte persigue a los infortunados somalíes que huyeron de su patria en guerra, que desafiaron los mares y soportaron la violación, el acoso cotidiano, la corrupción y el abuso. Precisamente cuando estaban en territorio seguro, se volvieron unos contra otros: los jóvenes organizaron bandas armadas, como si se hubieran propuesto demostrar que se les daba mejor la crueldad que a sus mayores. La violencia entre los somalíes en Minnesota-St. Paul rivalizaba con la violencia entre somalíes en su antigua patria desgarrada por la guerra civil. ¿Por qué los somalíes parecen portadores de la mala suerte?

La siguiente vez que la mala suerte llamó a la puerta, Taxliil estaba listo para seguirla. Lo llevó de vuelta a Somalia; la ruta era un secreto, el origen de los fondos que pagaron su billete de avión era un misterio, sus responsables un rompecabezas y la identidad de quienes lo reclutaron un enigma. Cuando Ahl decidió ir a Somalia, Yusur le preguntó por qué iba a arriesgar la vida por el caso sin esperanzas de un muchacho que había desaparecido Dios sabe dónde. Ahl respondió diciendo que quería reducir el número de incógnitas. Y añadió:

—No quiero arrepentirme demasiado tarde de no haber ido a buscar a nuestro hijo. Correr este riesgo es lo menos que puedo hacer.

Ella se emocionó hasta las lágrimas.

A menudo las noticias que llegan de Somalia no son más que habladurías reforzadas por chismes y alimentadas por rumores. Ahl y Yusur solo habían conseguido dilucidar que Taxliil se había unido a la brigada juvenil de voluntarios somalíes reclutados en el seno de las comunidades de la diáspora y destinados a

campos de instrucción donde los convertirían en yihadistas. Ahl sacude la cabeza ante la idea de que a un Taxliil inocente, engañado por un imán al que había elegido como modelo de conducta, pudiera sucederle algo malo. No quiere ni pensar en lo que sería de él y de Yusur si algo terrible le sucediera a Taxliil.

Cansado de esperar en vano noticias de Malik, se dirige al Centro Comercial de Baraka para que un pariente de Yusur que tiene una tienda allí le proporcione algunos números de teléfono adicionales de Bosaso. En cuanto sale del coche su mirada se topa con la de uno de los tíos de Taxliil, que le da la espalda groseramente, sin sonreírle o saludarle siquiera. A Ahl le disgusta que ni siquiera se moleste en preguntar si hay noticias de su sobrino. Seguramente no le habría dicho gran cosa, y desde luego no que se iba a marchar a Somalia a buscar al muchacho desaparecido. Ahl es consciente de que los parientes del antiguo marido de Yusur los culpan a ellos de lo sucedido, dado que Yusur y él tienen la custodia de Taxliil. Se marcha cabizbajo y entonces levanta la vista ante la señal que dice: BIENVENIDOS AL CENTRO COMERCIAL DE BARAKA. La lee despacio en inglés y luego en voz alta en somalí.

El centro comercial somalí de Minnesota-St. Paul abrió hace unos cuantos años. Fue idea de un emigrado bangladesí —o más bien pakistaní— que lo compró a precio de saldo cuando era un taller de reparaciones de automóviles abandonado, y lo subdividió en tiendas de diez metros por diez metros y quioscos de seis metros por ocho. Se los alquiló a somalíes que necesitaban abrir negocios para complementar los escasos ingresos que sus familias recibían del Departamento de Bienestar Social. El proyecto funcionó bien para el bangladesí y logró recuperar su inversión. Ahl no sabe si el rumor de que cobra unos alquileres más altos que el precio de mercado es cierto o meros chismorreos, pero está claro que la empresa ha sido un éxito.

En el laberinto de pasillos estrechos, los mercaderes somalíes venden ropa y productos típicos del país, así como bienes importados principalmente (pero no solo) del golfo Pérsico y del subcontinente indio. Los somalíes, sin saber inglés ni tener cualificaciones profesionales de ninguna clase ni la posibilidad de encontrar otros empleos, han instalado estos tenderetes y abierto restaurantes, peluquerías, tiendas de música y de películas. Este centro comercial ha creado una simbiosis y son muchos los que acuden allí a intercambiar noticias sobre su país. Los somalíes encargados de dirigir el centro han acordado no emitir noticias televisadas como las de la CNN o la BBC, temiendo que pueda provocar arrebatos, y solo emiten canales deportivos.

Ahl camina por el estrecho pasillo iluminado por fluorescentes. Pasa por delante de una agencia de viajes, una tienda de telas y puestos especializados en joyería importada del Golfo. Una gran tienda, con el escaparate protegido por una reja metálica delante, promete transferir el dinero del cliente a manos del destinatario en cualquier parte de Somalia en menos de veinticuatro horas.

Sube las escaleras hasta la primera planta y, tras pasar otras dos tiendas siguiendo un pasillo más corto, entra en un establecimiento. El propietario levanta mucho la voz

mientras habla por teléfono; los somalíes tienen la costumbre de hablar a gritos cuando hacen llamadas telefónicas internacionales, como si a mayor distancia que han de recorrer sus voces, más alto tuvieran que hablar. Los transeúntes se detienen, se quedan mirando y siguen su camino; muchos sacuden la cabeza, pese a que también ellos gritan tan animadamente como este hombre cuando hacen llamadas internacionales.

Mientras Ahl aguarda, la voz de este hombre aumenta de volumen por segundos, y de repente desconecta y se calla. Se vuelve hacia Ahl, le saluda cálidamente y luego abre un cajón y saca una hoja de papel con números de teléfono apuntados. Sus labios se mueven como los de un niño que deletreara una palabra nueva, y a continuación dice en su tono normal:

—Aquí tienes, los números que querías.

Ahl asiente con la cabeza.

—Gracias.

—Acabo de hablar con Warsame —dice Noventa Decibelios—. Y todo va bien, según lo prometido.

A Ahl le alivia que Noventa Decibelios no le confunda enumerando los nombres de los parientes de Yusur, a los que se supone que debería conocer pero a los que no conoce; no tiene el menor deseo de verse envuelto con su parentela política si puede evitarlo, y no lo hará a menos que la situación lo requiera. Mientras se fija en los nombres que figuran en la hoja de papel arrancada del cuaderno de ejercicios de un niño, Ahl es consciente de estar topándose con un catálogo de relaciones fruto de la sangre, del matrimonio o de las dos cosas. Ahí es donde el hecho de haberse criado en el seno de un pequeño núcleo familiar no le ayuda nada. Para manejarse bien en Somalia, uno memoriza y utiliza cotidianamente una multitud de detalles que tienen que ver con quién está emparentado con quién. La mayoría de los hablantes de somalí no pueden dejar de mencionar los nombres de los clanes a los que pertenecen aquellos de los que hablan, por lo que a menudo Ahl se encuentra muy confundido.

Noventa Decibelios prosigue:

—Xalan y Warsame están informados de tu llegada, y uno de ellos o los dos acudirán a recogerte en Bosaso y te llevarán al hotel.

Suena el teléfono y Noventa Decibelios responde. Con gran sorpresa por parte de Ahl, Noventa Decibelios baja ahora el volumen de su voz a cuarenta decibelios. Ahl da por supuesto que debe de estar hablando con alguien de por aquí, puede que de la tienda de al lado. Cuando cuelga, Noventa Decibelios le pregunta:

—¿Irás en busca de Taxliil?

Ahl se azora, pero dice con cara de póquer:

—No tenemos ni idea de dónde está.

—¿Me estás diciendo que todavía no tienes noticias de tu hijo?

—Aguardamos y no perdemos la esperanza.

Cuando suena el teléfono y el volumen de voz de Noventa Decibelios sube a

ciento cincuenta decibelios, Ahl decide que ha llegado el momento de irse. Mientras se marcha, gesticula con los labios diciendo «Muchas gracias por tu amabilidad».

Dhoorre, con batín, pijama y zapatillas, no para de moverse mientras duerme incómodamente en un banco del jardín. De pronto se despierta sobresaltado y muy necesitado de afeitarse.

Le cuesta un rato recordar que salió al porche para observar más de cerca un pájaro precioso, de pico inmenso y una mezcla de plumas coloridas, que había despertado su admiración. Entonces una ráfaga de viento cerró la puerta a sus espaldas y no pudo volver a entrar. Desaparecido el pájaro, caminó por el jardín desatendido, donde a los árboles se les desprende la corteza y los arbustos están raquíticos debido a la falta de cuidados. Temía toparse con gentuza de la ciudad acampada en el terreno o con alguien que estuviera huyendo de los combates, que últimamente han sido feroces. La propiedad, después de todo, ya no significa lo mismo que antes. Sabe de lo que habla. Vivió en esta ciudad y tuvo varios inmuebles, algunos de los cuales alquilaba. En otro tiempo fue un hombre importante en Mogadiscio. Hoy es un hombre sin propiedades que vive en una casa alquilada por su hijo.

Sin libros que leer y nadie con quien hablar se quedó dormido en el banco del jardín. Ahora le duelen los huesos, y la ciática le ataca sin clemencia. Recuerda haber tenido un dulce sueño en el que él y un amigo de la infancia estaban viendo una de sus películas italianas favoritas, *El limpiabotas*, de Vittorio De Sica. Recuerda la cautivadora belleza del plano que sigue a los dos chicos cabalgando por Roma. Dos muchachos que viven en la inocencia hasta que la tragedia se abate sobre ellos. En esta ciudad no hay inocencia. Todos los habitantes son culpables, a fin de cuentas, pese a que ninguno quiera admitirlo.

Se levanta cuan largo es, bosteza pausadamente, estirando primero los brazos y luego las piernas hasta que piensa que se ha excedido. Para un hombre de su edad conserva la mente lúcida, pero tiene el cuerpo tan retorcido como una rama joven de eucalipto. Nota cómo se le suelta el cinturón de la bata, dentro de un instante estará casi desnudo. No es que importe; supone que está solo y que su hijo, su nuera, su camada de nietos y la criada han salido. Les hará gracia encontrárselo en el jardín sin afeitarse, sin asearse, en pijama y bata.

De repente se le acelera el corazón; escucha unos ruidos procedentes del interior de la casa y es consciente de que eso solo puede significar peligro. Se pregunta qué debe hacer. Está a punto de dar la vuelta a la casa para descubrir si hay alguna forma de entrar por una ventana trasera, cuando de repente se abre la puerta principal y aparece un jovenzuelo que lleva una ametralladora que abulta más que su persona. El anciano y el muchacho se miden con la mirada. Dhoorre piensa: ¿Y si reaccionara como si el chico estuviera sujetando un arma de juguete? ¿Y si se dijera a sí mismo que aunque ese no sea el caso, el jovenzuelo no sabe disparar y no puede representar una amenaza demasiado grande?

—¿Qué hacías ahí dentro? —pregunta, hablándole como le hablaría uno a un nieto travieso.

—¿Qué haces tú aquí fuera? —dice el muchacho.

Observándolos y escuchándolos a ambos, uno no sabría distinguir al huésped del anfitrión, si es el muchacho quien monta guardia a la entrada de la casa, o el anciano aturdido y entretenido. Aturdido porque no sabe qué hacer; entretenido porque no logra imaginar que semejante jovenzuelo lo asuste. Sin embargo, en la actitud de Dhoorre se percibe la incertidumbre cuando el muchacho insiste:

—Responde a mi pregunta.

Dhoorre se dice que el chico le está echando valor porque lleva un arma y eso le infunde la bravuconería hueca de un cobarde. ¿Pertenece a la categoría de los que suplican piedad cuando las cosas se ponen feas?

El muchacho endurece su tono de voz.

—Responde antes de que se me acabe la paciencia, viejo. ¿Qué estás haciendo aquí fuera, casi en harapos, en el jardín?

Dhoorre responde:

—El viento me dejó en la calle al cerrarse la puerta a mis espaldas cuando salí a disfrutar un poco del aire fresco en el jardín, y como no podía volver a entrar, me eché la siesta en el banco. Ahí —dice señalando el banco, y con un deje de genuino estremecimiento en la voz.

El muchacho piensa: ¿Y si me equivoco con el anciano, al que en un primer momento tomé por un vagabundo que no tiene más que los harapos que le ha prestado un pariente? El típico indigente salido de la calle sin su plato para limosnas, buscando que lo acojan.

—Conque el viento, ¿eh?

—Así es, el viento.

El muchacho no parece convencido.

—¿Y dónde está tu ropa?

—Dentro.

Jovenzuelo reflexiona sobre su próximo movimiento y las consecuencias si resulta que el viejo vive, en efecto, en la casa. Le mira fijamente, preguntándose cómo hacerlo desaparecer antes de que llegue el equipo de avanzada. Podría actuar como un insurgente entrenado: disparar primero y explicar después que se encontró a este despreciable vagabundo en el jardín insistiendo en que vivía ahí. Pero la opción de pegarle un tiro al anciano no le agrada. Ahora bien, ¿qué explicación le dará al cabecilla de su célula cuando aparezca?

—Me llamo Dhoorre —dice el anciano con la mano tendida, dispuesto a estrechar la del muchacho. Cuando este no reacciona, Dhoorre añade—: Al menos dime cómo te llamas.

Entonces da un paso veloz hacia el chico y otro hacia la puerta. El chico tensa los músculos del cuello y de la mandíbula en un ademán más amenazador. Levanta el

AK-47 y lo pone en modo automático, acto que le imprime la compostura de un boxeador que acaba de ganar por KO en el segundo asalto.

—Yo de ti no haría el tonto —dice—. Tú verás si me quieres tomar por un descerebrado. Como hagas un movimiento en falso, eres hombre muerto.

A Dhoorre se le nubla la cabeza con nuevas inquietudes, que se apiñan en ella como un grupo de hombres mal vestidos expuestos de repente a un frío impropio para la época. Es lo más cerca del peligro que Dhoorre ha estado en sus más de setenta años de vida. Se alisa el poco cabello que le queda con la mano, pese a que su cabeza esté tan falta de pelo como de ideas nuevas. ¿Cómo lograr que sus súplicas de paz influyan sobre una mente joven que solo conoce la violencia? Se aproxima más al muchacho, ya sin miedo.

—Adelante —dice—. Me da igual. Dispara.

—No lo haré a menos que sea necesario —dice el muchacho.

Emprenden un baile de trompicones mal coreografiado.

—¿Qué ocurre? —le reta Dhoorre.

—Un paso en falso y eres hombre muerto.

En el forcejeo que entablan en busca de posiciones favorables, Dhoorre ha quedado de espaldas a la puerta. Lo único que tiene que hacer es retroceder un paso para meterse en la casa y dejar al muchacho fuera. Pero ¿con qué fin?

—¿Por qué estás aquí armado?

—No estoy autorizado para decírtelo.

La palabra «autorizado» saliendo de un ser tan diminuto impresiona a Dhoorre. Quizá sea uno de esos chicos de los que ha oído hablar, la nueva orden de jóvenes entrenados para la causa que, pese a recibir su instrucción de manos de terrícolas, atribuyen sus acciones a la inspiración divina. Ha oído hablar de muchachos como este, a los que Al Shabab secuestra y luego forma como terroristas suicidas, chicos y algunas chicas que se consideran mártires comprometidos con elevados ideales. Pero ¿qué querrá este chico? O más bien, ¿qué querrán sus superiores? ¿Y por qué aquí, por qué él y su familia? Tiene que quitarle de la cabeza al muchacho la idea de que él, Dhoorre, alberga algún resentimiento contra los ideales integristas, es solo que da prioridad al diálogo y a la paz.

—No soy enemigo de tu causa —dice Dhoorre.

Sus miradas se topan, y los ojos del muchacho delatan que desea ansiosamente comprender la súbita amabilidad del viejo. La de Dhoorre desprende una sagacidad más incisiva, y su actitud se vuelve más confiada.

—Dime lo que quieres que haga y lo haré —añade.

—Relájate —dice el muchacho—. Eso es todo.

—¿Cómo voy a relajarme cuando no me has dicho qué haces aquí en nuestra casa con un arma, amenazando con pegarme un tiro a mí, que soy un anciano de la misma edad que tu abuelo, si es que tienes? —pregunta Dhoorre.

—¿Nuestra casa, dices? ¿Cuántos vivís aquí?

—Mi hijo, su familia y yo.

La conversación la interrumpe el sonido del teléfono móvil de Jovenzuelo. Está horrorizado. Quizá el equipo de avanzada del centro de mando está ya en la verja esperando a entrar. Se le quiebra la voz, dice «Sí, Jeque» varias veces, inclinándose con ademán deferente ante su comandante ausente. Dhoorre capta un cambio abrupto en el lenguaje corporal del muchacho, como si acabara de darse cuenta de que ha cometido un error garrafal, quizá incluso haya desobedecido una orden. Por lo poco que saca en claro, el hombre al que llama Jeque le está reprendiendo.

Cuando por fin cuelga, el muchacho parece más nervioso y empieza a darle órdenes a Dhoorre:

—Sígueme al interior de la casa.

Cuando acaban de atravesar el umbral, el muchacho dice:

—Ve al cuarto de baño y echa el pestillo. Rápido. Y sin hacer ruido.

—¿Qué está pasando? —pregunta Dhoorre.

—Haré todo lo que pueda para salvarte el pellejo —dice el muchacho.

Cuando Dhoorre entra en el cuarto de baño, el chico cierra la puerta desde fuera también y luego acude a recibir a los hombres que están ante la verja.

Cuando aterriza en Yibuti, en el Cuerno de África, cuarenta y ocho horas después, Ahl se siente eufórico, como un hombre que tuviera puesta la mira en el mundo entero. Relajado, camina hasta el agente de Inmigración para charlar brevemente con él en somalí.

El viaje ha sido largo, el más largo que Ahl haya hecho en mucho tiempo. Y además casi tan agotador como cuando solía volar desde Europa en sus tiempos de estudiante, atravesando el mundo entero para visitar a su madre y a otros miembros de la familia en Malasia. Ahora bien, en aquella época él era más joven y le emocionaba muchísimo planificar sus viajes y realizarlos. Ya no es el caso, al menos no en esta ocasión. Hasta aterrizar en Yibuti, apenas ha obtenido placer alguno del viaje.

De momento todo ha salido adelante sin contratiempos. En París recogió el visado del consulado de Yibuti a tiempo para enlazar con el vuelo en Orly. Casi ni se molestaron en examinar su formulario en cuanto empezó a hablar en somalí, si bien lo hizo de manera vacilante al principio. Donde el formulario preguntaba por el motivo de su viaje, Ahl escribió «turismo», plenamente consciente de que mucha gente no considera Yibuti como un destino turístico, pese a que debería serlo por sus atractivos naturales. Por supuesto se sintió tentado de decir la verdad: que se dirigía hacia el Cuerno de África para buscar a su hijo perdido (en somalí no existe ningún equivalente de la palabra «hijastro»). En cualquier caso, por lo que ha leído, vale la pena visitar Yibuti. Los amantes de la naturaleza, en especial, admirarán el aspecto lunar del paisaje, que puede presumir de maravillas geológicas que no tienen nada que envidiar a las más singulares de cualquier otro punto de la tierra.

En el avión, el lenguaje operativo era el francés. Había un ejemplar de *Le Monde* de hacía dos días, con un artículo de portada acerca de un buque cisterna para productos químicos de propiedad noruega que navegaba con bandera panameña y había sido secuestrado por piratas somalíes en el golfo de Adén. La embarcación, de cincuenta mil toneladas, tenía una tripulación de sesenta miembros, dos tercios de la cual estaba compuesta por coreanos; el capitán era noruego. En una de las páginas interiores el artículo decía que los secuestradores estaban tratando bien a los rehenes, y que les permitían hablar por teléfono con sus familias una vez a la semana. A partir de las conversaciones entre los marineros y sus familias fue fácil averiguar cómo habían capturado el barco los piratas. Llegaron en lanchas motoras de fibra de vidrio de tres metros y medio de largo, escoltados por dos esquifes más pequeños con motores fuera borda; en las inmediaciones esperaba una nave nodriza. El barco, cargado hasta los topes, avanzaba más lentamente que las embarcaciones pequeñas. El segundo de a bordo, que en ese momento no estaba de servicio y fumaba un cigarrillo, alertó al capitán de la presencia de las lanchas. Sin embargo, antes de que el capitán consiguiera organizar una manera de repeler el ataque, una docena de

hombres armados había logrado acceder al buque cisterna mediante unas escaleras de nueve metros y, con las armas dispuestas y desplegándose en abanico, algunos de ellos se apoderaron de la cubierta, mientras los demás se abrían paso a tiros hasta la sala de máquinas antes de que los marineros tuvieran tiempo de atrincherarse dentro. El jefe de los piratas llegó a la cabina del capitán y le puso una metralleta en la frente, jurando que lo mataría a menos que ordenara a sus hombres que fueran donde se les dijera e hicieran lo que se les mandara. Entonces el jefe de los piratas le dijo al capitán que dirigiera el buque hacia el sudeste, rumbo a Garacad, que quedó a la vista al día siguiente. Al capitán se le permitió llamar a los armadores para informarles de la nueva situación. Entonces *Le Monde* citaba a un reportero de *France-Soir* que decía haber hablado con los piratas que habían secuestrado el barco. Según él no iban a liberar el barco a menos que les ofrecieran veinticinco millones de dólares.

Demasiado cansado para seguir leyendo, Ahl deja de lado el periódico. No obstante, mientras intenta dormir no puede parar de pensar en detalles relacionados con varios ataques previos: contra yates de lujo, contra un barco israelí que transportaba residuos químicos, contra un inmenso petrolero coreano que transportaba casi sesenta tanques y otro armamento pesado a un destino desconocido. No cabe duda de que los piratas habían recibido información de un confidente anónimo que sugirió que los bucaneros se aproximaran con solo dos esquifes y que atacasen por el lado de babor. De lo contrario era imposible que los piratas supieran que los marineros de guardia se concentraban en el lado de estribor. Más tarde, uno de los piratas dijo que también estaban al tanto de las características del cargamento, pues habían recibido información al respecto. A continuación, añadió que sabían que el cargamento interesaría a los medios de comunicación internacionales, pues se trataba de un envío de armas con destino a Sudán, que contribuiría a reavivar la guerra civil entre el norte y el sur.

Ahl era consciente de que otros buques cisterna habían caído en manos de los piratas, entre ellos el petrolero de propiedad saudí *Sirius Star*, tomado por un tropel de piratas implacables armados con lanzamisiles portátiles, lanzagranadas, kaláshnikovs y otras armas de pequeño calibre. Encabezados por un hombre con unos antecedentes aterradores, propenso a frecuentes ataques de ira y a apretar el gatillo ante la menor provocación, los piratas secuestraron el barco cerca de su guarida, en las cercanías de Hoby. Varios hombres de las Cortes entraron en liza diciendo que a los piratas no se les permitiría secuestrar barcos que pertenecieran a un país musulmán. Según los informes que se recibieron en Minneapolis, Taxliil había actuado como intérprete para esta delegación.

En otra ocasión circularon persistentes rumores de que Taxliil había escoltado a los enviados de las Cortes para reunirse con una delegación que llegó a Kismayo tras la captura de un barco de bandera iraní en Puntlandia. Se dijo que el barco estaba anclado cerca de la antigua ciudad histórica de Eyl, junto con varios navíos más secuestrados en sus inmediaciones. Mientras las negociaciones para la liberación de

este barco se prolongaban durante meses, por la ciudad se extendió el rumor de que los piratas designados para vigilarlo estaban empezando a perder gran parte de su vello y a padecer sarpullidos y quemaduras en la piel. Uno de los piratas habló con la prensa local de la exposición a radiaciones o a elevadas dosis de residuos químicos transportados por el barco.

Ahl está a punto de quedarse dormido cuando oye al capitán anunciando que dentro de unos minutos comenzará el descenso hacia Yibuti y que los pasajeros deben permanecer con los cinturones de seguridad abrochados.

Ahl está acostado en la cama de su habitación de hotel, completamente vestido y esperando que le traigan una tarjeta SIM local para poder enviarle un mensaje de texto a su mujer y a Malik haciéndoles saber que ha llegado sano y salvo. El aire acondicionado está puesto, y en la televisión de Al Jazeera se oye hablar en árabe a todo volumen. Mientras escucha, medita en que cada década acarrea sus propios problemas políticos: los palestinos secuestraban aviones por motivos políticos, las Brigadas Rojas italianas secuestraron a Aldo Moro, la banda Baader-Meinhof asesinó a banqueros y altos funcionarios gubernamentales. Igual que Al Qaeda y sus filiales, de la que Al Shabab pretende formar parte en Somalia. A despecho de las distintas formas de operar y las diferencias de origen de sus adeptos, las une el uso del terrorismo con fines políticos. Hubo una época, durante la década de 1960, en que ciertos movimientos de base universitaria se dedicaron a la agitación política, aunque no con mecanismos tan sangrientos. En la actualidad hay regiones enteras consideradas «regiones terroristas», y se dice que naciones enteras «acogen al terrorismo». Los comentaristas occidentales informados de la actualidad reciente incorporan al islam a la ecuación y lo meten en la disyuntiva, como si la idea de aterrorizar estuviera en la constitución genética del musulmán y olvidando que a manos del terrorismo mueren más musulmanes que no musulmanes.

Ahl oye a las criadas en el pasillo armando alboroto por una escoba que falta y llegando poco menos que a las manos. ¡Cómo quisiera que los somalíes de Minnesota se mostrasen tan preocupados por la desaparición de sus hijos como estas mujeres por la desaparición de una escoba o como el pueblo chileno por sus «desaparecidos» en su día! Pero mientras que el mundo castigó a Pinochet por sus violaciones de los derechos humanos, nadie dice nada contra los imanes somalíes en Minnesota responsables de la desaparición de jóvenes. El sentimiento que prevalece entre los somalíes es que se trata de un «asunto entre clanes». Vaya una maldición, piensa Ahl. A los somalíes, haraganes hábiles en levantar pantallas de humo a su alrededor, les encanta confundir las cosas. Rara vez se los puede arrinconar, porque saben cómo dar largas.

Suena el teléfono de la habitación; desde la recepción le dicen que ha llegado su tarjeta SIM. Ahl baja a recogerla de inmediato y después envía breves mensajes a Yusur y Malik, dándoles su número de móvil de Yibuti, que será válido solo durante

veinticuatro horas. Cuando se entera de que las oficinas de las aerolíneas abren a las cuatro, decide dormir un poco.

En un sueño muy nítido se encuentra con una mujer somalí a la que no conoce, en una habitación y una ciudad desconocidas. Durante mucho rato no hablan de nada en especial. Salen a dar un paseo, suben por una montaña, entran en un valle sumamente verde, el follaje brillante, la sombra de los árboles deliciosa. Para hacerle hablar, una masajista le ofrece un masaje.

Al despertar se siente descansado.

Sale del hotel y gira a la izquierda en busca de algo para comer. Lleva una gorra con la que protegerse del resplandor y el calor del sol de mediodía. Aquí el sol es muy, muy fuerte, no da tregua ni afloja, lo cuece todo y acorta las sombras casi hasta el punto de borrarlas. Sabe, porque ha vivido en Yemen, que las sombras de la tarde emergen solo después de que el sol pierda la furia.

Yibuti es un pequeño país atrapado en el punto de mira de varias tendencias. Comparte una pequeña frontera con Somalia; está cerca de Yemen; se encuentra a lo largo de una importante vía acuática, el Bab el Madeb, y vive pegado a Etiopía y Eritrea. Los ojos del mundo occidental están puestos en Yibuti, y la OTAN mantiene una presencia importante en su suelo. Es un milagro que este país siga existiendo y luchando con sus particulares argucias por mantener su rincón.

Rodeado por la riqueza histórica de la región, Ahl revive la nostalgia y camina con la lentitud de un hipopótamo tras una pelea, asimilando la variedad políglota que hay en Yibuti: árabe yemení, somalí, amárico, francés y tigrina. En alguna parte ha leído que se ha demostrado en la zona la existencia de una agricultura sofisticada que se remonta a cuatro mil años atrás. Las pruebas decisivas extraídas de la tumba de una joven son del año 2000 a. C., o incluso más antiguas. Ahora está impresionado por el cosmopolitismo de la ciudad.

El ruido de niños corriendo por doquier le llama la atención: un perro persigue a cinco o seis chicos, uno de los cuales parece haber salido corriendo con su hueso, quizá para comérselo; sus amigos se han apuntado a la carrera por diversión, pero el perro quiere que se lo devuelvan. Un somalí, que habla en yemení y está parado delante de un restaurante, comenta que los chicos no están tanto haciendo travesuras como buscando algo que comer. No dejan a los perros comerse los huesos en paz.

Ahl le pregunta al hombre si su establecimiento está abierto. Este le dice que sí, y empiezan a hablar. Resulta que el yemení se trasladó desde Mogadiscio a Yibuti tras el estallido de la guerra civil en Somalia. Ahl pide cordero e *injera*, la fina masa que los etíopes elaboran con *teff*, un grano similar al mijo que se cultiva exclusivamente en las tierras altas del país y que se muele para hacer harina. A Ahl le encanta la textura esponjosa de la *injera* y su ligero sabor amargo.

El yemení le pregunta de dónde es, y Ahl le dice que se dirige a Bosaso.

—Entonces es que te dedicas a los negocios —dice el yemení.

—¿Conoces Bosaso?

El yemení alaba Bosaso y la describe como una ciudad en rápida expansión. Dice conocer a un par de personas que se están haciendo muy ricos con negocios dudosos, como la piratería y el contrabando de personas. Cuando le presiona se niega a dar nombres, limitándose a identificarlos de una manera vaga. Eso no ayuda mucho en una región en la que hay mayor variedad de apellidos compuestos que en Estados Unidos. No obstante, el hombre comienza a sospechar, consciente de que Yibuti está hasta los topes de espías norteamericanos, etíopes y de otros países. Deja abruptamente de conversar, se levanta y regresa con la cuenta diciendo que es hora de que cierre y se reúne con sus amigos. Ahl aísla la palabra *sit*, que en Yibuti, Yemen y todos los demás lugares donde viven somalíes quiere decir mascar *qaat*, el estimulante que consumen los pueblos de toda la región.

Durante el camino de vuelta al hotel las calles están vacías; todo el mundo, por lo visto, está mascando *qaat*. Ahl se encuentra con un edificio abandonado al que la pintura se le cae en grandes desconchones, en cuyo aguilón anidan pájaros y donde en un rincón tranquilo hay una perra y su camada de cachorros recién nacidos. El dintel luce una estrella de David en relieve. Un candado enorme, del tamaño de una cabeza humana, y una cadena igual de grande, los dos ocres por el óxido y la antigüedad, cuelgan de la puerta.

Mientras que en Mogadiscio la catedral fue arrasada durante el caos general de comienzos de la guerra civil, la sinagoga de Yibuti da fe de la paz que reina aquí. Una de las primeras víctimas del conflicto somalí fue un italiano, el padre Salvatore Colombo, que vivió en Mogadiscio durante cuarenta años como director de un orfanato católico, una de las instituciones más antiguas de la ciudad. En fecha más reciente, un operativo de Al Shabab profanó los cementerios italianos desenterrando los huesos y desperdigándolos. Para Ahl, la presencia de una sinagoga en un país de mayoría musulmana es algo saludable: para poder considerarse cosmopolitas, las ciudades han de ser tolerantes con comunidades distintas a las suyas. La intolerancia ha matado a Mogadiscio. Yibuti es una ciudad viva de la que sus habitantes pueden estar muy orgullosos.

En el hotel, descubre que el edificio sirvió como sinagoga durante la era colonial, pero que últimamente no ha estado abierto al culto. El encargado de la recepción añade:

—Pero ¿sabía usted que hay somalíes que dicen que son la auténtica tribu perdida de Israel?

—¿En qué se basan? —pregunta Ahl.

—El nombre de su clan, que en realidad es el de su gremio, porque trabajan con metal y cuero y actúan como videntes para otros clanes, suena casi como una corrupción de «hebreo».

Ahora todo encaja. Ahl sabe cuál es el nombre del clan.

Ve un poco más las noticias de la televisión, y cuando llega la hora de la reapertura de la oficina de la aerolínea, compra el billete para Bosaso y lo paga en

dólares estadounidenses. Después da un largo paseo, disfrutando del día en Yibuti antes de coger el avión a Somalia.

Para disfrutar de la ciudad por la noche, sale a pasear sin preocuparse por su seguridad. Un puñado de hombres y media docena de mujeres de vida fácil se amontonan a la entrada de un club nocturno. Paga y entra. La música es terrible. Hay cuatro parejas en la pista, y solo dos bailan; las otras están fumando y charlando. De todos modos se acerca a una mesa que hay en una esquina y toma asiento. ¿Qué tiene que perder? Duda de que haya clubes nocturnos en Bosaso o que el alcohol sea de libre acceso por temor a lo que puedan hacer los integristas.

Una mujer con un cigarrillo en los labios y un vestido muy ceñido y dotado de un amplio escote le pide fuego. Instintivamente, Ahl busca en sus bolsillos, como si fuera a encontrar allí un mechero o una caja de cerillas. Luego sacude la cabeza y, mostrándole las palmas de las manos, grita por encima de la música para que ella le oiga:

—Lo siento, no fumo.

—No hay por qué disculparse. ¿Estás solo?

Finge no haber oído la pregunta. Aun así ella toma asiento y cuando lo hace a Ahl le llega el olor de su perfume. Haga lo que haga no debe darle falsas esperanzas. Pero ¿cómo decirle que ha venido a este club nocturno solo por pasar el rato? Lo cierto es que no ha mantenido relaciones sexuales con su mujer desde la desaparición de Taxliil.

—Si no te importa sentarte conmigo a charlar y nada más —dice Ahl—, puedo ofrecerte lo que quieras para beber.

—Me sentaré contigo hasta que encuentre un cliente.

Él acepta. Ella pide algo fuerte, un paquete de tabaco y un mechero. El camarero insiste en que le pague el alcohol por adelantado. Entonces ella pregunta:

—¿De dónde eres?

—Voy camino de Somalia.

—¿Para qué quieres ir a un sitio del que todo el mundo se marcha?

—En eso llevas razón —dice él, y luego guarda silencio.

Aparece el camarero y les sirve lo que han pedido.

—¿Qué sentido tiene venir a un club nocturno cuando no bebes, no bailas ni has venido a buscar a una mujer para pasar la noche? —pregunta ella.

—Como te he dicho, voy de camino a Somalia.

—Pero si yo conozco a muchas mujeres de tu país que son como yo.

—Pero no abiertamente, ¿verdad? —pregunta él.

—Como las árabes. Ejercen en secreto.

—¿Qué quieres decir?

—En público van con velo —dice ella—. Las árabes se desnudan rápido y están por la labor antes de lo que te imaginas. Quizá sea eso lo que hagan en Somalia en

estos tiempos. Ejercen en secreto, vestidas de los pies a la cabeza. No te imaginarías las historias de las que nos enteramos.

Ahl se marcha cuando ella localiza a un cliente blanco, y propone que él venga a ocupar su lugar.

—Buena suerte. Quizá volvamos a vernos —dice él.

—Cuídate —dice ella.

Barba Cerrada, Soldado Raso y Portador de la Verdad se acercan a la vez hacia la casa desde distintas posiciones estratégicas.

Barba Cerrada ciñe su kufiya morada a la cintura y se enjareta una pistola, por si acaso, antes de trepar el muro trasero. Soldado Raso, con una kufiya negra alrededor del cuello, accede al recinto desde un jardín vecino. Al volante de una ranchera aparcada a la izquierda de la puerta de la verja, Portador de la Verdad, con una kufiya roja, aguarda hasta que los otros hombres confirmen que han entrado y que puede reunirse con ellos sin riesgo. Pone en marcha la ranchera y espera a que uno de sus compañeros abra la cancela; maniobra para meter el vehículo con cuidado, tirando de un remolque cargado de metralletas y otras armas ocultas bajo una lona.

Tras cerrar y asegurar de nuevo la cancela, los hombres se reúnen en la casa para montar su centro de operaciones. Barba Cerrada llama a Jovenzuelo y, sin previo aviso, le da un puñetazo en la cara tan fuerte que lo derriba. Se hace un instante de silencio. Los otros dos hombres no le quitan ojo a Jovenzuelo, que se levanta a duras penas, medio a gatas, con el pómulo hinchado y el labio inferior sangrando. Una vez recupera el equilibrio y se pone firme, Barba Cerrada le habla.

—¿Te das cuenta de que tu negligencia tenía el potencial de causarle al movimiento una pérdida innecesaria de vidas?

—No estaríamos aquí —interviene Portador de la Verdad— de no ser porque alguien que simpatiza con nuestra causa avisó, por casualidad, a nuestros informantes de tu presencia en el vecindario.

—Imagina qué habría ocurrido si no nos hubieran advertido de tu grave error —añade Soldado Raso.

Barba Cerrada sigue enojado.

—Vete. Largo de aquí —dice.

Portador de la Verdad le ordena que monte guardia en la verja mientras ellos mantienen la primera reunión. Cuando Jovenzuelo desaparece, Barba Cerrada le asigna a Soldado Raso la tarea de hacer de enlace entre la célula que están creando con la célula principal del distrito de Waldhiigley, donde está ubicada la residencia presidencial. Encomienda a Portador de la Verdad la responsabilidad de traer las piezas de las armas. Mientras Soldado Raso se comunica por teléfono con el centro de mando, Barba Cerrada empieza a ensamblar las armas.

Dhoorre, que está en el cuarto de baño con el pestillo cerrado, no puede evitar escuchar la conversación. Cuando oye que los tres hombres abandonan la casa se da una ligerísima ducha, juntando las manos para que el agua las llene gota a gota y llevar a cabo una mínima ablución. Mirándose al espejo confirma que necesita un buen afeitado; es una lástima que la cuchilla esté desafilada y no haya repuestos a mano.

En ese preciso momento hay una nueva escalada de ruido cuando Portador de la

Verdad vuelve gruñendo por el peso de la metralleta y las partes del lanzagranadas. Dhoorre oye que alguien deposita armas cerca de la puerta del cuarto de baño. Se da cuenta de que alguno de los hombres no tardará en invadir el espacio donde lo han confinado. Oye que apartan varias sillas de la mesa y se sientan.

Aguzando el oído capta alguna que otra palabra. La llegada de estos hombres y su presencia en la casa solo puede significar una cosa: problemas. Cede al deseo de saber más, aunque sea únicamente por prepararse para lo que sin duda vendrá: la muerte. Se arrodilla en el suelo y mira por la cerradura, a través de la cual consigue atisbar las caras de los hombres, discernir sus movimientos.

Barba Cerrada, como los otros llaman al hombre de la kufiya violeta, es un hombre en la treintena, de constitución magnífica, hirsuto, con una voz ronca del desierto; tensando los músculos de la cara, frunciendo el ceño, escucha a sus compañeros, que ora alientan a uno de los hombres a hablar, ora desoyen los comentarios de los demás. Dhoorre supone que Barba Cerrada es el capitoste del grupo. La kufiya violeta está doblada prácticamente en cuatro y la lleva atada alrededor de su frente. Palpa el pañuelo con las manos a cada momento, acariciándolo y ajustándolo de un modo que a Dhoorre le hace pensar en una mujer joven y presumida recién salida de la peluquería, que no deja de toquetear el caro peinado que se ha hecho. A Dhoorre no le hace falta que le digan que las kufiyas se han puesto de moda recientemente entre la élite del integrismo religioso de Mogadiscio. Recuerda haber visto a Peter O'Toole con la prenda interpretando a Lawrence de Arabia, y cómo Arafat la convirtió en un símbolo de la causa palestina. Aun así, Dhoorre no sabe si el color de las kufiyas que llevan estos hombres apunta a su pertenencia a una célula concreta.

Barba Cerrada dirige una pregunta al que lleva la kufiya roja, Portador de la Verdad, un hombre con una nariz grande.

—¿Qué le ocurre a Soldado Raso? —dice burlescamente—. ¿Por qué camina de un lado a otro, apretando los muslos, con todo el cuerpo tenso?

—Necesita urgentemente el cuarto de baño —repite Portador de la Verdad—. ¿No ves cómo intenta abrir la puerta?

Barba Cerrada pregunta:

—¿Jovenzuelo ha vuelto adentro sin nuestro permiso?

Soldado Raso le asegura que Jovenzuelo está fuera.

—De hecho, puedo verlo de pie junto a la verja rezando el rosario/*misbaha*, como corresponde a un buen musulmán.

Barba Cerrada de pronto parece preocupado.

—¿Por qué no se abre la puerta del cuarto de baño si en la casa solo estamos nosotros?

Portador de la Verdad se acerca a comprobar si hay una llave puesta por fuera, empuja la puerta, le da una patada, apoya el hombro y empuja, pero en vano. No se abre.

—Está cerrada desde dentro, creo —le dice a Barba Cerrada.

Soldado Raso pregunta:

—¿Quién hay adentro, pues?

Barba Cerrada se está impacientando. Abofetea a Soldado Raso y le grita:

—¿Qué clase de hombre eres, que no puedes ni aguantarte el pis?

Se vuelve a Portador de la Verdad y le ordena que llame a Jovenzuelo. Portador de la Verdad golpea los muebles, pateo las sillas a su paso y desde la puerta le grita a Jovenzuelo.

—¿Hay alguien en el cuarto de baño? —le pregunta.

Dhoorre no sabe qué hacer. Se mira en el espejo; incluso un hombre que va a morir quiere tener un aspecto decente y aseado. Comprende preocupado que será el fin para el chico. Por momentos se plantea abrir la puerta y acabar de una vez, pero enseguida se siente incapaz de afrontar la tarea. Se siente mareado, respira el aire a bocanadas, temiendo desvanecerse antes de ser capaz de abrir la puerta.

Entonces oye que el chico habla.

—Viejo, abre la puerta.

Descorre el pestillo y sale del cuarto de baño. Soldado Raso no puede esperar más y lo empuja a un lado para entrar. Entretanto, Portador de la Verdad y Jovenzuelo retroceden un poco y guardan una distancia prudente de Dhoorre. Barba Cerrada le pide que se acerque; su mirada atraviesa el miedo de Dhoorre. Por ser aficionado al cine, el viejo piensa en *Psicosis*, pues le parece que Barba Cerrada se da un aire al actor protagonista. En una película sería el que aprieta el gatillo, un tipo duro sin un ápice de compasión. Dhoorre piensa que con un hombre así nunca puedes sacar nada en claro ni adivinar sus intenciones.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Barba Cerrada.

—Vivo aquí —contesta Dhoorre.

Soldado Raso sale a tiempo para oír la respuesta. Los tres hombres con kufiya se vuelven a mirar a Jovenzuelo.

Portador de la Verdad le pregunta al chico si eso es cierto.

—Es un vagabundo que ocupa la casa.

Soldado Raso, enfadado por haber tenido que esperar hasta casi mojarse la túnica, abofetea a Dhoorre en la cara.

—Dinos la verdad.

El súbito dolor del golpe abrumba a Dhoorre.

—Estoy diciendo la verdad —afirma.

Portador de la Verdad, a su vez, pega a Jovenzuelo y le hace una brecha en el labio inferior, que empieza de nuevo a sangrar.

—¿Es un vagabundo que ocupa la casa, o vive aquí?

Al ver que el chico se lleva la mano al labio, Portador de la Verdad le golpea de nuevo, y otra vez.

Barba Cerrada le dice que deje de sacudir al chico delante de un desconocido.

—¿No ves que estoy hablando con el viejo? —añade.

Dhoorre vuelve a hablar.

—Soy un invitado, no un trotamundos.

—Entonces, ¿quién vive aquí?

—Mi hijo —contesta—. He venido a verlo.

—¿Cómo se llama tu hijo?

Dhoorre se da cuenta de que acaba de comprometer a su hijo. Tan solo queda decir cómo se llama. Dhoorre tiene dos hijos, y ninguno figura en la lista de amigos de Al Shabab. Uno de ellos, afincado en Baidoa, es ministro en el Gobierno Federal de Transición, con quien Al Shabab está en guerra; el otro, que sirvió en el Ejército Nacional, es también un enemigo bien conocido de Al Shabab, puesto que se declaró laico y con frecuencia ha alzado la voz contra este grupo en entrevistas por la radio. Es este último, actualmente ciudadano estadounidense residente en Virginia, quien ha estado de visita en Mogadiscio con su familia y ahora aloja a Dhoorre en esta casa alquilada. Sin tiempo ya para inventar una identidad falsa, Dhoorre da el nombre de su hijo.

La expresión de Barba Cerrada es fluida como el agua sucia colándose por el sumidero, habituada a deslizarse siempre hacia abajo. Dhoorre es consciente de que para Al Shabab sería una satisfacción honrar a cualquiera de sus dos hijos con una decapitación inmediata, y de que él difícilmente va a librarse de correr esa suerte.

Aunque no está seguro de que al chico vaya a servirle de nada, Dhoorre espera que su confesión tenga al menos la rotundidad de cerrar un asunto en disputa. Señalando a Jovenzuelo, dice:

—Permitidme aclarar, por lo que pueda valer, que este joven no pretendía hacer ningún mal, ni a vosotros ni a vuestra causa. Os ruego que le dejéis vivir. El islam es paz, una promesa de justicia. Porque he sido yo quien lo ha llevado por el mal camino. Por favor.

Dhoorre advierte un movimiento a sus espaldas y por el rabillo del ojo distingue que Portavoz de la Verdad levanta el arma, aunque todavía no se dispone a disparar; se limita a empujarlo con la culata hasta sentarlo en una silla. Dhoorre siente el frío áspero del metal en la nuca.

Soldado Raso le dice a Jovenzuelo:

—Has demostrado obrar como un delincuente. Mintiendo has arriesgado tu vida y la de nuestros compañeros de lucha. ¿Por qué?

—No volveré a hacerlo —dice Jovenzuelo.

Barba Cerrada le ordena que saque su arma del petate. Jovenzuelo hace lo que le ordena, sin miedo ni sentimiento. Mientras espera instrucciones, no suplica a ninguno de los hombres para que le perdonen la vida o se la perdonen al viejo.

—Mátalo —dice Barba Cerrada.

—Por favor —dice Dhoorre.

Jovenzuelo no sabe si el viejo le ruega para que no lo mate o está diciendo:

«Adelante, dispara». Mira hacia Barba Cerrada, que se entretiene enredando su larga y poblada barba entre los dedos, con la concentración de un filósofo absorto en sus pensamientos.

Dhoorre cree que son situaciones como esta, donde la violencia gana la mano, las que permiten apreciar la tragedia en toda su magnitud: un país chantajeado, un pueblo sometido a diario a la humillación, una nación tristemente pasada a cuchillo.

—¿A qué estás esperando? —pregunta Soldado Raso.

El tiempo pasa, lento como la muerte.

—¡Dispara! —grita Portavoz de la Verdad.

Jovenzuelo bien podría apretar el gatillo y acabar de una vez, piensa, sin que le temblara el pulso y sin arrepentirse inmediatamente, aunque es consciente, a pesar de su juventud, que esa acción rebotará en su cerebro y lo mantendrá despierto por las noches, alterado e inquieto. Sabe también que tan solo está postergando su propia muerte; en cuanto dispare al viejo, uno de los hombres le hará pagar por el crimen de no haber liquidado a Dhoorre enseguida. Ojalá hubiera escuchado a su hermana mayor, Wiila, azafata de vuelo, que le había ofrecido ayuda económica si prometía no unirse a Al Shabab y ponerse a estudiar. O a su hermano mayor, conocido por el alias Marduuf, que intentó, sin éxito, reclutarlo como pirata.

Jovenzuelo dispara, utilizando el silenciador.

Cuando la bala impacta en la frente de Dhoorre, Jovenzuelo tiene la certeza de oír el graznido de un ave marina. Sin embargo, no sabe interpretar lo que significa, ni si es un presagio de su muerte inminente.

Dhoorre se desploma de la silla y cae en el suelo como un fardo cargado de reproches hacia sí mismo; lamenta no haber tenido tiempo de alertar a su hijo, su nuera y sus nietos de la emboscada que los aguarda. Su silencio sella el recuerdo de sus últimas palabras con ellos, tal y como se atesora un *memento mori*.

Únicamente por su postura, no sabes si el viejo está muerto. Yace bocarriba con la cabeza hacia un lado, los ojos no del todo cerrados, casi parece que durmiera.

Los hombres de la kufiya quedan sumidos en el silencio inquietante que sucede a un disparo, cada uno de ellos una isla de serenidad perturbada. El timbre de un teléfono los sobresalta y pone fin a su inmovilidad. Se miran unos a otros con preocupación.

Jovenzuelo mira a su alrededor, como intentando adivinar cuándo van a pegarle un tiro. La convicción de que puede morir en cuestión de pocos minutos hace que centre sus pensamientos, y decide no tener miedo. Se acerca al viejo, que ha quedado tendido en el suelo, despatarrado, con el cuello torcido y las palmas abiertas a los costados del cuerpo. Su desnudez es embarazosa. Como prueba de que no tiene miedo, Jovenzuelo endereza las piernas del viejo y le coloca las manos juntas encima del pecho, en el gesto de oración. Da un paso atrás y evalúa el resultado, complacido de haberle brindado al viejo alguna comodidad en la muerte. Luego aguarda.

Barba Cerrada tiene el rostro surcado por la furia. Impaciente, observa a Soldado Raso y a Portador de la Verdad, como preguntándose por qué no han reaccionado aún ante su ira; entonces, más furioso si cabe, mira fijamente a Jovenzuelo como si esperara que el chico cayera de rodillas aterrorizado.

—¿Tienes algo que decir antes de morir? —le pregunta.

Jovenzuelo guarda un silencio desafiante. Pasea la vista de Barba Cerrada a Soldado Raso antes de sostenerle la mirada a Portador de la Verdad.

Barba Cerrada le dice a Portador de la Verdad:

—¿Harás el favor de deshacerte de este mequetrefe, este gusano?

—Esperaba que me lo pidieras —dice Soldado Raso.

Barba Cerrada lo ataja.

—No temas, tu turno va a llegar. Pero ahora le toca a Portador de la Verdad. Nunca le he visto matar una mosca.

Portador de la Verdad cierra los ojos, hace una mueca como un niño al tomar una medicina amarga, y dispara a Jovenzuelo entre ceja y ceja. A continuación desenrosca el silenciador del revólver.

—Bien hecho —dice Barba Cerrada. Luego le ordena a Soldado Raso retirar los dos cadáveres, tirarlos en el jardín y reportarse de nuevo inmediatamente. Añade—: Tenemos mucho que hacer antes de que anochezca. Recordad, tenemos un país por libentar, un pueblo al que educar inculcando nuestra fe. Vamos, daos prisa, ¿a qué esperáis?

Portador de la Verdad se ofrece a ayudar a Soldado Raso, y cada uno saca un cadáver de la habitación antes de que se queden rígidos.

Cuando llegan a la casa de Cambara y Bile, y Dajaal toca el timbre, Malik y Jeebleh oyen sorprendidos ladridos de perros. Puesto que ninguno de los dos recuerda que alguien haya mencionado la presencia de perros allí, cruzan una mirada y luego observan a Dajaal.

—El timbre de la puerta activa los ladridos de perros dentro de la casa. Cambara trajo el dispositivo de Toronto para ahuyentar a posibles ladrones. Ha resultado ser una medida disuasoria muy eficaz en un país musulmán, donde nadie tiene un perro como animal de compañía o de vigilancia, y prácticamente todo el mundo los teme por la falta de costumbre.

Cambara da una calurosa acogida a Jeebleh y Malik. Los ha esperado cerca de la entrada con la puerta abierta y los recibe con una radiante sonrisa. Sale a su encuentro cuando pasan junto al vigilante del turno de día. Abraza y besa a Jeebleh en las mejillas. Saluda a Malik con formalidad; le estrecha la mano derecha entre las suyas como muestra de su fervor. Dajaal se despide proponiendo que lo llamen cuando estén listos para que los pase a recoger.

Entran a la casa los tres, ella en medio, tomando a Jeebleh de la mano en señal de la estrechez de su vínculo, aunque hasta entonces nunca se habían visto, solo han hablado por teléfono. Jeebleh recuerda que Cambara llegó aquí con el peso del luto después de perder a su único hijo, con un matrimonio roto y la vida hecha jirones. Seamus la había descrito entonces como una mujer de tendencias suicidas y asesinas por igual. Luego conoció a Bile, y Dajaal y él, con la colaboración de Seamus, la ayudaron a emplear su energía de una manera constructiva, además de echarle una mano para que recuperara a su familia y montara una obra de marionetas, la primera de esa clase que se representó en Mogadiscio a pesar de las amenazas fundamentalistas. Con el tiempo, Cambara decidió unir su destino al de Bile, y los dos pasaron a ser como una sola persona, aunque con caracteres dispares. La necesidad que tienen uno del otro ha sentado las bases de su unión.

Cambara se dirige a Jeebleh.

—Tengo la sensación de que te conozco desde que conocí a Bile. Me alegra mucho que estés aquí.

Al desaparecer Dajaal, el gesto del vigilante se endurece y se le abren los ojos desmesuradamente al ver que Cambara abraza y besa a Jeebleh, y camina flanqueada por los dos hombres. Malik se pregunta si los denunciará a las autoridades religiosas por incurrir en intimidades tan contrarias al islam.

Dentro, Bile está tumbado en el sofá del salón. Apenas hace unos días que ha vuelto de Nairobi tras someterse a una operación de próstata en una clínica de allí. Cuando los oye acercarse, sin embargo, Bile se pone de pie de un salto para darles la bienvenida. Se da un largo abrazo con Jeebleh, a pesar de los temblores que recorren su cuerpo. Las paredes de la casa devuelven el eco de sus palabras de alegría por el

reencuentro, y después Bile abraza también a Malik.

A Bile le tiemblan un poco las piernas. Jeebleh observa que el paso de los años los ha afectado de maneras distintas. Mientras que él tiene la cintura más gruesa, es más barrigudo y tiene bolsas permanentes bajo los ojos, la cara de Bile se ve más delgada, el mentón se prolonga hacia abajo de un modo curioso, mostrando una piel anémica y arrugada de la que brota una barba canosa recortada con esmero. Jeebleh atribuye este refinamiento a Cambara. De hecho, Bile viste con una elegancia inusual, lleva una camisa de lino y un pantalón de corte sofisticado. Cambara, a su lado, luce un sencillo caftán con un chal a juego sobre los hombros. Sin querer restarle lustre al reencuentro, deja que la conversación fluya a su ritmo, interviniendo apenas, aunque cuando se sientan a la mesa presta atención en todo momento a las inflexiones de sus voces. Bile hace preguntas interesándose por la familia y el nieto de Jeebleh, mientras Cambara va y viene de la cocina. Jeebleh recuerda a Seamus, el irlandés amigo de ambos, al comentar que Bile, que estaba apurado de dinero, se resistía a que ellos corrieran con los gastos de la operación de próstata. «Típico comportamiento somalí —había dicho Seamus—, esa arrogancia vacía».

Cuando se sirve la comida, se concentran en sus platos respetando un elogioso silencio. A Malik le gustaría plantear muchas preguntas acerca del país, pero no resulta fácil hablar con soltura y sin inhibición en el cuarto de un enfermo. Cambara advierte que Bile empieza a acusar el cansancio de la conversación. «*E tu?*», le pregunta a Malik.

—Es una sensación rara, volver a un lugar donde no he estado nunca —contesta Malik.

Bile, interesado, se acomoda en la silla y se yergue hacia delante, con los dedos cerca de la boca, en un intento por ocultar el defecto de su diente partido.

—¿Acaso uno puede regresar adonde nunca ha estado? —pregunta.

Malik se explica.

—Me refería a que, a pesar de que nunca había estado en Somalia, sé mucho sobre el país, porque mis abuelos y mi padre siempre hablaban de visitar la tierra de sus antepasados. De hecho, mi viejo está viviendo en algún lugar de la escindida República de Somalilandia, ocupándose de sus camellos, casado con una mujer mucho más joven y criando a una nueva tanda de chiquillos.

Cambara apoya la mano en el muslo de Bile y, volviéndose hacia Malik, le pregunta si su madre es mitad china, mitad malasia. Él asiente con la cabeza.

—Exacto. Es mi padre quien es somalí.

Bile interviene.

—Se ven somalíes en todas partes.

—Varados en tierras extrañas, como los restos de un naufragio.

Bile mira a Cambara frunciendo el ceño y continúa.

—Me resultaría difícil imaginar a somalíes varados, como troncos arrastrados por la marea, en las saladas aguas entre Malasia y China. A muchos les va bien, acaben

donde acaben. —De repente contiene la respiración, como si tuviera un acceso de hipo, y cuando inhala aire cambia de tercio—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de una mujer pirata china, una tal señora Cheng?

Malik, que ha leído mucho acerca de las proezas de los piratas somalíes en la península y conoce también a fondo otros aspectos de la piratería, parece desconcertado.

—No, nunca he oído hablar de la señora Cheng.

—¿Por qué pensaba yo —le dice Jeebleh a Bile— que no te interesaría para nada el tema de la piratería, ya fuera en las costas de Somalia o de cualquier otra parte?

—Por supuesto que me interesa —contesta Bile.

Jeebleh es consciente de que al hablar con otros somalíes sobre la piratería, muchos condenan sin reservas los barcos extranjeros que pescan ilegalmente en el mar de Somalia, por pensar que ese expolio descontrolado ha dejado sin trabajo a los pescadores y los ha empujado a la piratería. De hecho, según Reuters, los pescadores somalíes apelaron a la ayuda de Naciones Unidas y la comunidad internacional para deshacerse del enorme número de embarcaciones extranjeras, que en 2005 se estimaban en cerca de setecientas, implicadas en la pesca sin licencia en las costas al sur del país. El perfil elaborado por el Organismo de Alimentación y Agricultura de las propias Naciones Unidas en 2005-2006 confirmó que no solo esos barcos esquilman los recursos marinos de Somalia, sino que muchos de ellos se dedicaban además a verter porquería, residuos nucleares y químicos.

—¿Por qué estás interesado en el tema? —le pregunta Jeebleh a Bile.

—Porque uno de mis sobrinos lejanos, un antiguo pescador, compró un esquiife y creó su propio comando pirata en Harardhere después de que una embarcación coreana les disparara a él y sus compañeros cuando trataban de ahuyentarlos de los territorios donde ellos solían pescar. Tiroteados, heridos, sin empleo y muy indignados, se organizaron y, junto con otros compañeros del gremio, antiguos pescadores que se habían quedado sin trabajo, se armaron para la lucha. Primero secuestraron un yate y sacaron un pequeño botín, unos pocos miles de dólares por el rescate. Luego apresaron un barco coreano y a su tripulación, y obtuvieron un rescate de varios miles de dólares más.

—¿Solo pidieron eso de rescate?

Jeebleh pregunta:

—Según tú, entonces, la venganza es el motivo que hay tras los actos que se describen con poco criterio como piratería; a saber: reclamar lo que es suyo por derecho, puesto que al mundo le importa poco la pesca ilegal. ¿Me equivoco?

—Por lo que me cuenta mi sobrino —dice Bile—, no hay mucho dinero de por medio, en contra de la impresión que dan los medios de comunicación occidentales al resto del mundo. Somalia pierde más con todo el pescado que se llevan de sus mares, el deterioro continuado del medio ambiente, y demás.

Malik especula en voz alta.

—¿Quieres decir que no se organizan bodas suntuosas por todo lo alto, que no se están construyendo mansiones formidables en Eyl, Hobyó y Harardhere? ¿Que no se ha convertido en una región donde abunda el dinero y los artículos de lujo?

—Tan solo sé lo que me ha contado mi sobrino —contesta Bile—. Según él, son rescates de diez mil dólares, mucho menos de lo que se dice en los periódicos.

—Entonces, ¿adónde va a parar el dinero? —pregunta Malik.

—Sigo pensando que hay algo que no encaja —dice Cambara.

Jeebleh interviene.

—¿Crees entonces, Bile, que la repetida definición de Cicerón tachando a los piratas de «azote de la humanidad» no da necesariamente una visión totalizadora cuando se trata de somalíes a los que en su tierra han apodado los «guardacostas» de la nación?

—Quizá fuera el caso cuando el pillaje en el mar era habitual y cuando todos los pueblos marítimos podían describirse como piratas. Eso es lo que eran, piratas —dice Bile—. De hecho, según Tucídides, el historiador más fidedigno de su tiempo, era común entre los antiguos griegos dedicarse al pillaje en el mar como medio lícito de ganarse la vida. Aquí, la presunta piratería solo empezó después de que nos robaran sin contemplaciones nuestros recursos marinos.

—A decir verdad —apunta Cambara—, recurrir al pillaje en el mar y al bandolerismo en tierra firme ha pasado a ser moneda corriente tras dos décadas de una guerra civil que sigue en curso. Cualquier otra explicación está de más, desde mi punto de vista.

Bile tuerce el gesto y mastica la comida con la lenta determinación de quien rumia un pensamiento desagradable antes de volver a hablar.

—En todo caso, según un libro que he leído, la pirata china conocida como señora Cheng capitaneaba una flota más grande que la marina de guerra de muchos países de su época. Toda una figura, ¿no?

—Debió de serlo —dice Malik.

—Jeebleh me cuenta que tus padres se conocieron y se casaron en Adén —dice Cambara—. A Bile le parece interesante.

Un agotamiento repentino se instala en el rostro de Bile y altera sus facciones, como una planta que ha estado demasiado expuesta al sol y empieza a marchitarse. Se le entrecierran los ojos y sus labios adoptan un mohín de hastío. Cuando Cambara le susurra al oído si precisa ayuda, Bile rechaza el ofrecimiento con un gesto de la mano. A Jeebleh le parece que Bile se comporta como un niño cansado que se niega a irse a la cama.

—Cualquiera pensaría que los somalíes han inventado la piratería, por cómo se tratan estos sucesos en los medios occidentales —dice Cambara—. Prestan más atención a este asunto que a todo lo que sucede en el país.

—¿Quizá por la toma de rehenes? —aventura Malik.

—Y por los peligros que suponen para las rutas de navegación.

—Pero no es así como empezó la piratería —replica ella.

—Estoy seguro de que él sabe que la piratería no empezó así —tercia Jeebleh.

—¿Visitarás Puntlandia para escribir acerca de la piratería en la zona? —le pregunta Cambara a Malik.

—Me interesa escribir sobre cualquier aspecto que afecte la vida de los somalíes —dice Malik—. La guerra civil y sus repercusiones. La invasión etíope. La piratería y quién la financia, de dónde consiguen la información para lanzar sus ataques, cómo se lleva a cabo el pago de los rescates.

Jeebleh le dice a Cambara:

—Recuerdo haberte contado por teléfono que Ahl, el hermano mayor de Malik, está llegando a Puntlandia en estos momentos para localizar a su hijastro Taxliil, que se escapó de casa y que, por lo que parece, se ha escondido allí después de prepararse para ser un terrorista suicida.

Bile recupera un poco las fuerzas al oír la noticia.

—Verás, querido amigo, todo sucede por un motivo. La pesca ilegal en aguas somalíes desemboca en piratería. La invasión etíope. La implicación estadounidense en la política somalí. La presencia de Al Qaeda en la península. Las Cortes y sus desmanes, evidentes solo para los que vivimos en Mogadiscio. Los somalíes en la diáspora dicen: «Pero al menos trajeron la paz al país». Quienes vivimos en el país y conocemos la realidad de cerca decimos: ¿a qué precio? Dudo que haya merecido la pena. Después de todo, la devastación infligida al país a raíz de la invasión etíope se podría haber evitado. ¡Ojalá hubiera sido así!

La mirada de Jeebleh se tranquiliza y se centra en Bile, que lo está escrutando con severidad, como instándolo a ser franco con él.

—Sé que cualquier historia siempre tiene más de una cara —dice Jeebleh. Y se sorprende incluso a sí mismo al añadir—: Nosotros, también, hemos sufrido un roce con el autoritarismo caprichoso de las Cortes.

Malik se queda inmóvil, con la cuchara colmada de comida a medio camino entre el plato y la boca, y mira fijamente a su suegro. Resopla por la nariz, activando una señal de alarma en Jeebleh. A todas luces está disgustado porque haya decidido hablar de su encontronazo con Barba Cerrada.

Se hace un incómodo silencio. Bile aprieta los labios, arrepentido.

—Es hora de que me retire —le dice a Malik. Y mirando a Cambara, añade—: Por favor, no te levantes. Quédate con nuestros invitados. —Por último se despide de Jeebleh, diciendo—: Te veo luego.

Avergonzados, se quedan callados y apartan la vista. A Bile le lleva mucho tiempo llegar a la escalera, y más aún subirla, escalón por escalón. Cuando ha desaparecido de la vista y Cambara cree que no puede oírla, explica:

—Bile se cansa con facilidad.

Jeebleh no puede evitar pensar que quizá Cambara algún día decida marcharse, como suele ocurrir en parejas donde hay cierta diferencia de edad, y se pregunta qué

será entonces de su amigo. Recuerda a un matrimonio más joven que él, con quien mantiene amistad hace años. La mujer, unos diez años más joven que el marido, decidió divorciarse justo antes de cumplir cincuenta. Poco después inició una relación lésbica, porque la idea de pensar en un marido que le exigiera sexo después de la menopausia la alejó de los hombres para siempre. Explicaba que temía someterse a las insinuaciones insaciables de su marido, y creía que con otras mujeres sería más fácil. Jeebleh nunca pudo confirmar si ese fue el caso, pues nunca se atrevía a preguntárselo cuando coincidían en la sala común de la universidad donde daba clases.

Jeebleh y Malik miran ahora a Cambara, que es tan atractiva como adorable y generosa. Sin embargo, nadie quiere seguir comiendo. Los tres se levantan y Malik, ansioso por salir a recorrer la ciudad, recoge los platos y los lleva a la cocina. Al volver encuentra a Jeebleh hablándole a Cambara de su familia y, conmovido, menciona a su nieta y los ojos tan vivarachos que tiene. Jeebleh le dedica a Malik una sonrisa tranquilizadora.

—Debes estar en guardia —le dice Cambara a Malik—. Los periodistas viven bajo constante amenaza. Hay quintacolumnistas, algunos trabajan en confabulación con los fundamentalistas, y otros con fuerzas extranjeras destinadas a desestabilizar un país ya desestabilizado.

Jeebleh piensa que Cambara está en el punto de mira de los fundamentalistas porque es una mujer que vive a su manera, con una voluntad inquebrantable para hacer lo que le place. Recuerda que Dajaal le dijo que había empezado a llevar el pañuelo y luego el velo para dejar de batallar con los hombres a los que disgustaba ver a una mujer con el pelo descubierto, o a muchachas con pantalones o con vestidos que ellos juzgaban provocadores. Las mujeres deben ocultar sus atractivos físicos para no tentar a los hombres a pecar. Debe de ser difícil para Cambara, con su preparación de maquilladora y actriz, no poder expresar su feminidad sin tapujos, si es eso lo que le apetece hacer.

Así que no es de extrañar que los fundamentalistas la quieran sacar de la ciudad donde ella ha encontrado la felicidad que en Toronto la rehuía.

Dajaal está en la puerta, convenientemente dispuesto a llevarlos de vuelta al apartamento después de recorrer un poco la ciudad.

Cambara mira intensamente a Jeebleh a los ojos. Jeebleh cree advertir un destello de pesadumbre, una soledad con hondura; repara en que no deja de pasarse la lengua por los labios y parece estar conteniendo las lágrimas. No quiere que se vayan, aunque no se atreva a decirlo; quiere prolongar eternamente el adiós. Malik, por su parte, piensa que no hay nada igual en una ciudad como Mogadiscio al desamparo de una mujer que vela por el hombre al que ama.

Es entonces cuando ella consigue formular su deseo:

—Me hubiese gustado que os alojara aquí los dos, con nosotros. Solo pensamos, o Bile pensó, que Malik preferiría estar a sus anchas, en una vivienda donde pudiera

escribir y llevar a cabo sus entrevistas con tranquilidad. Además tenemos a un joven instalado en el anexo, Robleh, el hermano menor de una íntima amiga y acérrimo defensor de las Cortes. Para disgusto nuestro, se pasa el día entero en las mezquitas, haciendo politiquería. Me encantaría que lo conocierais. Es algo así como un cazatalentos para el fundamentalismo radical.

—Me gustaría mucho conocerlo —dice Malik.

—Robleh está metido en todo lo que hacen los fundamentalistas —continúa ella—. Quién sabe, a lo mejor conoce a alguien que puede ayudaros a saber el paradero de Taxliil. ¿Qué os parece?

Dajaal, que se ha reunido con ellos en el vestíbulo, señala su reloj indicando que quedan pocas horas de luz. Como una madre atenta a su recién nacido que duerme en un cuarto alejado, Cambara reacciona al oír la cisterna del inodoro arriba y el andar cansado de Bile para volver a la cama.

—Debo irme —dice abrazándolos antes de que se marchen.

A Jeebleh no le apetece recorrer la ciudad, sabiendo que puede acabar abrumado por la tristeza, pero no se inquieta. Guarda silencio mientras Dajaal ejerce de guía, contestando a las preguntas de Malik, que toma profusas anotaciones mientras le señala los edificios, le da el nombre de las calles y le deletrea el nombre de los barrios por los que van pasando con el coche. Dajaal conoce la problemática social como la palma de su mano. Malik apunta en su cuaderno de notas: «El corazón se enferma».

Jeebleh halla una especie de monotonía en la destrucción de la ciudad, como si el impacto de una sola bomba, al detonar, hubiera derribado las edificaciones adyacentes, o estas se hubieran desmoronado en un gesto de solidaridad. La ciudad se le antoja extrañamente ostentosa en su vulgaridad, como una mujer que antaño fue una belleza y ahora se niega a reconocer el paso del tiempo.

—Es una ciudad descarada, cuyas partes, que son del tamaño de pueblos grandes, suman menos que el conjunto —dice Dajaal—. Se extiende en varias direcciones, en absoluto desorden, como si un urbanista ciego hubiera decidido su trazado actual.

Pasan mujeres envueltas en velos que las cubren de pies a cabeza, caminando con gran cuidado por calles atestadas de minibuses que aminoran en las carreteras polvorientas. Uno se desorienta en una ciudad con pocos lugares de referencia, donde no hay marcas viales ni nombres en las calles.

Dajaal da algunas claves para Malik y Jeebleh:

—La ciudad ha sufrido muchos cambios, tanto en los residentes que atrae como en los servicios que presta, o ha dejado de prestar.

Aquí, una sucesión de caminos sin asfaltar forma un laberinto de callejones sin salida. Allí, montones de escombros acumulados a lo largo de años de descuido y falta de mantenimiento; quioscos, meras barracas, se levantan en el centro de lo que una vez fue una avenida principal, ahora bloqueada por completo.

—¡Cómo ganaría esta ciudad si volvieran a imperar la ley y el orden con un Estado que funcionara!

Malik sigue escribiendo frenéticamente, sacando jugo al recorrido. Jeebleh sufre, sumido en una tristeza perpleja.

Dajaal se hace a un lado de la carretera y para el coche. Le pregunta a Jeebleh si recuerda dónde están. Jeebleh no tiene la menor idea. Mira alrededor tratando de reconocer algo que le sirva para orientarse, pero en vano.

—La Línea Verde que dividía los territorios de los dos señores de la guerra durante tu última visita estaba aquí —explica Dajaal.

Satisfecho después de haber llenado varias páginas de apuntes, Malik pregunta:

—¿A qué distancia estamos de Siinlay? —Se refiere al lugar donde se libró el enfrentamiento más cruento entre los señores de la guerra auspiciados por la CIA y los fundamentalistas islámicos, que acabó con la expulsión de los primeros de la ciudad.

—Siinlay está lejos —contesta Dajaal.

—¿Qué hay del mercado de Bakhaaraha?

—Demasiado tarde —dice Dajaal.

—Además, hace falta el día entero para eso —añade Jeebleh.

Dajaal consulta el reloj y enciende la radio, justo a tiempo para oír a un fundamentalista anunciando que el ejército de los fieles que controla buena parte de Somalia ha declarado la guerra a Etiopía.

—Qué locura —dice Jeebleh.

—Este pobre estúpido que declara la guerra a Etiopía cree, equivocadamente, que invadir a la potencia militar más fuerte de esta parte de África será un paseo por el parque. Y nada más lejos.

Reina el silencio hasta que llegan al apartamento.

Casi una hora después de dejarlos, Dajaal telefona a Jeebleh para confirmar que va a traer a Gumaad, como Malik ha pedido. Malik está interesado en sondear la reacción de Gumaad a la declaración de guerra. Quiere saber lo que un encendido defensor de las Cortes tiene que decir al respecto.

Jeebleh está en la cocina, improvisando una cena ligera. Está preocupado, pues acaba de enterarse por Malik de que, además de eliminar las fotografías de la hija recién nacida de Malik desnuda y varios recortes de prensa y archivos, Barba Cerrada ha introducido un virus en su ordenador que ha estropeado el aparato. Ahora funciona a rachas, se enciende y se apaga, y a veces ni siquiera arranca cuando Malik intenta reiniciarlo.

A Jeebleh le apena que hasta ahora las cosas no hayan salido según las expectativas que tanto él como Malik tenían; lamenta que ni él ni Dajaal tomaran medidas preventivas para evitar el sufrimiento de Malik a manos de un desaprensivo que asegura servir a los intereses de las Cortes. Exhausto, sintiendo que se le cierran

los ojos sin que pueda evitarlo, Jeebleh se encuentra de pronto en el pasado remoto, revisitando con nostalgia los años de su infancia y sus tiempos de estudiante en Italia junto a Bile y Seamus. Pensando en la visita en casa de Bile hace unas horas, el recuerdo lo deja abatido.

Muchos años separan los momentos importantes que Bile y él han compartido, cada uno de los cuales representa un giro decisivo en una vida plenamente realizada. Jeebleh aún desea cumplir con el deber hacia su madre de visitar su tumba, ya sea solo, ya sea con Malik, siempre y cuando se comprometa a no mencionarla en uno de sus artículos. Quiere proteger la memoria de su madre en la más estricta intimidad.

Llaman a la puerta del apartamento justo cuando suena el teléfono móvil de Jeebleh. Dajaal está en la puerta. Jeebleh desbloquea la cerradura de seguridad, para ello descorre el cerrojo y retira luego la hoja metálica que cubre la puerta. A continuación aparta la placa, un obstáculo pensado para impedir que hombres armados puedan acceder al interior.

El primero en entrar es Gumaad, vestido de punta en blanco, con las manos vacías; es todo sonrisas. A Jeebleh le parece un producto menos acabado, ahora que intenta impresionar. Dajaal entra después, abriendo un poco más la puerta. Malik se reúne con ellos a tiempo para ver que trae una bandeja envuelta en un chal tejido a mano, que más parece una de esas telas con las que se amortaja a los musulmanes notables antes de darles sepultura.

Una vez dentro, Dajaal se dirige a la mesa del comedor y Gumaad se apresura a hacer hueco para la bandeja, que Dajaal deja con sumo cuidado, como si llevara un cuenco de sopa lleno hasta el borde.

—El mejor guiso de cordero que puede ofrecerse en Mogadiscio —dice—. De parte de Cambara y Bile.

—Qué considerados —dice Malik.

—¿No está hecho en casa, verdad?

—No, desde luego —contesta Dajaal.

Mientras los cuatro se preparan para atacar la comida, Jeebleh recuerda una costumbre tradicional en Mogadiscio, según la cual las familias mandaban comida a las hileras de habitaciones que daban al patio central de la vivienda. Esas eran las habitaciones de los hombres jóvenes solteros de la familia, que disponían de provisiones pero no de instalaciones para cocinar. Si tenían un sueldo y se lo podían permitir, los solteros cenaban de restaurante en lugar de acompañar al resto de la familia en la consabida ración de alubias y arroz. Habría un vaso de leche hervida azucarada esperándolos al volver a casa.

El cordero, de aspecto tierno, jugoso y preparado a la manera tradicional, bien dorado, está sobre un lecho de arroz al azafrán y una guarnición de verduras variadas. La fuente reaviva en Jeebleh un recuerdo de antaño en el Jangal Night Club, un local famoso por sus platos de cordero. El restaurante se llamaba así porque estaba ubicado en una arboleda. Te sentabas justo debajo de las acacias, cuyas ramas estaban

podadas en forma de parasol, en compañía de una mujer joven. Los camareros iban y venían en la penumbra, llevando lámparas de queroseno para mostrar el camino a los clientes hasta los reservados. Pedías la comida, pero los camareros no se apresuraban, concediendo a la pareja tiempo suficiente para «estar a lo suyo». Cuando volvían, con la lámpara de queroseno en una mano y las bandejas de la comida en la otra, se anunciaban al llegar y no entraban en el reservado hasta que les dabas permiso.

Jeebleh está seguro de que los fundamentalistas no permitirían que un establecimiento de esas características existiera hoy en día, pero de todos modos pregunta:

—Por cierto, ¿qué ha sido del Jangal?

—Esta comida es de allí —dice Dajaal.

—Me sorprende oírlo —dice Jeebleh.

—El Jangal ha reabierto hace poco como hotel con nuevos gestores —explica Dajaal—. Los líderes islamistas más destacados de la ciudad son clientes habituales, así que se acabó retozar entre la maleza y los besuqueos o los escarceos apresurados. Pero el chef no ha perdido su toque mágico, el cordero sigue siendo el mejor de por aquí.

—Vamos a comer —dice Malik—. ¿A qué estamos esperando?

Se lavan las manos con agua caliente y jabón, preparándose para comer con los dedos. Malik repara en la destreza de Jeebleh para repartir las porciones selectas de cordero con los modales inconfundibles de un patriarca al presidir la cena, asegurándose de que todo el mundo disponga de una buena ración con que saciarse. Jeebleh, por su parte, observa cuánto difiere la manera de comer de Malik con respecto a la de los demás: abre la palma de la mano, colocándola en forma de pala, pone un puñadito de arroz con un poco de carne y hace una bola antes de metérselo en la boca. Quizá coman así en la región de la que procede.

Malik profiere cada dos bocados efusivos cumplidos de la comida, y colma de elogios a Cambara por sugerirle a Dajaal que trajera el ágape. Después de la cena, mientras los otros se ocupan de apilar los platos y lavarlos, va a su cuarto y regresa con una grabadora. El corazón vuelve a latirle furiosamente porque sabe que, hasta que se compre un ordenador nuevo, habrá de escribirlo todo a mano.

—Ahora explícame —dice Malik—. ¿Por qué a alguien se le ocurre amenazar a Etiopía con una invasión y asegurar que el ejército de los fieles es bastante poderoso para abrirse camino hasta Adís Abeba y tomar la capital?

—Probablemente ese alguien sabe algo que nosotros, sin acceso a los secretos de las Cortes, desconocemos —contesta Gumaad con petulancia.

Dajaal y Jeebleh no dicen nada, se limitan a escuchar.

—¿Qué crees tú que pueda saber él y que nosotros no sabemos?

Gumaad compara entonces la declaración del portavoz de Defensa en las Cortes con la que hizo Sadam Huseín un mes antes de la segunda invasión estadounidense de Irak, cuando alardeaba de que los americanos lamentarían esa acción.

Sorprendentemente, la Guardia Republicana, descrita como el ejército árabe más temible y mejor entrenado, se desvaneció. Sin embargo, una vez que los Estados Unidos ocupó el país, los hombres de la Guardia organizaron la insurgencia contra las fuerzas de ocupación.

A Malik le sorprende la ingenuidad de Gumaad.

—¿Por qué provocar a un matón al que no puedes derrotar precisamente en tu momento de mayor debilidad militar?

—Alá está de nuestro lado también —dice Gumaad.

Se hace el silencio en la habitación hasta que Dajaal, cargando sus palabras de desdén, sentencia:

—El portavoz de Defensa es un idiota que habla fuera de lugar.

Para evitar que Gumaad y Dajaal se enzarcen y tuerzan sus planes, Malik pregunta:

—¿Sabemos el número de hombres que hay en las fuerzas armadas, la capacidad de combate con que cuentan las Cortes?

Gumaad reconoce que no lo sabe.

—¿Conoces a alguien que pueda saberlo?

—Preguntaré —dice Gumaad.

Jeebleh se pone en pie, ofreciendo té o café. En la cocina, cubre la bandeja de cordero con papel de aluminio y lo deja enfriar. Mientras, Dajaal y Gumaad salen al balcón y empiezan a discutir a voces por algo relacionado con un dron sobre los cielos de la ciudad; Malik se brinda a ayudar a Jeebleh, que tiene las manos llenas de espuma, para secar los platos e ir colocándolos. Entretanto, se esfuerza para no divagar ni volver a pensar en su ordenador; ha decidido que, si es posible, se comprará un aparato nuevo mañana mismo.

—Quizá podrías servir tú el té o el café —le sugiere Jeebleh a Malik.

—Claro —dice Malik, y saca la bandeja al balcón.

Dajaal y Gumaad interrumpen la conversación cuando Malik se reúne con ellos. Se sirven el té con varias cucharadas de azúcar. Gumaad sorbe ruidosamente al tomarlo, y le pregunta a Malik:

—Dime, ¿has tenido oportunidad de leer los artículos de algunos de los periodistas locales, con quienes imagino que vas a reunirte, e incluso a entrevistar?

Al advertir que Malik titubea y se incomoda, Dajaal interviene.

—No dejes que eso te preocupe. Con nosotros puedes hablar con tranquilidad. Sabemos que la mayoría no pueden ser buenos. Gumaad y yo tenemos constancia de que ninguno ha recibido la formación que se requeriría para considerarlos verdaderos profesionales.

Gumaad se suma a Dajaal, diciendo:

—Adelante, habla con franqueza.

Malik elige con cuidado sus palabras.

—En mi opinión, los textos son un batiburrillo de párrafos escritos con descuido

y que se sostienen a duras penas por medio de un conjunto de prejuicios para los que hay poco o ningún fundamento. Sospecho que no investigan mínimamente antes de escribir los artículos que publican. Los textos ni siquiera parecen corregidos, pues es de imaginar que no hay editores o correctores con experiencia.

—No se puede esperar nada mejor —dice Dajaal—. A fin de cuentas, son autodidactas y han empezado a escribir para los periódicos de aquí, que promueven intereses partidistas, cada cual barriendo para su propio clan.

—Vamos, vamos —tercia Gumaad—. Sé justo, Dajaal.

—¿Qué preparación has tenido tú? —lo desafía Dajaal.

Gumaad altera el rumbo de la conversación.

—Conozco a algunos de los mejores con los que he trabajado —dice—. Han recibido varios meses de formación sobre la marcha.

—Tres meses máximo —dice Dajaal.

Como para suavizar el golpe, Malik dice:

—Aun así admiro su coraje, a pesar de su falta de formación o de perspicacia para el análisis. Se juegan la vida escribiendo lo que escriben. ¿Cuántos de nosotros arriesgaríamos la vida a diario por escribir? Se convierten en un blanco humano, los matan y, a pesar de todo, continúan publicando. Me descubro ante ellos.

Cuando Jeebleh se reúne con ellos, trayendo su taza de café negro y amargo, Malik le resume lo esencial de la conversación; él asiente con la cabeza mostrando su acuerdo y permanece en silencio.

Corre una agradable brisa nocturna. Las estrellas brillan en el firmamento, y el viento trae un ligero regusto a sal. Ha sido un largo día. Gumaad y Dajaal siguen enzarzados en una de sus interminables diatribas. Dajaal ha perdido el temple un par de veces, sacrificando su elocuencia para ganar la mano, aunque haya tenido que recurrir a la grosería. A Jeebleh se le antoja una actitud muy poco propia de él.

Jeebleh no aprueba la insolencia de Gumaad, pero cree que a Malik le puede ir bien escuchar a alguien que encarna la postura integrista, que construye un mundo mucho menos complicado que el de los secularistas.

Gumaad confirma que Baidoa, la plaza fuerte a la que los federalistas se han replegado, está bajo asedio. Los integristas controlan todos los puntos de acceso; los camiones de suministros y combustible no pueden entrar ni salir. Solo la semana pasada estallaron dos bombas por control remoto en el centro de la ciudad, causando víctimas mortales. El asedio hace que la situación se vuelva más peligrosa y está infligiendo un sufrimiento indecible a la población civil.

—¿Esperas que se produzca una invasión inminente? —pregunta Malik.

—Tenemos el viento a favor, y atacaremos.

—¿Mientras las negociaciones están en curso? —pregunta Malik.

—Porque los etíopes —contesta Gumaad—, nuestros inveterados enemigos, mantienen lazos con los Estados Unidos, y los americanos a su vez les suministran la

información que obtienen de sus satélites instalados encima de nuestra ciudad.

—Los estadounidenses no se involucrarán en la refriega —dice Malik—. Bastantes preocupaciones tienen ya con las guerras de Afganistán e Irak, que además suponen un gran dispendio económico. Esos dos frentes abiertos los mantendrán ocupados por lo menos una década más. De todos modos, ¿qué beneficio obtendrían?

Guardan silencio un rato, hasta que Gumaad se levanta. Ayuda a Malik a ponerse en pie, y con un gesto les indica a Jeebleh y Dajaal que se levanten también. Una vez están los cuatro de pie juntos, sus cuerpos rozándose, Gumaad habla.

—¿Lo oís?

—¿Qué se supone que hay que oír? —pregunta Malik.

—Mirad el cielo —dice Gumaad.

—Estoy mirando.

—Dime qué ves.

—Veo las estrellas del trópico.

—¿Y qué oyes?

—Oigo los sonidos de la ciudad por la noche.

—Escuchad bien. Tomaos vuestro tiempo, caballeros.

Jeebleh oye el rumor lejano de un dron.

—¿Ves algo ahora? —le pregunta Gumaad a Malik.

—¿Qué se supone que debo ver?

—Una lucecita en el séptimo cielo, titilando.

Malik escruta el firmamento. Nada.

—Más bien parece un Cessna, desde aquí —dice Jeebleh, y señala una constelación de estrellas que no es capaz de nombrar. Luego le dice a Malik—: Un ultraligero, una especie de dron de vigilancia, allí arriba. ¿No alcanzas a verlo u oírlo, Malik?

Gumaad lo anima.

—Concéntrate. Por favor.

Malik, al cabo, percibe un zumbido continuo que le recuerda al de un juguete a pilas, el sonido va y viene. Un depredador teledirigido, operado por un piloto desde el suelo, o alguien posicionado en un buque de guerra amarrado en tierra, que sobrevuelan las zonas consideradas de riesgo con fines de vigilancia, como los drones utilizados en los ataques a blancos programados en Pakistán, Palestina o Afganistán. Estos depredadores teledirigidos han pasado a ser últimamente un elemento habitual sobre los cielos de Mogadiscio, porque los Estados Unidos sospecha que las Cortes dan cobijo a cuatro presuntos agentes de Al Qaeda. La presencia de estos aparatos voladores espías marca un hito significativo, y hace cómplice a los Estados Unidos si Etiopía decide invadir y ocupar Mogadiscio. O eso es lo que piensa la población aquí. Suponen que los drones, que pueden oírse y verse todas las noches desde las nueve hasta aproximadamente las cuatro de la madrugada, son prueba suficiente de que los americanos están recabando datos.

Jeebleh da un gran bostezo, indicando que está muy cansado; quiere que Gumaad y Dajaal se marchen. Pero antes saca la bandeja en la que han traído la comida, lavada y preparada para que Dajaal pueda devolverla donde pertenece.

—Nos vemos mañana, alrededor de mediodía —dice Jeebleh.

—Buenas noches. Hasta mañana —dice Dajaal.

—Muy productivo, para ser el primer día —dice Malik.

—Me alegro de que las cosas marchen bien, salvo por el problema del ordenador —dice Jeebleh—. Pero sé que no vas a dejarte abatir por eso.

—Debería haber sabido cómo reaccionaría un integrista, con la concepción que tienen del sexo, ante una fotografía de una niña de un año desnuda en la bañera. ¡Pornografía, nada menos! Descuida. No permitiré que eso tiña mis juicios.

—¿Qué hay de los artículos que borró?

—Guardo copias en un lápiz de memoria —dice Malik.

—Tendría que haberte avisado de que podía ocurrir, y haber sido más firme en mi apoyo. Lamento no haber sido de ayuda —dice Jeebleh.

—No te preocupes por eso; hiciste lo que buenamente pudiste, dadas las circunstancias —dice Malik, y va a abrazar a Jeebleh.

Jeebleh se relaja y sus rasgos adquieren una dulce suavidad, con el reflejo de las estrellas en sus ojos. Solo con mirarle, Malik se conmueve tanto que querría volver a abrazar a su suegro y decirle la alegría que supone para él estar aquí. En lugar de eso, le cuenta que ha grabado todo con la minigrabadora que llevaba en el bolsillo, y le hace escuchar fragmentos de la conversación.

Jeebleh le dice:

—Hagas lo que hagas, te pido que no menciones mi nombre en ninguno de tus artículos, para que eso no reste valor a tu trabajo o a mis aportaciones.

—Estoy orgulloso de que hagamos esto juntos, y así lo diré.

Se abrazan de nuevo y al cabo se van a dormir, satisfechos.

«Pista de aterrizaje» sería una manera inexacta de llamar al hoyo arenoso donde aterriza el avión de Ahl al llegar a Bosaso. Cerca, a menos de un kilómetro, está el mar de Somalia, desafiante como siempre. Alguien con un retorcido sentido del humor situó aquí la pista, que exige a los pilotos ciertas maniobras acrobáticas al aterrizar, y únicamente los pasajeros muy curtidos permanecen impasibles.

Una vez está el avión en tierra, mientras los pasajeros se levantan agobiados y con ganas de salir, Ahl mira hacia la azafata de vuelo que está sentada en el pasillo con la cabeza entre las manos, llorando. Ya antes parecía taciturna, exangüe, las mejillas surcadas por lágrimas incesantes. Ahl intentó que le hablara, saber si podía hacer algo por ella, pues no se le ocurría cómo ayudarla. Ella no respondió a sus preguntas, solo miraba fijamente la fotografía de un muchacho y sollozaba, así que decidió dejarla en paz. Escuchó su llanto largo rato antes de ofrecerle un pañuelo para secarse las lágrimas. Ahora, cuando el viaje toca a su fin, sigue preguntándose cuál puede ser la causa de esa aflicción. ¿Acaso el muchacho de la fotografía ha desaparecido o está muerto? Se demora un poco más dentro del avión, recogiendo sus cosas sin apuro. Finalmente la mujer levanta la cabeza y lo mira, esbozando apenas una sonrisa mientras le tiende el pañuelo con una mano, como dudando si él querrá que se lo devuelva en ese estado. Ahl le sugiere que se lo quede, mientras alcanza a leer la placa que ella lleva prendida con su nombre: Wiila. Despidiéndose con una ligera reverencia, le desea «todo lo mejor».

La pista de aterrizaje, ahora que puede observarla, ni siquiera está vallada; nada que impida a cualquiera acceder hasta el avión mismo y mezclarse con los pasajeros al aterrizar. Una pequeña multitud se reúne ya al pie de la escalera junto al hombre del chaleco amarillo, chancletas y pantalones agujereados que ha guiado al piloto hasta el lugar de estacionamiento. Él también trata de ganarse la simpatía de los pasajeros que bajan del avión, para conseguir una propina.

Los pasajeros, que en Yibuti se empujaban para llegar al avión y ocupar sus asientos, se afanan ahora por recoger el equipaje; algunos levantan maletas que pesan más que ellos. Ahl se queda al margen, observando asombrado. Tiene todo el tiempo del mundo para estirar los brazos y las piernas y masajearse la espalda, dolorida después de dos horas en un avión sin cinturones de seguridad. El piloto (¿ruso?, ¿ucraniano?, ¿serbio?) se acerca y se queda a su lado, y trata a Wiila con gran descortesía, con un inglés precario de marcado acento la tacha de «culona, holgazana y llorona». Ahl se dispone a recriminarlo cuando Wiila le pide que se mantenga al margen. El piloto, más envalentonado aún, vierte sobre Wiila una sarta de improperios. Avergonzado y sintiéndose vencido, Ahl lamenta implicarse en un asunto que no le incumbe directamente.

La brisa y el olor a mar ayudan a Ahl a contener su temperamento rebelde. Calmado, intenta identificar a su anfitriona, Xalan, o su marido, Warsame, con

quienes no se ha visto nunca. Deambula sumido en un silencio apesadumbrado, tieso como un cirio, preguntándose si podrá reconocerlos a partir de las descripciones que le hizo su mujer. Se dice que no hay persona más feliz que un viajero que llega a su destino y siente la tranquilidad y la confianza para encarar el mundo que se abre ante sus ojos con la mente abierta, sin temor ni tribulación. Aunque está en Somalia, no se encuentra en ningún peligro inminente. Han venido a buscarlo al aeropuerto. Y, en caso de que no apareciera nadie, seguro que podrá llegar a la ciudad o a su hotel sin ningún problema.

Un par de mozos con petos azules están descargando el equipaje de la bodega del avión y distribuyéndolo entre la gente. Ahl recibe su bolso de viaje y recuerda ofrecerle un par de dólares estadounidenses al mozo de las maletas, en agradecimiento, aunque enseguida advierte que ha atraído la atención de un merodeador, que lo sigue y empieza a agarrarse de la manga de su camisa y el maletín del ordenador, señalándose la boca y la tripa. Ahl no sabe qué hacer para desembarazarse del pedigüeño. Entonces oye que alguien lo llama por su nombre y ve a un hombre barrigudo caminando hacia él con andares de pato. Ahl y el pedigüeño aguardan en silencio mientras se acerca.

—Bienvenido a Puntlandia, Ahl. Soy Warsame.

Warsame lleva los pantalones caídos hasta la cadera, como los jóvenes que imitan a los delincuentes de poca monta. A diferencia de esos jóvenes imitadores, Warsame lleva un cinturón bien ceñido bajo su abultada tripa. Ahuyenta con una mano al insistente mendigo, que inmediatamente deja de importunar a Ahl.

—Te traigo cariñosos saludos de Xalan —dice Warsame—. Se ha quedado en casa, cocinando. Pero antes de ir allí, te llevaré a tu hotel. Vamos. —Warsame toma a Ahl del brazo.

Ahl aborrece el contacto físico gratuito con otros hombres en público. Se enfrenta al dilema de recuperar su brazo sin mostrarse grosero ante la cálida bienvenida de Warsame. No desea ofender a su amable anfitrión.

—Deja que lleve algo —se ofrece Warsame.

—Gracias, pero no hace falta —dice Ahl.

—Viajas muy ligero de equipaje para venir desde los Estados Unidos —dice Warsame.

—Me encanta viajar ligero —dice Ahl—. Menos líos.

—Cuando Xalan regresa de Canadá —musita Warsame, con el tono que adoptan muchos hombres para hablar del equipaje de sus mujeres— necesita un camión.

Ahl no se une al ataque, porque aunque sabe que hay mujeres que llevan pesadas maletas para pasar una noche fuera, también conoce a hombres que se ponen más perfume que una novia sudanesa el día de su boda. Recuerda que Yusur le habló de un altercado entre Xalan y algunos escuadrones de vigilancia de los clanes de Mogadiscio: un incidente terrible que, según Yusur, fue la hermana de Xalan, Zaituun, quien lo provocó. En un intento por evitar más mala sangre, Ahl cambia de

tema.

—¿Hace cuánto que funciona esta pista?

—Tres años y pico —dice Warsame.

Ahl no piensa preguntar qué ha sido de los fondos que el estado autónomo recauda en impuestos. Puede imaginar que han ido a parar a las arcas de algún corrupto. Tampoco deja traslucir su extrañeza ante la ausencia de cualquier instalación aeroportuaria, o incluso de una pista de aterrizaje en condiciones. Como si hubiera expresado sus pensamientos en voz alta, Warsame dice:

—Todavía nos preguntamos adónde fueron los fondos.

Nunca es aconsejable granjearse enemigos el primer día que te encuentras con alguien, se dice Ahl, especialmente si no lo conoces bien. No ahondará en el tema de la corrupción. Quién sabe, quizá el propio Warsame podría estar involucrado, recibiendo su parte bajo mano.

—¿Dónde está el control de Inmigración? —pregunta.

—Ahí —señala Warsame.

Ahl mira en la dirección adonde apunta Warsame. Ve una barraca a la izquierda de un grupo de vehículos que llevan matrícula de los Emiratos Árabes, en lo que habría sido el aparcamiento de la pista, de haberla habido.

—Cuando lleguemos a nuestro coche alguien de Inmigración vendrá a buscar tu pasaporte —dice Warsame—, y luego lo traerá sellado.

—¿Así es como se hacen las cosas aquí?

—Aquí todo es *ad hoc* —dice Warsame.

Warsame guía a Ahl hasta un todoterreno con matrícula de los Emiratos Árabes, abre la puerta, enciende el motor y pone el aire acondicionado al máximo. Un hombre joven viene a recoger el pasaporte de Ahl. Con un «Enseguida vuelvo», desaparece en la barraca. Ahl piensa que hasta hoy nunca había entendido por completo el sentido del término *ad hoc*: la falta de compasión, la falta de sentido común de una comunidad que no cumple siquiera con la responsabilidad hacia sí misma; una falta de determinación; un despropósito.

El joven, sin embargo, cumple con su promesa. Enseguida vuelve, dispuesto a entregarle el pasaporte sellado previo pago de veinte dólares estadounidenses. Warsame le da al joven un par de dólares a modo de agradecimiento.

—Ya podemos irnos —dice entonces. Y se ponen en marcha, levantando una gran polvareda y avanzando cada vez más rápido, como si compitieran en un *rally*.

Igual que la pista de aterrizaje, la ciudad está muy por debajo de las expectativas de Ahl. Yusur y otros muchos originarios de Puntlandia en la diáspora le habían hablado de Bosaso con grandilocuencia, describiéndola como una ciudad costera efervescente, donde sus habitantes exaltados e inquietos hacían dinero a espaldas; muchos del comercio, y un puñado de la piratería. Según le dijeron era una ciudad que se había beneficiado de las consecuencias negativas de la guerra civil, con el

regreso de miles de profesionales y empresarios oriundos de allí para afincarse de nuevo en la región.

Pero las carreteras no están asfaltadas, y el polvo levanta remolinos en el horizonte, desorientando a Ahl. Los edificios que alcanza a ver son poco más que barracas. Los coches están aparcados de cualquier manera, como si los hubieran abandonado apresuradamente. Las calles mismas parecen trazadas al tuntún, con estructuras provisionales levantadas de cualquier manera para albergar a los desplazados que han huido de los combates de Mogadiscio, o han sido deportados de la escindida República de Somalilandia hacia el norte. De vez en cuando pasan por casas sólidas de piedra, con verjas y altas vallas, pero también tienen algo feo, por las bolsas de polietileno que cuelgan, como si les fuera la vida, de la alambrada eléctrica que rodean estas propiedades.

A pesar de que trata de ocultar el disgusto, la voz de Ahl tiene un deje de reproche cuando le pregunta a Warsame:

—¿La ciudad ha sido siempre así?

Casi con tono de disculpa, Warsame dice:

—El desorden que reina en Bosaso actualmente tiene mucho que ver con la naturaleza precaria de una ciudad asediada por el subdesarrollo de la economía, la pobreza abrumadora y la disfuncionalidad del estado autónomo. La ciudad alberga una avalancha de inmigrantes de Etiopía, Eritrea y Tanzania, todos dispuestos a lanzarse al mar en barquichuelas para alcanzar las costas de Yemen y Europa, entregándose a los tratantes de personas que se enriquecen explotándolos.

—¿Acuden aquí porque hay paz?

—Por supuesto está también el potencial lucrativo de la piratería, dada la ubicación estratégica de Bosaso. Tomados en conjunto, esos elementos atraen a toda clase de gentuza.

—¿Tienes alguna idea de cuál es la población de la ciudad y qué porcentaje de habitantes son autóctonos? —pregunta Ahl.

—Nadie puede decir cuánta gente vive aquí.

Ahl sabe que se requieren ciertas infraestructuras antes de que sea posible realizar un censo.

—Porque aquí todo es *ad hoc*.

Warsame asiente y añade:

—Y la vida ha de seguir adelante.

Ahl le pide que pare en algún sitio donde pueda conseguir una tarjeta para el teléfono móvil, y al poco Warsame se detiene delante de una estructura baja en cuya fachada se ven carteles publicitarios de distintas marcas de cigarrillos y otros productos; enfrente hay unas cabras hambrientas mascando un par de zapatos de cuero. Ahl compra la tarjeta y le carga diez dólares. Todavía dentro de la tienda, la inserta en el móvil.

En el vehículo, Warsame le pide que haga sus llamadas sin tardanza.

—Adelante, por favor —dice mientras sigue conduciendo—. Haz tus llamadas. Dile a Yusur o a quien hayas de avisar de tu llegada, que te han recogido y que todo está en orden.

Malik contesta al teléfono al primer tono. Hablan en chino, y Ahl le da las noticias. Malik le pregunta a Ahl qué impresión le ha dejado la ciudad por el momento. Ahl contesta que más le parece un mercado de pulgas que la próspera metrópolis que esperaba encontrar.

—No llevo aquí ni media hora y ya me estoy preguntando adónde ha ido ese montón de dinero que presuntamente ha dado la piratería y la toma de rehenes —dice—. ¿Y qué tal tú, Malik? ¿Cómo te va?

Malik está abatido porque en el último día y medio han sido asesinados tres periodistas, el último hace apenas una hora. Los dos primeros eran periodistas de radio, y los han matado cuando dejaban a sus hijos en la guardería o la escuela, antes de ir a trabajar. El tercero volvía del entierro de un colega. Un cuarto periodista resultó herido por un artefacto instalado en el arcén mientras caminaba; se mantiene en estado crítico, con pocas probabilidades de sobrevivir a las heridas del atentado.

—¿Quién es responsable de estas muertes?

—Según informes no confirmados habría que atribuirlos a turbios quintacolumnistas que señalan a cualquiera que escriba algo que no sea del gusto de la cúpula de las Cortes. Utilizan artefactos por control remoto o disparan a sus víctimas a bocajarro. Nadie sabe gran cosa de estos asesinos a sueldo, o con quién mantienen vínculos, pero todos apuntan a Al Shabab, que mantiene una conexión imprecisa, aunque beneficiosa para ambas partes, con las Cortes.

—Es preocupante —dice Ahl.

—Ahora todos los buenos periodistas están en el radar de los asesinos —dice Malik—. Es repugnante. Me está matando.

—¿Crees que estás en peligro?

—No pienso recoger mis bártulos e irme.

—¿Acaso yo te he sugerido tal cosa?

—Es lo primero que ha hecho Amran cuando he hablado con ella por teléfono. Pensaba que dirías lo mismo —dice Malik.

—¿En estas circunstancias, qué planes tienes?

—Quizá deba irme a casa de Bile y Cambara.

—¿Te sentirías más seguro allí?

—Sí.

Warsame pasa el control de seguridad que hay junto a la verja del hotel y se detiene frente al edificio para dejar a Ahl. Queda en pasar a buscarlo más tarde.

Ahl sale del coche con paso tambaleante, recoge su equipaje y camina hacia el cartel que dice «Respecshin». Le sorprende que ninguno de los botones que holgazanean en el aparcamiento se ofrezca a ayudarlo. Llega al porche sintiendo los músculos de las piernas entumecidos, y recuerda que lleva varios días sin hacer nada

de ejercicio. Le parece improbable que en este hotel de dos estrellas haya un gimnasio, y supone que no sería prudente salir a correr o ir a nadar.

En la recepción hay dos jóvenes enfrascados en una partida de cartas. Uno de ellos tiene un hueco en los dientes superiores, y el otro lleva una cresta. Aunque ninguno de los dos va de uniforme, Ahl conjetura que Dientes Separados es el que está por el momento al cargo. Debe de ser hijo o pariente cercano del dueño del hotel. Cuando vuelve de la escuela se ocupa de la recepción; su amigo, en cambio, tiene el descanso de la tarde.

Dientes Separados le pregunta a Ahl:

—¿Qué quiere?

Ahl no sabe bien qué contestar, pues de pronto se ha dado cuenta de que el muchacho guarda un parecido remoto con su hijastro, Taxliil: cierta actitud distante, como si el mundo fuera sinónimo de la suciedad que hay por todas partes, y ellos quisieran mantenerse limpios; y las dulces sonrisas de ambos, tan arrebatadoras como inoportunas, sonrisas que a menudo conducen a malentendidos.

—¿Hay una habitación reservada a nombre de Ahl?

Dientes Separados le dice que estará en la habitación número 15.

Ahl, sin que nadie lo ayude ni lo acompañe, sube a su habitación por una escalera de peldaños combados, complacido con la ligereza de su equipaje, contento de que sus necesidades sean modestas. Se detiene delante de la habitación número 15. La puerta está abierta, no necesita usar la llave. Se sorprende al ver que es una habitación enorme; tras la cabecera de la cama se levanta una pared cubierta con pulcros azulejos ocres contra un fondo blanco. Hay un hombre en la habitación toqueteando los botones y los cables del televisor, que está encendido y emite una retahíla de lo que al principio parecen sonidos extranjeros, porque el volumen está tan insoportablemente alto que le resulta casi imposible descifrar las palabras.

—Por favor —ruega Ahl—, apague el televisor.

—Estoy arreglando los canales por satélite —contesta el hombre a voz en cuello, compitiendo con el griterío del aparato. Está mascando *qaat*, y su lengua, que asoma de su boca cuando habla, parece la de un camaleón, fina y repulsiva.

Ahl repite su ruego, esta vez más despacio, para hacerse entender mejor. El hombre sigue agachado. Mira el botón que sostiene en la mano derecha, como si pensara en reprenderlo por su comportamiento obstinado; seguramente sea la pieza que hace que el aparato funcione mal.

—Tengo que arreglar el problema —dice con un alarido.

—Por favor, hágalo más tarde —le suplica Ahl.

Pero el técnico no piensa hacerle caso: le han encargado que se ocupe de arreglar el televisor en todas las habitaciones. Ahl tiene la impresión de que el ruido insoportable le está haciendo perder los nervios, o peor aún, la razón, pero le han advertido que hay que ser circunspecto al tratar con los jóvenes somalíes. Aquí la gente se crispa con facilidad, enseguida se dejan llevar por la rabia y echan mano a

una pistola.

Con voz serena, dice:

—Por favor, por favor. —Atribuye el primer «por favor» a su crianza somalí, que eleva la consideración al grado de formalidad, y el segundo «por favor» al miedo a provocar la famosa irritación que caracteriza a los somalíes—. Necesito usar el cuarto de baño. Urgentemente.

Por fin el técnico apaga el televisor, desconsolado, visiblemente ofendido y, como para demostrar su indignación, mastica su *qaat* con furia. Justo antes de que salga enfurruñado, Ahl le dice:

—¿Me hará un favor, si no le importa?

El hombre le contesta con aspereza.

—¿Qué quieres?

—Me gustaría comer, si la cocina está abierta.

—¿Qué quieres comer?

—Un plato de pescado y arroz, si tienen.

—Por supuesto que tienen.

—Le agradecería mucho si lo pidiera por mí.

En señal de su gratitud, Ahl saca un par de dólares estadounidenses para dárselos de propina; pero no, el hombre no piensa aceptarlos, bien porque le parece una cantidad insignificante o porque no quiere aplacarse. Se marcha echando chispas. Ahl, desconcertado, cierra la puerta y va al cuarto de baño.

Entonces, inexplicablemente, el televisor se enciende de nuevo, con el volumen más alto que antes. Ahl se exaspera, pensando que el hombre ha vuelto a entrar y a encenderla otra vez. Decide que acabará de orinar antes de zanjar la cuestión. Se le ocurren varias maneras para hacerlo. ¿Darle una patada en el culo al muchacho y afrontar las consecuencias, o darle una patada al televisor y hacerlo pedazos aunque luego tenga que pagarlo? ¿O debería aceptar su derrota? Al salir, sin embargo, no hay nadie en la habitación, y Ahl ve a un árabe de traje y corbata entrevistando a un somalí para Al Jazeera, con las ruinas de la mezquita Arba Rukun, destruida durante los combates de 1991 en Mogadiscio, como telón de fondo.

El entrevistado somalí está diciendo: «Nosotros, como muyahidines, mártires del islam, estamos dispuestos a entregar nuestras vidas en nombre de Alá. Ayudaremos a derrotar a Etiopía y los Estados Unidos, enemigos del islam». Entonces, tan misteriosamente como se ha encendido, el televisor vuelve a apagarse.

A pesar del calor tropical, el agua de la ducha está muy fría. Ahl decide que se conformará con asearse someramente. Se lava la cara y axilas, se cambia de camisa y telefona a Warsame y Xalan para saber cuándo pasarán a recogerle. No contestan. Antes de bajar a comer el pescado, que ha pedido llamando por teléfono a recepción, vuelve a poner el ordenador en el maletín, guarda también el dinero dentro y baja las escaleras con precaución. Cuando pasa junto al mostrador de la recepción, Dientes

Separados le dice que hay una visita esperándolo. Suponiendo que se trata de Warsame o Xalan, le pregunta dónde, y el muchacho señala una pequeña glorieta donde hay un hombre solo sentado en una mesa para cuatro, con dos de las sillas libres inclinadas hacia delante.

El hombre no se molesta ni siquiera en presentarse. Su boca traza una mueca de disgusto que deja ver su magnífica dentadura. Tiene los ojos saltones y va vestido con una camisa plisada, de otra época. Aunque es el tipo más feo que Ahl ha visto en la vida, desprende cierto carisma; le recuerda a un enano de Agrigento, con la hija del cual Ahl salió en secreto casi un año entero, durante sus años de universidad en Inglaterra. Ella estudiaba inglés, aunque era bastante torpe. Otras virtudes compensaban esa torpeza: era muy buena en la cama y una estupenda cocinera.

Cuando sale a la glorieta y el hombre le pregunta qué tal está su habitación, Ahl imagina que será el director del hotel. Pero entonces el hombre añade:

—Me refiero a si hay cosas que no funcionan. En este país no disponemos de fontaneros para instalar agua caliente en los hoteles. Aunque Puntlandia pasa por una situación de relativa paz, padecemos una carencia de personal cualificado en todos los ámbitos. Aquí todo se rige por el método de prueba-error, siempre es un a ver qué pasa. Unas veces las cosas funcionan, otras no. Reina la incertidumbre total.

Ahl decide que no hay nada que perder por intercambiar unos comentarios irónicos en mitad del día, teniendo en cuenta que se halla en un entorno seguro y lleva el móvil cargado y con saldo para localizar a Warsame o Xalan con solo tocar un par de teclas.

—¿Qué ha sido del personal especializado en esos ámbitos?

—Los que tienen una buena formación se unieron al éxodo y al huir del país acabaron en campos de refugiados en Kenia o Etiopía, aunque algunos con el tiempo llegaron al golfo Pérsico y viven allí como trabajadores mal pagados, o bien se fueron a Europa o Norteamérica en busca de asilo. Imagínese: un millón y medio de personas, en su mayoría desposeídos de todo.

La llegada de la comida interrumpe la conversación.

—¿Qué tomará usted? —le pregunta Ahl a su visitante, sin desear que se marche. Quién sabe si ese hombre misterioso puede conducirlo hasta Taxliil.

—La cocina está cerrada —dice el camarero.

—Aquí hay bastante para dos. Por favor, traiga otro plato y otros cubiertos —dice Ahl—. Podemos compartirlo.

El camarero rezonga con disgusto, pero hace lo que le pide. El desconocido ataca la comida con evidente fruición.

—No hemos tenido el placer de conocernos hasta ahora —dice—. Sé que usted se llama Ahlulkhair. Mi nombre completo es Ali Ahmed Fidno, pero entre mis amigos se me conoce por Fidno, a secas.

—¿Cómo sabe quién soy? —pregunta Ahl.

Cauteloso como un gato silvestre defendiendo la presa que ha cazado, Fidno

muestra los dientes y deja escapar una especie de ronroneo animal que parece salir del fondo de sus entrañas. Ahl, sorprendido, fija la mirada primero en las manos de Fidno, que están cerradas en un puño en el que se marcan los nudillos pálidos, y luego observa su rotunda mandíbula, que parece expandirse como insinuando que se avecinan problemas. Fidno aparta la mirada y, sacando un gran sobre marrón de debajo de sus posaderas, se inclina hacia delante.

—Tenga. Le he traído estas fotografías —le dice a Ahl.

Ahl siente que se le dispara la imaginación: mentalmente ve imágenes de Taxliil posando con uniforme de camuflaje en algún campo de instrucción cercano.

—¿Fotografías de quién o de qué?

—De algunos chicos haciendo... sus cosas.

Ahl espera que Fidno no lo haya tomado por un perverso sexual. ¿Acaso cree que es uno de esos turistas cincuentones en busca de jovencitos para irse a la cama? Ahl ha perdido de pronto el apetito. Deja los cubiertos y pregunta:

—¿De quién son las fotografías?

Fidno ofrece solo silencio por respuesta.

—¿Por qué me las ha traído precisamente a mí? —insiste Ahl.

—Alguien que lo ha visto llegar en el aeropuerto me ha dicho que usted es periodista somalí afincado en América —dice Fidno.

—Déjeme echarles un vistazo.

Ahl saca las fotografías del sobre y las estudia sin prisas, de una en una, mientras escucha los comentarios de Fidno al respecto. Son fotografías de hombres jóvenes, en efecto: en botes, en barcos, armados, sujetando a otros, la cara tapada con pasamontañas. Hombres jóvenes comiendo, durmiendo, bromeando entre ellos, hablando por teléfonos móviles, algunos vestidos con las chaquetas de traje arrebatadas a sus rehenes, de quien también hay fotos. Los nombres de los barcos y su procedencia están anotados en los márgenes: ucranianos, rusos, italianos, turcos, israelíes, saudíes, filipinos, indios. El botín es grande. En cambio, los muchachos que empuñan los AK47 o están apostados tras las ametralladoras de miras telescópicas, son tipos delgaduchos, de aspecto famélico, y en su mayoría parecen tan poco preparados para lo que la vida pueda depararles como Paris Hilton lo estaría al salir al cuadrilátero con Mike Tyson. ¿Estos jóvenes son piratas? Y si no son piratas, ¿qué son, a qué se dedican? Seis meses es mucho tiempo en la vida de un adolescente, podría dejarse crecer la barba o empezar a llevar lentes de contacto.

¿Acaso Fidno, sentado en su mesa y rebañando la espina, puede contarle algo más? ¿Implicará a Malik? ¿Puede ayudarle a localizar a Taxliil?

—¿De dónde ha sacado estas fotografías? —pregunta Ahl.

Fidno masca un palillo de dientes, se toma su tiempo.

—Las hizo un fotógrafo al que contraté.

Lástima que Fidno no sea pirata, corsario o bucanero, porque tiene el carisma que hace a las mujeres levantar los brazos y cruzarlos en la nuca, dejando ver las axilas y

los pechos erguidos. ¿Por qué las mujeres se sienten atraídas por los piratas, por qué ríen incitantes en su presencia? Ahl recuerda que precisamente fue lo que hizo aquella siciliana apenas una hora después de que se conocieran. Como un gato panza arriba a la espera de caricias.

—Y actuó usted en calidad... ¿de?

Fidno mira los platos del almuerzo, todavía por retirar. Ahl le hace una señal al camarero para que levante la mesa y traiga la cuenta.

—Y un café, si es posible —dice Fidno.

—Que sean dos. El mío expreso —dice Ahl.

—Para mí largo, con mucha azúcar —dice Fidno.

Cuando el camarero se marcha, Ahl repite la pregunta.

—¿En calidad de qué?

—He encargado estas fotografías en mi condición de mediador, intérprete y, por encima de todo, intermediario. Lo hago cuando las cosas se complican más de la cuenta entre los piratas y los negociadores que representan los intereses de las navieras.

—¿Con quién tratan los negociadores? —pregunta Ahl.

—Los negociadores tratan a través de terceros —contesta Fidno—. A menudo intermediarios afincados en Mombasa o Abu Dabi.

—Así pues, ¿no vienen a Puntlandia, sino que prefieren asignar intermediarios que negocien en su nombre?

—Ellos siguen en sus despachos de Londres, Tokio o Moscú —explica Fidno—, sea cual sea su sede habitual. Una de mis tareas consiste en allanar dificultades imprevistas cuando las cosas se ponen feas, cosa que ocurre muy a menudo. Todas las piezas de la cadena (aseguradores, intermediarios, intercesores) sacan un pellizco, dependiendo de su rango y su importancia en la jerarquía de la compañía, sin que haya contacto directo con nosotros.

—Demasiada gente, demasiado dinero, y comunicación nula... ¿No es esa la fórmula perfecta para posibles desastres? —aventura Ahl.

—Es una fórmula perfecta para el timo, el doble juego y la falsificación. Y nosotros somos los garantes del estafador mayor. Nos engañan, y aun así no hay manera de que podamos demostrar nada de esto al resto del mundo, porque cuentan con el respaldo de la prensa internacional, y nosotros no.

—Un momento, un momento. ¿Qué trata de decirme?

—Supongamos que lee en su periódico habitual, esté donde esté, que los propietarios de un barco secuestrado por piratas somalíes han pagado cinco millones de dólares como rescate —propone Fidno.

—Supongámoslo.

—¿Y si le dijera —continúa Fidno— que, para empezar, el grueso de esos cinco millones ni siquiera salen de Londres, donde está la sede de la aseguradora, porque ningún banco en Gran Bretaña aceptaría que una suma tan grande saliera de sus

cámaras acorazadas para pagar un rescate?

—Tiene sentido —accede Ahl.

—¿Y si le dijera que al final, tras meses de negociaciones, propuestas y contrapropuestas, acuerdos rotos y demoras, solo medio millón de esos cinco millones de dólares llegará a los piratas? Antes, los representantes de las aseguradoras de Londres, el intermediario de Abu Dabi y los mediadores de Mombasa han sacado ya sustanciosas tajadas; así que el pago final es apenas una ínfima parte, de la cual los financiadores del secuestro aún han de pagar a los piratas que siguen en posesión del barco. Sin duda conoce usted el proverbio somalí «*Mana wasni, warna iraac*», que presuntamente salió de los labios de una mujer sospechosa de haber gozado haciendo el amor, cuando el hombre ni siquiera la había tocado nunca. A nosotros nos joden, se mire como se mire, y no hace falta decir que no lo disfrutamos en absoluto.

—Es espeluznante —dice Ahl.

—Semejante falta de respeto nos parece indignante.

—Desde luego, es una vergüenza.

Fidno está crispado, como un mafioso que no acostumbra a explicar las razones de sus actos. En un gesto revelador de confesión, se inclina hacia adelante como si fuera a compartir un secreto, pero de pronto cambia de parecer, después de lanzar una mirada suspicaz alrededor y ver que el camarero vuelve con la cuenta y los dos cafés. Ahl paga con dólares estadounidenses. Luego retoman la conversación.

—¿Cuál es concretamente su papel en esta trama?

—Para los piratas —contesta Fidno— soy prácticamente cualquier cosa que necesitan que sea. Soy un enlace, un vínculo, el que está en medio, un apagafuegos cuando hay fuegos que apagar. Con las navieras y los tipos de los despachos en Londres, lleven bombín o no, también soy el hombre para todo. Negocio las coberturas de las pólizas y las cuestiones de seguridad cuando retienen al capitán, la tripulación, el barco y la carga. Soy también quien trata con los hombres del canal de Suez, y muchos otros apostados en los distintos puertos de diversos países, hombres con acceso a asuntos confidenciales como los movimientos de los barcos, la clase de carga que llevan, sea legal o ilegal, si se trata de residuos químicos, quién lo transporta y dónde se efectuará el vertido. Llevo también un registro de las fechas de partida y los destinos de los barcos.

—Veo que mueve usted muchos hilos —dice Ahl.

—El pillaje marino es un negocio muy peligroso. Te pueden matar a la primera de cambio. También puedes hacerte rico, dependiendo cómo juegues tus cartas. Cuestiones relacionadas con quién recoge el rescate cuando los jóvenes somalíes apresan un barco; quién recibe los fondos; quién se lleva tajada; a quién se paga y a quién se tima. Estos piratas no son como los de antaño, que se quedaban una parte del botín y lo compartían entre ellos, ¡democráticamente! De hecho, ni siquiera estoy seguro de que hoy día sea correcto llamar piratas a estos jóvenes somalíes.

Ahl querría preguntar por qué, pero antes de que pueda hablar, Warsame se acerca a la mesa, saludando a Ahl y mirando a Fidno. Se levantan apresuradamente y por poco derriban las sillas y las tazas del café. Ahl hace las presentaciones.

—¿Por qué no viene con nosotros? —pregunta entonces Ahl.

—Depende adónde vayan.

Ahl se vuelve a Warsame.

—¿Puede acompañarnos?

—Desde luego.

—Pero ¿adónde van? —pregunta Fidno.

—A mi casa —dice Warsame.

—Venga con nosotros —lo apremia Ahl.

Siguen a Warsame hasta el coche. Cuando Ahl trata de guardar las fotografías en el maletín del ordenador, Fidno tiende una mano y, sonriendo, se las reclama. Luego va hasta un vehículo desvencijado, aparcado enfrente del coche de Warsame, y las deja en la guantera.

Ahl cree que resultará más fácil averiguar nuevas cosas acerca de Fidno en compañía de terceros; un mentiroso rara vez repite sus mentiras de la misma manera.

Jeebleh se mueve y, ligeramente aturdido, se apoya sobre los codos, con los ojos todavía cerrados; lleva el antifaz del avión para protegerse de la fuerte claridad. En la mente se le agolpan recuerdos, el pasado reaparece en forma de un monstruo, Caloosha, el hermano mayor de Bile, bravucón sin igual; el presente levanta la cabeza, guerrero, con el rostro de Barba Cerrada, hirsuto y feo hasta decir basta, mandando mensajes de virus malignos, borrando archivos y fotografías de criaturas de pecho. Jeebleh debe hacer un balance de sus circunstancias actuales en el contexto de su historia personal e interpretarlas a la luz de la memoria nacional. Malik está en la habitación de al lado, la que en otros tiempos fue de Makka y Raasta. Lo asalta la repugnancia cada vez que recuerda su espantoso encuentro con Barba Cerrada. Siente que lo ha traumatizado, como un amputado que experimenta de nuevo la agonía del desmembramiento.

Lo sobresalta un clamor repentino de origen desconocido que parece el estrépito del metal al chocar contra el vidrio y hacerlo añicos. Jeebleh se incorpora en la cama, aguarda y escucha los sonidos discordantes que se superponen a ciertas actividades reconocibles. Distingue algo así como el aleteo de un pájaro. Los sonidos inconexos, sin embargo, aumentan su inquietud hasta un punto próximo al miedo, y se prepara para lo peor. ¿Qué puede hacer si un intruso trata de irrumpir en el apartamento desde el balcón?

Sale de la cama dispuesto a hacer frente al infractor, procurando que Malik y él mismo no sufran daño alguno, aunque sin saber muy bien cómo va a hacerlo. Al salir de la habitación, empuñando una escoba —qué ridículo debe parecer, se dice— duda en activar el protocolo de emergencia siguiendo las instrucciones que le ha dado Dajaal. Pero en cuanto alcanza la puerta de seguridad interior que da al balcón, consigue identificar el ruido. Se trata de los graznidos de un pájaro que aletea incansablemente, un milano de alas negras que trata de soltarse con desesperación, levantando y bajando la cola con todas sus fuerzas para salir del pequeño espacio donde está atrapado. Quizá el pájaro se ha metido sin querer por debajo de los aleros, o por una grieta del marco de la ventana, a la izquierda del balcón.

Jeebleh se queda quieto, consciente de que sus pasos acrecientan el nerviosismo del pájaro. Se acerca poco a poco, con sumo cuidado, caminando sigilosamente e inclinado hacia delante, las manos a la espalda. Se detiene, y deja escapar un largo suspiro cuando llega a los límites de la galería y libera al pájaro atrapado para que vuele libre de nuevo. Luego vuelve al salón.

Un recuerdo da pie al siguiente, ora ocupando su lugar, ora complementándolo. Jeebleh revive un enfrentamiento en una habitación de hotel en Mogadiscio, postrado y mirando cara a cara a un camaleón que había entrado sin temor alguno por el balcón. El recuerdo le provoca un escalofrío, siente una rabia acumulada en el interior

de su cuerpo. Camina de un lado a otro, decidido a sacudirse el malestar. Una vez más lo asalta un recuerdo terrible relacionado con Caloosha. Jeebleh ve un parecido innegable entre los métodos de Caloosha y Barba Cerrada, que ambos atribuyen al servicio de causas más elevadas; el difunto Caloosha afirmaba sus ideales socialistas del mismo modo que Barba Cerrada utiliza la santidad del islam como un mantra, asegurando que es la luz que alumbra su camino hacia la voluntad divina. Caloosha, al final, obtuvo su merecido, murió como un miserable. Jeebleh se pregunta cuándo recibirá Barba Cerrada lo que merece, el castigo que por justicia le corresponde.

Hora de preparar el té. Con movimientos lentos, Jeebleh llena la tetera metálica, sin molestarse en quitar la tapa. De pronto cae bajo el hechizo de un agradable recuerdo, el fin de semana en que le tomó a su nieta la fotografía, la misma que Malik tenía como salvapantallas hasta que Barba Cerrada la tachó de pornográfica. Jeebleh lamenta que la inocencia no ofrezca protección alguna contra un tipo obsesionado con el sexo. En cualquier caso, fue el fin de semana antes de que partieran de viaje. Toda la familia fue en un coche de alquiler a Port Jefferson, en Long Island. Al volver a la ciudad se desviaron y pararon en la orilla norte para almorzar. Recuerda la fascinación de su nieta con la arena de la playa, que se llevaba a puñados a la boca, en lugar de la comida que su madre le ofrecía.

Piensa que debería llamar a casa, y eso hace aflorar otro recuerdo: su primera conversación por teléfono con su mujer, la última vez que estuvo aquí. Un hombre con una máquina portátil más grande que un ordenador subió a su habitación. Jeebleh no alcanzó a comprender cómo funcionaba el aparato o cómo se llamaba, ni siquiera era capaz de describirlo. Pero en cualquier caso le permitió hablar con su mujer, y eso era lo que entonces importaba. Malik y él de momento han evitado hablar con ellas, solo les han mandado un mensaje de texto para hacerles saber que han llegado bien. A Malik le preocupa que Amran le pida que se marche si le cuenta todo. Además, ninguno de los dos ha encontrado aún las palabras adecuadas para describir la mentalidad depravada de Barba Cerrada. Un exceso de cautela les ha nublado el entendimiento. Aunque mirando el lado positivo, entre ellos se ha instalado una gran armonía, y eso es un gran alivio.

Un cuarto de hora más tarde Malik sale de su habitación, rascándose con furia y maldiciendo. Tiene los párpados ennegrecidos, los ojos hinchados e inyectados en sangre; la piel está irritada y en algunas partes supura.

—Me pica todo el cuerpo —dice.

Jeebleh trata de poner una nota de humor.

—El picor es humano.

—Soñé con picores y me he despertado con picores.

—Veamos. —Jeebleh no advierte picaduras o arañazos.

—Durante la noche he sufrido una erupción de sueños, una pesadilla de alergias. Me picaba y no podía parar de rascarme. En el sueño me salía un sarpullido, me

sentía agredido, molesto, invadido; cuanto más penetraban los sueños en mi mente, con más furia me rascaba yo.

—¿Será una reacción alérgica por algo que has comido?

—Lo dudo.

—¿Chinches en la cama?

—Encendí las luces y no encontré nada.

—Los chinches desaparecen rápidamente y se esconden.

—Le di la vuelta al colchón. No había bichos —dice Malik apartando la vista, avergonzado.

Se palpa el brazo en busca de bultos, heridas o hinchazones que puedan ser indicio de una picadura, pero apenas hay nada que pueda mostrarle a Jeebleh como uno mostraría un trofeo. Asombrado, sacude la cabeza.

—¿No será por lo que Gumaad te metió en la cabeza?

—¿A qué te refieres?

—Gumaad te explicó el término despectivo *injirray*, con el que los somalíes se burlan de los etíopes. Quizá sea de ahí de donde venga esta repentina obsesión por el picor.

—¿Por qué los somalíes aluden a los piojos para hablar de lo que viene de Etiopía? —pregunta Malik.

Jeebleh se lo explica.

—Verás, los etíopes que han conocido los somalíes son las hordas de soldados mal pagados, pobremente vestidos y descalzos que hay en los confines del antiguo Imperio, que se extendía hasta Ogadén, donde se habla somalí. Sucios, llevando los mismos uniformes semana tras semana, esos soldados se llenaban de picores y no paraban de rascarse. Los antiguos contactos entre somalíes y abisinios dieron forma a los apelativos con que unos y otros se zaherían. «Piojos» define a estos soldados abisinio-etíopes, el insecto con el que los somalíes asociaron a esas tropas sucias y míseras. Por su parte, el grupo étnico de Amara se refiere a los somalíes como «lavaculos» u «hombres con faldas», denigrantes apodos para los musulmanes que llevan a cabo sus abluciones antes de rezar o que, como las mujeres, llevan faldas. No hay nada nuevo en esto. Después de todo, los ingleses llaman a los franceses «ranas», ¿no es así? No es de extrañar que hayas soñado con ejércitos de piojos.

Jeebleh recuerda que en la guerra de 1977 entre Etiopía y Somalia, la gente se reía de la naturaleza traidora de los piojos, y descubrieron el potencial de los juegos de palabras al hablar en sentido figurado de asuntos políticos. Cuando era colegial, varias veces sufrió fiebres acarreadas por la malaria y toda clase de picaduras. Su madre recurría al queroseno para quitarle los piojos, o le rapaba la cabeza.

—Una nación comida por las pulgas, moribunda en la cuneta de la carretera, llena de ronchas, sucia, con picores en los sobacos, la cabeza llena de piojos. Batallones de chinches marchando con uniforme de campaña sobre su caparazón verde claro. En mi sueño, vi tropas de piojos avanzando hacia el este, bajando hacia la ciudad de

Feerfeer, próxima a la frontera entre Etiopía y Somalia.

—Hay mucho en juego y todo el mundo está inquieto, suenan los tambores de guerra y se oye el fragor de sables, tanto que resulta ensordecedor.

Jeebleh cita para sus adentros un breve pasaje de *Anestesia local*, de Günter Grass, en el que el dentista describe el sarro como «el enemigo número uno» de los dientes. Imagina el sarro tendiendo trampas para apresar a la lengua; y la lengua, buscando afanosamente las formaciones costrosas, las superficies ásperas que alimentan el sarro, a fin de poder destruirlas. No sorprende que las encías enfermas padezcan bolsas en las que pululan los gérmenes; no sorprende que las naciones engendren personas de todas clases, algunas capaces de provocar la muerte de sus semejantes, traidores, vendidos, suicidas que no llegan a la categoría de humanos.

—La política es algo vivo, y con las cosas vivas nunca se sabe —dice Jeebleh—. Los seres vivos matan o mueren a manos de otros; se retiran, cambian de alianzas; muerden, los aplastan a pisotones. Piojos o no, las criaturas vivas son las tinieblas sobre la faz del abismo.

Malik piensa en liendres, golpes, cólicos, arrebatos, furias y fiebres que adormecen el pensamiento, como los pequeños males locales. ¡Pequeños males locales provocados por un incisivo roto!

Preparan un desayuno sencillo: cuencos medianos de yogur natural, un obsequio hecho en casa de Cambara, que Jeebleh toma con un par de cucharadas de mermelada, y luego una tortilla con tomate y cebolla para Malik. Jeebleh toma té antes de sumarse a Malik con un café.

Dajaal telefonea para decir que, tal como Malik pidió la noche anterior, va a traer a Qasiir, su nieto, para que intente repararle el ordenador.

—Danos media hora —le pide Jeebleh.

—¿Qué harás tú, Jeebleh? —pregunta Dajaal.

—Sé que Malik quiere quedarse aquí con Qasiir para arreglar el aparato, pero a mí me gustaría quedar con Bile. Cambara me ha dicho que ella saldrá a comprar, y Bile estará solo, es un momento ideal para visitarlo. Me estará esperando, gracias a Dios dice que hoy se siente mucho mejor.

—Entonces, ¿quieres que pase a recogerte por casa de Bile cuando se solucione lo del ordenador de Malik? —sugiere Dajaal.

—Acabemos de hablarlo cuando llegues.

Apenas ha podido Jeebleh recibir con un gran abrazo a Qasiir, de quien guarda un entrañable recuerdo de su anterior visita porque sabe que es un muchacho «legal», utilizando la jerga de los jóvenes, y de presentárselo a Malik, cuando se le ocurre la posibilidad de reclutarlo para dar con el paradero de Taxliil. Jeebleh está convencido de que Qasiir tendrá contactos entre sus antiguos amigos de las milicias, y a buen seguro algunos estarán al servicio de la actual administración de las Cortes.

Si a Jeebleh no le falla la memoria, Qasiir era un joven rápido, despierto y de confianza, un muchacho sensato con reputación de evaluar cualquier riesgo antes de dar un paso; era distinto a tantos otros chicos de su edad. Hoy Qasiir lleva unos vaqueros planchados, una camisa un tanto ceñida y calzado deportivo muy gastado. En el cinturón luce una hebilla del tamaño de un puño, y una perilla demasiado rala como para preocuparse. También lleva una pistolera en el hombro con un revólver.

—Mírate —dice Jeebleh—. Ya eres todo un hombre, tienes tu propia familia. ¿Has sido padre, verdad? ¿Niño o niña?

—Un niño, tan inquieto que no nos deja pegar ojo.

Jeebleh observa que Qasiir ya no es, ni por físico ni por temperamento, el adolescente que conoció hace una década. Ha ganado peso alrededor de la cintura, aunque lo lleva con desenvoltura.

—Me sorprende que sigas vistiendo así —dice Jeebleh—. Pensaba que los chicos de tu edad se habían unido a la causa de los que llevan túnicas y barbas, que miran con recelo a los que llevan vaqueros.

—Muchos lo han hecho, pero los más próximos a mí saben de qué va la historia.

—¿No vas a la mezquita con vaqueros, verdad?

—Como si eso importara —dice Dajaal.

—Los viernes no, abuelo —dice Qasiir.

Malik se distrae por un momento al reparar en que Qasiir se dirige a Dajaal, que es su tío abuelo, como «abuelo». Entonces recuerda que el término «tío abuelo» carece de equivalente en somalí. Sabe por experiencia propia lo difícil que puede ser dirigirse a Jeebleh en cualquier lengua; le resulta raro llamarle «tío», como haría un yerno somalí, pero «suegro» le suena demasiado forzado y formal. Quizá el problema de cómo dirigirse a los suegros sea una cuestión que no se ha resuelto en ningún idioma, en ningún lugar.

—¿Vas a la mezquita solo los viernes? —pregunta Malik.

—Tengo que dejarme ver, ¿no?

—Todo es parte de la farsa —dice Dajaal.

—Si es cierto que los integristas la emprenden a latigazos con las mujeres si las ven por la calle sin velo —dice Malik—, ¿cómo se explica que no penalicen a los hombres que llevan vaqueros? No me sorprendería que a alguien se le ocurriera la idea de que están saboteando el estilo de vida islámico.

Qasiir, como esperaba Jeebleh, lo caza al vuelo.

—Tal vez me dejen tranquilo porque varios amigos míos, gente de bastante peso, son miembros activos de Al Shabab. Los conozco mejor que nadie, pasaron de ser milicianos adscritos a los clanes a ponerse una túnica blanca y dejarse crecer la barba; muchos son demasiado holgazanes para molestarse en buscar una cuchilla y afeitarse todos los días.

—Veletas, es lo que son —dice Dajaal.

Jeebleh recuerda un proverbio francés que dice que mientras un hombre con reloj

sabe qué hora es, un hombre con dos relojes puede tener dudas de la hora exacta, por la disparidad entre uno y otro. Piensa que precisamente por eso los compañeros de Qasiir, personas con doble cara que miran tanto al pasado como al futuro, quizá puedan ser de ayuda.

—Según la sabiduría popular, en Mogadiscio todo el mundo sabe lo que hacen los demás —dice Jeebleh—. Pero dime, Qasiir, ¿acaso este sabio lema ha dejado de ser cierto ahora?

—¿A qué te refieres? —pregunta Qasiir.

—Hemos oído hablar de asesinos a sueldo campando por todo el país, un grupo llamado «quintacolumnistas» que acechan a sus presas y matan a antiguos oficiales veteranos del ejército, intelectuales, periodistas. ¿Quiénes son esos sicarios que operan sigilosamente y se atreven a asesinar a un hombre que sale de una mezquita?

—Creemos saber de quién se trata, pero no podemos asegurarlo —dice Qasiir.

—Sospechamos qué gente puede haber tras los asesinatos porque sabemos quiénes son las víctimas. Profesionales liberales, sobre todo —añade Dajaal.

—¿Es posible averiguar —pregunta Jeebleh— el paradero de dos docenas de jóvenes reclutas que hace poco abandonaron su cómoda vida en Minnesota, o por qué vías han llegado aquí?

—Basamos nuestras suposiciones en un *kutiri-kuteen*, en meros rumores, sin ninguna base —replica Dajaal—. En otros tiempos, el principio que lo regía todo era la primacía del clan. Sabíamos que era solo una tapadera. Hoy en día prima la religión. El asesino ha pasado a llamarse *mujahid*, y si lo matan se convierte en mártir.

—¿Y cómo llaman a las víctimas? —pregunta Malik.

—Para justificar los asesinatos, a las víctimas se las llama apóstatas —contesta Qasiir—. Supongo que no es una novedad.

Luego Dajaal cuenta en tono confidencial que los asesinos se lanzan sobre sus presas con el sigilo de los gatos. Matan y desaparecen sin ser vistos.

—Todos debemos ir con cuidado —dice Jeebleh.

—La menor indiscreción puede conducir a la muerte y al desastre —advierte Dajaal—. Debemos saber en todo momento dónde pisamos, ser conscientes de cómo lidiamos con los asuntos cotidianos. En su condición de periodista, Malik no puede bajar la guardia. Ni un solo minuto del día.

—Cautela a todas horas —dice Jeebleh.

Malik les asegura que está acostumbrado a todo eso.

Jeebleh consulta discretamente su reloj antes de decirle a Dajaal:

—Es hora de que tú y yo nos vayamos. He quedado a almorzar con Bile y Cambara.

—Esperaré en el coche —dice Dajaal— y Qasiir se pondrá manos a la obra con el ordenador para repararlo, si es posible, o por lo menos para recuperar los archivos eliminados.

Jeebleh empieza a inquietarse al pensar que tendrá que marcharse en un par de días porque en tan poco tiempo puede que no consiga alcanzar sus propósitos. Aun así, confía en sentar las bases para que Malik disponga de ayuda en la búsqueda de Taxliil, sin tener que sacrificar su decisión de seguir escribiendo. Antes de irse con Dajaal, se reúne con su yerno en la habitación con vistas al mar. Sin que le dé tiempo siquiera a embarcarse vacilante y prolijamente en los hilos de su razonamiento, Malik lo interrumpe con delicadeza y le informa de que la idea de implicar a Qasiir ya se le ha ocurrido; lo hará en el debido momento.

—Hablaré del asunto con Qasiir y luego concretaré los detalles con tu ayuda y la de Dajaal —dice Malik—. Me gustaría contar con su respaldo; es lo más conveniente.

—Buena idea —coincide Jeebleh.

Cuando a Jeebleh le abren la puerta de la casa de Bile y Cambara, encuentra a la doncella preparándose para irse. Bile, sentado, lo recibe con un cálido apretón de manos. Tiene mejor aspecto. Mientras Bile le indica una silla a Jeebleh, la doncella dice:

—Por favor, Bile, dile a Cambara que me has dicho que me vaya antes de terminar las tareas que me pidió que hiciera. Hazlo, por favor, porque no quiero que se moleste conmigo.

A juzgar por los rincones donde se acumula el polvo y los platos sin lavar del fregadero, Jeebleh supone que no es una trabajadora muy diligente. Seguro que en una ciudad con uno de los índices de paro más altos del mundo es difícil encontrar un trabajo tan cómodo.

—Se lo diré a Cambara —dice Bile. Pero la doncella se resiste a marcharse, hasta que Bile sacude la cabeza con irritación y le dice—: Hasta mañana.

Cuando se va, Jeebleh y Bile recuerdan una vez más el pasado que los une, desde que jugaban juntos de niños y crecían como hermanos en la misma casa de Padua, donde Bile estudió Medicina y Jeebleh Literatura, coronando sus cursos con una tesis sobre Dante.

Bile le da a Jeebleh una noticia que lo complace infinitamente: de los tres limoneros que Jeebleh plantó junto a la tumba de su madre, dos han dado ya fruto; el mango también produce frutos, del tamaño de una cabeza de mono, además de procurar sombra a quienes visitan el cementerio.

—He estado allí solo un par de veces en el último año, me temo —dice Bile—. Una vez en compañía de Dajaal, la otra con Cambara.

—Siempre recordaré la bondad de tu gesto.

—Vamos, vamos, para mí también fue una madre.

Conmovido, Jeebleh trata de contener las lágrimas y levanta las manos pálidas como la panza de un lagarto con las palmas hacia arriba. Bile aparta la mirada y sigue con el índice la línea de la vida, la de la cabeza, la del amor, la del sol y por último la del destino en la palma de su propia mano, igual que lo haría un ciego. Qué viaje tan largo, dos amigos que toman caminos paralelos en una vida fundada en los mismos ideales. Ambos cumplieron largas condenas de cárcel; en el caso de Bile, los últimos años en una celda de aislamiento. Luego tomaron rumbos opuestos. Jeebleh empezó a dar clases en una universidad de los Estados Unidos y tuvo dos hijas, una de ellas lo había bendecido con una nieta. Bile dedica su vida a la filantropía; es una verdadera lástima que las guerras civiles no admitan el principio de caridad hacia el prójimo.

Bile sufre altibajos, es propenso a los cambios de humor cuando toma medicación y se queda apaleado como un perro si no lo hace. Los dolores de espalda y rodillas, provocados por esos años de confinamiento, lo están matando. Hoy lleva los botones de la camisa mal abrochados, pero Jeebleh no le advierte al respecto, como tampoco

le hace notar que tiene legañas en los ojos, restos de dentífrico seco en la barbilla, o la bragueta abierta. Solo serviría para avergonzarlo; están los dos solos, de todos modos. No son desconocidos. A Bile se le escapa un ruido y ni siquiera se da cuenta. Nos sucede a todos, piensa Jeebleh, es como hablar en sueños o roncar.

Sin prisas, tomándose su tiempo, se trasladan a la cocina. Bile se sienta mientras Jeebleh le prepara una comida ligera, pues no debe tomar las píldoras con el estómago vacío. Mientras cocina una pasta con salsa de limón y ajo y guindilla fresca picada, Bile va comiendo tacos de queso y otras exquisiteces que Jeebleh le ofrece. Sin que se lo pida, Bile habla de la conexión entre patrones y empleados en el Mogadiscio assolado por la guerra civil, señalando que la doncella está muy irritable. La armonía entre patrón y empleado se valora muchísimo en estos tiempos revueltos, donde todo el mundo teme que las cosas se salgan de madre si una de las partes recurre a utilizar una pistola como árbitro en cualquier pequeña disputa.

—¿Por eso le has pedido que se marche?

—Si surge una disputa por las horas de más que ha trabajado o, Dios no lo quiera, la despides, un par de jóvenes armados vendrán a despacharte en menos de lo que se tarda en apagar un cigarrillo con la suela del zapato.

Ha pasado a ser moneda corriente en estos tiempos que los jóvenes armados maten incluso a los voluntarios que trabajan para Médicos Sin Fronteras o alguno de los organismos de Naciones Unidas, por negarse a entregar una mísera suma de dinero.

—¿Los integristas islámicos no han puesto freno a eso?

—Todo el mundo, incluidos los integristas, está jugando a ver qué pasa —dice Bile—, y nadie ha tomado medidas respecto a las armas, nadie las ha confiscado.

—¿Qué ha sido entretanto de todo el armamento?

—Los que tienen armas en su poder las enterrarán, las guardarán y harán acopio de ellas a la espera de detectar los puntos débiles en las estructuras creadas por el integrismo, confiando en poder explotarlas. La situación actual no difiere tanto de la de 1993, cuando tuvo lugar el primer despliegue de los marines estadounidenses. En aquel momento, los señores de la guerra y sus aliados se dedicaron a esperar y ver qué pasaba, con distintas artimañas, hasta que identificaron un punto débil en la ineptitud y la indecisión de los americanos. Básicamente, cualquier joven en posesión de un arma quería saber si los marines fomentaban la paz o pretendían imponerla por la fuerza. El Cacique del Sur detectó resquicios en la lógica estadounidense y llevó las cosas a su terreno jugando sucio, arrastrando el cadáver de un soldado norteamericano por las calles de la ciudad. Puedes estar seguro de que los etíopes pasarán por lo mismo cuando invadan el país y uno de los suyos resulte herido o muerto. También ellos contemplarán la retirada, ya lo verás, igual que hicieron los marines.

Jeebleh se pregunta si Bile ha tenido oportunidad de ver la película *Black Hawk derribado*, estrenada después de su última visita a Mogadiscio, sobre el intento de los

Estados Unidos de desplegar su estratagema política «intravasionista» pos Guerra Fría para hacer del mundo «un lugar más seguro».

Bile hace unos ruidos con la garganta, como los de un gato que en su avidez ha tragado una espina de pescado; toma un sorbo de agua y se relaja, listo para continuar hablando.

—Me darían ganas de empuñar un arma, si la tuviera, cuando oigo frases como «Los marines están aquí para cumplir con la voluntad de Dios», como dijo el presidente estadounidense. O cuando los fundamentalistas hablan de que cuentan con el «apoyo popular» y que trabajan según «la voluntad del pueblo»; o cuando sentencian a lapidación a una mujer violada y luego acusada falsamente de adúltera. Me disgusta también que alguien suelte la falacia servil de que todos los somalíes son musulmanes, sobre todo cuando con eso se pretende legitimar a una camarilla de fundamentalistas decididos a imponer su voluntad sobre este país. Afrontémoslo, los fundamentalistas no son distintos de los señores de la guerra a los que derrocaron, ni de los federalistas. Nadie podrá convencerme de que la mayoría de somalíes van a tragarse sus falsedades. En cualquier caso, los fundamentalistas tarde o temprano se dividirán en facciones radicales y moderadas, tanto si Etiopía lleva adelante la invasión, como si no. Aunque reconozco que me corroe la rabia solo de pensar en provocar al vecino acosador, nuestro enemigo desde tiempos inmemoriales.

Bile toma un bocado de queso antes de continuar.

—Prefiero un Estado laico desvertebrado donde quepa todo el mundo a uno fundamentalista liderado por un conciliábulo de barbudos.

—¿Los integristas son un grupo fundado en clanes?

—Lo son y no lo son —contesta Bile—. Cuando marcan a alguien que ha de ser eliminado, encargan el asesinato a un pariente cercano que forma parte de sus propias filas, para que nadie atribuya la muerte a alguien de otro clan. Si toman un pueblo, nombran a un gobernador que no tenga raíces o un pasado allí. Es una especie de clanismo en positivo. Aun así, no me llama la atención. Que padecen luchas internas es evidente porque las Cortes no han construido unas bases administrativas eficaces para la ciudad; no son capaces de ponerse de acuerdo entre ellos.

Jeebleh se siente igual que si estuviera refugiado en un cobertizo aguardando a que pase un terrible huracán que arranca los hogares de cuajo y destruye vidas. ¿Es más seguro quedarse dentro o irse tan rápido como las piernas lo permitan?

Sirve la comida en los platos y almuerzan.

—¿Qué relación tenéis Cambara y tú con los fundamentalistas?

Bile se pone de pie lentamente, agarrándose con los dedos al borde de la mesa de la cocina. Se tambalea, le flaquean las rodillas; mira con recelo un mundo que carece de la solidez que le gustaría ver.

—¿Adónde vas? —pregunta Jeebleh.

—Mis píldoras están en el botiquín.

Jeebleh va a buscarlas.

—Me gustaría no cansarme tan fácilmente —dice Bile.

Jeebleh siente alivio al pensar que su madre no tuvo que padecer una vejez llena de enfermedades. ¡Cómo puede decaer el cuerpo de una persona! Bile era muy atlético de joven, jamás pestañeaba cuando se le presentaba una oportunidad para competir. Ahora, achacoso, sigue adelante a duras penas, prefiriendo apañárselas solo a depender de la ayuda de los demás. Jeebleh no sabe en qué categoría estaría él en tales circunstancias. Igual que Bile, no soportaría que una esposa sobreprotectora lo colmara de atenciones. Y su mujer sería más propensa a esos excesos que Cambara.

Después de almorzar pasan a la sala de estar, donde se sientan en butacas más cómodas. Bile toma té y Jeebleh café, cada uno sumido en sus meditaciones, con las rodillas casi rozándose.

Al cabo, Bile habla.

—Si una ciudad se convierte en la persona que adora vivir en ella, entonces Mogadiscio soy yo... Y prefiero estar en Somalia más que en ningún otro lugar.

Bile a menudo ha dicho que solo dejará Mogadiscio cuando se vaya a la tumba. Esa obstinación le recuerda a Jeebleh unas escenas de *El ángel de piedra*, de Margaret Laurence. En esta novela única, una de las más memorables para él de la literatura universal, Hagar (trasunto de la sierva del relato bíblico) se halla prisionera tanto de su orgullo como de las limitaciones de su debilitado cuerpo. Es una anciana con mal carácter de noventa y cuatro años que ha construido su vida sobre certezas inamovibles. Detesta que la ayuden porque odia sentirse atada a nadie, e insiste en sobrevivir a su decrepitud con dignidad, negándose a que la internen en una residencia. Echa abajo las paredes con sus gritos, tan fuerte es su voluntad. A diferencia de Hagar, Bile es un hombre de modales suaves, pero también es tozudo, y el paso de los años solo ha agudizado ese rasgo de su carácter. Se considera un cosmopolita que se niega a abandonar la ciudad cuando los demás lo han hecho. Los pensamientos de Jeebleh se tiñen de ansiedad al sopesar cómo puede animar a Bile para que vaya a los Estados Unidos a visitar a médicos especialistas.

—Mi mujer —dice—, a la que no has conocido aún pero que te manda su cariño, se pregunta si alguna vez vendrás a visitarnos a Nueva York.

—Por supuesto que sí. —Hay un deje de ternura en la voz de Bile—. Algún día iré a visitaros, aunque no sé cuándo.

Jeebleh advierte que a Bile le oprime el malestar: tiene la mirada vidriosa, los pies estirados hacia delante, el cuerpo rígido. Quizá por su propia naturaleza, los enfermos y los ancianos se vuelven personas inquietas, depresivas; se instalan en esa tierra de ninguna parte, remotamente distante.

—¿Qué hay de ti y Cambara?

—Es loable que haya decidido invertir sus fuerzas en mi insignificante vida, contrariamente a lo que suele ocurrir —dice Bile—. A muchos de mis amigos los abandonaron sus parejas cuando estuvieron enfermos o necesitados. Cambara se ha quedado a mi lado, es una compañera leal y cariñosa. Según ella se trata de comprar

acciones de la vida de tu pareja, sujetas a ganancias y pérdidas, como ocurre con cualquier inversión. En la vida «ganas algo, pierdes algo», dice ella, y también en el amor. Compró acciones en mi vida cuando no había ningún capital en juego, e invirtió mucho en mi recuperación, se quedó conmigo. También yo decidí que ya era hora de comprometerme en serio, así que le propuse matrimonio.

—¿Cuál ha sido su respuesta?

—Que ella me amará, pero no será mi esposa.

A Jeebleh no le sorprende oírlo. Es una mujer formidable, una pareja perfecta para Bile. Un hombre en el último tramo de la vida, demasiado enfermo para importarle a nadie, y ella lo ama.

—Dice que nosotros somos la primera línea del frente —comenta Bile.

La imagen de tropas de muchachos partiendo al frente, sanos y en la flor de la juventud, dispara una alarma en Jeebleh al recordarle la invasión inminente. Piensa en escenas de películas donde los muchachos que parten a la guerra se comprometen con sus novias.

—Cambara se convirtió, sobre el papel, en la esposa de Zaak poco después de que estallara la guerra civil, a principios de los años noventa; él acababa de huir de Mogadiscio. Se trataba de un matrimonio de conveniencia y nunca llegó a consumarse, los dos sabían que sería así. Varios años después, ella se enamoró y se casó con Wardi, un refugiado que pidió asilo en Suiza, donde no tenía otra opción para obtener la residencia. Cambara se casó con esos dos hombres para que obtuvieran la ciudadanía en Canadá. No desea precipitarse casándose una tercera vez por temor a que no salga bien. Hasta cierto punto, la entiendo.

—¿Quieres que hable con ella? —pregunta Jeebleh.

—No tiene sentido hostigarla.

—Eso os quitará a los fundamentalistas de encima.

—Ella no tiene fe en el matrimonio —dice Bile.

Oyen las voces de un hombre y una mujer, y al abrirse la puerta entran Cambara y un muchacho, cargados con bolsas de la compra. Besos, abrazos, y a continuación las presentaciones.

—Robleh, este es Jeebleh —dice Cambara antes de besar a Bile, primero en la frente, y luego en los labios.

Robleh parece incómodo.

—Traigo comida para dos meses —dice Cambara.

Cuando ella y Robleh vuelven al coche a buscar el resto de las provisiones, Bile le cuenta a Jeebleh que su huésped del anexo ha estado hablando mal de ellos en las Cortes. El pobre desgraciado no puede evitarlo. Al parecer cree que por despotricar contra ellos ante los fundamentalistas sacará algún provecho personal.

—Es lo que se hace en Somalia en los tiempos que corren. Nada de escrúpulos. Nada de probidad. Esto es lo que nos ha llevado adonde estamos. No hay remedio.

—¿Por qué no le dais puerta? —pregunta Jeebleh.

—Es decisión de Cambara, no mía —dice Bile—. Las cosas solo pueden hacerse de una manera: la suya.

Una vez entrada la compra, Robleh dice adiós desde lejos y Cambara se reúne con ellos.

—¿A qué viene toda esta comida? —pregunta Bile.

—En caso de que haya una invasión —dice Cambara.

Bile está exhausto. Se le cierran los ojos, a pesar de sus valerosos esfuerzos por mantenerlos abiertos. Cuando Dajaal telefona, Jeebleh le dice que pase a buscarlo en cinco minutos. Mientras esperan, hablan de la inevitabilidad de la guerra y coinciden en que las Cortes han gestionado mal las conversaciones de Jartum.

—Espero marcharme antes de que empiece la guerra —dice Jeebleh.

—¿Malik va a quedarse? —pregunta Cambara.

—Él se quedará pase lo que pase.

Suena el timbre, los perros ladran. El timbre y los ladridos sobresaltan a Bile y lo sacan de su sopor.

—Os llamo más tarde —dice Jeebleh antes de marcharse.

Nada más irse Dajaal y Jeebleh, Malik y Qasiir se ponen manos a la obra con el ordenador. Al principio hablan de temas intrascendentes. Malik le pregunta a Qasiir en qué anda ocupado últimamente, cuánto tiempo pasa con su familia, su bebé, y si va al cine, en caso de que todavía queden salas.

—Los hombres de las Cortes han cerrado todos los cines —contesta Qasiir—. Las películas son *xaraam*, están prohibidas. Nada, ni siquiera las cintas de Bollywood hechas en India; nada de música en las teterías. Solo se permiten cosas religiosas serias. Por esto la gente joven empieza a aburrirse, y la vida parece dura y aburrida.

—¿Cómo se vivía en los tiempos de los señores de la guerra?

—Aquellos eran unos salvajes. Y perpetraban crueldades indescriptibles contra la población civil desarmada.

—Me refería a cómo era la vida para los jóvenes. Tú en aquella época eras apenas un adolescente y pertenecías a una milicia adscrita a un clan, ¿no es así?

—A pesar de que eran tiempos terribles —dice Qasiir—, a nuestra manera nos divertíamos. Veíamos películas, a veces clásicos italianos o americanos, poníamos la música que nos gustaba, montábamos fiestas, bailábamos, hacíamos todo lo que disfrutaban haciendo los jóvenes en todas partes. Incluso veíamos películas eróticas. Había un par de antros regentados por refugiados zanzibariés donde podían alquilarse. Claro que los señores de la guerra eran un azote para la mayoría de la gente, sobre todo para cualquiera que perteneciera a uno de los clanes más débiles, o que no fuera armado.

Cuando oyen al muecín llamando a oración, Malik le dice a Qasiir que no le importa si quiere parar para rezar y seguir luego trabajando con el ordenador, pero Qasiir no le hace caso; con la cabeza inclinada y el cuerpo completamente quieto pone toda su atención en teclear órdenes computacionales, leyendo con atención los resultados que aparecen en la pantalla. Malik sale del cuarto, va a la nevera y vuelve con una lata de Coca-Cola para Qasiir, que la abre y da un sorbo.

—Gracias —dice.

Malik aprovecha la ocasión para indagarlo.

—¿Qué relación mantienes con tus antiguos compañeros, los que servían en las mismas milicias que tú?

—Actualmente algunos ostentan posiciones de poder en las Cortes, unos pocos se han unido a Al Shabab e instruyen a sus cuadros de mando —dice Qasiir.

—¿Sigues en contacto con ellos?

—Con un par sí, a diario.

—Dime, ¿cómo pueden distinguir las mentiras que contaban entonces, cuando supuestamente mataban al servicio de la supremacía y el provecho económico de sus clanes, del sesgo religioso que ahora promulgan como la verdad divina?

Qasiir se siente cómodo manteniéndose firme en su terreno. En su adolescencia,

por lo que Jeebleh le ha contado a Malik, era un aficionado a cualquier cosa procedente de los Estados Unidos, y tenía especial fascinación por las gafas Ray-Ban y los *westerns* de Clint Eastwood, que veía tantas veces con sus amigos que se sabía de memoria los diálogos de algunas películas. Ahora medita la pregunta de Malik, tomándose su tiempo, y deja de teclear.

—¿Estás preguntando si los milicianos que antes servían a los señores de la guerra y ahora son miembros de Al Shabab son fieles a su naturaleza solo cuando están apretando el gatillo de sus armas, cuando están maltratando a tipos inocentes y matando, y no cuando están rezando en la mezquita? ¿Dudas acaso de su sinceridad?

Malik recuerda el comentario audaz que uno de sus colegas periodistas hizo cuando estuvo en Afganistán: la honestidad no es necesariamente sinónimo de verdad. Por lógica, no solo resulta conveniente hacer lo mismo que tus compañeros, sino que además, como miembro de una milicia, te sientes más seguro al ir en grupo, estás menos aislado. Viendo su mirada distante, Malik cree que Qasiir está recordando sus tiempos de juventud, cuando se divertía deambulando por ahí con sus compinches y apaleando a cualquier otro muchacho a la menor provocación.

—Es increíble cómo cambia la gente cuando el país en el que vive cambia. La guerra civil les hace ver partes de su vida que hasta entonces no se habían revelado; igual que ir a la universidad y recibir una buena educación ayuda a ver las cosas con nuevos ojos. La actitud de la gente hacia la vida cambia cuando varían sus circunstancias, más aún en la guerra que en la paz. Nadie quiere quedarse atrás ni sentirse excluido cuando los otros siguen adelante y las cosas les van bien.

Malik, alentado por lo que acaba de escuchar, se atreve a seguir preguntando.

—¿Qué ventajas, aparte de pertenecer a un grupo de idealistas, obtienen los jóvenes que se unen a Al Shabab?

—Al Shabab tiene mucho dinero —dice Qasiir.

—¿De dónde lo sacan?

—Solo puedo repetir lo que he oído decir a otros. —Qasiir empieza a teclear otra vez—. Que reciben grandes sumas de dinero de colectas que se organizan entre los árabes más acaudalados. Estoy seguro de que tú sabes más que yo acerca de eso.

—¿Te has sentido tentado a unirme a sus filas?

A Qasiir se le quiebra la voz por primera vez, el miedo se insinúa por la grieta que se ha abierto.

—No —dice.

—¿Por qué no?

—Yo no estoy hecho de esa pasta —dice Qasiir.

—¿A qué te refieres?

Qasiir se explica.

—Al Shabab prefiere reclutas mucho más jóvenes que yo, chicos que aún no han roto el cascarón ni han desarrollado una visión propia del mundo. Concentran sus esfuerzos en captar a adolescentes de hogares rotos, a niños y niñas a los que puedan

ofrecer una red de seguridad y garantizarles un medio para ganarse la vida después de recibir instrucción. Les lavan el cerebro y asignan cada nuevo recluta a un miembro de confianza de la organización. —Qasiir jadea, como si le doliera sacar esas cosas de su pecho. Continúa—: Yo sería un riesgo para ellos, y los que están dentro y me conocen lo saben.

—¿Sabes de alguien a quien hayan matado? —pregunta Malik.

—Sí —dice Qasiir.

—¿Quién?

—Permíteme rectificar —dice Qasiir—. Conocía a alguien a quien le encargaron eliminar al abuelo Dajaal. Vino y me lo dijo él mismo, por eso zanjó su compromiso con la organización y pasó a ser un objetivo más.

—¿Por qué no llevó a cabo el encargo?

—Le parecía inconcebible matar a un hombre que no le había hecho ningún daño, y a quien conocía prácticamente de toda la vida —dice Qasiir.

—¿Por qué acudió a ti?

—Me debía un favor.

—¿Qué clase de favor?

—Éramos compañeros, y un día se vio metido en un tiroteo donde hubieran podido matarlo, y yo lo salvé. Estábamos en distintos bandos, luchando por el control de un territorio lucrativo. Resultó herido de gravedad, y yo lo llevé a la casa del abuelo Dajaal, donde el tío Bile lo atendió. Ninguno de sus compinches o de los míos se enteró, pero él sí que lo recordaba.

—¿Dajaal sabe que está en el punto de mira?

—Opté por no decírselo.

—¿Por qué?

—¿De qué serviría?

—Para que lo supiera.

—El abuelo no cambiaría su manera de vivir, pasara lo que pasara —dice Qasiir—. Es encantador y cariñoso, pero también es el hombre más testarudo que conozco.

—¿Sabes si alguno de tus antiguos compañeros de las milicias que hayan cumplido con esa clase de encargos estaría dispuesto a hablar con un periodista?

—Un miembro de Al Shabab no se atrevería.

—¿Qué ocurriría si lo hiciera?

—Alguien lo seguiría al salir de la mezquita —dice Qasiir— y usaría un silenciador para matarlo. El primero que pasara por allí se toparía con el cadáver. Enterrarían a la víctima, nadie haría preguntas.

Los gestos de Qasiir denotan una evidente sensación de liberación que a Malik le parece la actitud de un hombre honesto que dice la verdad.

—Será difícil encontrar a un miembro activo de Al Shabab dispuesto a hablar abiertamente —dice Qasiir—. Es más fácil contactar con alguien que haya abandonado la organización desengañado para que se despache a sus anchas, o

alguien que haya perdido a algún familiar por culpa de Al Shabab. Un nuevo recluta o un miembro en activo no querrán hablar. Quizá uno de los llamados «cazatalentos». He oído que Robleh, actualmente alojado en casa del tío Bile, es uno de ellos. No sé si es verdadero o falso, solo sé que está a partir un piñón con Al Shabab. Así que ¿por qué no hablas con él?

Malik siente un tirón en las tripas al oír esto. Quién sabe, Qasiir podría dar con el paradero de Taxliil. Es de los que saben cumplir con lo que se proponen.

—¿Por qué querrían matar al abuelo Dajaal?

—¿Por qué han matado a los periodistas? ¿O asesinado a oficiales del ejército, antiguos compañeros del abuelo Dajaal? ¿Por qué han asesinado a activistas por la paz? Al Shabab los considera una amenaza.

—¿Qué clase de peligro suponen?

—¿Por qué los tiranos hacen lo que hacen? —pregunta Qasiir.

Malik no encuentra una respuesta inmediata.

Cuando Qasiir le dice que no puede rescatar los archivos borrados o recuperar el salvapantallas, Malik sale a preparar un tentempié para los dos. Antes pasa por su habitación y se lleva la fotografía de Taxliil. Piensa mostrársela a Qasiir solo si accede a aceptar el cometido.

Malik observa mientras Qasiir come con apetito el cordero recalentado, atacando la carne con el tenedor y el cuchillo, sin que ni uno ni otro toquen la ensalada. Continúan hablando de las estratagemas que emplean para captar reclutas los grupos laicos y religiosos que se disputan el poder en Somalia. Después, Malik le va desvelando a Qasiir lo que se sabe y se sospecha sobre la desaparición de Taxliil, y le habla de la difícil misión en la que Ahl se halla embarcado en Puntlandia. La familia, dice, apreciaría cualquier ayuda que Qasiir pudiera prestar.

—¿En qué puedo colaborar? —pregunta Qasiir.

—Tengo en mente una estrategia de capa y espada.

—Qué emocionante —dice Qasiir.

—Estoy hablando de verdadera clandestinidad.

—Por favor, explica cuál sería mi cometido.

—Podrías resultar herido, asesinado —dice Malik—. O alguien podría ser víctima de una explosión, quedar gravemente mutilado, sin piernas, con amputaciones por la explosión, o con la cara desfigurada por la metralla de un artefacto.

Durante un instante fugaz, Qasiir mira a Malik con una mezcla de estupor y curiosidad que da paso a una emoción expectante. Dice que está dispuesto a participar en esa «estrategia de capa y espada, en la verdadera clandestinidad», como en las películas. Solo que esto es la vida real: Clint Eastwood siguiendo las huellas de un chico fugitivo. Como para convencerse de que puede interpretar el papel, se palpa la pistolera que lleva sujeta al hombro.

—Aún no me has dicho lo que tengo que hacer.

—Te daré todos los detalles que necesitas —dice Malik—. Cuándo fue visto por

última vez, y dónde. Te proporcionaré sus datos.

—Y una fotografía. Las fotografías son importantes.

—Eso no hace falta decirlo —dice Malik.

—¿Por dónde y cuándo empiezo? —dice Qasiir.

—Esto es lo que quiero que hagas —explica Malik—. Busca cualquier información acerca de su paradero. Lo que nosotros sabemos es que está en Somalia, supuestamente para unirse a Al Shabab como recluta voluntario en el manejo de explosivos.

Hay un destello de orgullo en los ojos de Qasiir al mirar fijamente a Malik, su cuerpo se relaja y adquiere el ademán de un hombre con un misterio que resolver, un joven fugitivo al que localizar, decidido a emplear sin temor la fuerza si es necesario. Sin embargo, acorde con lo que se espera de él, reprime cualquier indicio externo de ansiedad.

—Cuenta conmigo —dice.

—Seguiremos hablando —dice Malik—. También informaremos a Dajaal y Jeebleh, y sentaremos las bases de nuestro acuerdo. Hasta entonces, ni media palabra.

Suena dos veces el timbre. La primera suavemente; la segunda con insistencia, casi descortesía. Y una tercera vez, más nerviosa y estridente. Es como si alguien perseguido por la marabunta pidiera desesperadamente refugio.

Malik piensa. No puede ser Dajaal porque siempre telefonea de antemano; y esos modales no son propios de Jeebleh. ¿Quién puede ser?

Rechaza el ofrecimiento de Qasiir para ir a ver.

—Ten cuidado —susurra Qasiir.

Malik se acerca de puntillas a la puerta, Qasiir caminando con los talones. Los dos se quedan a un lado, apartados de la mirilla para no proyectar sus sombras. Entonces Malik acerca con cautela un ojo a la abertura. Distingue una figura con pantalones caqui y sandalias de goma. Se toma su tiempo para medir a la persona que hay al otro lado; no se mueve ni habla. Pasados unos instantes, oye un intercambio en murmullos entre el hombre de los pantalones y las sandalias de goma y otra figura que no alcanza a ver. Tras varios intentos, Malik consigue atisbar la segunda figura: un hombre con sarong, la mano derecha a la espalda, oculta, y calzado con unas chancletas rosas. Malik comprueba que las fortificaciones del apartamento, incluida la chapa metálica y otros artilugios de seguridad, están en su lugar. Luego, volviéndose, asiente con la cabeza levantando el pulgar al ver que Qasiir desenfunda la pistola.

—¿Quién anda ahí? —pregunta con voz impostada.

La figura con pantalones y sandalias que se mueve en el centro de la mirilla dice:

—Soy yo, Gumaad. ¿Eres tú, Malik? Sé que Jeebleh está fuera porque he hablado con Dajaal, pero pensé en traerte noticias frescas del frente.

Malik se debate entre abrir o no la puerta, pero Qasiir le indica por señas que no

que nunca han librado una guerra y que ahora recurren a ella, errados en su idea de que Dios está de su parte y los ayudará a vencer. Incapaz de hilar sus ideas a causa de la ira, Dajaal farfulla como un pájaro que ha perdido el rumbo, triste. Menciona la áspera batalla verbal que han mantenido el primer ministro de Etiopía, que habló de «represalias inminentes por la provocación contra la integridad de las fronteras de su país y la inviolabilidad de la seguridad interna», y la desafiante réplica de las Cortes, cuyo director ejecutivo ha dicho: «Confío a la Providencia que los invasores de tierras musulmanas serán derrotados».

—El miedo ha cundido en toda la ciudad —continúa Dajaal—. Mucha gente está yendo a las mezquitas a rezar, o preparándose para marcharse; muchos más han optado por hacer acopio de provisiones, por si acaso. Ahora decidme, cualquiera de los dos: ¿Gumaad ha dicho si se marcha de la ciudad? ¿Es posible que haya pasado a buscarte antes de irse?

—Dijo que volvería más tarde, si podía.

—Me pregunto qué estará tramando —dice Dajaal.

—Había alguien más con él —añade Qasiir.

—¿Quién?

Qasiir se encoge de hombros en silencio.

Malik ha oído ya bastantes especulaciones.

—¿Podríamos ir a comprar el ordenador?

Va a su habitación a preparar el dinero. Separa varios cientos de dólares estadounidenses en billetes grandes, fáciles de llevar, y añade cien extras, por si le hacen falta. Malik sabe que en los mercados hay puestos donde cambian dinero, comisionistas sentados en mesitas bajas, con fajos y fajos de los devaluados chelines somalíes a un lado y, al otro, montones de moneda extranjera en efectivo, desde dólares estadounidenses o canadienses, a euros y riyal saudíes. A diferencia de muchos otros países donde el movimiento de dinero está rigurosamente controlado, en la Somalia de hoy comprar cualquier moneda es tan fácil como comprar víveres.

Cuando Malik reaparece con el dinero, Qasiir y él aguardan con aparente deferencia hacia Dajaal, que todavía sigue alterado y no ha dado por terminada su invectiva.

—Yo he sabido lo que es ir a la guerra y perder —dice—. Luché en la guerra entre Etiopía y Somalia de 1977, fui comandante del ya desaparecido Ejército Nacional. Somalia era mucho más fuerte entonces, teníamos un ejército, uno de los más fuertes del continente, pero perdimos la guerra y salimos de Ogadén vencidos. No nos hemos repuesto aún de aquella debacle, que con el tiempo ha desembocado en la actual contienda.

—Abuelo, estamos listos para salir. Cuando tú quieras.

Dajaal sigue con los ánimos encendidos.

—Hombres como Gumaad y ese presunto portavoz de Defensa de las Cortes, que en su vida han empuñado un arma, no tienen derecho a invocar el nombre de Alá para

respaldar ninguna causa planeada de cualquier modo.

Qasiir agarra a Dajaal de la mano y van hasta el coche en silencio. Qasiir pregunta si quiere que conduzca.

—Estoy fuera de mí, pero no en el sentido de suponer un peligro. Estoy fuera de mí en el sentido de que me enfurece lo que estos individuos de las Cortes están haciéndole a nuestra nación, poniéndola en peligro de extinción.

Se sienta al volante y se calma inmediatamente, mentalizándose para la tarea que ha de realizar: conducir. Al retroceder para salir del estacionamiento, le da al vehículo que está aparcado detrás. No es propio de Dajaal ser tan descuidado, como tampoco que no se detenga para ver si ha producido desperfectos en un coche ajeno, pero eso es lo que hace. El mundo ya no es lo que era; Dajaal ya no es el hombre que era hace una hora.

Apenas han dado la vuelta a la esquina cuando topan con una escena familiar: hombres y mujeres huyendo de sus casas, cargando sus pertenencias sobre la cabeza. Como las hormigas, la gente escapa antes de que llegue el fuego, a fin de no perecer en el incendio. En un momento dado, Dajaal casi choca con un burro muy cargado; la pobre bestia se niega a obedecer a la niña, que trata de hacerlo avanzar tirando de la cuerda que lleva atada al cuello.

Las hileras de los que huyen se hacen más largas y más cortas, igual que las sombras que definen las distintas horas del día. Cuando están cerca del mercado, mientras Malik toma notas febrilmente, advierten que la gente sale en tropel, cargada de lo que parecen provisiones para varios días. Algunas de las mujeres, envueltas en lo que parecen suntuosos toldos que las cubren por entero, se suben en el asiento trasero de varios *jeeps*. Qasiir observa que esa es la gente que probablemente no abandonará la ciudad, por la posibilidad de que invadan sus casas ocupantes ilegales y las saqueen.

Malik levanta la vista de su cuaderno y deja de escribir cuando Dajaal detiene el coche y se preparan para entrar en el mercado.

Ahl se sienta delante. Warsame va conduciendo, y Fidno sentado atrás. Warsame acelera en un cruce y pega un volantazo para esquivar una cabra que cruza la carretera, aunque no puede evitar golpearla con el borde del guardabarros. El animal se tambalea como decidiendo si mantenerse en pie; sus caderas y costillas prominentes, su respiración agitada. Al fin recupera el equilibrio y se endereza, da un paso y se detiene de nuevo. Warsame ha parado en el borde de la carretera, y Ahl sugiere que aguarden unos instantes. Aun así, Warsame sigue con el motor encendido y la marcha puesta, a punto para arrancar. La multitud que se reúne a ambos lados de la carretera empieza a formar alboroto. Ahl ha abierto la puerta, preparándose para salir a comprobar el estado del animal, pero en ese mismo momento Warsame pone el vehículo en movimiento, y Ahl no tiene más remedio que cerrar la puerta.

—Me habría gustado parar —dice Ahl.

—Por aquí —dice Fidno— todos tememos cometer errores fatales. Más que nunca hay que ir alerta con las multitudes descontroladas, pues vivimos en un lugar donde la ley y el orden se han desmoronado completamente. Uno puede verse en aprietos si no va con cuidado. Me estoy refiriendo a multitudes que acechan con una codicia desatada, multitudes que se convierten en turbamultas.

Warsame, en apariencia desconcertado, se mantiene al margen.

Ahl contesta desafiante.

—¿Multitud? ¿Qué multitud? Yo no he visto nada que merezca ese nombre. Había gente por allí y, a mi juicio, cada cual iba a lo suyo. Hombres y mujeres que vendían o compraban, muchachos reunidos en grupos y bromeando. Nada de lo que he visto me ha dado la impresión de multitud a punto de descontrolarse, la verdad.

—¿Sabes lo que habría podido suceder si el coche hubiera atropellado a la cabra y la hubiese matado? —pregunta Fidno.

—Habríamos pagado como corresponde al dueño de la cabra —dice Ahl—. No veo ningún problema. Recompensar al dueño, ¿qué otra cosa puede hacerse?

—¿Cómo decides a quién pagar si se presenta una docena de personas distintas a reclamar y todas dicen que la cabra es suya, mientras que otras tantas, increpando a esos que reclaman, te informan de que la cabra pertenece al cabecilla de un clan y que es a ellos a quienes debes pagar?

—Eso ya sería otra cosa —dice Ahl.

—Una cabra es más que el animal en sí —dice Fidno.

—No me había parado a pensarlo —concede Ahl.

Llegan a un cruce muy concurrido, un enjambre de gente alrededor de tenderetes, y Warsame se detiene.

—¿Dónde estamos, y por qué paramos aquí? —Ahl no puede evitar preguntar. ¡Sin duda recela de la multitud!

—Warsame va a buscar su dosis diaria —dice Fidno.

Han aparcado junto al puesto de *qaat* favorito de Warsame, donde una mujer vende los haces de hojas del estimulante que millones de somalíes mascan a diario. Ahl advierte ansiedad en la mirada de Warsame, su cuerpo se tensa al ver las hojas verdes tendidas al alcance de su mano. La mujer lleva una túnica guntiino que deja entrever apenas sus pechos cuando levanta un brazo para envolver los haces en la arpillera, que están protegidos con hojas de plátano y rociados regularmente con agua para que se conserven frescos.

Ahl ha leído en alguna parte que Somalia presume de ser una de las poblaciones con el índice más elevado de adictos al *qaat*, importado de Etiopía y Kenia, con un gran coste para la economía nacional. El *qaat* produce un efecto similar a la cocaína, más fuerte si se consume en grandes cantidades y en periodos más largos. La mujer abre un haz para mostrarle a Warsame lo fresco que es su *qaat*. El agua salpica cuando sacude el manojó, las hojas bailan, y a Warsame se le iluminan los ojos, se le mueve la boca y le tiembla la mano que sujeta el dinero. Le paga a la mujer sin bajar del coche ni apagar el motor.

Justo cuando se disponen a arrancar de nuevo hay un atasco repentino, provocado, según les dice uno de los vendedores de *qaat*, por una colisión frontal entre dos coches que ha habido más adelante. La gente se agolpa en la calle para ir a mirar. Se quedan dentro del coche esperando pacientemente a que se despeje la carretera, y Warsame aprovecha la oportunidad para telefonar a Xalan y explicarle el motivo del retraso.

Entretanto, un *jeep* aparece frente a ellos. La mujer que va en el asiento del copiloto sonrío al verlos y luego saluda discretamente. Ahl le devuelve la sonrisa, a pesar de que cree que no es el destinatario del dulce gesto de la mujer y, tímidamente, mira alrededor para averiguar si Warsame o Fidno han presenciado el intercambio. Su mirada se cruza con la de Fidno, que ha levantado la mano a modo de saludo.

—Conozco esa cara —dice Ahl—, pero no consigo ubicarla. A menos que sea una conocida vuestra y os esté saludando a vosotros.

—Se llama Wiila —dice Fidno.

—Es azafata de vuelo, ¿verdad?

—Qué pequeño es el mundo. ¡Quizá volaste con ella!

—He reconocido su cara —dice Ahl—, y ahora que has dicho su nombre, lo he recordado. La mujer parecía compungida, lloró la mayor parte del vuelo desde Yibuti.

Fidno explica:

—Se duele por la muerte de su hermano menor, asesinado en Mogadiscio durante una misión especial de Al Shabab.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Ahl.

—Conozco a Marduuf, otro de sus hermanos. Somos íntimos.

—¿El hermano menor está muerto y al otro lo conoces?

—El que conozco está involucrado en el asunto de la piratería.

—¿Es socio tuyo?

—Lo es, a decir verdad —admite Fidno.

En el silencio que sigue, Ahl se lamenta para sus adentros de no poder seguir hablando con Fidno más tarde. No le vendría mal una siesta. La noche anterior no durmió bien, necesita descansar.

Warsame arroja el fardo de *qaat* en el asiento trasero, al lado de Fidno, que lo abre y elige un brote tierno para mascar.

En las carreteras se levanta una gran polvareda por el trajín constante que hay en ellas. Las cabras van de un lado a otro, y las personas cruzan sin ningún cuidado, haciendo caso omiso al peligro, con actitud casi suicida. Warsame conduce con el pie apenas levantado del pedal del freno. Mantiene las ventanas cerradas para que no entre el polvo, y el aire acondicionado encendido. Aun así se alcanza a oír música y recitaciones del Corán, que suenan con estridencia allá donde van. Los edificios por los que pasan, igual que los que se veían al volver del aeropuerto, parecen improvisados; algunos incluso con paredes construidas con planchas de zinc, de aluminio corrugado, muchas sin pintar. A veces apenas se ve el cielo a través de la maraña de cables tendidos entre las estructuras.

—¿Quieres mascar un poco? —pregunta Warsame.

Ahl niega con la cabeza.

—Me sorprende que nunca adquirieses el hábito de mascar *qaat* en Yemen, donde naciste y te criaste, teniendo en cuenta que es uno de los cultivos que más exporta el país —dice Fidno.

Un tanto impresionado de que Fidno esté tan bien informado sobre su vida, Ahl decide tener paciencia; ya averiguará más adelante cómo sabe tanto de él.

—No masco *qaat*, nunca lo he hecho.

—¿Quizá tus padres, como expatriados deseosos de que a sus hijos les fueran bien las cosas, te disuadieron? —pregunta Fidno.

—Mascar no era uno de los pasatiempos de mi familia —contesta Ahl—. En nuestra infancia hacíamos mucho deporte, leíamos bastante, jugábamos al ajedrez; nunca nos faltaron cosas con las que ocupar el tiempo.

Por deferencia hacia Warsame, su anfitrión, Ahl no añade que la idea de desperdiciar buena parte del día mascando hojas, sentado sin hacer nada, le parece muy reprochable.

—Igual que mi mujer —dice Warsame.

—¿A qué te refieres?

—No tiene paciencia para sentarse y mascar.

Tanto mejor, piensa Ahl, porque está ansioso por conocer a Xalan, la mejor amiga de Yusur, que la considera prácticamente una hermana, quien la describe como una mujer formidable, de una inteligencia constructiva, con el corazón en su sitio, leal. Ahl hablará con ella mientras los hombres se quedan mascando.

—No sabía que tenías un amigo aquí —le dice Warsame—. ¿Cuál es su nombre completo, y desde cuándo os conocéis?

—Su nombre es Ali Ahmed Fidno —dice Ahl.

Warsame dice que no recuerda haberlo visto por la ciudad.

—Debe de ser un recién llegado.

A Ahl le parece curioso que Warsame siga hablando de Fidno en tercera persona.

—Bueno, en cualquier caso aquí está —dice Ahl—. Vivito y coleando, sentado en tu coche, como invitado. Viene con nosotros a tu casa.

—Me complace —dice Warsame, aunque no parece muy convencido.

Ahl no sabe qué impresión causará en Xalan. ¿Se quedará prendada de él, una figura misteriosa salida de quién sabe dónde para irrumpir en su vida? Quizá no le gusten los charlatanes enigmáticos que sacan más provecho del que merecen y luego se desvanecen como el humo.

—Háblame más de tu amigo —dice Warsame.

Ahl se halla en una difícil tesitura. ¿Cómo presentar a un hombre del que apenas sabe nada ante el marido de la mejor amiga de su esposa, a quien todavía no conoce? De todos modos, Warsame le parece un hombre con los pies en la tierra, mientras que Fidno, por muy bien que le caiga, se le antoja escurridizo e inclasificable como pocos.

—Fidno puede hablarte de sí mismo mucho mejor que yo —contesta.

—Provengo de Garowe —dice Fidno—, en origen.

—Pero no creciste en Garowe, ¿verdad?

—Me mandaron a estudiar a un internado en Qardho.

—¿Y después?

—Después fui a la universidad en Europa.

Warsame está intentando ubicar el árbol genealógico de Fidno o identificar la rama y la trayectoria de su clan.

—El sobrenombre Fidno, ¿es tuyo, de tu padre o de tu abuelo? —pregunta.

—Mío —contesta Fidno.

A Ahl se le ocurre de pronto que quizá Warsame no desee llevar a su casa a alguien por cuya identidad no puede poner la mano en el fuego. Sin duda Xalan querrá hablar aparte, lo abordará en la cocina, o en la privacidad del dormitorio, y le preguntará: «¿Quién es este individuo que has metido en nuestra casa, en nuestras vidas?».

—Y bien, ¿dónde vives?

—Últimamente entre Mogadiscio y Nairobi.

—¿A qué te dedicas?

—Me formé como médico en Alemania.

—¿Dónde tienes la consulta?

—Por problemas personales —dice Fidno— me he visto obligado a cerrar mi consulta. Pero es una historia complicada. Mejor la dejamos para otro día.

Warsame repite el nombre, Ali Ahmed Fidno, como si buscara algún sentido en la combinación, y luego cambia el orden en el que Fidno le ha dado el nombre y lo

repite más rápido, casi atropelladamente, como si pudiera revelar un secreto oculto. Después de repasar el nombre en todos los sentidos posibles sin conseguir extraer algo en claro, dice:

—El nombre de una familia siempre tiene una historia propia, y dudo conocer esta. A Xalan tal vez le suene, pues conoce las familias de todo el mundo y las historias que las acompañan.

Warsame se detiene delante de una verja y toca el claxon. Un hombre vestido de caqui abre la cancela y les franquea el paso. Warsame entra con cuidado. Aparca junto a la puerta y, al salir, le da un par de haces de *qaat* al hombre de caqui que acaba de cerrarla.

Ahl sale del coche y ve a una mujer dirigiéndose hacia él con andar grácil, sonriendo dulcemente, y preparándose para darle un abrazo. Ahl se demora saludándola; está encantado de conocerla, complacido de que ella lo haya tomado de la mano. Apenas consigue farfullar lo dichoso que se siente de estar aquí.

Ella se dispone a llevarlo adentro de la casa, tomándolo de la mano, pero en ese instante ve a Fidno, que se apea del vehículo.

—¿Quién es tu amigo, querido? —le pregunta Xalan a Ahl.

Antes de que consiga pronunciar una palabra, Warsame se le adelanta, ahorrándole la respuesta.

—Nuestro amigo se llama Ali Ahmed Fidno.

Sin embargo Xalan no tiene interés en conocer a Fidno, a quien toma no por amigo de Ahl, sino por un conocido de su marido que ha venido a mascar *qaat* con él. Warsame tiene la costumbre de meter en casa a toda clase de individuos con los que mascar.

—Espera, deja que te lo presente —dice Warsame.

Ella intercambia los saludos de rigor con el desconocido antes de alejarse tirando de Ahl hacia la casa y llevarlo directamente al comedor, donde la mesa está preparada para recibir la visita.

La estancia es amplia y agradable. Hay incluso flores en un jarrón; Dios sabe dónde las habrá conseguido, en Bosaso nada menos, en esta época del año. La mesa está puesta para tres comensales, engalanada con reliquias de familia. Xalan lleva días esperando este almuerzo, planeando que ella y Warsame recibirán a Ahl para comer, como una familia. Claro que ahora no hay más familia que ellos dos, pues los hijos ya son mayores y viven fuera. Aun así ella recuerda la imagen de Warsame en la cabecera de la mesa, los niños a ambos lados, compartiendo sus experiencias. Tiempos de normalidad. La época en que había paz en Mogadiscio. Breves y entrañables encuentros familiares en Toronto, cuando Warsame los visitaba después de que ella se instalase allí para estar con los niños. Ahora, en cambio, por más que se guarden fidelidad, ya no forman una familia unida. Warsame sabe que ella detesta que se encierre en su cuarto a mascar, pero no puede dejarlo. A estos hombres, piensa

Xalan, no les importa si el mundo arde en llamas o se les cae la casa encima. No pueden pasar sin su ración diaria de *qaat*.

—Siéntate, querido, siéntate.

Xalan acompaña a Ahl a su silla.

Ahl está incómodo; ella puede advertirlo. Supone que se siente desconcertado por ese pulso entre Warsame y ella, en el que cada cual ha tirado hacia un sitio, una con él y otro con Fidno. Se culpa por haber invitado a Fidno y no dejarle claro a Xalan que lo ha hecho. Así pues, sabe que el causante de la incomodidad ha sido él mismo. La culpa es suya. Eso no tiene vuelta de hoja.

Deja el maletín del ordenador en un rincón y, mientras Xalan le da la espalda para ir a la cocina a echar un vistazo al horno, donde la comida se mantiene caliente, le dice:

—Yusur te manda cariñosos recuerdos.

Pasea la mirada por varios inhaladores, unos amontonados en una pequeña cesta de mimbre que hay encima del mantel, y otros pocos al alcance de la mano del asiento de Xalan.

—¿Es tu primera visita a Puntlandia, verdad? —le pregunta ella.

—En efecto —contesta él.

—Por lo que Yusur me ha contado, entiendo que esta es tu primera visita a la península —dice.

Ahl piensa que Xalan acaba de pronunciar el nombre de Yusur, más que con aparente cariño, con un deje divertido, como si se reservara una información que le revelará una vez lo conozca un poco mejor.

—Cuesta de creer, pero así es —contesta.

Ella lo mira fijamente a los ojos, como si buscara el menor indicio de duplicidad. Xalan es la primera mujer que conoce amiga de Yusur prácticamente de toda la vida. Así pues, ¿qué le está diciendo?

Xalan, sin embargo, no habla de Yusur.

—Hablas un somalí excelente. Te felicito por haberlo conservado y empleado. Estoy impresionada. Yusur dice que enseñaste a Taxliil a hablarlo correctamente. Tienes acento norteño, seguramente por haberte criado en una comunidad procedente de la antigua Somalilandia británica; en Adén había un grupo nutrido.

—En casa hablábamos somalí. Por Taxliil.

—¿Sabes que los nuestros no lo hablan bien?

—Vale la pena el esfuerzo de enseñarles desde pequeños.

—Tenlo en cuenta —dice ella.

—¿El qué?

—Si el servicio del hotel es terrible, la comida incomible, el ruido insoportable, o si te sientes inseguro porque no sabes dónde guardar tu dinero en efectivo, tenlo en cuenta: esta es tu casa —dice Xalan.

—Lo tendré en cuenta —dice Ahl—. Gracias.

—Aquí se cocina a diario. Ven a comer.

—Gracias. Te lo agradezco.

Una sonrisa divertida asoma en su boca, y Xalan sacude la cabeza, como si se sorprendiera a sí misma.

—¿Te gustaría instalarte aquí? —le pregunta. Ahl no sabe cómo reaccionar. Ella añade—: Hay espacio de sobra, y es más confortable que cualquier hotel que puedas encontrar. La comida que servimos, preparada por la misma cocinera que tenía cuando huimos de Mogadiscio, es de mejor calidad que la porquería o las cosas pasadas que sirven en un restaurante.

¿Qué puede contestar? Puede decirle que lo pensará. Entretanto, habrá de conocerlos mejor a los dos.

Espera que Warsame no se disguste porque se quede con su mujer y coma con ella. Es difícil adivinar qué puede hacer alguien como Warsame, casado con una mujer con una confianza en sí misma que al parecer no tiene límites; una mujer que verdaderamente no conoce el temor, segura y dispuesta a ir a por todas. A Ahl le reconforta la idea de haberse encontrado con ella. Espera que resulte una baza en la búsqueda de Taxliil.

Xalan saca la comida del horno, un auténtico banquete. Hay tanta que Ahl se pregunta si pretende alimentar a un batallón. Platos de pollo, de cordero, arroz cocinado a la manera tradicional, langosta, un surtido de verduras preparadas de distintas formas, zumos de fruta en abundancia. Xalan le sirve una ración enorme; ella, en cambio, se pone una porción pequeña.

—No es que me preocupe por mi figura, no. Al fin y al cabo he llegado con buena salud a esta edad, gracias a Dios —bromea.

Es una mujer de cuello esbelto y un gran atractivo, con ojos grandes y una bella sonrisa, realzada por una dentadura perfecta. Tiene cincuenta y pocos, cada gesto de su cuerpo irradia seguridad en sí misma y en su significado. A Ahl le parece una mujer capaz de encarar toda clase de dificultades: hijos y marido imposibles. Recuerda que Yusr le contó que Xalan, cuyo nombre significa «libre de toda mácula», no se anda con tonterías. Vestida con la tradicional túnica guntiino, un chal y, como la costumbre exige solo a las mujeres casadas, con el pelo cubierto, se comporta con majestuosidad casi en todo momento: su modo de caminar, de comer y de usar las manos, hundiendo los dedos en el agua tibia del cuenco. Yusr la describió así: «Xalan no tapa la luz del sol cuando entra en una habitación».

—Es una tragedia que nuestro país haya cambiado tanto que apenas resulte reconocible —dice Xalan—. Porque en los viejos tiempos, antes de la guerra civil, antes del *qaat*, cuando invitabas a un amigo a casa a comer, toda la familia estaba allí para dar la bienvenida a la visita. La guerra civil ha acabado con esas costumbres, después de que cientos de miles de personas abandonaran el país. Más tarde, la costumbre de mascar *qaat* ha hecho estragos. El *qaat* es el azote de la normalidad familiar, un caro destructor del tejido social.

Ahl sabe adónde quiere ir a parar. Entiende las frustraciones de una mujer que se ha tomado tantas molestias por poner una comida como es debido en la mesa, para que su marido ni siquiera se moleste en probar bocado y reconocer su esfuerzo. Bosaso no es Toronto, donde una anfitriona puede agasajar a sus invitados comprando comida preparada que sabe casi como hecha en casa. Aquí Xalan tuvo que comprar el pollo vivo y matarlo; tuvo que invertir días enteros para conseguir langosta y pescado frescos. Ahl la observa con una mezcla de cautela y admiración, sintiéndose responsable de la ausencia de Warsame.

—Bienvenido a nuestra casa, Ahlulkhair —dice ella.

—Gracias, gracias.

—Tu presencia aquí me alegra mucho.

—De nuevo, gracias.

Ahl toma el primer bocado del excelente plato de cordero; puede paladear el cariño que ha puesto Xalan en la elaboración de la comida. Habla mientras come, a fin de no avergonzarse por comer de buena gana. Le cuenta a Xalan todo lo relativo a Taxliil, empezando por el momento en que su hijastro y él se conocieron, hasta el día en que él se marchó y desapareció. También le habla de Malik y Jeebleh, y de que ellos también están haciendo lo posible por localizar al joven fugitivo.

Cuando está saciado, Xalan le ofrece un postre, pero Ahl prefiere saltárselo y pasa directamente al té o al café.

—Ve a ver en qué andan los hombres en el *majlis* —le pide Xalan—. Le pediré a la doncella que retire los platos y me reuniré con vosotros en un par de minutos.

La doncella acude a la llamada de Xalan. Es una mujer de baja estatura, recia, de edad indiscernible; tiene las cuencas de los ojos azuladas, el rasgo típico de los pueblos ribereños de Somalia. Xalan le dice:

—Cuando termines de fregar, prepara por favor la habitación de los invitados, para que pueda ocuparse a partir de mañana.

Ahl evita mirar a Xalan a los ojos, temiendo quizá que uno de ellos pueda decir algo que incomode al otro.

Cuando Ahl se une a Warsame y Fidno en el *majlis*, estos no dan muestras de advertir su presencia. Al parecer están completamente ocupados satisfaciendo el ansia de sus cuerpos. Están en las alfombras del suelo, en sarong, recostados sobre mullidos cojines apoyados contra la pared, con incienso encendido al fondo de la estancia. Fidno lleva una camiseta interior de tirantes, Warsame una de manga corta. Mascan sin interrupción, charlando distendidamente de política, piratería, terrorismo, Al Shabab, y de cualquier otro asunto que les venga a la cabeza.

Ahl los observa mientras se llenan la boca y dan sorbos de agua, Coca-Cola y té azucarado, para no deshidratarse. Al cabo de un rato no puede contenerse y deja escapar un gran bostezo, quejándose del cansancio de tanto viaje. Warsame llama a Xalan para que pida un coche que lleve a su invitado al hotel. Cuando se ofrece a

llevarlo ella misma, su marido rechaza la propuesta.

—No hace falta. Pide que uno de los chóferes lo acerque.

Con ganas de marcharse, Ahl recuerda que no debe olvidar el ordenador portátil, y se asegura de recogerlo antes de despedirse de Xalan con un abrazo.

—Gracias y hasta pronto —le dice.

El conductor lo ayuda a subir al vehículo, pues el asiento está muy alto. Ahl está tan exhausto que se le cierran los ojos sin querer, y siguen así la mayor parte del trayecto. Está muy oscuro, quizá porque no hay farolas en las calles, o tal vez porque ha habido un apagón. Pero cuando llegan al hotel y traspasan la verja de seguridad, el generador está encendido, y las luces también, y ya no se siente tan cansado como en el coche.

De vuelta a su habitación, Ahl llama a Malik por teléfono. Malik está muy nervioso, le tiembla la voz y tartamudea. Dice varias frases inconexas, suelta una retahíla de palabras sin sentido.

—Espera, espera. Vuelve atrás. ¿De quién estamos hablando?

—De Dajaal —dice Malik.

Ahl no conoce a Dajaal en persona, pero sabe quién es.

—Ahora dime, ¿qué le ha ocurrido a Dajaal?

—Han intentado matarlo.

Ahl sabe a quiénes se refiere Malik, aunque no los nombre.

—¿Cuándo ha sido, y cómo sucedió?

—Me había dejado en el apartamento y luego se fue a casa, solo —dice Malik—. A quinientos metros del bloque de pisos donde vive, una bomba por control remoto colocada junto a la carretera impactó en el asiento del conductor, el lugar que normalmente ocupó cuando voy de pasajero. Jeebleh y yo no estamos seguros de si se proponían matarme o no.

—¿Dajaal ha sufrido daños?

—Gracias a Dios no está herido.

—¿Y el coche?

—Creemos que se trata de una advertencia. Dirigida a mí.

—¿No piensas marcharte, verdad?

—De ninguna manera.

—¿Te instalarás en casa de Bile y Cambara?

Ahl está a punto de decir algo desagradable, pero se lo piensa mejor. Cuando eran más jóvenes y podían permitirse tratarse con la rudeza propia de los hermanos, Ahl solía tachar a Malik de egocéntrico, alguien que pedía que el resto del mundo acudiera a él. En cambio ahora no puede decir algo así, lógicamente.

—¿Y tú? —pregunta Malik—. ¿Cómo te ha ido?

Ahl le cuenta que ha conocido a Fidno y su encuentro con Xalan. Sin saber bien por qué, le habla también de Wiila y de su conexión con Fidno.

Acuerdan hablar al día siguiente. Malik le da el número de teléfono de Bile,

además del de Cambara y Qasiir, por si acaso.

—Nunca sabes qué rumbo pueden tomar las cosas aquí —añade precavido.

Pero antes de que pueda colgar, Ahl dice:

—Por cierto, un colega de la oficina en Mineápolis ha reenviado un artículo sobre el misterio en torno a un buque de carga que acaba de ser recuperado, después de casi un mes en paradero desconocido. ¿Quieres que te lo mande?

—Solo si lo ha publicado un periódico serio —dice Malik.

—¿El *Independent* de Londres te parece lo bastante serio?

—Si el artículo apareció ahí, mándamelo a toda costa —dice Malik.

—Puedo hacerte una síntesis —dice Ahl.

—Muy bien, si no queda más remedio. —Se acomoda para escuchar, sintiéndose derrotado.

—Según *The Independent* —dice Ahl—, un carguero de 322 pies zarpó el 23 de julio desde el puerto finlandés de Jakobstad llevando un cargamento de madera por valor de casi tres millones. Debía arribar el 4 de agosto a Bejaïa, en el norte de Argelia. Una semana después de partir, cerca de la isla sueca de Gotland, en el mar Báltico, el barco fue abordado por hombres con pasamontañas que, según la tripulación, se hicieron pasar por una brigada antidroga. Dijeron que los asaltantes los ataron y golpearon y, luego, al ver que no les sacaban nada, abandonaron el barco y se marcharon en zódiacs. Dos semanas después de que el barco desapareciera, un anónimo pidió un rescate de un millón y medio de dólares a Sokhart Management, los propietarios finlandeses del carguero.

—Pero ¿cómo puede no conocerse la identidad de los extorsionistas que exigen un rescate? —interviene Malik.

—Espera —dice Ahl—. Hay cosas todavía más curiosas.

—Vamos, cuéntame.

Ahl continúa.

—Lo que es aún más raro es que la tripulación del carguero asegura que la atacaron en otras dos ocasiones. Dicen que la segunda vez también fue en el mar Báltico; no se han dado detalles de este asalto. La tercera vez fue cuando estaban cerca de las costas portuguesas, tampoco se conocen los pormenores.

—¡Qué extraño es todo! —exclama Malik.

—Una de las muchas variantes inexplicables de todo este tinglado es esta: una investigación multinacional del incidente descubrió que, una semana después de partir de Finlandia, el barco había pasado por el canal de la Mancha, y los guardacostas británicos no encontraron nada sospechoso.

—Cuanto más escucho, más increíble me parece todo —dice Malik.

Ahl continúa.

—Es sumamente difícil creer que la Interpol, en esta coyuntura, emitiera un comunicado declarando que el carguero había caído en manos de los piratas. Y, como no pudieron identificarlos, todo el mundo supuso que el barco había sido apresado

por somalíes.

—Sería de esperar que la Interpol actuara antes, o determinara la ubicación del barco desaparecido, ¿no te parece? —dice Malik—. En cualquier caso, cuéntame lo que fue del barco.

—Finalmente fue «recuperado» el 17 de agosto —explica Ahl—. A unos 150 kilómetros de las islas de Cabo Verde, frente a la costa occidental de África, dejando muchas preguntas sin respuestas, entre ellas la cuestión de dónde había estado el carguero todo ese tiempo.

Al ver que Malik no dice nada, Ahl añade:

—Fidno se mostró muy interesado en este suceso. Para él demuestra que existen otros criminales, corsarios rusos, nigerianos, chinos e indonesios, que operan con impunidad al tiempo que el mundo entero culpa a los somalíes de todos los actos de piratería, ocurran donde ocurran. Fidno asegura que hay muchos otros que cometen delitos peores, y que desde luego no somos los únicos criminales.

Malik siente que está sobre una trampa que puede ceder a la menor presión. La historia no le interesa lo más mínimo, y no ve ningún dato relevante para lo que él está intentando hacer en Somalia. Aun así le sigue la corriente a Ahl, que parece haberse rendido a los encantos de Fidno y a la idea de que todo lo relacionado con la piratería en el mar resulta pertinente para lo que ocurre en Puntlandia y, por lo tanto, guarda relación con Taxliil.

—¿Sabemos qué ha sido de la tripulación? —pregunta.

—Nueve de ellos, rusos, están actualmente retenidos por la Marina de su país en un antisubmarino, según el ministro de Defensa ruso.

Malik tiene la impresión de que, cuantas más preguntas hace, más posibilidades hay de que la trampa se abra, y entonces se ahogará en nuevas intrascendencias. Por supuesto quiere saber qué tiene que ver Rusia con un carguero finlandés con destino a Argelia, pero no puede preguntar. Un proverbio somalí le viene a la mente: un hombre que ha perdido su camello, lo buscará en el cántaro de la leche, esperando encontrarlo allí. Ahl, reflexiona Malik, buscará a Taxliil allá donde pueda.

—Te diré algo, Ahl —dice—. Agradezco que hayas puesto esta historia en mi conocimiento. Déjame buscarla en Google, a ver qué saco en claro. Entretanto, buenas noches.

—Entonces, hablamos mañana —dice Ahl—. Y buenas noches.

—Mañana hablamos —dice Malik.

Dajaal encuentra un aparcamiento aceptable en una calle sin salida que no está demasiado lejos del mercado, pero Qasiir le recomienda que busque otro más «seguro», ya que los callejones sin salida conllevan riesgos de seguridad innecesarios. Dajaal reconoce que Qasiir lleva razón y arranca de nuevo diciendo que ya los alcanzará.

Lo esperan en la carretera. Malik lleva casi dos mil dólares en el bolsillo delantero de sus pantalones, está seguro de que es suficiente para comprarse un ordenador y una impresora láser a color. Aun así, está abrumado por la triste sensación de lo que se avecina; se huele en el aire. Hace un día soleado y sopla una ligera brisa, pero su corazón está muy apesadumbrado.

—¿Sabes adónde vamos? —pregunta Malik.

—Vamos a ir a una tienda de informática que conozco en la que trabaja un amigo mío. Me ha informado de que solo tienen entre las existencias un ordenador de esa clase y lo he reservado a mi nombre pensando que sería imprudente dar el tuyo — responde Qasiir.

—Háblame más de ordenadores y de su negocio.

Qasiir así lo hace:

—Así es como funcionan las cosas en el Bakhaaraha. Los comerciantes traen artículos destinados a la venta que dividen en «nuevos», «casi nuevos» o «como nuevos». Lo que no saben muchos compradores es que otra persona ha comprado esos artículos por su cuenta en los Emiratos, por ejemplo, diciendo que son para uso propio, y que luego los importa «sellados». Todo forma parte del modo de vender aquí. Cuando compras un ordenador, el vendedor no te proporciona una garantía a ti, el usuario final; te lo haya vendido como nuevo, casi nuevo, reparado o solo vuelto a precintar.

—¿No describen la situación real?

Dajaal se reúne con ellos. Ha encontrado un lugar para aparcar bastante cerca, y acuerda con Qasiir que se quedará por allí vigilando discretamente si alguien los sigue. Dajaal se pierde entre el gentío, y Qasiir camina delante con Malik pisándole los talones. Solo logran ver a Dajaal por momentos, aparece y desaparece; permanecen atentos sin dejar de conversar.

—Alguien compra un ordenador, una BlackBerry, un iPod en Abu Dabi para la exportación y no paga impuestos. Luego, esa persona lo envía aquí con alguien para que se lo entregue a un comprador somalí. En lugar de dinero en metálico se paga con el aparato; el dinero enviado a casa se halla bajo severo escrutinio desde el 11 de septiembre de 2001. De este modo, no hay transferencia de dinero y nadie presta mayor atención —dice Qasiir.

—Hasta que alguien lo descubre —dice Malik.

Qasiir hace una mueca antes de continuar:

—Mover dinero se ha vuelto peligroso, y varios bancos acusados de financiar el terrorismo han tenido que cerrar. Algunos somalíes han acabado en Guantánamo o están retenidos en Suecia. Esta es la consigna: los bienes pueden moverse con libertad; el dinero, dado que puede ser sucio, no.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —pregunta a Qasiir.

—Trabajé como vendedor de piezas de repuesto para ordenadores.

—Nada es lo que parece —dice Malik.

Cuando Qasiir anuncia, para que Malik le oiga, que ya han llegado al cruce de calles donde empieza el mercado, este piensa que «mercado» es un nombre poco apropiado para el Bakhaaraha, que se ha convertido en una institución distinta de cualquier otra. No se parece en nada a la idea que pueda hacerse cualquiera de lo que es un mercado africano. Es más una mezcla de tradiciones comerciales, con puestos contruidos con placas de zinc en un lado, tiendas propiamente dichas en el interior, y tenderetes en los que las mujeres venden tomates y cebollas; todo ello en el mismo espacio que, en otro tiempo, quizá fue una vía pública. Además, para confundir todavía más al visitante, se ve a toda clase de personas dando vueltas, y muchas más congregadas en las esquinas, merodeando, observando, en grupos, charlando; algunas de ellas con látigos en las manos y hablando con hombres que llevan armas de fuego. Entonces Malik se acuerda del refrán español: No todo aquel que está en un mercado se dedica a vender o comprar. En el mercado Bakhaaraha de Mogadiscio eso se le antoja más cierto que nunca.

Los laberínticos callejones del mercado siguen desempeñando un papel político semejante al de la casba durante la lucha de los argelinos por independizarse de Francia. Cuando en 1993 los marines estaban involucrados en la caza del Cacique del Sur, corrían rumores de toda índole según los cuales el general celebraba abiertamente reuniones en el refugio que tenía en un sótano del Bakhaaraha, que había estado en una boda, o que rezaba sus oraciones en una de las mezquitas más grandes de la ciudad. Más recientemente, durante la desbandada en 2006 de los señores de la guerra auspiciados por los Estados Unidos, el apoyo popular a la dirección unificada del complejo del mercado fue lo que marcó la diferencia. El hecho de que el mercado apoyara a las Cortes con armas y fondos inclinó la balanza a su favor. El Bakhaaraha posee una gran complejidad, dada su historia y su potencial económico. Ofrece inmensos beneficios en un lugar en el que las empresas no pagan impuestos, ya que no existe ninguna estructura estatal en pie capaz de recaudarlos.

Fundado en 1972, durante el reinado del último tirano, según las investigaciones realizadas por Malik antes de venir a Mogadiscio, el Bakhaaraha funcionaba como una alternativa a las estructuras económicas impuestas por el Estado, y ofrecía condiciones excepcionales a quienes se arriesgaban a oponerse al *statu quo*. En estos tiempos, a pesar de que haya una gran demanda de paz, quienes administran esta institución son conscientes de que la guerra se cotiza. Aquí en el mercado, ambas mercancías se venden a precios exorbitantes.

—Cuando has vivido condiciones de guerra civil y no has conocido la paz, te conviertes en alguien ajeno, en alguien distinto al que solías ser, como nos ha sucedido a muchos —dice Qasiir.

Cuanto más se internan en el mercado, más palpable se hace la sensación de euforia, una euforia provocada por el sentimiento de triunfo. Quizá el anuncio de las Cortes, que han alardeado de que derrotarán «a los invasores en cuanto pongan los pies en nuestro suelo musulmán» esté surtiendo efecto entre el populacho. Malik capta fragmentos de conversación al pasar por delante de un par de jóvenes emocionados ante la idea de combatir como voluntarios, uno de ellos dice estar deseando beber sangre enemiga. A Malik le cuesta avanzar, le pesan los pies y tiene el corazón apesadumbrado por el dolor. En su cabeza imagina multitud de escenarios, en cada uno contempla premoniciones parecidas: tramas terribles, la muerte extendiéndose como una plaga, aviones bombardeando ciudades, tanques avanzando hacia el este, balas, mares de sangre. Un puñado de jóvenes se apiña cerca de un tenderete cuyo dueño se ofrece a equipar a cualquiera que quiera combatir como voluntario con algo semejante a un uniforme: pantalón de trabajo azul con una estrella en el centro por delante y por detrás. Malik logra distinguir a Dajaal cerca del grupo.

—Por lo que he oído, muchos de los grandes hombres de negocios están más interesados en la guerra y en su financiación que en la paz. ¿A qué se debe? —pregunta Malik.

—No tienen que pagar impuestos.

Por un instante mira a Qasiir prácticamente sin verle porque el sol le está dando en los ojos. Los entrecierra y se fija en que Dajaal se les une. Le pregunta si cree que las Cortes van a tomar la plaza fuerte de forma inminente.

—La guerra es un asunto serio —dice Dajaal, que parece incapaz de dar una fecha concreta, consciente de lo imprevisibles que son los hombres de las Cortes, por los que no siente más que desprecio.

—¿Pero inevitable?

—Eso parece.

Es como si para ese día se hubiera pronosticado un huracán. Nadie está a salvo.

Dajaal, avanzando con la confianza rutinaria de un atleta embarcándose en una maratón, permite una vez más que Qasiir vaya en cabeza, seguido por Malik; él vuelve a colocarse en la retaguardia, atento a movimientos inesperados u hombres que lleven pasamontañas y vistan túnicas con bolsillos lo bastante grandes como para ocultar armas. Sabe que en el Bakhaaraha el peligro es un vecino que acecha al final del laberinto por el que caminas. De cualquier tienda o rincón puede salir un asesino; todos los transeúntes son sospechosos y suspicaces. Aquí todo el mundo procura ganarse un sobresueldo con cualquier tipo de trabajo, y Dajaal sabe que hay muchos hombres y mujeres que se dedican a informar sobre la presencia de cualquier desconocido.

Dajaal se fija en un joven que sigue con la mirada a Malik. Cuando el chico saca el teléfono y habla brevemente, Dajaal aminora la marcha para poder percibir mejor cualquier cambio en el entorno. Capta los movimientos en la periferia de otro grupo de jóvenes, que están tan emocionados como unos aficionados a la hípica esperando a que comience la carrera. Dajaal ve un rostro conocido, pero a distancia no es capaz de ubicarlo. A medida que se va acercando se sorprende al ver que se trata de Gumaad, vestido con una heterogénea combinación de colores: lleva unos pantalones de color rosa desteñido, unos zapatos casi verde esmeralda, y los botones de la camisa van del marrón oscuro al naranja, pasando por el verde. Pero ni Gumaad ni sus amigos parecen ser conscientes del estrepitoso y cómico choque de colores.

Cuando Gumaad ve a Malik y Qasiir y se entera del propósito que los ha traído aquí, insiste en acompañarlos a la tienda de informática. Los sigue, y el grupo de jueguistas se aleja. Dajaal espera. Comprueba que no haya peligros ocultos en las inmediaciones y, antes de volver y caminar al lado de Gumaad, evalúa la situación.

—¿A qué viene tanta celebración? —pregunta a Gumaad.

—Estamos celebrando una victoria —le responde este.

—¿Cómo podéis pensar en celebrar la victoria de una guerra que aún no se ha librado? Y más teniendo en cuenta que es una guerra que se ha perdido antes de iniciarla —dice Dajaal.

—Estamos celebrando el triunfo de las Cortes —anuncia Gumaad. Habla lo suficientemente alto para que algunos de los transeúntes lo oigan y den su aprobación a lo que acaba de decir.

—¿A quién han vencido las Cortes?

—A Etiopía y su aliada, los Estados Unidos —dice Gumaad. Sin embargo, esta vez no levanta la voz.

—Estás loco —dice Qasiir.

—No sé por qué, esperaba otra cosa de ti —le dice Dajaal a Gumaad.

Dajaal se aleja, quiere reflexionar unos minutos a solas. Está repasando las tres guerras en las que sirvió como oficial del ejército, pero lo que le viene a la memoria no son imágenes de muerte en batalla. La imagen que le ocupa la mente es una escena de ganado perseguido por leones ocultos que huye despavorido, rebaños de cabras expulsados por potencias invisibles desde un lugar tranquilo y sereno hasta un monte bajo en el que no crece absolutamente nada, ni siquiera cactus, tan yermo y tan desprovisto de agua que las cabras se alimentan de las piedras que extraen de la tierra reseca. Cerca de allí, a escasa distancia de donde el ganado se ha reagrupado para pastar entre unos matorrales vallados, por todas partes hay minas enterradas, colocadas por las diversas facciones que luchan por el control del monte bajo. De vez en cuando las cabras desentierran las minas y estas explotan y masacran a las cabras y al ganado descarriado; de vez en cuando, son seres humanos los que saltan por los aires con las explosiones.

A medida que van atravesando el mercado, Gumaad le pregunta a Malik si ha

recibido un mensaje. Malik le dice que no, evitando mirar a Qasiir de frente, al ver que este aguza el oído para escucharlos. Entonces Gumaad explica que antes ha pasado por la vivienda acompañado por un joven, un antiguo pirata recién llegado de Harardhere, la ciudad costera donde vive.

—Pensé que te interesaría hablar con él —dice.

—Lástima que no me hayas encontrado en casa —dice Malik.

—Un hombre cuya voz no reconocí acudió a la puerta —dijo Gumaad— y por la mirilla dijo que estaba arreglando el calentador y que habías salido. ¿Dónde estabas?

Apretando el paso, Malik dice:

—En realidad, no solo estaría interesado en hablar con un antiguo pirata, sino también con alguien que participe en la financiación de la piratería. Sospecho que gran parte de los que la financian están en Mogadiscio. ¿Podrías arreglarlo?

—Conozco al hombre exacto con el que te interesa hablar.

—¿Financiador o antiguo pirata?

—Financiador. Intentaremos arreglar lo del pirata más adelante.

—Eso sería estupendo —dice Malik—. Aguardaré con impaciencia.

Llegan a su destino más rápido de lo que a Malik le gustaría, pues quería disponer de más tiempo para hacerse una idea más precisa del mercado, ahora que sabe que probablemente sirve como centro de los insurrectos tras la invasión.

La tienda de informática está entre el Banco Tawfiq y un establecimiento de telefonía móvil, en un edificio de piedra de cuatro plantas. Está diseñado para sobrevivir a un bombardeo intenso, con unas paredes tan gruesas que Malik se pregunta si en otro tiempo habría sido un búnker. Sus dos minúsculas ventanas están cerradas, pero el aire acondicionado solo funciona a trompicones, apenas refresca el ambiente. El ventilador del techo gira con la lentitud de un burro testarudo dando vueltas alrededor de una noria. Las estanterías donde se exponen las mercancías de la tienda son espaciosas, pero están hechas de madera barata, y los pocos clavos destinados a sujetarlas no están bien clavados. En conjunto, no obstante, la tienda se ve bien surtida y dispone de toda clase de artilugios y aparatos, que van desde ordenadores e impresoras (tanto de inyección como láser) hasta móviles de última generación.

Hay media docena de jóvenes dependientes, algunos vestidos con camisa blanca y pantalones caquis, la mayoría de ellos jóvenes y enérgicos, patilargos y tan estrechos de pecho como unos polluelos. Muchos tienen aspecto de ser parientes: los pómulos altos, la forma irregular de sus palas, sus narices chatas y unas mandíbulas prominentes. Solo uno de ellos va vestido con una camisa larga y holgada que le llega hasta las rodillas. La mayor parte de la clientela también es joven. Muchos llevan vaqueros, y ni uno solo tiene barba. Un par han venido buscando una ganga o han traído un artículo que quieren intercambiar por otro. El dependiente de la camisa larga parece ser el encargado de la sección de informática, porque los dependientes

más jóvenes acuden a él con sus consultas y para preguntar si pueden ofrecer descuentos. Cuando eso sucede, el hombre desaparece por una puerta que hay en la parte de atrás y regresa al cabo de unos minutos con la respuesta.

Dajaal se ha quedado fuera esperando, atento a las idas y venidas de la gente, y mientras Qasiir aguarda su turno, Gumaad permanece junto a Malik. Se fija en su acompañante, un joven dentado y de aspecto famélico. Tras intercambiar unos breves saludos, Qasiir le pide a Dentado que avise a Jeque-Wellie que viene a pagar el artículo que ha reservado por teléfono.

Dentado regresa y atiende de nuevo a la clientela, evitando mirar a Qasiir a los ojos. Malik está tomando notas de cara al artículo que piensa escribir sobre la tienda de informática, pero se da cuenta de que a Qasiir le desconcierta que Jeque-Wellie se tome con tanta calma salir a encontrarse con él. Esperan tanto rato que Dajaal asoma la cabeza para preguntar si todo va bien. Malik, al recordar que su intención era dar la impresión de que era Qasiir, no él, quien está comprando el ordenador, le pasa discretamente el dinero. Después sigue escuchando a un hombre que regatea el precio de una BlackBerry y observa a otro que recoge con satisfacción una compra, empaquetada en una gran caja de cartón, junto a la que un niño de la calle que no llega ni a la altura del mostrador aguarda para llevarla hasta el coche del cliente.

No es Jeque-Wellie, sino Barba Cerrada quien finalmente aparece de la trastienda. Da la impresión de que no ve a Malik ni a Gumaad, pues se dirige derecho a Qasiir y empieza a hablarle de ordenadores. Al ver a su némesis, Malik siente que un escalofrío le recorre la espalda. Qasiir se guarda de cruzar la mirada con él o de indicar del modo que sea que han venido juntos. De ahí que también menee el fajo de dinero de Malik cerca del rostro de Barba Cerrada.

Finalmente, Qasiir y Barba Cerrada fijan un precio, diez dólares más de lo acordado previamente, y Barba Cerrada vuelve a la trastienda. Para reemplazarle aparece por fin Jeque-Wellie. Es un hombre treintañero, muy moreno, con mala vista y tímido, y en realidad es el contable de la tienda; parece hallarse inquieto e incómodo tratando con la clientela. Saca el ordenador, lo deposita delante de Qasiir y solicita bruscamente a Dentado que se ocupe de zanjar la venta, y a continuación también él vuelve a la trastienda.

Después de las someras comprobaciones de rigor, Dentado demuestra que la máquina es nueva y funciona debidamente. Qasiir pide también una impresora láser a color. Luego paga las dos cosas con el dinero de Malik y se marchan sin mayores incidentes.

Gumaad los acompaña hasta el coche. Dajaal está ansioso y preocupado por el incidente del día anterior, pues se ha convencido de que Gumaad miente. Ya no lo puede ni ver. Gumaad le da repelús, y le recuerda todo lo que ha ido mal en el país. Quiere librarse de él, pero no quiere ajustar cuentas en público, así que le dice:

—Preferiría que te las apañaras por tu cuenta para volver a casa desde aquí,

porque Malik, Qasiir y yo tenemos otros asuntos que atender.

—Esperaba poder hablar con Malik.

—Ahora no. En otra ocasión —dice Dajaal despachándole.

Gumaad se marcha, pero Dajaal aún no ha descargado toda su hiel. Ahora enfoca una mirada llena de ira a Qasiir. Apenas puede esperar a llegar al coche antes de arremeter contra su nieto.

—¿Qué te pasa, que no solo nos haces entregarle más tasas aduaneras a Barba Cerrada, nuestro peor enemigo, sino que encima haces un trato bajo mano con tu amigo, sea cual sea su maldito nombre?

—Déjame que te explique, abuelo.

—Tu comportamiento me avergüenza.

Qasiir insiste en que puede explicarlo todo.

Dajaal dice:

—No se te ocurra jamás tomarte licencias con nuestra confianza ni tratarnos como si fuéramos todos idiotas. Tú y yo tenemos que hablar, pero este no es el momento ni el lugar.

—Era el único ordenador de esa categoría que se podía encontrar en la ciudad, y yo no he sacado ninguna tajada —dice Qasiir en defensa de su honor—. Y tampoco sabían que lo estaba comprando para Malik. Reconóceme el esfuerzo, abuelo. Tan avaricioso no soy.

—Entonces, ¿qué hacía Barba Cerrada ahí?

—¿Cómo iba yo a saberlo, abuelo? —dice Qasiir.

Todavía manifiestamente alterado, Dajaal lo deja estar.

—Aquí uno no se aburre nunca, ¿verdad? —dice Malik con la esperanza de calmar los ánimos. Confía plenamente en Qasiir y está seguro por su comportamiento de que no tenía ni idea de que Barba Cerrada iba a estar en la tienda. En todo caso, Malik piensa que el culpable de «utilizar información privilegiada» es Jeque-Wellie. A Qasiir le ofende claramente que su tío abuelo ponga en entredicho su honradez. No piensa responder acaloradamente ahora, en presencia de Malik. Dajaal y él hablarán con tranquilidad más tarde, en el coche, de camino a casa, después de que haya puesto en marcha el ordenador para Malik.

Arrancan y se marchan en silencio, pasando por delante de gente que se apiña en los tenderetes para acaparar provisiones por si se produce una invasión. En algunas tiendas hay carne colgando de ganchos clavados apresuradamente en los marcos de madera, con enjambres de moscas zumbando alrededor. En otros puestos se venden coles, lechugas y brécol mustio, zanahorias resacas y yuca picada de hongos. En todas partes los pobres viven de la única forma que saben: comprando alimentos que no les convienen. Y la mayor parte de la clientela de estas casetas colocadas junto a la carretera pertenece a esta categoría.

Dajaal detiene el coche a cada instante para dejar pasar a los peatones, incluso cuando los vehículos que le siguen dan bocinazos de impaciencia. Le dice a Malik y

Qasiir que Cambara ya ha terminado de hacer la compra, y que tiene alimentos suficientes para varias semanas, en caso de necesidad.

Recogen a Jeebleh en casa de Bile. Malik se sienta detrás y le pone al día, comentándole que el ordenador ha costado muchísimo menos de lo que habría costado en Nueva York. Satisfecho, ve que Dajaal ha tomado nota del comentario; espera que alivie su disgusto y sus suspicacias hacia Qasiir.

A Jeebleh ni le sorprende ni le escandaliza saber que han adquirido el ordenador en una tienda que probablemente sea propiedad de Barba Cerrada. Piensa que, al fin y al cabo, los somalíes son incestuosos por naturaleza, inseparables por temperamento y propensos al asesinato; tal es su condición, que disputar es la norma, igual que cuando los gemelos se pelean.

—¿Qué noticias traes? —pregunta Malik.

Las noticias que tiene Jeebleh a raíz de sus conversaciones con Bile y Cambara, y después de haber visto la televisión, son tan inquietantes como el espectáculo de las hordas que pasan por delante en la carretera en ese mismo instante, y que bloquean el tráfico al abandonar la ciudad por temor a quedar atrapadas en la guerra inminente. Dice: «Hay un informe preocupante acerca de un agente de Al Shabab que dirige un convoy a Buurhakaba con aproximadamente una docena de tanquetas armadas con cañones». Buurhakaba es la ciudad más próxima a Baidoa, donde están las bases del presidente, las fuerzas federales y el Parlamento.

—Cuando se le preguntó por qué necesitaba provocar un enfrentamiento entre las fuerzas de las Cortes y las fuerzas federales —continúa Jeebleh—, dijo que no buscaba nada siniestro con sus acciones ni, desde luego, perjudicar en modo alguno las conversaciones de paz entre ambos bandos. Estaba visitando a una de sus cuatro esposas, que casualmente vive en Buurhakaba.

Tardan un par de minutos en asimilar el alcance de esta noticia. Jeebleh les dice que el incidente ha disparado las alarmas en varias ciudades distantes: en Baidoa, por supuesto, donde no solo se encuentra el presidente interino de Somalia, sino también su primer ministro y el gabinete; en Adís Abeba, donde el primer ministro etíope ha reunido con urgencia al gabinete y a sus asesores militares; en Washington, donde altos funcionarios del Departamento de Defensa y del Departamento de Estado han convocado a los encargados de asuntos somalíes para informarles de esta última provocación. En la misma Somalia el pánico se ha extendido también, y todo el mundo da por hecho que la ciudad de Baidoa, muy próxima a una base militar, va a ser atacada, si no lo ha sido ya.

—Mires por donde mires, psicosis de guerra —dice Malik.

—Uno nunca deja de preguntarse cómo acabará todo —dice Jeebleh—. ¿Habrá alguien capaz de imponerse a ambos bandos y persuadirlos para que se alejen del precipicio y continúen indefinidamente con sus negociaciones de paz, en lugar de arrojar a su país a una guerra innecesaria y homicida?

—Es la guerra. No es una cuestión de si la habrá, sino de cuándo será —sentencia

Dajaal.

Por inexplicable que parezca, Jeebleh se agita en sueños y oye caballos relinchando, asnos rebuznando, vacas mugiendo; mientras la noche oscurece justo antes de que amanezca y el muecín llame a la oración. En el sueño, Malik y él se encuentran, sorprendentemente, entre los fieles. Malik permanece junto a Jeebleh, con gesto ansioso, como si de repente no estuviera seguro de qué hacer, de si poner la mano derecha encima de la izquierda, por debajo o por encima del ombligo cuando está de pie, o de si cuando tiene la cabeza y el cuerpo inclinados y las manos encima de las rodillas, debería separar o no los dedos. Es consciente de que entre las distintas sectas existen diferencias respecto a los gestos durante el ritual. Sin embargo, como no ha puesto los pies en una mezquita ni ha rezado en casi veinte años, se siente inseguro y mira fijamente a Jeebleh con la esperanza de no avergonzar a su suegro.

Un hombre cerca de ellos habla del «reino de la locura matinal». Jeebleh no entiende a qué se refiere. Tampoco le molesta el hecho de no saber quién es, hasta que descubre que Malik, con el cuaderno en la mano y la estilográfica preparada para empezar a tomar notas, lo está entrevistando. En la distancia se agitan nubaredas de polvo que parecen llamarle, y Jeebleh se aleja hacia el torbellino de arena, por encima de las colinas, más al este.

Entonces se encuentra en un barrio que no conoce, en el que casi todas las viviendas han sido arrasadas, donde las carreteras están destrozadas y las aceras reducidas a precarios desfiladeros; un barrio en el que hay minas que no han detonado desperdigadas entre los escombros, y donde los niños juegan con ellas, pateándolas como si fueran balones de fútbol. En un lugar lleno de agujeros situado más allá de una inmensa ruina que debió de causar una bomba con la fuerza de un meteorito, se ve un artillado con la ametralladora embadurnada con la sangre de sus víctimas; el vehículo todavía echa humo. Cuando Jeebleh lo toca, está tan caliente como un cuerpo vivo. En un lugar cercano hay cadáveres que se han dejado donde cayeron, algunos de ellos son etíopes —a juzgar por el aspecto de sus uniformes— y otros jóvenes somalíes. Entonces varios de estos somalíes muertos cobran vida y forman un corrillo. A continuación se dispersan y adoptan lo que parecen posiciones acordadas de antemano, hablando como actores que estuvieran ensayando una obra con un guion muy pobre. Vestidos de blanco inmaculado y poniéndose kufiyas coloridas, lucen largas barbas. Varias mujeres uniformemente bonitas, con ojos de gacela, la viva imagen de las huríes del Paraíso, aparecen de la nada para atenderles.

Ahora los jóvenes se separan en distintos escuadrones. Uno de ellos extrae de entre los escombros un alijo de armas: lanzagranadas, ametralladoras ligeras y pesadas, armas semiautomáticas, una selección de explosivos caseros. Un segundo escuadrón aguarda junto al arcén, charlando. No obstante, se sumen en el silencio cuando se aproximan varias camionetas acorazadas con cañones antiaéreos y adoptan ademanes más disciplinados. Una tercera unidad, compuesta por los más jóvenes,

recibe adiestramiento en materia de explosivos de un hombre bajo con gafas gruesas que consulta un manual cada vez que uno de sus reclutas le hace una pregunta.

Jeebleh tiene la impresión de encontrarse no en una ciudad sino en una aldea de alguna parte del interior. Pero no está seguro; Mogadiscio ha perdido la fisonomía de antaño, fuera la que fuera, y ahora resulta un paisaje tan monótono como un engranaje desgastado de una máquina estropeada. Le indigna que ya no sea la metrópolis que conocía, y que sus residentes actuales hayan sido importados para combatir. Por todos lados desfilan fatigosamente delante de él hombres, mujeres, y niños indigentes y en harapos, muchos de ellos esqueléticos, con el vientre hinchado por quién sabe qué enfermedades y los ojos rodeados de enjambres de moscas. Parecen agotados y farfullan incoherentemente por el miedo y la desconfianza, lo que impone aún más la carencia de formas reconocibles.

En las inmediaciones explota una mina. Mucha gente muere y son muchos más los que caen heridos. Jeebleh comprueba que no le falte ninguno de sus miembros. Esta vez ha tenido suerte. Mira con gesto horrorizado a su alrededor. La mayor parte de los muertos y heridos son jóvenes. Es poco lo que puede hacer para ayudar. Se encuentra con un hombre tan viejo como él. Cuando Jeebleh se pregunta en voz alta por qué se han librado los viejos, el anciano dice:

—Estamos vivos por una razón.

—¿Tú por qué te has librado? —pregunta Jeebleh.

—Porque recluto a los mártires —dice el hombre.

—Tú los reclutas, ¿ellos mueren y tú sigues viviendo?

—Yo desangro a la joven camada de mártires suicidas.

—¿Los jóvenes mueren como mártires y los viejos siguen viviendo?

—Así es —responde el anciano.

—Pero eso es absurdo —dice Jeebleh.

—Al contrario —dice el hombre— morir por la patria es ejemplar. No hay nada tan honorable como convertirse en un mártir por la nación siendo joven.

—En última instancia depende del mártir, ¿no? —le objeta Jeebleh—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido darles a los jóvenes la oportunidad de elegir entre seguir viviendo o morir por una causa religiosa en la que quizá no crean?

—Es la sangre de los mártires la que ayuda a mantener viva a la nación. Sin ella, el país no existiría —le espetta el viejo.

Después se aleja y se sienta en las inmediaciones, simulando rezar. Jeebleh atiende a los heridos y después entierra a los muertos en una fosa común sin la menor ayuda por parte del reclutador de mártires. Luego se marcha y pasa por delante de una casa que está desplomándose. Ve siluetas humanas colgando de las vigas. Se pregunta si alguien será acusado de este asesinato en masa sin sentido, si alguien tendrá que responder por estos crímenes.

Jeebleh se levanta, agotado, como un caminante que hubiera recorrido una

distancia inmensa para llegar hasta aquí. Le duele todo el cuerpo, y lo atenaza una inquietud difusa. Escucha para captar algún sonido procedente de las habitaciones que ocupa Malik, sin éxito.

Está disfrutando de un desayuno tranquilo a base de tostadas y café cuando Malik sale de su despacho diciendo:

—Café, eso es lo que me hace falta.

—Buenos días —dice Jeebleh.

—Buenos días —dice Malik.

—¿Has dormido bien?

—Poco, pero he trabajado bien.

Malik —indicando así que quiere que Jeebleh aguarde un momento— se mete apresuradamente en el cuarto de baño, quizá para cepillarse los dientes antes de tomar café. Mientras se aleja, Jeebleh le dice:

—Siempre se puede recuperar el sueño atrasado.

Malik no tarda en volver:

—¿Puedo tomar un poco? —pregunta señalando el café.

—Cómo no —responde Jeebleh—. ¿Qué más puedo ofrecerte?

—Estoy de acuerdo en que es más fácil recuperar el sueño atrasado que ponerse al día con el trabajo cuando uno lleva algún tiempo desatendiéndolo —dice Malik dando un sorbo a su café y, como para subrayar hasta qué punto tiene prisa y que no está de humor para entablar una larga conversación, añade—: ¿No te importa que me levante? Es que me muero de ganas de seguir escribiendo y no pienso moverme del despacho.

—Estupendo —dice Jeebleh.

—Ya va siendo hora de que conozca a algún que otro periodista y de que concierte entrevistas con gente metida en el negocio de la piratería —dice Malik—. Pero tengo intención de apoyarme menos en Gumaad y más en Qasiir y Dajaal. Ellos tienen muy buenos contactos.

—Buena idea —dice Jeebleh.

Y dicho eso, Malik se marcha.

Jeebleh hace la maleta y mete en un sobre la mitad del dinero que le queda, con la intención de repartirlo entre Dajaal y Qasiir, entregándole una cantidad mayor al anciano, antes de coger el avión a primera hora del día siguiente. Luego se sienta en el cuarto de estar y se pone al día con sus lecturas. Ha traído consigo media docena de libros de Nueva York, y no ha tenido tiempo ni de mirarlos, ya no digamos de leerlos. Lo más probable es que los deje aquí; podrían resultarles útiles a Malik para investigar la cuestión de la piratería y la guerra civil somalí desde la perspectiva de cómo las continuas luchas, el empobrecimiento y la desertificación del país auguran conflictos futuros en África y Oriente Medio.

Aun así, está inquieto y no logra concentrarse. No es propio de él sacar

conclusiones precipitadas acerca de lo que ha averiguado hasta ahora sobre los hombres de las Cortes, pero después de su breve encuentro con Barba Cerrada, y teniendo en cuenta lo poco que sabe sobre Gumaad, no puede evitar pensar que se trata de una procesión malsana de hombres empedernidos y obsesionados consigo mismos que han estado acechando la oportunidad de gobernar el país a su manera. Le preocupa que Malik pueda convertirse en víctima de la particular crueldad que Al Shabab inflige a los periodistas laicos.

Descuelga y marca el número de Bile y de Cambara. En cuanto suena, ella contesta. Al escucharla se da cuenta de que siente más afecto por ella del que creía. Su voz le resulta no solo agradable sino también tranquilizadora, y le encanta que su amigo esté recibiendo la atención y el cariño que necesita.

—Me pregunto si sería oportuno visitaros —le dice a Cambara—. Malik está trabajando y no tengo ganas de leer.

—Sí, por favor —dice—. Ven siempre que quieras.

—¿Qué tal está Bile?

—Está en la cama leyendo, y dormitando de vez en cuando.

—Entonces os veo dentro de un rato.

Después de colgar, Jeebleh telefonea a Dajaal para que pase a recogerle.

Tras un ligero almuerzo con Cambara y Bile, Jeebleh friega los cacharros mientras Cambara sube arriba con Bile, que se ha retirado, ya exhausto. Cambara le ha asegurado que bajará en cuanto se haya ocupado de él.

Lee la etiqueta escrita en árabe que hay en la botella de lavavajillas: «Importado de Australia, a través de los Emiratos Árabes Unidos». Jeebleh cree que el término globalización es engañoso, que esa palabra apenas describe lo que está pasando en los negocios, grandes y pequeños, del mundo entero. Arruga la frente mientras repasa su sueño. Se acuerda de que al despertar, el pelo se le puso de punta como las raíces de un baobab azotado por la tormenta. No le contó el sueño a Malik.

Pero sus meditaciones vuelven sobre la felicidad de su amigo. Cierto es que en su situación, dentro de la cárcel de la guerra civil que limita la libertad de movimiento, de expresión y de asociación, quizá no sea el entorno más propicio para la intimidad de una pareja. No obstante, Cambara y él parecen encontrarse cómodos juntos. Que sean capaces de vivir en estas circunstancias sin ceder a la acritud indica la profundidad de su compromiso mutuo. Jeebleh no le da ninguna importancia al hecho de que ocupen dormitorios separados, aunque espera que su amigo, que pasó tantos años encerrado y sin posibilidad de amar, tenga alguna oportunidad de recuperar el tiempo perdido antes de que la prisión de la enfermedad y la vejez estreche su cerco sobre él.

Justo antes de que termine de colocar los platos de nuevo en los armarios, oye bajar a Cambara. Levanta la vista y observa cómo las motas de polvo se dispersan entre la luz del sol mientras ella se acerca, abriéndole camino.

Cambara le pide que prepare un expreso para los dos y que saque una botella de agua mineral de la nevera. A Jeebleh le agrada que se tome esas confianzas con él; hace que se sienta en casa.

Se sientan en diagonal, mirándose. Bajando recatadamente la vista del rostro de Cambara, se da cuenta de que tiene los pantalones mojados por haber estado fregando. Ella también lo nota y aparta la mirada antes de inclinar ligeramente la cabeza. Se ha duchado y se ha puesto un caftán más informal, y parece haber resucitado. Descalza, da la impresión de que quisiera pasar de puntillas por el resto del día, sin la menor preocupación. Él recuerda lo relajada que solía parecer su esposa después de que los niños se quedaran dormidos. Cambara toma un sorbo de café y, tras forcejear un poco, se desabrocha el pendiente y se lo quita. Coloca el broche en la palma de su mano y lo mira pausadamente, le da la vuelta, lo examina de nuevo y se lo guarda en el bolsillo. Se mueve en su asiento, como si se planteara desabrocharse el pendiente de la oreja izquierda, pero se lo piensa mejor.

Hablan largo y tendido sobre los primeros días de su regreso a Mogadiscio, cuando tuvo que acostumbrarse a la incomodidad del velo, grande como un toldo, pues la primera vez que vivió allí nunca había llevado esa prenda.

—¿Qué se siente al ir completamente cubierta? —pregunta Jeebleh.

—Hace que eche de menos Toronto —dice ella.

Jeebleh advierte que se siente cómoda con su aspecto, sentada con los talones recogidos en una postura que transmite seguridad. Su mirada viaja desde sus talones hasta la firmeza del resto de su cuerpo. No quiere saber lo que hacen Bile y ella para hacer el amor, ahora que Bile está enfermo y Cambara tiene veinte años menos que él. Puede que los dos adopten una perspectiva a largo plazo sobre el asunto, como hacen las parejas para toda la vida, conscientes de que habrá un mañana y un día después, como él y su mujer han estado haciendo desde que ella entró en la menopausia. Es el lujo de la ancianidad, tener una perspectiva del sexo tanto a largo como a corto plazo. Jeebleh ha conocido parejas de edades distintas que parecen esforzarse para encontrar temas que interesen a los dos. Bile y Cambara nunca parecen andar escasos de cosas que decirse. Pero ¿permanecerá ella al lado de Bile a medida que su cuerpo se debilite y su salud se deteriore? En su caso es distinto, pues ha hecho una inversión a largo plazo en su relación con su mujer. Tienen una fuerte afinidad que los mantendrá unidos hasta la muerte.

—¿Sigues dando clases? —pregunta Cambara.

Él asiente con la cabeza.

—¿La jubilación no está a la vista?

—Todavía no —responde él.

—¿Y tu mujer?

—Mi mujer, que se acogió a una jubilación anticipada, piensa que no haremos más que tropezarnos si me retiro y me quedo en casa con ella. Además, acabamos de mudarnos hace poco. Compramos un piso más pequeño para los dos cuando nuestra

hija menor se fue de casa.

—Jubilarse y recorrer el mundo —dice ella—. ¿Por qué no?

Jeebleh se muerde los labios para permanecer mudo mientras sopesa las dificultades que tendrían que afrontar Cambara y Bile si emprendieran una gira por el mundo. Ella, más joven y saludable, con pasaporte canadiense, no tendría problemas, pero Bile no llegaría muy lejos.

Espaciando las palabras, dice:

—Nuestro problema es de una índole distinta al vuestro. Judith, que nació en Manhattan y es hija de padres judíos, cree que Nueva York es el ombligo del mundo; es incapaz de imaginar por qué nadie querría interesarse por las periferias.

—¿No es curioso que durante todo el tiempo que viví en Toronto —dice Cambara— nunca me imaginé residiendo en una de las grandes capitales mundiales? Sin embargo, cuando era una joven sin criterio y vivía en Mogadiscio, creía que vivía en el centro del universo. ¿Cómo cambia el mundo y con él nuestra percepción de los centros y las periferias!

—¿Y qué forma han adoptado tus percepciones en relación con los centros y las periferias, ahora que estás de nuevo en Mogadiscio? —pregunta Jeebleh.

—Todos mis pensamientos están concentrados aquí, en Bile.

—¿Estás diciendo que nada más importa?

—Estoy diciendo que mi mundo está aquí, donde estamos Bile y yo, un mundo de la periferia que para mí se ha convertido en un centro —dice ella.

—Lo que es asombroso es cómo nosotros nos adaptamos a los cambios.

—Solo he estado fuera de Mogadiscio una vez desde que vine aquí, cuando volé a Nairobi con Bile para su operación de próstata. Tuvimos inmensas dificultades para lograr que le dieran el visado de entrada a Kenia. No tengo ni idea de cuándo volveré a Toronto, si es que llego a hacerlo. No me veo viviendo allí sola.

—No puedes imaginar lo que me alegra haberte conocido.

—Y yo a ti.

Jeebleh no alcanza a imaginar cómo responderá ella a la idea que acaba de ocurrírsele. Se pregunta si, en mitad de esta conversación distendida, esta pregunta repentina dificultará su buen entendimiento.

—¿Qué tal están vuestras perspectivas matrimoniales?

Él solo se siente tranquilo después de que ella se ría, y su corazón se alegra cuando Cambara suspira y sonrío. Le agrada oír el desenfado en su tono de voz cuando dice:

—Para ser una persona de modales tan refinados, eres muy directo, ¿no?

—Me preocupa Bile.

—¿Cómo va el matrimonio a mitigar eso?

—Os quitaría de encima a los integristas.

—Dudo que el matrimonio fuera la solución —dice ella—. Carecen de buena voluntad. ¿Por qué no pensar en mí como una enfermera que cuida de un hombre

convaleciente? Han ilegalizado el contacto entre los sexos, y pronto prohibirán conducir a las mujeres. ¿Dónde acabará todo esto? ¿Solo enfermeros varones para pacientes varones? ¿Que las pacientes femeninas consulten únicamente a mujeres médicos? Y por si fuera poco en un país donde para empezar hay escasez de enfermeras, ya no digamos de mujeres médicos.

—¿Cómo lo ven cuando Dajaal conduce y tú vas en el coche sentada a su lado, con un velo muy tenue y hablando con él?

—Una vez nos paró un joven corto de entendederas y preguntó si era mi marido, mentí. Le dije que sí. Los integristas prefieren que les mientan a que les digan la verdad; les hace más felices. Son un hatajo de inútiles acabados, los pobres, y supongo que les pareceré provocativa y creerán que nado a contracorriente. Al fin y al cabo no formo parte de ninguna de esas hordas de mujeres mal vestidas que reclutan para barrer las calles. Una cosa tengo que decir a su favor, saben qué clase de mujeres prefieren: analfabetas incapaces de hacerles frente. Por eso intentan reclutar para Al Shabab huérfanos y niños de hogares rotos. Se apoyan en los mal informados y en los menesterosos para hacer su voluntad.

—¿Las mujeres que se ofrecen voluntarias para despejar las carreteras están exentas de llevar velo? —pregunta Jeebleh.

—Es una cuestión de clase —responde ella—. Una mujer que conduzca su propio coche, que viva con un hombre con el que no está casada y que, en caso de ser provocada, pueda decir lo que piensa, para ellos es una provocación, algo que va contra la opinión general.

Después, Cambara se sume en el silencio y, por primera vez, parece triste.

—¿Cuál es tu situación con Bile? —pregunta Jeebleh con delicadeza, esperando hasta que ella esté dispuesta a responderle.

—Le quiero.

—Entonces llamemos a unas cuantas personas.

—¿A quién? ¿Para qué?

Jeebleh se sonroja tímidamente antes de decir:

—Para que a Bile y a ti os declaren marido y mujer en presencia de testigos.

Jeebleh mira a su alrededor, y después a Cambara; suspira profundamente, se recuesta, cierra los ojos y se frota la nariz. Luego la contempla mientras sonrío y dice:

—Dios, me siento como si fuera yo el que te estuviera pidiendo en matrimonio.

—Estás haciendo eso mismo. De manera muy apropiada, por cierto.

—Como si fuera su pariente —dice Jeebleh.

—¿No es así como se conciertan los matrimonios?

—Si quieres, puedes optar por no estar presente cuando el jeque os declare marido y mujer a Bile y a ti.

—¡Sería lo propio!

—Sabes lo que estoy haciendo, por qué y para quién.

—Ese es el problema.

—Entonces, ¿no decimos nada más al respecto hasta que llegue el día?

Como a propósito, suena un timbre, y un minuto después Dajaal entra a buscar a Jeebleh, que se levanta de la silla, sin saber muy bien qué hacer. Dajaal nota que el ambiente está cargado de preocupaciones ajenas, por lo que vuelve a salir y espera en el coche.

Cambara se pone de pie a su lado; sus cuerpos casi se tocan. Entonces ella lo abraza y le besa, primero en una mejilla y luego en la otra. Él nota que el cuerpo de Cambara se estremece ligeramente al retirarse. A Jeebleh le resulta evidente que ella quiere quitarse de encima un peso:

—No tienes ningún motivo para preocuparte, ni tú ni nadie más —dice ella—. Bile está en buenas y amorosas manos, y mientras yo viva no le faltará de nada. Así que no te preocupes por él.

Vuelven a abrazarse.

—Que te vaya muy bien.

—Cuídate.

La cena es un tanto apresurada, porque Malik no tiene tiempo para hablar; está en racha, escribiendo; Jeebleh se retira a su habitación. No tiene claro qué hacer, ya que sigue sin poder retener las ideas de un solo párrafo en la cabeza durante el tiempo suficiente para darles sentido. Este es su tercer intento de leer «Aguas saqueadas: inseguridad de los recursos marítimos somalíes», un capítulo de trece páginas de un geógrafo político llamado Clive Schofield, que forma parte de un libro titulado *Crisol para la supervivencia*. Tras varios intentos fallidos más, deja el libro y mentalmente da las gracias al autor por llamar la atención del mundo sobre el saqueo de los mares de Somalia.

Se pone un suéter, temiendo que en la terraza azotada por el viento haga frío. Sale sin molestar a Malik, que sigue escribiendo, y se sienta, tan inquieto como un hombre acosado por las deudas. Quisiera poder ayudar más a Malik; quisiera haber pensado antes en el gran peligro que correría aquí un periodista.

La noche está oscura como la boca de un lobo, y los vuelos de reconocimiento nocturnos del dron son más irregulares. Se dice que esta será la tercera vez que fuerzas extranjeras ayudan a Etiopía a invadir Somalia. Durante el siglo XVI, mercenarios portugueses combatieron al lado de Etiopía —entonces conocida como Abisinia— para derrotar al guerrero somalí Ahmed Gurey, Ahmed el Zurdo. A finales de la década de 1970, los soviéticos cambiaron de bando e intervinieron con los cubanos para expulsar a los somalíes de la región de Ogadén, en Etiopía. ¿Señalará la tercera vez la entrada de los Estados Unidos en esta oscura historia?

Jeebleh se pone a buscar la constelación de las madres camello, también conocida como la de Draco, «el dragón». La encuentra, y ese instante le llena de gozo. Se queda sentado toda la noche a la luz de las estrellas.

Quizá dormite, porque con la primera llamada del muecín, Malik aparece como un conspirador silencioso en la terraza. Trae consigo una bandeja con té recién hecho y tazas.

—Ya van dos, queda una —dice Malik.

Los muecines que llaman a los fieles a la oración lo hacen a intervalos y con voces distintas. Algunas son dulces, otras sutiles, casi amistosas; otras son guturales, torpes y pesadas como un jarabe grumoso, o fuertes como las ramas de un baobab. A la madre de Jeebleh le gustaba un cantor del Corán egipcio cuyas grabaciones escuchaba una y otra vez. Jeebleh se pregunta si alguna vez volverá a rezar. Los susurros de la brisa, que traen consigo las bendiciones matinales de las mezquitas cercanas, le reafirman en su sensación de que a Malik todo le irá bien. A medida que van acabándose las llamadas a la oración, el zumbido del dron desaparece de los cielos.

—¿Te gustaría leer los artículos? —pregunta Malik.

—Me encantaría leerlos —dice Jeebleh.

Malik le tiende a Jeebleh copias impresas de los borradores, con el gesto de quien entrega un valioso obsequio a un anciano venerable: con las dos manos y la cabeza inclinada.

—Toma, por favor.

—¿Te parece bien que los lea en el avión?

—Por supuesto. Léelos cuando te parezca.

El hecho de que esta sea la primera vez que Malik se ofrece a mostrarle un artículo antes de que sea publicado no le pasa desapercibido a Jeebleh. Quizá Malik eche de menos la camaradería de encontrarse entre periodistas, algo que hasta ahora no ha experimentado con nadie en Mogadiscio. O quizá esté haciendo las paces con su inminente aislamiento, y que el estrés que sufren ante la incapacidad de hablar de que le pueda suceder algo malo se esté disipando.

El sol, que ya está saliendo, alcanza la terraza de refilón.

—Hora de ducharse —dice por fin Jeebleh.

Malik empieza a preparar el desayuno.

Durante el desayuno, Jeebleh dice:

—Hablemos de dinero.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —pregunta Malik.

—Estoy pensando en Dajaal y Qasiir.

Comen en silencio, cada uno decidido a apartar cualquier preocupación de la mente. Sin duda, la partida de Jeebleh para Nairobi en un par de horas abrirá nuevos caminos para Malik, pese a que también lo va a exponer a incógnitas inquietantes.

Jeebleh habla por fin:

—Qasiir ha demostrado en muy poco tiempo lo rápido y útil que puede llegar a

ser. Creo que vale la pena tenerle a bordo durante el tiempo que estés aquí. Sabe arreglar ordenadores, está bien informado acerca de las tendencias del mercado y tiene contacto con sus antiguos compañeros milicianos, algunos de los cuales son agentes de Al Shabab. Asiste a la oración en las mezquitas apropiadas y, a diferencia de Gumaad, es digno de confianza. —Entonces hace una pausa antes de preguntar—: Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que estuviste tú en una mezquita?

—No recuerdo la última vez que recé. ¿Por qué lo preguntas?

—Quizá vaya siendo hora de que lo hagas.

Al igual que en el refrán español que dice que no todo aquel que está en el mercado está ahí para comprar o para vender, quizá no todos los que estén en la mezquita estén ahí para rezar.

—Quizá lo haga —dice Malik.

—Las mezquitas seguirán siendo el centro de las actividades de la oposición después de la invasión, y los que vayan a unirse a la insurgencia se encontrarán allí. Qasiir tiene las credenciales apropiadas, ya que es miembro activo de las mezquitas, que son el centro neurálgico de todas las actividades sociales y políticas —dice Jeebleh.

—Asistiré a la oración en las mezquitas... discretamente.

—Valdrá la pena —pronostica Jeebleh.

—Entonces, ¿qué era lo que querías hablar de dinero? —dice Malik.

—Tenía intención de decirte que voy a enviarle cien dólares al mes a Dajaal —dice Jeebleh—. Ha sido leal, bendito sea; no tiene pensión ni familia que lo mantenga en su vejez, y no hay garantía de que Bile disponga de los recursos suficientes para proporcionarle una asignación mensual, o de que Cambara no vaya a necesitarle si algo le sucediera a Bile y ella volviera a Toronto. Cien dólares al mes por mi parte, y una cantidad similar por parte de Seamus, le permitirán capear estos tiempos de penuria económica. No obstante, quiero que confíes menos en Gumaad y más en Qasiir. Sé que Gumaad ha concertado una cita para ti con Ma-Gabadeh, uno de los financieros de los piratas de Harardhere. Te aconsejo precaución al tratar con él; no bajas la guardia.

—Estaré atento.

—Además, deberías llevar contigo o a Dajaal o a Qasiir, a ser posible Dajaal —dice Jeebleh.

—Seguiré tu consejo —dice Malik—. Y yo también quiero contribuir a la jubilación de Dajaal.

El móvil de Jeebleh comienza a vibrar. Lee el mensaje de texto.

—Están aquí —le dice apresuradamente a Malik—. No hace falta que vengas al aeropuerto. Quédate aquí y trabaja. Te llamaré desde el avión cuando hayamos embarcado y estemos listos para despegar, y desde Nairobi en cuanto aterricemos.

Malik se levanta y abre los brazos para darle un abrazo de despedida a Jeebleh, que lo recibe con una sonrisa.

—Me doy cuenta de que quizá no quieras que lo diga, pero lo voy a decir de todos modos. Te voy a echar de menos, y te agradezco que me hayas acompañado y que compartieras conmigo una parte de tu vida que ni Judith ni tus hijas conocen —le dice.

Conmovidamente, Jeebleh responde:

—Ha sido un placer.

—Nunca me habían abierto las puertas de esta manera en ningún sitio.

Se dan cuenta de que podrían pasarse el resto del día intercambiando cumplidos del mismo género, así que paran, se abrazan y murmuran unas últimas palabras afectuosas.

—Vamos, vamos —dice Jeebleh—. Tengo que marcharme.

—Lo sé.

La forma en que Malik estrecha su abrazo le recuerda a Jeebleh a una criatura durante su primer día de guardería, reticente a dejar marchar a su progenitor. Entonces Malik lo suelta de repente y lo mira con una sonrisa deslumbrante.

—Sé bueno. No temas, y no te preocupes —dice Jeebleh.

—Ya hablaremos —se despide Malik.

—Cuídate mucho.

El día en que Malik había quedado para comer con Ma-Gabadeh, Dajaal se encuentra indispuerto, así que envía a Qasiir en su lugar para que le haga de chófer. Qasiir ha asumido la responsabilidad de preparar un equipo de seguridad especial antes de ir a buscar a Malik. No le cabe la menor duda de que Ma-Gabadeh tomará sus propias medidas de precaución. Con ese fin, Qasiir ha seleccionado a cuatro hombres de confianza, antiguos lugartenientes suyos, que están preparados para pasar inadvertidos y no provocar una pelea con los guardias de Ma-Gabadeh. Se situarán en las inmediaciones del restaurante donde Malik ha alquilado un reservado. Discretamente armados, permanecerán en los alrededores e informarán de cualquier movimiento extraño. Uno de ellos estará apostado a la entrada del reservado. El gran desafío ha sido lograr que Gumaad no sepa nada del destacamento de seguridad, teniendo en cuenta que la reunión la ha organizado él.

Traducido de manera libre, Ma-Gabadeh significa «el que no tiene miedo». Gumaad lo ha descrito como uno de los principales agentes de osadas expediciones piratas con base en Harardhere, ciudad natal tanto de Gumaad como de Ma-Gabadeh. Además de patrocinar a estos «corsarios», también se cree que Ma-Gabadeh financia una serie de actividades en las que sus hombres colaboran con una unidad de Al Shabab encargada de trasladar en barco a agentes yemeníes y pakistaníes hasta Somalia. Se rumorea que los piratas traen a los yihadistas extranjeros a la península somalí y, a cambio, reciben armas y protección en las áreas costeras controladas por Al Shabab. Todo muy turbio. Gumaad ha augurado que será toda una exclusiva, la primera de Malik, puesto que Ma-Gabadeh ha aceptado que lo graben.

Ahora que Jeebleh ha desaparecido y que Dajaal está enfermo, Malik no se las arregla bien por su cuenta. Echa de menos el aplomo de ambos hombres, uno u otro siempre a su lado y dispuestos a responder a sus preguntas, poner en duda sus decisiones o darle consejos. Por supuesto, Qasiir y Gumaad saben cosas acerca de Somalia que él desconoce, ya que han vivido allí toda su vida. Pero lo mismo puede decirse en sentido contrario, porque Malik ha buscado la información, la ha conseguido y leído, y no puede tomarse a nadie tan en serio como a Jeebleh o a Dajaal. De todos modos, se ha enfrentado a peores situaciones en el pasado.

Con Qasiir al volante, Gumaad está de un humor de perros. Sin que venga a cuenta, dice:

—Si vienen, les chamuscaremos las cabelleras.

—¿De quién hablamos? —pregunta Malik.

—¿De quién va a ser? De los etíopes, por supuesto, y de sus lacayos, el llamado Gobierno Federal —responde—. Cuando nos invadan, les daremos a los etíopes una lección que no les han dado los eritreos.

Qasiir mira primero a Malik y después a Gumaad:

—En tiempos de guerra, hay que actuar como adultos. Una cosa es hablar y otra

hacer la guerra. Ya va siendo hora de que sepas distinguirlas.

—Y yo te diré otra cosa —dice Gumaad.

—¿Qué?

—El Jeque me ha asegurado que me nombrarán portavoz de las Cortes en cuanto uno de los dos bandos dispare la primera bala.

Qasiir se ríe a carcajada limpia:

—¡Anda ya! No puedes hablar en serio. ¿Cómo iban a nombrarte para ese puesto cuando apenas hablas inglés, ni ninguna otra lengua europea y no has escrito más que un par de artículos breves?

—Un día tendrás que tragarte tus palabras.

—Ya estamos hartos de tus bulos.

—Por favor, haya paz —suplica Malik.

Para alivio de Malik, Gumaad desiste y, a partir de ese momento, no dice nada insultante o provocador; también el comportamiento de Qasiir se vuelve agradable. A Malik, que no se ve en el papel de mediador, le alivia que hasta ese momento su intercesión haya dado buenos resultados.

Mientras se aproximan a su destino, Malik le pide a Gumaad que ponga a Ma-Gabadeh en el contexto de la guerra civil, ya que en Somalia nada tiene sentido hasta que uno se sitúa en el antes, el después y el durante de ese marco de referencia.

Gumaad se siente obligado a decir:

—Ma-Gabadeh era un joven funcionario del Departamento de Contabilidad del Ministerio de Pesca.

—No era ningún funcionario, y tú lo sabes —dice Qasiir—. Era un peón que fue ascendiendo mediante la coacción hasta el puesto de conserje en jefe, y acabaron por asignarle un despacho. Pero no trabajaba para el ministerio. El tipo no sabe leer ni escribir.

Asustado ante la perspectiva de quedar atascados en si Ma-Gabadeh era empleado o conserje en jefe, Malik urge a Gumaad:

—Continúa, por favor.

—De todos modos —dice Gumaad— estaba en el mostrador que llevaba SHIFCO (acrónimo de Somali High-seas International Fishing Company), empresa radicada en Somalia pero financiada con capital italiano, que se encargaba de la explotación de los recursos marinos del país. SHIFCO, fundada por el último Gobierno central, era propietaria de una docena de pesqueros. Un par de ellos siguen en activo, aunque más de la mitad de la flota original se han perdido; varios fueron confiscados por Kenia y otros países por impago de deudas, y otros se deterioraron por falta de mantenimiento.

»Tras el derrumbamiento de las infraestructuras estatales —continúa explicando Gumaad—, Ma-Gabadeh regresó a Harardhere, donde fundó una sociedad con una empresa pesquera italiana con la que había tratado antes desde su puesto en el Ministerio de Pesca. Expidió una licencia retroactiva para dicha empresa con validez

para tres años. Después se mudó a Mogadiscio y, una vez allí, se alió con el Cacique del Sur, cuyas fuerzas estaban por aquel entonces en desbandada. Con las ganancias, Ma-Gabadeh creó una empresa de congelados centrada en el negocio pesquero, dedicándose a la extracción de langostas para su exportación a Italia.

»Tras la muerte del Cacique del Sur, Ma-Gabadeh estableció una alianza más lucrativa con el antiguo financiero del difunto señor de la guerra, el hombre acusado de matarlo y encabezar una facción disidente. Entonces Ma-Gabadeh discutió con la empresa pesquera italiana y, para recuperar los activos en disputa, secuestró dos de sus embarcaciones y tomó como rehén a la tripulación. Las dejó en libertad cuando le pagaron grandes sumas de dinero, y con eso fundó un escuadrón armado con base en Harardhere especializado en el secuestro de barcos.

»Durante los últimos años, Ma-Gabadeh ha ampliado sus negocios, diversificándolos hacia la importación de *qaat* de Kenia y la exportación de carbón vegetal desde Somalia a los Estados del Golfo. Además dirige otras operaciones lucrativas, en su mayoría ilegales. Empresario peso pesado que dispone de unos cincuenta vehículos artillados con cañones ligeros, últimamente ha unido su suerte a la de las Cortes, a las que apoya con fondos, y ofrece su milicia armada de mil hombres cada vez que la solicitan.

El coche reduce la velocidad y Qasiir se mete en el aparcamiento del hotel. Estaciona en la parte trasera, y luego se vuelve hacia Gumaad:

—Ya que conoces bien a Ma-Gabadeh —dice—, adelántate tú. Malik y yo nos encontraremos contigo en un minuto en el vestíbulo del hotel, de acuerdo con lo pactado.

Ofendido porque percibe que Qasiir quiere mantenerle a distancia, Gumaad hace lo que se le pide, pero no sin dejar constancia de su irritación.

—Ma-Gabadeh es un hombre atareado y no querrá que le hagan esperar.

Después de marcharse, Qasiir repasa el dispositivo de seguridad que ha organizado y señala hacia el lugar donde se encuentran dos de sus hombres. Los telefona para asegurarse de que están en sus puestos, apaga el motor, y sale del coche con Malik, caminando el uno al lado del otro hasta llegar al hotel, mientras fingen charlar a la vez que Qasiir supervisa los alrededores con una rápida ojeada. Hace un discreto gesto con la cabeza hacia sus hombres, que se encuentran en la entrada del hotel, mientras entra con Malik al vestíbulo.

El interior del hotel parece un mercado. El vestíbulo es espacioso y está inundado por la luz natural, pero de todos modos da la sensación de que allí no cabe un alfiler, pues está atestado de gente que habla fuerte, y también abarrotado de un mobiliario que da la impresión de ser de una época y una procedencia distintas. Cuando Qasiir se mueve, Malik le sigue de cerca, pero descubre que a menudo tiene que detenerse para no chocar con la gente. Gumaad está situado en un pequeño corro con otros dos hombres al lado de la recepción, un mostrador tras el que trabajan tres hombres, dos de ellos uniformados, todos concentrados y atentos a los movimientos de Gumaad y

compañía.

Se reúnen con ellos y dan paso a unas breves presentaciones; Gumaad va nombrándolos por orden de importancia:

—Él es Ma-Gabadeh. Te presento a Malik. Malik, este es Fee-Jigan, periodista.

Malik estrecha la mano de Ma-Gabadeh, de dedos cortos y regordetes, y luego la suya propia desaparece por entero entre los largos dedos de la mano de Fee-Jigan.

—¿Procedemos? —pregunta Ma-Gabadeh.

Qasiir les guía hacia el reservado. Pisándole los talones, Ma-Gabadeh se pone de lado y avanza caminando como un pato, dejándole sitio a Malik para que pueda ir a su lado. Es un hombre de baja estatura, con una calva incipiente y bigote, cuelllicorto y dotado de una panza prominente. Sus brazos se balancean a ambos lados del cuerpo, al ritmo de las caderas. Ma-Gabadeh deja en Malik una impresión inmediata: es la clase de hombre que acude a un compromiso con una careta, y sale de él con una sonrisa cuando se ha convencido de que ha sacado lo suficiente para justificar los riesgos. De lo contrario, ¿qué gana con hablar con un periodista? A pesar de la dulce sonrisa que le llega hasta el mentón, y que seguramente forma parte de un repertorio que despliega en ocasiones como esta, Malik no lo encuentra nada agradable.

Fee-Jigan lleva unos pantalones de color caqui muy holgados, y unas sandalias a las que les falta una hebilla. Alto y delgado, es un hombre de treinta y tantos años, con unos ojos grandes y unas orejas casi del tamaño de unos platillos. Estrecha la mano de Malik con firmeza, y su sonrisa es encantadora. Malik procurará no enemistarse innecesariamente con él, pues da por sentado que es un aliado de Ma-Gabadeh.

—¿Eres periodista de prensa o de radio? —le pregunta.

—Acabo de volver de El Cairo —responde Fee-Jigan—, donde ejercía como intérprete en árabe e inglés. Aquí soy corresponsal para varias agencias árabes de noticias. También realizo reportajes y, de vez en cuando, hago una transmisión para Al Jazeera.

—Encantado de conocerte.

Como para impresionar aún más a Malik, Fee-Jigan dice:

—Aspiro a escribir un libro sobre Somalia. De hecho, ya he redactado los dos primeros capítulos.

—¡Estupendo! —exclama Malik.

Fee-Jigan tiene la costumbre de sonreír cada vez que su mirada y la de Malik se encuentran. Si hay algo que ponga nervioso a Malik es la sensación de que estuviera en compañía de un jefe de Estado y su séquito, y no de un simple mecenas de la piratería.

A la entrada del reservado, Ma-Gabadeh despacha a Gumaad y a Qasiir con un gesto de la mano. Malik se fija en los hombres discretamente armados que merodean por los alrededores. En el reservado está encendido el aire acondicionado, y hay tres jóvenes atendiendo la mesa; la comida ya está dispuesta, se sirven las coloridas

bebidas, y los grandes cuchillos están tan afilados como los de un carnicero. Ma-Gabadeh zanja las formalidades con un simple «*Bismillah*», toma asiento y empieza a servirse montañas de arroz y cordero en el plato antes de coger un cuchillo y comenzar a cortar grandes trozos de carne que se lleva a la boca. Para Ma-Gabadeh el tiempo es dinero, y es evidente que no quiere perderlo comiendo. Fee-Jigan sigue su ejemplo y empieza a comer con idéntica rapidez.

Malik, que es de los que comen despacio, se queda rezagado, temiendo aburrirles. Ma-Gabadeh se burla de Malik:

—¿Por qué me habrán dicho que en América lo hacéis todo rápido y que coméis de pie y con prisas, en autobuses, trenes y oficinas?

Avergonzado, Malik deja de comer. La mesa se despeja inmediatamente.

Alentado por la presencia de dos testigos, Ma-Gabadeh se muestra fiel a su apodo y acepta sin miedo que se grabe la conversación, a condición de que él reciba copias de la entrevista cuando sea publicada. Le explica a Malik que ha invitado a Fee-Jigan para que responda a algunas de las preguntas, ya que ha realizado investigaciones al respecto. En cualquier caso, «dos cabezas son mejor que una».

—¿A qué cree que debe su éxito? —pregunta Malik.

—El éxito soy yo.

Malik no esperaba esa clase de respuesta. No solo está en desacuerdo con el propósito de la declaración, sino que rezuma engreimiento y tiene un mordiente terrible.

—Por favor, explíqueme lo que quiere decir.

—Nací pobre en una pequeña aldea —dice Ma-Gabadeh—, hijo de unos padres que no tenían ni un céntimo para invertir en mi educación. Por suerte, sabía que quería triunfar en la vida y tenía una ambición acorde con la magnitud de mi deseo. Empecé como empleado y, después de un año, me ascendieron a director de sección en el Ministerio de Pesca; tras dos años más, llegué a jefe de uno de los servicios. Estaba a punto de ser nombrado jefe de departamento cuando estalló la guerra civil. Lo que he logrado ha sido por mi cuenta, con poca o ninguna ayuda. Afrontémoslo: como muchos otros, yo he contribuido a la creación de la crisis para después beneficiarme del desorden. La agitación lo trastorna todo y hace que la escoria suba hasta lo más alto. Estamos disfrutando del caos, libres de ataduras fiscales, de un Parlamento que promulgue decretos, de un dictador que apruebe edictos y de un Gobierno que dicte medidas draconianas: la situación ideal para que crezca el capital.

—¿Difiere usted en algo de aquellos que nacieron en la misma aldea que usted y que fueron criados más o menos en el mismo nivel de pobreza? —pregunta Malik.

—No hay pobreza peor que la de muchas de las áreas costeras del noreste de Somalia —dice Ma-Gabadeh antes de corregirse—. Salvo por los lugares en los que hay puertos de aguas profundas. No hay carreteras asfaltadas, ni instalaciones desarrolladas de comunicación, ni tampoco transporte terrestre o siquiera marítimo. La región de la que yo procedo ha sufrido un abandono total desde los tiempos de la

colonización italiana. A partir del colapso del Estado, las cosas están mucho peor debido a las embarcaciones extranjeras que pescan ilegalmente en nuestras aguas. Por eso no tenemos nada que comer; no tenemos pescado que pescar. Piénselo.

—¿Dónde se encontraba cuando se produjo el colapso del Estado?

—Cuando el Estado se vino abajo estaba en Mogadiscio; era un pequeño y honrado engranaje de una maquinaria estatal y formaba parte de una estructura mayor. Serví a mi país hasta que el motor del Estado del que era una simple pieza dejó de funcionar porque nuestro presidente se había dado a la fuga en un tanque del ejército. En ese momento volví a casa, deprimido.

—¿Qué hizo entonces?

—Envié a mi mujer, a Guriceel, a su ciudad natal.

—¿Dónde está su esposa ahora, mientras hablamos?

—Está en los Estados Unidos, es ciudadana estadounidense.

—¿Y dónde están sus hijos?

—Están con ella; también son norteamericanos.

—¿Qué hizo tras enviar a su esposa a casa?

—Después de pasar varios meses sin empleo, contacté con un italiano al que conocía, y le propuse que nos embarcáramos juntos en el negocio de la langosta. Disponía de algunos de los viejos archivos, rescatados de los saqueadores que estaban incendiando los edificios tras vaciarlos de ordenadores y mobiliario. Para preparar un trato con algunos de mis viejos amigos, me trasladé a Bosaso y me puse en contacto con ellos. Estábamos como locos por ofrecer empleo a la gente y contratamos a más de mil pescadores en paro. Enseguida empezamos a exportar a Italia cargamentos de langosta y otros pescados muy apreciados. Cuando crecimos empresarialmente lo necesario para montar instalaciones de congelado propias, me trasladé a Mogadiscio. Poco tiempo después, descubrimos que había embarcaciones con banderas de lugares lejanos, como Corea, Japón, España, Rusia, Yemen, China, Belice, Bermuda, Liberia y un puñado de países que uno no sabría localizar en el mapa, pescando en nuestras aguas, saqueando nuestros recursos y destruyendo los fondos marinos. Tenga en cuenta que el potencial pesquero de nuestro mar es tremendo, porque Somalia tiene el litoral más largo de África.

—Tiene más de tres mil trescientos kilómetros de largo —apunta Fee-Jigan— y hay caladeros especiales que se encuentran en Ras Hafun y alrededores, donde solía haber la mayor variedad y abundancia de peces en determinadas épocas del año.

Ma-Gabadeh continúa:

—En cualquier caso, enojados por lo que estaban haciendo esas embarcaciones de pesca ilegales, apresamos un pesquero con una licencia fantasma expedida en Kenia que estaba pescando en aguas somalíes, cerca de la localidad de Garcad. El pesquero fue multado, y repartimos las ganancias entre la comunidad de pescadores. Después de eso, los barcos extranjeros contrataron a milicianos locales y los armaron para proteger sus actividades de pesca ilegal. Cuanto más numerosas y más grandes eran

las embarcaciones, mayor destrucción causaban. Nosotros hicimos un recuento de entre cinco y siete mil pescadores profesionales, y ni uno solo pudo seguir ganándose la vida con la pesca. Se trataba de una situación sin salida, así que lo dejé.

Malik pregunta si Ma-Gabadeh ha tenido algo que ver con la financiación de alguno de los actos de «piratería» que se han producido en las costas de Somalia.

—Soy un hombre de negocios íntegro, me gano decentemente la vida y gasto lo que tengo que gastar de manera honrada. Por supuesto, hago donaciones caritativas a buenas causas —responde Ma-Gabadeh.

—¿Consideraría usted la posibilidad de financiar a las Cortes en su lucha contra los señores de la guerra como una actividad caritativa que valdría la pena financiar? —pregunta Malik.

—No sería prudente que Ma-Gabadeh precisara las instituciones a las que hace donaciones. Eso queda entre él y su Dios —tercia Fee-Jigan.

Malik vuelve a intentarlo:

—¿Qué vínculos mantiene usted con los piratas?

—He dicho que soy un hombre honrado —contesta Ma-Gabadeh—. Me gano la vida honradamente e invierto el dinero honrado que obtengo en causas honradas. No tengo ninguna vinculación con los piratas.

—¿Ni tampoco con Al Shabab?

—Tampoco con Al Shabab.

—¿No ha financiado nunca a Al Shabab?

Como si obedeciera a una señal previamente convenida, suena el teléfono móvil de Ma-Gabadeh, que le echa un vistazo y luego se vuelve y lanza una mirada iracunda hacia Fee-Jigan, que a su vez aparta la vista de manera teatral y tamborilea con los dedos sobre la mesa con aire despreocupado mientras tararea algo por lo bajo. Malik no sabe interpretar estos tejemanejes, sobre todo porque Ma-Gabadeh se comporta como si estuviera ofendido, estupefacto y decepcionado a la vez. Como si sopesara sus opciones, Ma-Gabadeh le entrega su teléfono móvil a Malik y le dice, sacudiendo la cabeza con un gesto de desaprobación, ignorando que Fee-Jigan está ahí:

—Fíjese en lo que hace este infeliz de Fee-Jigan. Odio a las personas como él. Son unos cobardes asquerosos.

Malik se vuelve y mira a Fee-Jigan, que sigue comportándose como si no supiera de qué habla, lo que irrita a Ma-Gabadeh todavía más. Ma-Gabadeh le explica a Malik:

—Cuando nos encontramos en el recibidor del hotel antes de que llegara usted, Fee-Jigan sugirió llamarme con su móvil si usted me hacía una pregunta comprometida, así tendría una excusa justificada para poner fin a nuestra conversación y decir que tenía que acudir con urgencia a una reunión de negocios. Le dije que no hiciera tal cosa y que no se le ocurriera dejarnos en ridículo. Y sin embargo, es precisamente lo que ha hecho: convertirnos en un hazmerreír.

Fee-Jigan está inquieto y contrito, entorna los ojos en un gesto de arrepentimiento. Agacha la cabeza y luego el resto del cuerpo, como si fuera a arrodillarse para pedir disculpas. Con la voz poco menos que inaudible, dice:

—Llevaba el teléfono en el bolsillo y debió de activarse solo.

—Eres un idiota y un mentiroso —dice Ma-Gabadeh.

La grabadora está encendida, recogiendo todas y cada una de sus palabras.

Ma-Gabadeh le dice entonces a Fee-Jigan:

—Cuéntalo todo y que quede grabado, perro falso y asqueroso, si no quieres que les diga a mis hombres que te rebanen el pescuezo. Confiésalo y que quede grabado. ¡Habla, y hazlo bien alto!

—Todo es culpa mía —dice Fee-Jigan.

—Vamos, cuéntale lo que te dije antes de que viniéramos aquí.

Con abyecta humildad, Fee-Jigan dice:

—Dijiste que si te desagradaba alguna pregunta que te hiciera el periodista, ejercerías tu derecho a negarte a responder, o que quizá optarías por contestarla a condición de que reformulara la pregunta.

Ma-Gabadeh se vuelve hacia Malik:

—¿Se da usted cuenta, Malik, de lo difícil que es seguir siendo honrado en un mundo que a cada segundo que pasa se vuelve cada vez más falso, y en el que aquellos en los que confías no paran de defraudarte? ¿Qué sugiere usted que hagamos con este mundo? Usted está mejor educado y es más inteligente que yo. ¿Qué sugiere que hagamos con respecto a la deshonestidad de la gente?

Ma-Gabadeh recoge sus cosas, se levanta del asiento, llama a sus guardaespaldas por teléfono y les dice que le esperen con el coche preparado en la parte trasera del hotel. Mientras se marcha, dice:

—Ya tendréis noticias mías.

Malik no está seguro de a quién se dirigen esas palabras de despedida, ni qué pensar de ellas. Podrían interpretarse, en caso de estar dirigidas a él, como «Me pondré en contacto contigo». Igualmente, podrían estar formulando una advertencia —«Voy a ir a por ti»—, si su destinatario es Fee-Jigan. Pero ¿y si Ma-Gabadeh pretendiera mantener a raya a Malik, ya que es él quien está haciendo preguntas delicadas acerca de la financiación de Al Shabab, la cuestión que precipitó el altercado entre Fee-Jigan y Ma-Gabadeh?

Después de que se haya marchado, Malik le envía un breve mensaje de texto a Qasiir: «Todo en orden».

Entonces Fee-Jigan se inclina hacia delante, con la mano tendida en un gesto amistoso, casi rozando la muñeca de Malik. Quizá quiera limpiar su reputación, piensa Malik.

—Estoy seguro de que no has visto un numerito teatral de esta categoría en ninguno de tus viajes como corresponsal extranjero. No ha estado tan mal, ¿verdad? —pregunta Fee-Jigan.

—Sinceramente, todavía estoy confuso —dice Malik—. ¿Podrías aclarármelo?

Fee-Jigan no tiene la menor prisa por levantarse:

—Niego categóricamente que la idea de poner fin a la entrevista llamando al móvil de Ma-Gabadeh fuera mía. Fue él quien lo sugirió. Lamento haber accedido.

Si Malik no rebate inmediatamente la afirmación de Fee-Jigan es porque recuerda un proverbio árabe: para que los fuertes impongan su voluntad a los débiles, tienen que provocarlos hasta lograr que actúen de una forma imprudente que los lleve a la ruina. En otras palabras, Fee-Jigan no está en una posición propicia para llamar mentiroso a Ma-Gabadeh.

Fee-Jigan prosigue:

—Ahora bien, que se haga el inocente y no solo me acuse a mí de ser el culpable, sino que encima me amenace, eso ya me parece excesivo.

Malik se siente inclinado a creer a Fee-Jigan, pero solo dice:

—Vámonos a un café o algo.

El salón de té en el que se encuentran resulta un poco decepcionante después del comedor del hotel y del reservado. Los camareros van desaliñados, con las camisas blancas manchadas de comida y los pantalones sujetos con un cordón anudado a la cintura. La clientela a la que sirven no se distingue de la gente de la calle. Malik piensa cínicamente que quizá la democracia haya llegado por fin a Somalia, después de todo. Los hombres que pretenden ser piadosos lucen barbas pobladas. Guardan silencio mientras Fee-Jigan y Malik pasan delante de ellos buscando una mesa libre. Cuando reanudan su conversación, hablan en un árabe de manual, no en los dialectos que utilizarían los nativos. Uno de ellos está tan contento con su dominio del idioma que les lanza desafíos que rozan el trabalenguas, como si fuera un adolescente fanfarrón.

Mientras el camarero se marcha para traerles el té que han pedido, Malik va al grano:

—¿Financia Ma-Gabadeh a los piratas?

—Lo cierto es que el nexo entre los piratas y Al Shabab es difícil de demostrar y mucho más difícil de descartar —dice Fee-Jigan—. Aun así, he oído decir a uno de sus socios que si hay un eslabón en alguna cadena en expansión que vincule a los piratas con Al Shabab, y a Al Shabab con los yihadistas extranjeros, ese hombre es Ma-Gabadeh, porque ha mantenido muchos vínculos con los tres grupos. Es más, se dice que ha cerrado tantos tratos que benefician a los piratas, al prestarles capital inicial, y a Al Shabab, pagando depósitos sobre las armas que compraron en el Bakhaaraha. Sé por una de mis fuentes que ha recaudado importantes sumas de los piratas por el porcentaje que le corresponde, y que ha pagado tarifas de protección a Al Shabab. Y lo que es más significativo, está emparentado por matrimonio con el Jeque.

—¿Y se ha enriquecido gracias a esos vínculos?

—Ma-Gabadeh, un hombre del arroyo, es ahora tan apestosamente rico gracias a esas transacciones ilícitas que puede permitirse el lujo de relajarse en bañeras llenas de perfume francés del más prohibitivo —responde Fee-Jigan con evidente satisfacción.

—¿Y qué hay de Gumaad? —pregunta Malik.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cuál es su juego? —insiste Malik.

—Periodista no es, eso te lo aseguro.

—Exactamente. Entonces, ¿a qué juega?

—Se rumorea que hace poco fue reclutado por los servicios de inteligencia de las Cortes —dice Fee-Jigan—, y los periodistas no confiamos en absoluto en él.

Para sorpresa de Malik, Gumaad está de nuevo en el asiento trasero cuando vuelven al coche con Qasiir, pero este se limita a decir «Los cinturones, por favor», como de costumbre cuando enciende el motor, y mira por el espejo retrovisor. Gumaad pregunta cómo ha ido la entrevista, pero Malik se muestra parco en palabras. Se limita a decir que Fee-Jigan es el periodista más interesante que ha conocido desde su llegada, ninguneando descaradamente a Gumaad.

Irritado, Gumaad pide a Qasiir que detenga el coche antes de anunciar que no va a volver con ellos.

—Tengo que ayudar a redactar un comunicado en nombre del Jeque en respuesta a la inminente toma etíope de dos localidades fronterizas somalíes.

Malik entiende la declaración de Gumaad como uno más de los alardes jactanciosos que le ha oído en otras ocasiones. No está seguro de cuándo compartirá con Qasiir, Dajaal y Jeebleh la hipótesis de Fee-Jigan según la cual Gumaad ha sido reclutado por los servicios de inteligencia de las Cortes. Se limita a decir «Adiós y buena suerte» y a despedirse de Gumaad saludándolo con la mano.

Qasiir sigue conduciendo y Malik contempla el mundo exterior, preguntándose si toda la gente que hay en la carretera tiene hoy más prisa porque sabe algo que ellos dos ignoran. Por supuesto ha oído hablar de la invasión y la ocupación etíope de Belet-Weyne, y todas las agencias de noticias están de acuerdo en que la ciudad fronteriza no tardará en caer. Pero ¿hasta qué punto es inminente la invasión real y definitiva del país?

—¿Cuáles son las últimas noticias? —pregunta Malik.

—Mis hombres del equipo de seguridad han tomado nota de la curiosa presencia de un experto en explosivos entrando y saliendo del hotel en el que estabas haciendo la entrevista —dice Qasiir—, y nos tenía bastante preocupados. Nos preguntábamos qué estaría haciendo en el hotel.

—¿Y qué habéis hecho? —quiere saber Malik.

—Llamé a mi abuelo para pedirle consejo.

—¿Y qué dijo?

—Que doblásemos el número de hombres del equipo —dice Qasiir—, que cambie de vez en cuando el lugar donde aparco y que, en caso de necesidad, dé una vuelta con el coche antes de volver a dejarlo en el mismo sitio.

A Malik le conmociona imaginar que podría ser víctima de un intento de asesinato, cuando no ha publicado un artículo desde que llegó a Somalia.

—¿Cómo se llama ese experto en explosivos? —pregunta.

—Su nombre de pila es Cabdul Xaqq —dice Qasiir—, pero es posible que tenga seudónimos. Ni siquiera el abuelo está seguro de eso.

—¿Qué es lo que hace curiosa su presencia?

—Que rara vez se le ve en público —dice Qasiir—. Su trabajo consiste en montar artefactos de carretera y analizar su rendimiento. No consigo entender qué hacía ahí, eso es todo.

—Pero no hizo nada que te preocupara, ¿verdad?

—Todo el país está en vilo y sumido en el pánico después del asalto de Belet-Weyne —dice Qasiir—. Si tenemos en cuenta lo que está pasando, es de suponer que tendría montones de asuntos de importancia nacional de los que ocuparse, pero estos hombres no son normales y se puede tener la certeza de que se comportarán de manera anormal. Por eso tomamos tantas precauciones.

Malik duda de si es bueno que su presencia en el país parezca merecer la atención de un experto de primera en explosivos. Si es un blanco señalado, entonces ya va siendo hora de que escriba algo por lo que valga la pena morir.

—¿Cómo está tu abuelo? —pregunta.

—Se encuentra un poco mejor —contesta Qasiir.

—¿Lo bastante como para consultar a un médico? —pregunta Malik.

—No suele molestarse en consultar a los médicos.

—Puedes llevarle a ver a Bile —dice Malik—. Recuerda que fue profesional de la medicina.

—El abuelo no quiere ni oír hablar de eso.

En el apartamento, Malik le entrega a Qasiir el sobre con el dinero para el equipo de seguridad, de modo que sea él mismo quien lo reparta. Comprueba que lleva encima su grabadora y se despide diciendo:

—Gracias, Qasiir. Has sido muy profesional. Y por favor, dale recuerdos a tu abuelo. Espero que se recupere pronto.

La noticia de la incursión de los aviones etíopes en dos de los aeropuertos de Mogadiscio llega a primera hora de la tarde del 26 de diciembre, una hora después de que una delegación de la Unión Africana haya abandonado el país. Ha corrido como la pólvora. Es imposible no estar enterado: las radios locales la emiten; desconocidos totales que se encuentran por vez primera se detienen y charlan acerca de sus consecuencias. Malik estaba en el cuarto de trabajo, dando forma a un artículo, y no se enteró de la noticia hasta que lo llamó Dajaal. En su opinión se trata de una acción arriesgada, emprendida a plena luz del día por unos hombres arrogantes confiados en salirse con la suya. Los somalíes daban por hecho que en parte tenían que agradecerlo a la información recabada por los Estados Unidos con los drones que sobrevolaban sus cielos.

—No ha habido muertos en ninguno de los dos ataques —dice Dajaal—. No obstante, he oído que un joven pastor está herido.

—¿Qué hacía cuando fue alcanzado?

—Estaba persiguiendo a una de sus cabras, que se había descarriado y se había colado por los huecos de la valla de seguridad del aeropuerto para pastar —explica Dajaal—. Mi fuente dice que los animales estaban cerca de la pista y que, apenas había logrado que la cabra volviera al rebaño, cuando la metralla de una de sus bombas se le incrustó en el costado. La cabra murió.

—Pobrecilla —dice Malik.

—La mayor baja de todas no ha sido ni la cabra ni el muchacho herido, sino nuestro orgullo nacional —dice Dajaal—. Los bocazas de las Cortes, desde el Jeque hasta los soldados de a pie, no tienen vergüenza al provocar a los matones de al lado y exhibir nuestras debilidades. ¿Para qué ponerse gallito cuando uno no dispone de los recursos militares para defender el país?

Malik percibe la ira de Dajaal. Se prepara para una diatriba del tipo «ya te lo dije», pero Dajaal prefiere dejarlo estar. Al fin y al cabo, están de acuerdo.

—¿Cómo te encuentras, por cierto? —pregunta Malik.

—De lo furioso que estoy, no puedo permitirme el lujo de estar enfermo —dice Dajaal—. Soy el hombre del proverbio, que se ahoga bebiendo agua y no sabe qué otra cosa beber. Tengo ganas de matar a los hombres de las Cortes y a la vez me siento desdichado cuando pienso en la incursión.

Cuando Dajaal le pregunta qué tal ha ido la entrevista, Malik duda de que convenga reproducir la afirmación de Fee-Jigan, según la cual Gumaad es un espía que se hace pasar por periodista. Se lo piensa mejor y decide que da igual en qué trabaje Gumaad porque, sea lo que sea, no lo hará bien. Malik permanecerá cordial pero distante con él. No quiere tener a Gumaad por enemigo, ya que eso podría perjudicarle mucho; bastaría con acrecentar la sensación de paranoia de Barba Cerrada y denunciar a Malik como un agente del imperialismo estadounidense que se

hace pasar por periodista. Un reportero que informe sobre Somalia y que tenga pasaporte extranjero debe tener cuidado con lo que desea.

Ojalá Jeebleh estuviera aquí, piensa Malik. Ni él ni Ahl han respondido a sus últimos mensajes.

Pasa los canales de la televisión y ve las noticias de la BBC y de la CNN en inglés, las de Al Jazeera en árabe y luego la BBC en somalí, antes de volver a Al Jazeera y terminar con la BBC. Por lo visto, entre la hora en que Jeebleh se marchó y el bombardeo de la pista del aeropuerto por los cazas etíopes, ha despegado una importante delegación de la Liga Árabe que había venido a recabar datos; y menos de una hora después, una delegación de diez hombres de las Cortes regresó de Eritrea. Los periodistas de la prensa y la radio locales supuestamente habían acudido al aeropuerto a entrevistar al enviado de la Liga Árabe antes de que se marchara a El Cairo, y luego esperaron en la pista asfaltada para hacerles preguntas a dos de los miembros más importantes de la delegación de las Cortes. Eritrea, el enemigo número uno de Etiopía, es el principal aliado de las Cortes y quien le suministra armas.

Deseoso de saber más, Malik intenta hablar con Fee-Jigan, Gumaad y varios otros. No le sirve de nada, porque sus teléfonos móviles, o están comunicando, o no están disponibles.

Cambara, que seguramente sabe menos que él, es la primera en llamarle, no para darle noticias, sino para decirle que llame o vaya siempre que esté triste, quiera volver a verles, no le apetezca cocinar, o tenga ganas de charlar y reírse un poco.

En ocasiones la ternura saca de nosotros la amargura que llevamos dentro. Malik empieza a quejarse:

—Los teléfonos de todo el mundo están comunicando o no responden.

—Por lo demás, ¿qué tal te ha ido el día?

Malik le hace un resumen de su encuentro infructuoso con Ma-Gabadeh y luego comenta que se ha enterado por Dajaal del ataque a los aeropuertos, a lo que añade:

—Gumaad dice que van a nombrarle portavoz de las Cortes. Y dio a entender que se marchaba para encontrarse con el Jeque y preparar una declaración contundente sobre las maniobras de Etiopía en la frontera.

—Un poco tarde para eso, diría yo.

—Aun así, hace falta un comunicado.

—¿Gumaad te ha sido de alguna utilidad? —pregunta ella.

—Toda abeja con miel en la lengua lleva un aguijón en la cola, de ahí sus muchas utilidades. Pero ha sido menos útil de lo que esperaba —dice Malik.

—¿Qué quieres decir?

Entonces Malik le habla de su encuentro con Fee-Jigan y sus sospechas de que Gumaad es un espía:

—Ya no puedo confiar en él, y no lo haré.

—Podría ser que Dajaal, Bile y yo concentráramos nuestra atención en Robleh, la

serpiente que tenemos metida en el nido, y pasáramos por alto a la araña venenosa. ¿Se lo has dicho a Dajaal?

—Pensé que quizá le sentara mal.

—En cualquier caso, no creo que necesites preocuparte más —dice Cambara—. Sospecho que el Jeque y todos los peces gordos de las Cortes, incluido el Otro Jeque, abandonarán la ciudad antes de que lleguen los invasores etíopes. Ninguno querrá caer en manos enemigas o que lo tomen prisionero y lo lleven en avión a Guantánamo para ser interrogado.

—Ojalá pudiera entrevistar ahora al Jeque.

Cambara, que en este momento no quiere ni oír hablar de las Cortes, dice:

—El Jeque no va a estar de humor para hablar con un sobrino. Apostaría a que no va a quedarse por aquí ni un segundo más de lo necesario.

Malik se imagina a los hombres con túnica huyendo al caer la noche, conscientes de que la derrota los expone al ridículo y de que sus hasta ahora amigos los dejarán solos en cuanto pierdan el poder. No les será fácil encontrar cobijo. No hace falta haber leído a Maquiavelo para saber que los hombres de las Cortes van a estar en un terrible aprieto si los etíopes ocupan Mogadiscio.

—¿Qué tal se lo está tomando Bile? —le pregunta a Cambara.

Dentro de su cabeza, Malik titula su artículo «Jeques en fuga». Acto seguido comienza a rascarse furiosamente, como si avanzara sobre él un batallón de piojos. Le pica tanto que casi sugiere que hablen más tarde, después de rascarse a gusto.

Sin embargo, Cambara prosigue:

—Este no es un país ideal para alguien que huye, sobre todo si tiene previsto organizar una respuesta en plan guerrillero. No hay bosques lo bastante espesos para ocultar a un contingente de combatientes que preparen incursiones relámpago, salvo en Jubbada Hoose. El Jeque no se atreverá a entrar en Kenia.

—¿Por qué no?

—Porque los kenianos lo entregarían a quienes ya sabemos.

—¿Por qué no hacerse a la mar?

—Te sorprendería saber que incluso muchos somalíes del litoral, que nacieron y se criaron en ciudades y pueblos que están junto al mar, nunca aprenden a nadar o comen pescado.

—¿Piratas que no saben nadar? ¡Qué raro!

—Extraño pero cierto —dice ella.

—Tengo entendido que las Cortes piensan resurgir de sus cenizas.

—Últimamente los rumores que salen del mercado de Bakhaaraha hablan de comandos de Al Shabab «consagrando» inmuebles con vistas a utilizarlos como bases desde las que lanzar sus ataques contra las fuerzas etíopes que invadan u ocupen Mogadiscio. ¿Recuerdas cómo la Guardia Republicana se desvaneció por los suburbios de Bagdad cuando se produjo la invasión estadounidense y que organizaron su regreso al cabo de unas pocas semanas, con resultados mortíferos?

—¿Crees que el plan consiste en hacer como los iraquíes?

—Están planeando volver a la carga.

—Y entretanto, ¿qué van a hacer los comandos de las Cortes, supuestamente entrenados con formación militar, con las viviendas que, según dices, están consagrando?

—A mí me ha dicho un pariente de mi doncella que está en el negocio armamentístico que Al Shabab ya ha llevado armas pesadas a las viviendas que ha consagrado —dice Cambara, antes de agregar—: De hecho, el mismo día de tu llegada, me encontré con un jovencuelo que sospeché que iba de camino a preparar precisamente una de esas casas francas.

Mientras toma notas, Malik urge a Cambara que le cuente todos los detalles que pueda recordar acerca del encuentro, pero en cuanto empieza, ella dice «Espera, espera», y al volver a ponerse al aparato, se despide:

—Bile me está llamando. Tengo que dejarte, hasta luego. Pero de verdad, deberías venir a quedarte con nosotros. Aquí estarás más seguro.

—Déjame pensarlo.

—Ven, por favor. Estaría bien tenerte por aquí.

Y cuando Cambara cuelga, él recuerda con qué frecuencia su mujer interrumpía las conversaciones telefónicas entre ambos para atender al llanto de su hija. Toma nota mental de llamar a casa y decirle que está sano y salvo.

Las principales agencias de noticias se hacen eco del portavoz del Gobierno etíope justificando mediante un breve comunicado el bombardeo de los dos aeropuertos de Mogadiscio. «Hemos atacado los aeropuertos para que ningún aparato no autorizado pueda aterrizar en las dos pistas, y en respuesta a los actos de agresión de las Cortes».

Nada resume mejor la estupidez del portavoz de las Cortes que en su declaración, cuando jura que Alá está del lado de los insurgentes y que tiene intención de encabezar la invasión de Etiopía para derrotar al ejército de los infieles. Dice: «Prometo que, Dios mediante, el Ejército de los Fieles conquistará Etiopía en menos de tres semanas, y que siendo entonces Ramadán, el mes santo, ayunaremos en Adís Abeba».

Malik piensa que, según todos los indicios, este es el comunicado que se ha disparado antes que las balas. Donde las obviedades se cruzan con los clichés, los clichés se mezclan con las mentiras, y la falsedad y la exageración se amontonan de forma piramidal hasta que ya no es posible distinguir la verdad de la mentira.

Se sienta en el balcón tomando apuntes, con el teléfono móvil a su lado, cuando oye la llamada de la tarde del muecín. Una lluvia monzónica en forma de chaparrón breve y localizado empapa la tierra que hay abajo. Malik la percibe cuando una única y enorme gota le moja la frente, y la humedad se extiende. Sin pensarlo, decide salir solo a la calle y dirigirse hacia la mezquita del barrio. Quiere llegar a tiempo para el

sermón posterior a la oración.

Malik recuerda haber viajado con un puñado de afganos que atravesaban territorio hostil para entrar en Pakistán. Le impresionó el modo en que aquellos analfabetos cartografiaron su salida de Afganistán y su regreso posterior a cualquiera que fuera la tarea que los aguardara allí. En otra ocasión pasó ocho semanas con unos comandos ruandeses que estaban siguiéndole la pista a un genocida hutu. Aun así, se pregunta si estará preparado para realizar una visita a la mezquita, donde podría haber asesinos al acecho. En cualquier caso, debería de pasar desapercibido. Y las mezquitas, como le dijo Jeebleh, son el centro neurálgico, el lugar ideal donde tomar el pulso de la nación en un día como este; son la llave con la que acceder a la crispada vida política del país.

Se pone un sarong, una camisa lisa del doble de su talla, un chal y un par de sandalias baratas. Al salir del piso sigue a un grupo de hombres que se dirige hacia la mezquita hablando del bombardeo. Los andares de Malik tienen un inconfundible aire «extranjero» cuando los compara con los de los demás: camina de manera pausada, aparta la mirada y tiene cuidado de no meter el pie en los agujeros, o tropezar con las piedras y los escombros desperdigados aquí y allá, levantando cuidadosamente los pies. Sonríe tímidamente cuando su mirada se cruza con la de algún otro. Farfulla el saludo somalí *Nabad* con todo aquel que se cruza, que a su vez le responde con el complemento de dicho saludo en árabe: *Wacalaykumus Salaam*.

Los edificios que hay a ambos lados de la mezquita están abandonados; hay alguna que otra puerta abierta, dejando ver que las cabras campan a sus anchas en el interior lleno de cagarrutas secas desperdigadas por el suelo como si fueran pasas. Se contiene por un instante cuando llega a la entrada, donde hay un grupo de hombres realizando las típicas abluciones. Luego hace cola ante el chorro que mana de un tubo encastrado en la pared y empieza a comentar con un hombre los acontecimientos del día.

—Me dijeron que había cuatro aviones —dice este—. Uno de ellos lanzó las bombas, y los otros tres eran aparatos estadounidenses que le mostraban el camino.

—¿Dónde has oído eso?

—Alguien de fiar me dijo que había cuatro.

Otro hombre tercia:

—Sí, eran cuatro. Uno a cada lado del caza, el tercero indicando el camino al aeropuerto y el cuarto en la retaguardia.

—¿Indicando el camino? —pregunta Malik—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Esos etíopes son idiotas —dice su interlocutor—. Yo fui a la escuela ahí y los conozco muy bien. No sabrían encontrar el camino a ninguna parte, ni al infierno, a no ser que se lo indicasen correctamente.

—¿Y a quién pertenecían los demás aviones?

—Al enemigo del islam.

—¿Que es concretamente...?

—Los Estados Unidos, por supuesto.

El interior de la mezquita está amueblado con sencillez; el techo es alto y el espacio amplio; hay columnas y pilares que dividen la sala de oraciones en secciones de distintos tamaños. Tras unirse a fuerza de empujones a una de las hileras del centro, Malik acaba delante de una columna. Como los fieles «se proponen rezarle únicamente a Alá», orientados hacia La Meca, cuchichea las palabras de la oración, inclinando la cabeza y el cuerpo, con las manos sobre las rodillas, mientras dice: «Alá escucha a aquel que lo alaba» con la nariz y la frente tocando el suelo, ora postrado, ora arrodillado. Le duelen las rodillas; piensa que, a falta de gimnasio, tendrá que rezar más a menudo y que quizá así Dios lo bendecirá más. Con el pie izquierdo doblado bajo el cuerpo, se sienta sobre él con las manos sobre las rodillas. ¡Qué dolor tan insoportable!

Al terminar la oración y la súplica, que es la esencia del culto, a Malik le sorprende que nadie pronuncie un sermón condenando la invasión. La gente se limita a seguir su camino, en solitario o en grupo. Quienes se quedan continúan rezando, mientras otros se congregan en el exterior y hablan en voz baja, sin admitirlo a él, un completo extraño, en su seno. Por supuesto, están hablando del ataque, pero no parecen tan enfurecidos como para dar a conocer sus sentimientos.

Desanimado, ya que esperaba obtener mejor materia prima de una visita a la mezquita, Malik regresa al piso.

Mientras está abriendo la puerta, suena su móvil: es Jeebleh, que pregunta si se encuentra bien.

—Por un momento me tenías preocupado —dice su suegro—. No paraba de llamar y nadie contestaba. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado?

—Estuve fuera, y me olvidé el móvil.

—¿Fuera, dónde? Dajaal no tiene ni idea de dónde estás.

—He ido a la mezquita.

—¿Y puede saberse qué hacías tú en una mezquita?

Malik se siente tentado a decir «¿Qué se hace en una mezquita en Somalia sino rezar?», pero se detiene justo a tiempo por respeto a su suegro. Le dice que acudió a la casa de oración para calibrar el estado de ánimo del país, como el propio Jeebleh le había recomendado que hiciera.

—Debo de haberme equivocado de mezquita, porque en este día tan extraordinario, único en la historia de Somalia, no ha sucedido nada inusual.

—No existe mezquita equivocada —dice Jeebleh.

—Pero ya sabes lo que quiero decir.

—Te has equivocado de día —le dice Jeebleh—. Si acudieras a una mezquita un viernes, es probable que escuchases una condena encendida desde el púlpito.

—¿Cuál ha sido la reacción en Kenia? —pregunta Malik.

—Aquí el ambiente es de incredulidad.

—¿No ha habido ningún comunicado por parte del Gobierno keniano?

—Ninguno, que yo sepa —responde Jeebleh, y agrega, hablando con una camarera del hotel—: No quiero que me hagan la cama. Estoy en ella, ¿no lo ve?

Entonces escucha un portazo y Jeebleh vuelve a ponerse al aparato:

—He leído las dos entrevistas.

—Acabo de terminar el borrador de otra.

—Me han encantado.

—Gracias —dice Malik—. Me alegra oírlo.

—También he hablado con Bile y Cambara.

—Yo también tuve una larga y dispersa charla con ella —dice Malik.

—Me propusieron que te instalaras en su casa —dice Jeebleh.

—Lo pensaré.

—¿Quieres saber mi opinión? —pregunta Jeebleh.

—Tu opinión siempre es de agradecer.

—Yo que tú me iría con ellos.

Desde donde está ve en el cielo vetas anaranjadas de nubes, que se hacen más brillantes a medida que la luz del sol llega a ellas desde diferentes ángulos. El crepúsculo es sumamente pintoresco, y Malik lamenta no tener dotes para la fotografía.

—Llamaré a casa y hablaré con Amran —dice Malik.

La sugerencia de telefonar a casa es un golpe maestro. Libra a Malik de tener que prolongar la conversación con Jeebleh y, al mismo tiempo, le recuerda a los dos que no se plantea mudarse con Bile y Cambara, porque eso podría molestar a su mujer; ambos saben que tiene tendencia a ponerse muy celosa, lo reconozca o no. Una esposa que se niega a ver lo obvio es una esposa difícil.

—Hazlo —dice Jeebleh antes de colgar.

El teléfono apenas suena por segunda vez cuando Judith contesta. Dulce y delicada, habla con rapidez, diciendo que están todos bien. Entonces dice:

—Aquí está Amran. Hasta pronto. ¡Te mando todo mi cariño!

Malik endulza sus palabras lo mejor que puede:

—Hola, amor mío, ¿qué tal va todo? Te echo de menos a ti, y a mi pequeña también.

Amran está de un humor de perros:

—¿Cuándo vas a volver a casa?

—Los aeropuertos están cerrados —dice él imprudentemente.

Amran se enfurece porque se haya quedado en lugar de dejar Mogadiscio cuando lo hizo su padre. Cuando se enfada, grita; cuando se pone celosa, llora; cuando ama, es lo más dulce del mundo. Amran tiende a esos cambios de humor. Hoy está hecha un miasma de rabia; no puede dejar de chillar. Malik se aparta el teléfono de la oreja y escucha sin interrumpirla. A menudo los padres de Amran sacuden la cabeza

compadeciendo a Malik y se dicen el uno al otro:

—Ya sabes cómo es.

Ahora Amran grita a pleno pulmón:

—¡La guerra ha empezado, y no es más que el anticipo de las terribles batallas que aún están por llegar! ¡Estamos todos preocupadísimos por ti, y tú solo sabes decirme que los aeropuertos están cerrados! ¿Qué te pasa?

—Estoy bien, estoy escribiendo —dice Malik.

—No quiero criar a una huérfana yo sola.

—¿De qué hablas? ¿Qué huérfana?

—Quiero que vengas a casa ya —ordena Amran.

—Como ya te he explicado, los aeropuertos están cerrados.

—Entonces no tiene ningún sentido que hablemos, ¿no es así?

—Sí que tiene sentido hablar, mi amor.

—Nunca has sido de fiar en materia de puntualidad, ni tampoco cuando se trata de telefonar y decirme dónde estás, en qué andas y con quién. Trabajo, trabajo, trabajo. ¡Mujeres, mujeres llenas de admiración y comiendo en la palma de tu mano tus sabias palabras! ¿Con quién estás ahora? ¿Cómo se llama? ¿Para qué tener una familia si no haces más que trabajar, trabajar y trabajar? ¿Para qué casarte si solo quieres atender a otras mujeres? Mientras, nosotras esperando una palabra tuya. Mientras, yo preocupándome de cómo criar sola a una huérfana.

—Escúchame, cariño —suplica él.

—A mí no me llames cariño —le grita ella.

Y llorando, le cuelga. Dentro de un día o dos, negará haberle dicho ninguna de estas cosas.

Hoy no va a escribir más, eso seguro. Conociendo a Amran, puede que tampoco logre trabajar nada al día siguiente. Es insoportable cuando está insatisfecha, pese a que también se enorgullezca cuando el trabajo de Malik está en primer plano recibiendo alabanzas o premios.

Incapaz de pensar con la lucidez necesaria que le permita escribir, Malik llama a Nairobi para rogarle a Jeebleh que interceda, pero no obtiene respuesta. Cuando luego el móvil le suena una y otra vez —quizá los periodistas con los que ha intentado ponerse en contacto estén devolviendo ahora sus llamadas—, Malik no contesta. Se acuesta con el corazón apesadumbrado.

Se levanta temprano y ve una serie de *reality shows* sin sentido, en los que compañeros de piso de distintos países africanos comparten una vivienda aislada, y en los que cada uno de los concursantes intenta evitar que lo expulsen unos espectadores que deciden con sus votos si se queda o se va. Al final, el último en ser expulsado recibe un gran premio en metálico.

¡Fíjate en lo que me has llevado a hacer, mi amor!

No es que a Ahl le apetezca recibir a Fidno a primera hora de la mañana, pero lo hace con brío. Fidno lo ha llamado muy disgustado, quejándose de que Ahl no ha jugado limpio con él.

—¿Por qué no me dijiste de entrada que eras periodista?

—¿Qué hora es? —pregunta Ahl adormilado.

Fidno le dice que está esperándolo abajo en la terraza.

El camarero sirve el desayuno que Fidno ha pedido: té, hígado y el plato favorito de muchos somalíes, *canjeero* con plátano. Ahl pide también *canjeero* con miel aparte, y café con leche, sin azúcar. Duda que vaya a comer mucho, todavía está demasiado cansado. Anoche un mosquito empezó a zumbarle en el oído desde el instante en que se acostó. Apenas acababa de conciliar el sueño cuando el móvil, que había dejado en silencio, empezó a vibrarle contra las costillas. Al principio pensó que se trataba de otro mosquito que de alguna manera disfrazaba el zumbido, ya que estos insectos últimamente se han vuelto muy astutos y resistentes a todo lo que la medicina moderna les lanza para combatirlos. Al darse cuenta de que sonaba el teléfono, Ahl contestó, pensando que sería Malik. Resultó ser Fidno. Ahora siente que le han boicoteado las horas de sueño y, además, con hostigamiento. Todavía lleva puesta la ropa del día anterior.

Ahl se arrepiente también de no haber bajado el maletín con el ordenador: todo su dinero está dentro en un sobre. Duda si subir a buscarlo, pero supone que nadie entrará en la habitación para limpiar hasta entrada la mañana. De todos modos lleva varios cientos de dólares estadounidenses en el bolsillo trasero del pantalón, por si acaso. Al menos puede pagar el desayuno.

—Me embaucaste —dice Fidno.

—No hice tal cosa —insiste Ahl.

—Me has hecho quedar como un idiota.

—Recuerda que Warsame llegó inesperadamente a recogerme. No tenía ni idea de qué decir o cómo presentarte, puesto que no le había advertido con antelación de tu presencia.

—¿Y cuándo llegamos a su casa?

—Tenía que resolver con Xalan un asunto familiar. Tú y yo no tuvimos ocasión de hablar a solas.

El camarero les trae la comida. Ahl llega a la conclusión de que Fidno no tiene derecho a reprocharle nada; no ha obrado mal. Cuando el camarero se acerca a comprobar si falta algo, Ahl saca los doscientos dólares como si quisiera observar la reacción del camarero y la de Fidno al ver billetes verdes grandes. Pero si está esperando que con el dinero Fidno empiece a hablarle como había hecho en la visita anterior, que le hable por ejemplo de las bolsas de dinero en metálico que se entregan

como rescate de barcos con la tripulación secuestrada, al menos según los medios de comunicación internacionales, este no hace tal cosa. Desayunan sin cruzar palabra. El día anterior Fidno comió el almuerzo de los dos sin ningún remilgo. Ahl piensa que cualquiera que se respete a sí mismo no hace algo así. Quizá en este caso, a la falta de dinero se suma la astucia, puede que las estrecheces económicas sean recientes, comparables a la indigencia del jugador, que un día nada en la abundancia y al otro está pelado.

—Tú y yo vamos a intercambiar verdades —dice Fidno.

—¿Qué quieres decir con «intercambiar verdades»?

—Tú me dices la verdadera razón de que estés aquí, como un hombre que quiere acostarse con una prostituta pero no se atreve, y yo te digo quién soy en realidad.

Ahl se sobresalta. No se siente a gusto cuando no puede hacerse una idea del carácter de una persona a partir de los rasgos que alcanza a conocer. Fidno, sin embargo, va varios pasos por delante de él. Lo de intercambiar verdades le recuerda a Ahl a las bromas que se gasta con Malik. Su hermano conoce miles de chistes y, sobre todo, sabe rematarlos bien y contarlos para sacarles el máximo partido. Ahl tiene la mala costumbre de estropear las bromas por perder el hilo de la narración, igual que algunas mujeres se afean la cara si se maquillan mal. Puesto que no quiere caer en una encerrona, Ahl se toma su tiempo y mastica con aire concentrado.

—Me formé en Medicina en Alemania —dice Fidno— y hace diez años monté mi propia consulta en Berlín. Lo eché todo a perder por liarme con un par de pacientes, una de ellas amiga íntima de mi mujer. Cuando se enteró, me denunció al colegio de médicos, que me acusaron de mala praxis; luego presentó la demanda de divorcio y ganó la custodia de nuestros dos hijos, después de vaciar todas las cuentas bancarias que teníamos en común. Me marché de Berlín y me asocié con un médico indio en Abu Dabi que no era muy bueno en su trabajo; él sabía que yo era consciente, pero jugaba con ventaja: conocía mi verdadera historia.

»Aun así las cosas fueron bien durante tres años. Hasta que, estúpido de mí, cometí otro error garrafal. Me enamoré de una mujer árabe casada, paciente de mi colega indio. Cuando nuestro romance empezó a deteriorarse, ella se lo contó y él me delató a su marido, que a su vez me denunció a las autoridades. Puesto que no quería enfrentarme a otro caso de presunta mala praxis en un país árabe, donde el castigo sería severo, me vine a Somalia.

»En Mogadiscio, un tío mío me consiguió un cargo financiero. Reuní a media docena de pescadores desempleados justo cuando bandidos coreanos, españoles, chinos y japoneses invadían la costa somalí. Expoliaban nuestros recursos marinos, negando el acceso a los pescadores autóctonos, quitándoles el sustento. En aquellos tiempos no había piratas somalíes; solo estaban esos bandidos extranjeros esquilmando nuestros mares. Como último recurso, financié el secuestro de un barco que pertenecía a una empresa coreana de transporte. Retuvimos la embarcación tres meses, a cambio de una multa por la pesca ilegal y antirreglamentaria que llevaban a

cabo. Repartimos las ganancias entre la comunidad pesquera. No saqué enormes beneficios, pero seguí adelante con la idea de apresar cualquier embarcación que encontráramos pescando ilícitamente en nuestras aguas. Así fue como me impliqué en la financiación de la piratería.

Utiliza el término *burcad badeed*, recientemente acuñado en somalí y que se traduce como «bandidos marinos», en lugar de decir «piratas». Ahl se pierde un poco en la terminología, pues el bandidaje es algo que los somalíes conocen bien; en Kenia, de hecho, la palabra *shifta* es una manera despectiva de llamar a los somalíes. La cuestión es que, en contra de la opinión más extendida que acusa a los somalíes de piratería, Fidno considera que los verdaderos piratas son los barcos que pescan ilegalmente en aguas somalíes.

—Pero ¿acaso los somalíes no son bandidos, al exigir rescates del mismo modo que hacen los piratas? —pregunta Ahl—. Me da la impresión de que estás confundiendo las cosas sin ninguna necesidad, ¿por qué?

—Los somalíes no son ni piratas ni bandidos —dice Fidno con rotundidad—. El mundo no les concede una sinecura como la que les da a quienes atentan contra nosotros. Eso es un hecho.

—Si no son piratas, ¿qué son?

—Los piratas son marinos crueles —dice Fidno— y actúan exclusivamente en beneficio propio. Roban a sus víctimas recurriendo a la violencia extrema. Torturan a sus prisioneros; no son Robin Hood. En honor a la verdad no puede decirse que los somalíes sean piratas, puesto que no tratan con crueldad a la tripulación, ni recurren a la violencia extrema, ni torturan a sus prisioneros.

—Tampoco son Robin Hood, ¿no crees?

—Solo me vienen a la cabeza dos casos a lo largo de la historia mundial en que hombres tachados por otros de «piratas», a falta de un término más preciso, de hecho desempeñaron un papel positivo en la historia política de sus países. Quizá no estarás de acuerdo conmigo, pero yo diría que los somalíes son uno de ellos. A pesar de que los han tachado de piratas, es justo verlos como justicieros que luchan por salvar nuestras aguas del expolio absoluto.

—¿Cuál es el otro caso?

—El otro son los piratas holandeses.

—¿Qué piratas holandeses?

—Los que se conocen como *watergeuzen*, o «mendigos del mar», que se dedicaron al bandidaje durante casi dos años, entre 1571 y 1572, para luchar al lado de Guillermo de Orange y contribuir a acabar con la ocupación española de sus tierras.

Ahl aguarda a que Fidno continúe.

—Los somalíes son lo que más se aproximan, salvando las distancias, a los *watergeuzen* holandeses, en el sentido de que inicialmente se proponían combatir la invasión extranjera de sus aguas, a falta de un Estado en funciones, y organizar luego

alguna clase de protección de las costas que velara por nuestros recursos marinos y repeliera la continua invasión foránea.

Ahl, sin embargo, no está seguro de que se parezcan en nada a los llamados «mendigos» holandeses. A su juicio, los corsarios son embarcaciones armadas y con permiso para atacar los barcos de las naciones enemigas y confiscar sus propiedades. Históricamente, muchas soberanías europeas concedían esa clase de permisos, las patentes de corso, y dejaban al criterio de los capitanes decidir la naturaleza del castigo que merecían las embarcaciones apresadas. Un porcentaje del botín iba destinado al capitán y la tripulación, mientras que el resto engrosaba las arcas soberanas.

—¿De qué invasión foránea estamos hablando? —pregunta Ahl.

—Hablo del asalto inhumano a la zona costera de Somalia, donde se centra la pesca de arrastre del país. Un científico somalí especializado en pesca dijo que por la noche se veían tantas luces de embarcaciones extranjeras que casi parecía una ciudad iluminada.

—¿Y quiénes eran, o son, esos invasores?

—Venían de lugares tan lejanos como Europa, Japón, Rusia, Corea, China, en embarcaciones con pabellón extranjero, de Belice, Kenia, Liberia o Barbados —dice Fidno—. Además, llegaban armados, dispuestos a hacer la guerra, con sus lanchas a punto cada vez que los pescadores somalíes reaccionaban. Y pescaban con prácticas que están prohibidas en el mundo entero. Para colmo vertían en nuestras costas residuos nucleares, químicos y demás. Nunca intentaron entablar diálogo con nosotros. Y no les importaba el daño que causarían en la fauna marina. Cuando los somalíes se quejaron, el mundo hizo oídos sordos a sus protestas.

—¿Fue entonces cuando tú entraste en escena?

—Fue entonces cuando entré en escena y me convertí en un justiciero.

Ahl tiene un dilema. Fidno le cae bien, siente por él la misma fascinación que solemos sentir por un villano que comete sus fechorías en otra parte. Aun así hay una parte de Ahl que no le permite confiar en Fidno o aceptar sus reivindicaciones sin reservas. Le da la impresión de que ha entrado en escena como un experto en finanzas con olfato para las ganancias, más que como un héroe nacionalista. Quizá su impresión esté teñida por esos matices de falta de ética profesional que Fidno ha mencionado hace un rato.

—¿Cuál fue el primer barco que ayudaste a apresarse?

—Fue una trainera keniana que pescaba en aguas somalíes, a poco menos de mil millas náuticas de Mombasa —dice Fidno. Pero de pronto empieza a atascarse con las consonantes, como si le hubiera brotado una lengua bífida y la verdad y la mentira no consiguieran ponerse de acuerdo en qué camino tomar.

—¿Dónde conseguiste el dinero?

—Un tío por parte de mi madre me lo prestó.

—¿Y ese tío tuyo tiene nombre?

—Se lo conoce por el apodo de Ma-Gabadeh.

La mirada de Fidno centellea al mencionar ese nombre. Es como si una lámpara le iluminara el borde del iris. Ahl espera que la luz no desaparezca. Complementa la sonrisa pícara de Fidno con algo semejante a la alegría.

—¿Es tu opinión sincera que los somalíes no son piratas? —pregunta Ahl.

—Lo es —contesta Fidno, todavía con mirada centelleante.

—Dime entonces por qué sostienes esa opinión cuando el resto del mundo piensa de otro modo.

Hasta el momento Fidno no ha fumado en presencia de Ahl, pero ahora hace el gesto de un fumador al sacudir la ceniza del cigarrillo acompañándolo de unos sonidos de succión con los labios, como si inhalara el humo.

—Separemos las dos cuestiones —dice—. Primero, ¿por qué sostengo que los somalíes no pueden considerarse propiamente piratas? Porque los piratas se enorgullecen de vivir al margen de la ley e ir en busca de un botín. Su presencia suscita miedo por la crueldad con que tratan a sus rehenes. Las suyas son historias de aventura, tiranía, amotinamiento, y surcan los anchos mares sin respeto alguno por las fronteras. Acechan un barco durante días, a la espera del momento oportuno para atacar. Navegan con banderas falsas para engañar u ocultar sus intenciones. Sorprenden a sus víctimas y luego desaparecen sin dejar ni rastro. Estas características describen a los invasores extranjeros de nuestros mares, pero no a los somalíes. Estos operan básicamente en sus aguas. No torturan, no lastiman, no matan, ni siquiera a sus rehenes, y no ocultan su identidad. Me llena de amargura oír las falsedades que se dicen de nosotros. Nos dejan como los malos de la película, y nadie escucha nuestra versión de la historia.

—¿Qué hay de los millones que suelen pagarse por un rescate? —pregunta Ahl.

—Para empezar —dice Fidno—, ¿qué te hace creer que los «piratas» reciben millones de dólares por un rescate?

—¿Acaso no es así?

—Por eso quiero hablar con un periodista.

—¿No estás diciendo que no es cierto?

—Yo más bien compararía a los piratas con carteristas —dice Fidno.

—Explícate, por favor.

Ahl recuerda varias entrevistas a capitanes y tripulaciones de barcos secuestrados en las que se hablaba de que a menudo los piratas les hurtaban los relojes, las chaquetas, los teléfonos y otros objetos personales. Si Fidno afirma que los piratas arriesgan la vida por una suma insignificante de dinero y no reciben millones de dólares por un rescate, tiene lógica que los compare con carteristas. A fin de cuentas, cualquiera que sacara grandes sumas por apresar buques-cisterna probablemente no recurriría a esa clase de hurtos, a menos que fuera un cleptómano.

—Aunque lo que saque un carterista en su día más provechoso quizá sea más de lo que saca un mendigo —dice Fidno—, no conozco a ninguno que se haya hecho

millonario. —Hace una pausa antes de reiterar—: Por eso quiero hablar con un periodista.

Fidno observa ahora fijamente con su mirada ávida de humo al camarero, que está fumando cerca. Ahl, captando la insinuación, pide un paquete de cigarrillos. Si Fidno o los piratas nadaran en dinero, ¿por qué iba a necesitar que alguien prácticamente desconocido le pague una comida o un paquete de cigarrillos?

Tras aspirar una larga bocanada de humo, Fidno sigue hablando.

—En ausencia de un Estado soberano central, es la comunidad la que ejerce la autoridad. Al principio los pescadores contaban con el apoyo de los pueblos costeros que sufrían a manos de los barcos extranjeros invasores.

—¿Qué porcentaje del rescate recibía la comunidad en esas primeras aventuras, cuyo principal objetivo era poner fin al expolio de los recursos marinos del país? —pregunta Ahl.

—Al principio la comunidad recibía una parte sustancial.

—¿Y después?

—Prácticamente nada. —Fidno enciende otro cigarrillo.

—A ver si me aclaras una cuestión —dice Ahl—. ¿Por qué iba a aprobar el Consejo de Seguridad de la ONU una resolución autorizando a los países a contribuir en una coalición contra la piratería, si saben que esos mismos países están pescando ilegalmente y sin regulación en las aguas de Somalia?

—Porque la ONU está al servicio de los países poderosos con derecho a veto, que financian sus programas y pagan las facturas de la luz y los sueldos de sus empleados —replica Fidno.

—¿Y qué sacan los países que cubren los costes de la lucha contra la piratería? —quiere saber Ahl—. ¿Qué esperan ganar de sus compromisos económicos?

—Haces bien en preguntarlo —observa Fidno.

—¿Hay algo de cierto en los informes de prensa según los cuales las aseguradoras, que gozan del apoyo de los gobiernos europeos, esgrimen la piratería rampante como una razón de peso para crear servicios privados de seguridad costera con que frenar a los somalíes?

—En esencia puede decirse que un buen número de las naciones que contribuyen a combatir la piratería o a crear servicios privados de seguridad costera están interesadas, bien en procurar que sus barcos sigan pescando ilegalmente en nuestros mares, bien en perseguir a Al Qaeda.

—Puede que haya quien no se trague tu respuesta —dice Ahl.

—Yo tampoco tengo por qué aceptar sus verdades —contesta Fidno irritado, y acto seguido anuncia en un tono más alto de lo necesario que va al lavabo.

Ahl se queda a solas y mientras toma el café garabatea algunas notas, consciente de que habrá de convencer a Malik de que merece la pena entrevistar a Fidno. La cruda realidad, las precarias condiciones de muchos somalíes, la ausencia de comida y de seguridad en el entorno, el conflicto interminable; son cuestiones que sin duda

tendrán un impacto en el futuro. Desde esta perspectiva, Ahl ve el porvenir como cualquiera vería un país convulso marcado por el expolio, la devastación y la pobreza.

Cuando Fidno vuelve pide otro café y dice:

—Te toca a ti ahora decir verdades. ¿Por qué estás aquí?

Ahl recuerda que tiene derecho a presentar su relato según le convenga, omitiendo detalles y alejándolo del terreno personal, tanto por su propio bien como por el de Taxliil y Malik. Sin embargo, está dispuesto a contar lo necesario para saciar la curiosidad de Fidno. Por el momento.

—Me ha traído a Puntlandia un asunto familiar.

—Hemos quedado en que intercambiamos verdades, recuerda —dice Fidno.

Ahl se dispone a explicar el motivo que lo ha traído aquí, pero de repente se siente incómodo. Se queda inmóvil y en silencio durante un buen rato, inquieto, con los labios temblorosos, la respiración agitada y el corazón acelerado; entonces siente la presencia de Taxliil acechándolo y rondando en los límites más remotos de la conciencia. Cuando deduce que Taxliil quiere que le diga la verdad a este hombre, Ahl se reafirma en su decisión. ¿Qué puede perder?

Titubea un poco y al fin empieza a hablar.

—Estoy en Puntlandia buscando a Taxliil, mi hijastro fugitivo adolescente, pues se cree que está en algún lugar de Somalia, enviado, según las últimas noticias recibidas, a Puntlandia como enlace entre sus mentores integristas y los piratas.

—¿Por qué allí?

—Porque es la región de la que procede su madre.

—¿Alguna otra razón?

—Me han dicho que está en Puntlandia porque es un punto de tránsito para integristas con destino a Yemen y más allá. ¿Tú dirías que es cierto que algunos de los piratas y algunos de los integristas, especialmente los que tienen bases en Harardhere, han llegado a un acuerdo de colaboración? He oído decir que algunos jóvenes somalíes se hacen pasar por emigrantes para salir del país, y vuelven a entrar escoltando a los reclutas extranjeros en barcos prácticamente vacíos.

—¿Crees que Taxliil es uno de ellos?

—¿Los piratas colaboran con Al Shabab?

—Corre el rumor de que algunos lo hacen —dice Fidno.

—¿Sabes si los que traen a yihadistas extranjeros, que no son necesariamente muchachos jóvenes, reciben a cambio protección de los integristas? —pregunta Ahl.

—Hay mucho movimiento entre Somalia y Yemen —dice Fidno—, gracias al tráfico de cayucos cargados de mercancías, que vuelven de vacío o con pasajeros ilegales. Es parte de la red de tráfico de personas; varía en función de la estación, pero hay miles de etíopes, eritreos, somalíes y otros africanos que se la juegan tratando de llegar a Yemen, con la esperanza de ir luego a Arabia Saudí, donde hay trabajo, o a Europa. Conozco algunos de los pueblos costeros desde los que parten;

también sé dónde atracan los cayucos a la vuelta. Si quieres puedo llevarte a uno de esos pueblos.

—Iré con mucho gusto a cualquier sitio donde pueda encontrar a mi hijo.

—Por cierto, ¿qué edad tiene Taxliil?

Ahl se lo dice, y además promete facilitarle una fotografía de su hijastro que tomaron un mes antes de su desaparición.

—Si está en Puntlandia, le encontraremos.

—Agradeceré cualquier tipo de ayuda.

—Pondré las cosas en marcha enseguida —dice Fidno.

Por un instante, Ahl logra mantener a raya el cúmulo de preocupaciones que le atenazan el corazón. Es como si fuera en un coche hacia un precipicio a toda velocidad, yendo adelante, peligrosamente y muy rápido, sin saber adónde, junto a pasajeros desconocidos. Se siente aterrado al pensar que solo lleva aquí un día y ya ha establecido un vínculo de colaboración con un hombre que financia la piratería; un hombre que, por lo que sabe, conoce de primera mano a los dueños de los cayucos que se destinan al tráfico de personas. ¿Es demasiado tarde para retroceder? Y por lo demás, ¿hay algún otro medio para alcanzar su objetivo, que no es otro que localizar a su hijastro? Después de todo, un diablo es quien mejor conoce a otro diablo, así que será mejor conocer a fondo a Fidno, pues quizá lo conduzca hasta los reductos de Al Shabab en Puntlandia.

—¿Cómo pondrás las cosas en movimiento? —le pregunta.

—Para empezar, estableceré contacto con los peces gordos conocidos en el negocio del contrabando de personas y te concertaré una reunión con ellos —dice Fidno—. Te llevaré a un pueblo llamado Guri-Maroodi, no lejos de aquí, desde donde zarpan los emigrantes. Tengo en mente comenzar con un hombre que tiene una amplia red de contactos entre las altas esferas de Puntlandia, los insurgentes, los piratas y demás. Es un tipo respetado al tiempo que temido en todo el país.

—¿No vas a decirme su nombre?

—Te daré solamente los datos que necesitas saber —dice Fidno—. Y, dado que todavía no me he puesto en contacto con él, no puedo decirte su nombre.

—Por favor, explícame de qué manera me va a ayudar conocer a alguien metido en el tráfico de personas, cuando lo que necesito es ahondar en las estructuras subterráneas de Al Shabab.

—Encaras la cuestión del modo en que esos individuos íntegros y temerosos de Dios abordan un problema simple, y lo que te hace falta precisamente es conocer la mentalidad de las personas con las que estás tratando —dice Fidno—. Si te enfrentas a hombres que operan al margen de la ley, debes abordar la cuestión desde un ángulo igualmente turbio.

—¿Hombres que operan al margen de la ley?

—Al Shabab, los piratas y los traficantes de personas trabajan al margen de la ley, se conocen entre ellos —dice Fidno—. Colaboran de maneras que no son obvias para

la gente corriente. Por eso hace falta un nuevo enfoque.

Ahl lo tantea al preguntar:

—Ese hombre con quien te propones contactar, el que está metido en el tráfico de personas, ¿es capaz de ayudarnos a infiltrarnos en la guarida de Al Shabab? ¿Está dispuesto a apoyarnos para que alcancemos nuestro objetivo? Y en tal caso, ¿a qué precio?

Fidno no contesta a la tendenciosa pregunta más que para decir:

—Unos pocos de sus hombres se han pasado ahora a Al Shabab.

—¿Cómo se supone que uno puede infiltrarse?

—Uno empieza desde fuera —dice Fidno—, sin que nadie sospeche de él, ni lo anuncie, ni lo vea y, con la ayuda de los subordinados de mi contacto, podrá llegar adentro.

—¿Así encontraremos a Taxliil?

—Si está en Puntlandia, sí.

—¿Por qué ese hombre va a querer ayudarnos?

—Ya te he dicho por qué va a ayudar —contesta Fidno.

—¿Porque te debe un gran favor?

—Porque él y yo somos amigos.

—¿Qué hay de los agentes de Al Shabab?

—Déjalo todo en mis manos.

Ahl no sabe si quiere hacerlo.

—Tú cumple con tu parte del acuerdo, yo cumpliré con la mía.

Ahl aparta la mirada con cierta timidez, decidido a que el desarrollo de su diálogo se sustente sobre una base más sólida y sellar el pacto con una declaración de intenciones. Pensando que un ladrón siempre cree que todos son de su condición y que no se puede confiar en nadie, decide garantizarle a Fidno que él cumplirá con su parte del acuerdo.

—Malik estará muy satisfecho cuando sepa que vas a prestarnos ayuda, y hará lo que pidas.

—Me alegro de que hayamos puesto las cartas sobre la mesa —dice Fidno.

—Ahora sé quién eres.

Fidno, sin embargo, ya está marcando un número con su teléfono móvil.

La propuesta de que acceda a llevar a cabo una entrevista con Fidno, como una manera de garantizar que preste ayuda en la búsqueda de Taxliil, le parece a Malik el hallazgo de una piedra preciosa de segunda categoría, aunque para Ahl sea como si hubiera encontrado un diamante de gran pureza.

Ahl lo ha llamado no solo para compartir lo que según él es un avance decisivo, sino también para hablar de los bombardeos en los aeropuertos de Mogadiscio. Ahl delata en su voz tanto el entusiasmo de pensar que están más cerca de Taxliil, como su preocupación por la seguridad de Malik. Aun así, mientras hablan, Ahl no se atreve a sugerirle a su hermano que debería abandonar el país. Es curioso, piensa, que entre las muchas maneras en que los seres humanos expresan su cariño por los demás, la preocupación es una de las más eficaces; sobre todo por aquellos a los que se quiere. La de Ahl por Taxliil es de una trama distinta a su inquietud por Malik.

—Quizá me preocupo sin necesidad, pero ¿crees que es prudente quedarte mientras la ciudad se prepara para más bombardeos? —le pregunta.

Malik no es de los que sufren por esas cosas. Ahl a menudo se lo ha hecho notar, diciéndole: «Es porque eres más joven y dejas todos los padecimientos para los demás». Con eso alude al proverbio somalí de que los jóvenes se preocupan más de sí mismos que de los demás, sobre todo si son sus padres.

Malik no alberga esa clase de temores por Ahl, en buena medida porque Puntlandia, como estado autónomo, ha mantenido una relación amistosa con el régimen etíope tras el desmoronamiento del estado, cuyas funciones en la región han sido reemplazadas principalmente por feudos estructurados en clanes y regidos por los señores de la guerra.

Una vez que Ahl le cuenta largo y tendido la conversación con Fidno, Malik le pregunta qué espera sacar ese hombre de todo el asunto, habida cuenta que no pide remuneración económica.

—¿Cuál es su juego, en realidad? —musita Malik.

Ahl no tiene una respuesta clara, pero insiste en el provecho profesional que Malik obtendrá del trato, hasta que este finalmente accede a participar en el plan.

—Aun así no puedo comprometerme a decir ahora dónde y cuándo tendrá lugar el encuentro —recalca, y luego se disculpa porque tiene que volver al trabajo.

Malik se queda en el cuarto que utiliza como despacho, tomando notas y leyendo enfervecidamente. Hace un descanso llegado el momento y telefonea a Fee-Jigan y a un par de periodistas más cuyos nombres le han facilitado; está deseoso de tender su red de contactos. Sin embargo, nadie contesta. Está tentado de llamar a Gumaad, pero se lo piensa mejor.

En las noticias que escucha y los periódicos que lee en línea, parece haber consenso general en que las altas esferas de las Cortes han huido de Mogadiscio,

algunos para volver a sus lugares de origen, donde imperan sus clanes. Además, a todos los entendidos les sorprende que los etíopes no tengan prisa por invadir Mogadiscio: toman el territorio pueblo a pueblo, y luego asignan a las milicias leales al presidente interino de Somalia la tarea de eliminar cualquier foco de resistencia. Hasta el momento, según los datos que llegan a las agencias, no se ha encontrado resistencia como tal. Malik advierte un extraño parecido de la situación con lo que ocurrió en Irak, cuando la Guardia Republicana se desvaneció justo antes de que las fuerzas terrestres estadounidenses tomaran Bagdad.

En los boletines se menciona insistentemente Eritrea, descrita como la suministradora de armas a los hombres de las Cortes. La reputación de ese país está empañada por un historial nefasto de infracciones de los derechos humanos, uno de los peores de África, y carga con la ignominia de ser una región problemática que provoca constantes conflictos con todos sus vecinos: una sangrienta guerra con Etiopía por una franja donde solo hay cactus y dunas de arena, en la que dos millones de personas perdieron la vida; con Yemen, por la reivindicación de una isla situada entre ambos países. Malik ni siquiera consigue recordar qué desencadenó el enfrentamiento de Eritrea con Yibuti. Por si fuera poco, ahora se mete en una guerra ajena con Etiopía ayudando a las Cortes, enemigo declarado de Etiopía.

Hambriento, come pan rancio y queso reseco. Luego prepara té y toma dos tazas. Mientras tanto prepara también café y, como de costumbre, hace más del que puede terminarse. No es de extrañar que su mujer a menudo diga que es derrochador. Tiene el hábito de hervir más agua para el té de la que necesita, de cocinar más de la cuenta y de no mirar lo que hay en la nevera antes de comprar más; de todos modos, rara vez se acuerda de guardar las sobras en frío para que no se estropeen. Se siente tan mal por su despilfarro que decide obligarse a beber todo el café, una taza tras otra.

Aún está molesto por el modo en que Amran reaccionó a su estancia forzosa. Cierto es que había querido quedarse unos días más, pero también es un hecho que los aeropuertos de Mogadiscio han sido bombardeados y ahora están cerrados al tráfico aéreo. El tono de su mujer cuando se obceca lo irrita vivamente. Amran rara vez recurre a su sagacidad para analizar una situación antes de llegar a conclusiones precipitadas, y tiende a dejarse llevar por las emociones, como cuando dice que va a adoptar a un huérfano si Malik no vuelve a casa enseguida. Hablará con Jeebleh para que interceda con ella. O quizá con su suegra, que a menudo es más equilibrada que su hija, y podrá calmar las cosas por el momento.

Según informa desde las zonas limítrofes HornAfrik Radio, sin duda la mejor de Mogadiscio, los etíopes están entrando en Somalia desde diferentes puestos fronterizos, y cada hora que pasa se habla de un nuevo pueblo o ciudad que ha caído en sus manos. Sin resistencia manifiesta, los etíopes no necesitarán defender o consolidar los territorios ocupados antes de avanzar hacia Mogadiscio. Se da por hecho que estarán en la capital a mediodía de la mañana siguiente. Entretanto el presidente provisional, con medio batallón de soldados etíopes y unos pocos somalíes

de uniforme escoltando a su séquito, ya ha llegado a la residencia presidencial, junto con sus propios guardaespaldas y consejeros etíopes, después de conocer que el Jeque y el Otro Jeque, así como la mayoría de los miembros de la junta ejecutiva de las Cortes, se han marchado poco después del bombardeo. Qué trágico día ha sido tanto para Somalia como para Etiopía, piensa Malik; escribe esas palabras y las subraya con un doble trazo.

Malik trata de recordar otras ciudades que ha visto justo antes de caer en manos de fuerzas enemigas: en el Congo, en Afganistán, y un largo etcétera. Escribe: «En la mayoría de los casos hace falta mucho tiempo para que se geste en el pueblo corriente, desacostumbrado a llevar armas, un apetito por la lucha. No hay un solo lado en una valla, y los civiles pacíficos se quedan en el lado que los haga sentirse más seguros. Un poco como les ocurre a las jóvenes en los países donde tradicionalmente se conciertan los matrimonios, que irán con el pretendiente que se les ofrezca mejor».

Se detiene con el bolígrafo en alto y piensa que solo más tarde, una vez que la ocupación se lleva a cabo, la actitud de la gente hacia la política de noria de la que se han convertido en víctimas cobra un matiz de cinismo.

Ahora escribe: «Los habitantes de Mogadiscio han conocido a señores de la guerra de toda índole, el recuerdo del trauma ha cauterizado el sufrimiento de la gente, minimizándolo. Ven al primer ministro etíope como un señor de la guerra más, aunque extranjero, no menos salvaje que los sádicos políticos de su propio país. A fin de ahorrarse más atrocidades, la ciudad no ejercerá ninguna resistencia manifiesta a las incursiones. Tal como ha predicho un antiguo alto oficial del ejército que conozco: incluso los hombres armados leales a las Cortes no atacarán a los etíopes hasta que hayan podido tomarle la medida al enemigo». Aun así, en todas partes los somalíes están indignados con la invasión, incluidos los que estaban y están en contra de la política de las Cortes. «Aguardarán pacientemente el día de resarcirse. Y cuando llegue, bailarán la danza de la victoria en las calles polvorientas y laberínticas del mercado de Bakhaaraha, danzarán alrededor de los muertos del enemigo, cantando y pisoteando los cadáveres y quemando efigies. Acabarán, en esencia, incurriendo en el degradante placer de envenenar sus almas, como reza un proverbio, con esa ponzoña que es la venganza. El mundo ya no es lo que era. Además, los habitantes de Mogadiscio lo han hecho antes: bailar una danza macabra y deshonrosa alrededor de un marine muerto, y nada les impedirá volver a hacerlo».

Marca las notas como «borrador», lo imprime y lo guarda por el momento. Quizá pueda convertirlo en un artículo más largo, se dice. Lástima que no conozca a mucha gente corriente en Mogadiscio, pero caminar por las calles con una grabadora, una cámara y un micrófono queda descartado en una ciudad donde los periodistas están sometidos a amenazas de muerte.

Se sirve otra taza de café y empieza a esbozar otro artículo sobre la tendencia de los ejércitos derrotados a asolar las ciudades antes de marcharse, y el porqué. Antes

de ponerlo por escrito, elabora las ideas en su cabeza, recordando casos análogos de otras figuras y lugares que ha cubierto anteriormente: el caudillo afgano Gulbuddin Hekmatyar, los líderes de las facciones congoleñas Laurent Nkunda y Germain Katanga. El comentarista de HornAfrik, un tal Mohamed Elmi, confiesa estar «impresionado ante la sensatez con que las Cortes han manejado la retirada», y Malik siente que coincide con esa sensación. El señor Elmi imagina que «no puede haber sido fácil abandonar la ciudad que arrebataron a los señores de la guerra hace apenas seis meses. Ahora han tenido que dejarla en las manos de los etíopes, más crueles si cabe. Fieles al principio de que un padre no debe descargar su ira con el hijo que ama, las Cortes se van sin arrasar la ciudad, prometiendo volver. Cuando vuelvan mejor armados, ¿acaso bombardearán con ira al mismo pueblo al que dicen amar?».

Suena el teléfono: es Dajaal. Malik le hace un par de preguntas, le interesa sobre todo qué piensa del hecho de que las Cortes abandonen la ciudad.

Dajaal no tiene ni una sola palabra amable que decir sobre las Cortes.

—Cuando entraron en escena por primera vez irrumpieron en la ciudad con cañones, presuntamente para hacer caer a los señores de la guerra apoyados por los Estados Unidos. Pero minaron la moral de los ciudadanos bombardeando indiscriminadamente varios barrios, destruyendo por completo la vida de los civiles. ¿Por qué tienen tanta prisa ahora por abandonar la ciudad y dejarla en manos de los etíopes? Los cobardes no ganan amigos.

Malik sabe bien que durante los enfrentamientos con los señores de la guerra, la cúpula de las Cortes acuñó el lema *Allahu akbar* en los misiles que lanzaban, que cayeron en la zona más poblada de la ciudad y mataron a cientos de personas. Aun así, dice:

—Al menos ahora no saquean la ciudad ni la someten al pillaje, como he visto hacer a las milicias congoleñas y afganas en la huida.

—En cualquier caso, ¿dónde están cuando la ciudad los necesita?

—Pero se marchan sin disparar un solo tiro —insiste Malik.

—¿Por qué aceptas las armas que regala Eritrea, un Estado paria, si no vas a disparar un solo tiro al enemigo común? —cuestiona Dajaal.

—Quizá respeten ese dicho popular que acaba de recordar un comentarista en HornAfrik, según el cual un padre no debe descargar su ira contra su hijo —dice, y repite también las palabras de preocupación de Elmi sobre el futuro.

—Ten por seguro que cuando vuelvan, nombrándose «luchadores de la resistencia» o «mártires de la fe», no dudarán en bombardear al mismo pueblo al que dicen amar —zanja Dajaal—. De todos modos —añade—, solo los rostros públicos de las Cortes han abandonado la ciudad. El resto se ha quedado, al parecer para organizar la resistencia desde dentro.

Malik supone que no han hecho todavía declaraciones porque aguardan a encontrar un lugar seguro.

Dajaal está que echa humo.

—Mientras tanto, Al Shabab ha asesinado a tres antiguos oficiales del ejército que vinieron a Mogadiscio como avanzadilla del séquito del presidente provisional, para preparar el terreno para las Fuerzas Federales de Transición —explica. Uno de los asesinados había sido hace años colega suyo—. Pero ¿por qué provocar a los etíopes y luego huir de la ciudad? Nada tiene sentido.

—Si no te encontraras mal te pediría que vinieras ahora mismo. Me gustaría mucho que habláramos largo y tendido —dice Malik.

—¿Sabes qué te digo? —dice Dajaal—. No me puedo permitir estar enfermo un día como este, un día en que la ciudad se prepara para la llegada de nuestro mayor enemigo, Etiopía. Le pediré a Qasiir que pase a buscarme. No tardaremos en estar en tu apartamento.

Dajaal acaba de poner un pie en el apartamento cuando Qasiir dice:

—Los kenianos tienen al pez gordo capturado en su red. Acabamos de escuchar la noticia por la radio del coche.

Qasiir va vestido con camiseta y vaqueros, y lleva unos elegantes zapatos de cuero teñido. Quizá se disponía a salir cuando Dajaal le llamó y le pidió que lo llevara allí, piensa Malik. Dajaal, aunque diga que se encuentra mejor, tiene los labios hinchados, como si acabara de picarle una avispa, y la mirada apagada.

—¿Quién es el pez gordo que los kenianos han atrapado? —pregunta Malik—. ¿Cómo se llama, si puede saberse?

El pez gordo es Saleh Ali Saleh Nabhan, dice Dajaal, «considerado el tercer hombre más buscado de una lista de presuntos terroristas internacionales, y sospechoso de colocar bombas en dos embajadas estadounidenses y de atacar un hotel regentado por israelíes en Mombasa. Los americanos siempre han insistido en que vive en Somalia y goza de la protección de un alto cargo de las Cortes». Sin embargo, Dajaal cree que el supuesto «golpe» keniano no pasa de ser un rumor.

Malik también duda que un pez tan gordo haya caído tan fácilmente en manos de los kenianos el mismo día en que ha empezado la invasión etíope. Los únicos peces, grandes o pequeños, con probabilidades de caer en redes kenianas serán los que estén huyendo del conflicto, o quienes se presenten en la frontera cerrada entre Kenia y Somalia, sea en calidad de viajeros de buena fe o solicitando asilo. Puesto que Saleh Ali Saleh Nabhan no encaja en ninguna de las dos categorías, posiblemente haya unido su suerte a la cúpula de Al Shabab, que al parecer se ha refugiado en los bosques de Ras Kamboni y que seguramente tardará unos días en ponerse al descubierto.

Malik les prepara un té y mientras les pasa leche y azúcar, retoman la discusión.

—Lo que me preocupa —dice Dajaal— no es lo que vayan a hacer con los peces gordos que atrapen, esos presuntos terroristas y oficiales de alto rango de las Cortes, sino qué harán con los cientos de peces pequeños que capturen. Ya se sabe, a río

revuelto, ganancia de pescadores. Los kenianos han estado pescando en las agitadas aguas somalíes desde hace años. Además de los piratas que les han entregado para juzgarlos en sus tribunales corruptos, los kenianos se han beneficiado en muchos sentidos del desmoronamiento de Somalia.

Malik sabe por sus investigaciones que Kenia está recibiendo millones en moneda fuerte de las embajadas extranjeras y los organismos de Naciones Unidas que trabajan en proyectos relacionados con Somalia, todos con sede actualmente en Kenia, por el caos que hay aquí. Pero no alcanza a entender todo lo que ha dicho Dajaal.

—¿De qué peces pequeños hablas? —pregunta.

—Muchos somalíes, que abandonaron el país hace tiempo para instalarse en otros lugares, volvieron durante el reinado de las Cortes, atraídos por los aires de paz que prometían. Me preocupa lo que pueda ser de ellos ahora que regresan a sus respectivos hogares, llevando consigo sus pasaportes extranjeros. Los kenianos corruptos sacarán una buena tajada, aprovechándose de la situación para explotarlos.

Llaman a la puerta.

—¿Quién es? —pregunta Malik.

—Soy yo, Gumaad.

Malik no le pregunta si ha venido solo o si viene de nuevo acompañado. Abre la puerta.

Gumaad está solo, pero salta a la vista que no se alegra de ver a Qasiir y Dajaal en la casa. Parece que hubiera estado en una pelea y hubiera perdido. Le faltan las hebillas de los zapatos, y tiene los fondillos de los pantalones manchados, la camisa sucia y arrugada, con algunos botones arrancados. Su pelo está enmarañado y con briznas de paja y, por si fuera poco, parece lleno de caspa, como si padeciera algún tipo de problema en la piel.

—¿Dónde has estado revolcándote? —le pregunta Qasiir.

—Bah, por ahí —contesta Gumaad, evasivo.

—Estás huyendo, ¿verdad? —dice Dajaal—. Has estado con el Jeque escondido en alguna ratonera, preparándote para escabullirte de la ciudad, como un ladrón al amparo de la oscuridad.

—Ha sido duro —le dice Gumaad a Malik.

—Toma, una toalla para que te duches —le dice Malik tendiéndole una—. Luego hablaremos.

Dajaal es un modelo de contención y no dice nada más hasta que Gumaad desaparece en el cuarto de baño. Luego repite el rumor que circula por la ciudad: se dice que el Jeque está en un avión con rumbo a Asmara, donde será acogido por el Gobierno eritreo. Según se comenta también, el Otro Jeque, a quien se considera un individuo fuerte más moderado dentro de Al Shabab, se dirige a la frontera con Kenia en busca de asilo político.

Tan pronto como Gumaad sale del cuarto de baño, Dajaal le pregunta por el paradero del Jeque. A Malik le parece que es como pretender que un esbirro de la mafia diga dónde está su jefe.

—En alguna parte de la ciudad —contesta Gumaad tranquilamente.

—Mientes —dice Dajaal.

Malik se pregunta si Gumaad es de los que mienten con la misma naturalidad que mudan de piel. Ha conocido en la vida a muchos mentirosos patológicos, no todos hombres.

—¿Por qué iba a mentir? —Gumaad contesta desafiante.

—La ciudad es pequeña. ¿Dónde está exactamente?

—No confío en ti lo suficiente para decírtelo.

—Si de verdad está en la ciudad —dice Dajaal—, apuesto a que se oculta, en secreto, como un perro acorralado. Imagina, el Jeque, en quien la nación ha depositado sus esperanzas, escondiendo la cara pero mostrando su miedo. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Dajaal ya no parece enfermo; desborda toda la energía que nace de su rabia. Rabia por el asesinato de su amigo, rabia por la insensatez de las Cortes que a su juicio ha provocado la invasión.

—Por favor, abuelo —interviene Qasiir—, ¿por qué torturas así a Gumaad?

—Sus mentiras me sacan de quicio.

—Hasta ahora no he dicho ninguna —dice Gumaad.

—Todas las agencias de noticias extranjeras sitúan al Jeque en un avión con destino a Asmara.

—¿Por qué creer a las agencias y no a Gumaad? —pregunta Qasiir.

—Exacto. ¿Por qué no creerme a mí?

—En eso llevan razón —tercia Malik.

Visto con detenimiento, el aspecto de Gumaad revela su agitación interior. Tiene los ojos llenos de lágrimas. No parece estar mintiendo, quizá diga la verdad. Después de todo, el Cacique del Sur, cuando era señor de la guerra, pasó varios meses escondido en Mogadiscio sin que los «invasores» extranjeros lo apresaran. De hecho, solía dar fiestas a menos de una milla de la base donde se acuartelaban los marines estadounidenses, y nunca lo encontraron. ¿Hará lo mismo el Jeque con los etíopes, si resulta que se ha quedado para liderar la resistencia?

—¿Por qué ha venido? —pregunta Dajaal, no dirigiéndose a Gumaad directamente, sino a Malik.

Pero es Gumaad quien contesta.

—El Jeque quiere tener una entrevista con Malik.

—¡Oh, magnífico! —exclama Dajaal—. Primero se esconde como un atracador de bancos, acompañado por sus secuaces y, al minuto siguiente, adopta el papel de la realeza, concediendo una entrevista a un periodista extranjero.

—Le corresponde a Malik aceptar o no la oferta —dice Gumaad—. No es algo

que tú o yo podamos decidir. —Se vuelve a Malik—. Has de pensar si estás dispuesto a hacerlo.

—¿Una entrevista por teléfono, o cara a cara?

—Depende de cómo podamos arreglarlo —dice Gumaad.

—Me gustaría hacer la entrevista cara a cara.

—Tal y como están las cosas, él quiere que sea por teléfono.

—Si yo fuera tú —dice Dajaal—, no lo haría cara a cara, pues siempre se corre el riesgo de que hagan volar al Jeque por los aires. Los drones están más activos que antes. Podrían detectar su movimiento e ir a por él.

La tensión aumenta, Gumaad se mueve inquieto y de pronto grita:

—Malik no tiene ningún motivo para temer que lo vuelen por los aires, ¡qué tontería!

—Hicieron volar por los aires a un antiguo compañero mío con una bomba activada por control remoto —dice Dajaal—. Han perfeccionado el arte de matar. Yo en tu lugar, Malik, tampoco haría una entrevista por teléfono: un dron podría confundir tu número con el suyo e ir a por ti.

Gumaad está de nuevo crispado y sudoroso, y vuelve a tener la nuca y los hombros cubiertos de caspa.

—Por favor, abuelo —suplica Qasiir—. Ya basta.

—¿Por qué? Sus hombres han matado a mis compañeros.

—Alguien podría oírte.

—No tardarán mucho en matarme a mí también, lo sé.

Gumaad murmura unas palabras inaudibles que se atropellan incoherentemente. Confunde los tiempos verbales, tropieza en los adverbios, habla sin ton ni son. Malik siente que su estómago pasa por todas las etapas de la vida de la mariposa. Recuerda un fragmento de un sueño que tuvo varias noches atrás, en el que Gumaad lo traicionaba, entregándolo a un grupo de milicianos mercenarios que lo tomaban como rehén. En el sueño, Malik le rogaba a Gumaad que le guardara lealtad. Sin embargo, solo dice:

—Basta ya, Dajaal.

Por primera vez, Malik piensa que los días de Dajaal pueden estar contados. También se pregunta si una entrevista con el Jeque sería una primicia que mereciera correr el riesgo. De pronto nota un olor desagradable, y se da cuenta de que es el aliento de Gumaad: no es tanto halitosis como el olor de su miedo, que Malik reconoce del mismo modo que puede oler la rabia de Dajaal.

—Por favor, os lo pido a todos —dice bruscamente. Todos lo miran un tanto sorprendidos—. Quiero estar solo.

Cuando se marchan, Malik telefona a Jeebleh y le pide opinión sobre si la entrevista con el Jeque merece correr el riesgo. En realidad lo que quiere es ponerle al corriente de lo que se trae entre manos, por si algo ocurriera. Dentro de su cabeza

puede oír a Amran, lamentándose machaconamente de que esté asumiendo riesgos innecesarios.

Jeebleh reconoce que podría sacarle provecho profesional a la entrevista, pero cree que no vale la pena, teniendo en cuenta la inminencia de la ocupación etíope.

—Serías un blanco fácil, tanto para el Gobierno de transición como para las fuerzas ocupantes.

—¿Y si utilizo un seudónimo?

—No la hagas —dice Jeebleh—. Por favor.

Luego Malik llama a Ahl, que también le recomienda no hacerla.

—¡El Jeque es un fugitivo, por el amor de Dios! —exclama—. Piensa una cosa: tendrás al FBI pisándote los talones en cuanto se sepa que has hablado con un hombre que está en busca y captura.

—Pero conseguiría una gran primicia —replica Malik—. Y hace poco te parecía bien que entrevistara a un sinvergüenza que financia la piratería. ¿Cómo se entiende eso?

—Eso era distinto —dice Ahl.

—¿Distinto? ¿En qué sentido?

—Todos queremos que Taxliil vuelva a casa sano y salvo —dice Ahl—. Lo que tú propones nos pone en riesgo a todos. Míralo desde ese punto de vista. Por favor, recapacita y no hagas nada que pueda comprometer las posibilidades que tenemos de recuperar a Taxliil.

A Malik no le convence el razonamiento de Ahl, pero opta por no rebatirlo, pues no quiere que su hermano piense que su carrera profesional está por encima de la lealtad a la familia.

—Ha sido un día largo y agitado —dice Ahl.

—Tienes razón. Largo y agitado.

—Consúltalo con la almohada y hablamos de nuevo mañana —dice Ahl.

—Buenas noches.

—Buenas noches para ti también.

El cielo está oscuro; es una noche sin estrellas. En un sueño, acaba de terminar un eclipse total, y Malik se aventura a salir de la vivienda por primera vez en veinticuatro horas. Va camino al hospital, andando; Dajaal está indispuerto. Minas a pie de carretera, tanques, y cuatro días de combates entre los insurgentes y el Ejército etíope de ocupación han convertido las calles en un laberinto intransitable y lleno de peligros.

Cuando por fin llega al hospital encuentra más ruinas. El edificio principal ha sido alcanzado y reducido a escombros. Los boletines radiofónicos elevan el número de muertos a quinientos, además de cerca de un millar de heridos en estado crítico. Buena parte del personal del hospital figura entre los muertos y los desaparecidos, quizá sepultados bajo los cascotes. A la izquierda de la entrada principal hay una multitud armando un alboroto descomunal. Malik tarda varios minutos en averiguar lo que provoca el jaleo. El personal médico somalí y varios profesionales europeos, sin duda enviados a cargo de la Organización Mundial de la Salud para ayudar a salvar vidas, están enzarzados en una acalorada discusión con algunos individuos barbudos de Al Shabab. El debate se centra en si es lícito emplear perros para salvar vidas humanas del hospital en ruinas. Un hombre idéntico a Gumaad afirma que recurrir a los perros para rescatar a posibles supervivientes es una afrenta a la sensibilidad musulmana. Les está diciendo a los europeos, como si hablara desde el púlpito:

—Los perros son impuros, y a los musulmanes se nos prohíbe estar en contacto con ellos.

Pero alguien está gritando desde abajo, hundido entre los escombros. Es un hombre suplicando que alguien lo ayude a rescatar a su hija, sepultada en las ruinas. Quiere que el equipo médico utilice a los perros adiestrados para sacar a su hija con vida.

El equipo de la OMS está encabezado por una mujer robusta y rubicunda, pelirroja, con una tez propensa a ponerse colorada como una remolacha por la combinación de la rabia y el sol tropical. Le grita al hombre idéntico a Gumaad:

—Si no se aparta de en medio y nos deja cumplir con el trabajo que hemos venido a hacer, le daré su merecido.

Atemorizado ante la amenaza, el hombre retrocede dócilmente y abandona la escena en silencio.

Mientras tanto, otro miembro del personal médico del hospital libra su propia batalla de gritos con otro de los barbudos. El médico está diciendo:

—¿Cree usted que el islam aprueba la profanación de los cementerios, aunque los difuntos fueran cristianos? La profanación del cementerio cristiano de Mogadiscio me parece atroz, y un crimen más grave que utilizar perros para sacar viva a una niña de los escombros. Tenga por seguro que usted habrá de rendirle cuentas al

Todopoderoso el día del Juicio Final por deshonrar y envilecer esos restos mortales. En cambio estoy convencido de que, mientras actuemos con buenas intenciones y salvemos vidas, todos seremos perdonados por el Altísimo. Y no estoy de acuerdo con usted en que el islam prohíba el uso de perros para salvar vidas humanas...

La discusión continúa, y Malik se encamina hacia las casetas que se extienden a lo largo de un acre y medio en todas direcciones. Destruído el edificio principal, las casetas hacen ahora las veces de hospital. Las escenas cruentas recuerdan una masacre de la Primera Guerra Mundial, con los heridos tumbados en cualquier parte por el suelo, retorciéndose de dolor por la falta de morfina o de suficientes médicos y enfermeros para atenderlos. Los uniformes de los sanitarios están teñidos de sangre.

Una enfermera, con las manos chorreando sangre, le pide a Malik que le desabroche el sujetador; le explica que es el único que tiene. Avergonzado y torpe, él le sugiere que se dé la vuelta para poder destrabar el broche de la espalda. Pero no, resulta que los corchetes se abrochan delante. Malik no recuerda haber tardado nunca tanto en desabrochar un sujetador. Suda tan copiosamente que una gota de sudor le cae de la frente y le nubla la vista.

Recuerda que tiene una cita con un médico, pero no el porqué. Se pregunta si lo aqueja alguna molestia, o ha ido a buscar ayuda para otra persona, y en tal caso, ¿para quién? Entonces se acuerda de que es Dajaal quien, mientras conducía, ha resultado herido por una bomba colocada al pie de una carretera. Y que cuando fracasó en el intento de conseguirle un médico, mostró su identificación de periodista y dijo que venía a entrevistar a las víctimas de este cruel ataque a la población civil. Para lograr su objetivo, comentó que Etiopía había cometido atrocidades por las que tendría que responder, y que alguien presentaría una demanda ante el Tribunal de Justicia Internacional por este temerario bombardeo de las zonas residenciales de la ciudad.

Un teléfono suena en alguna parte. Al principio parece que lo haga dentro de su cabeza, como suele ocurrir en los sueños: un sonido distante y aun así tan próximo, insistente, obstinado, casi de otro mundo. Malik lo oye sonar, pero no le presta atención, como si imaginara que la llamada no es para él.

Entonces aísla el sonido, que proviene de la encimera de la cocina, donde antes de dormirse, a altas horas de la madrugada, dejó el teléfono para que se cargara. Deduce, finalmente, que la llamada tiene que ser para él. Maldiciendo y con dolor de cabeza, se levanta de la cama para contestar.

Cambara tiene muy malas noticias. Dajaal ha muerto, asesinado.

Se lo cuenta conteniendo las lágrimas, hasta que no puede más y rompe a llorar desconsoladamente.

—¿Muerto? ¿Cómo que asesinado? —pregunta Malik.

—Un tiro a bocajarro por un sicario desconocido —consigue decir finalmente Cambara—. Al parecer han utilizado la pistola más potente que hay en el mercado... No recuerdo el nombre, pero Bile ha dicho que con eso se podría matar a un elefante.

Malik quiere saber qué hora es, como si eso tuviera algo que ver con la muerte de Dajaal. Mientras busca su reloj, lo embarga un sentimiento de culpa. Desearía saber si Dajaal ha sido asesinado a la misma hora en que él estaba soñando que lo visitaba en el hospital, como si eso pudiera aplacar o intensificar el oprobio que siente hacia sí mismo. Cambara le dice que la muerte de Dajaal se produjo al amanecer, cuando iba de camino a la mezquita a rezar. Llorosa y compungida, añade:

—Nadie recuerda que Dajaal fuese nunca a la mezquita para las oraciones del amanecer.

El reloj de Malik dice que son casi las once.

—¿Cuándo es el entierro? —pregunta.

—Ya está enterrado —dice Cambara.

Malik no puede creer que sea cierto. Cuando recupera el habla, las palabras salen atropelladamente; es incapaz de hilar sus ideas, que no siguen la velocidad de su lengua.

—Dajaal ha muerto esta mañana, ¿a qué tanta prisa? —dice.

—Porque el impacto de ese tipo de proyectiles es tan fuerte que revienta los tejidos. Dado el estado del cadáver, se pensó que lo mejor era enterrarlo sin dilación.

—¿Crees que esta muerte pretende ser una lección para todos nosotros?

—Dajaal era un hombre que despertaba amor u odio, nada de medias tintas —dice ella.

—Sus amigos y su familia lo querían.

—Bile y yo le echaremos de menos.

Malik siente una opresión en la garganta que lo deja sin habla. Acuden muchas palabras, pero por algún motivo su lengua no las deja salir.

—¿Sigues ahí? —pregunta Cambara.

—Sí —contesta al fin en un hilo de voz.

—Qasiir se encargó de todo —le explica—. Mandó llamar a los enterradores temprano, llamó al Jequé para que condujera los rezos de la Janaza y al resto de la comunidad para que amortajaran el cuerpo para la ceremonia. Alquiló el coche fúnebre y organizó los demás rituales funerarios.

—Me pregunto por qué no me llamó —dice Malik.

—Dice que lo hizo; nadie contestó —dice Cambara.

—¿Dónde acabará todo esto? —pregunta Malik.

—Dudo que acabe alguna vez —contesta ella.

—¿Tenemos alguna idea de quién lo mató?

—Bile fue quien atendió el teléfono... Le pidió a Qasiir que viniera a casa, y los dos estuvieron mucho rato encerrados en el dormitorio de arriba. No sé de qué han hablado. Francamente, dudo mucho que haya nadie más que Al Shabab detrás de todo esto. Y puedes estar seguro de que el asesinato de Dajaal traerá más derramamiento de sangre.

—Me gustaría hablar con Qasiir, si aún está ahí —dice Malik.

—Se ha ido ya, y Bile se ha echado a descansar —dice.

Malik siente que la náusea le recorre todo el cuerpo. Está recordando el último altercado entre Dajaal y Gumaad, y la sensación que tuvo entonces de que Dajaal pagaría con su vida lo que había dicho sobre el Jeque.

—¿Cómo ha encajado Qasiir esta muerte?

—Está devastado, lógicamente —dice Cambara.

—¿Tienes idea de qué piensa hacer?

—Qasiir no hará nada con prisas atolondradas. Bile dice que en eso se parece mucho a su abuelo.

Hablan unos minutos más. Cambara le dice a Malik que, entre los intentos por encontrarle, habló con Jeebleh y Seamus para ponerles al corriente de la muerte de Dajaal.

—Seamus piensa que deberías trasladarte a Nairobi —añade—, desde donde podrías seguir minuto a minuto todas las noticias relacionadas con Somalia. Las cosas se pondrán mucho peor aquí antes de empezar a mejorar.

—¿Qué dijo Jeebleh?

—Que espera que sepas lo que te haces.

—¿No ha sugerido que me instale en Kenia para cubrir las noticias desde allí, igual que hacen todos esos periodistas europeos?

—Dice que confía en que sabrás hacer lo más conveniente.

—Es un suegro estupendo, prudente y cariñoso, y me complace y me hace sentirme afortunado de que seamos parientes —dice Malik.

Antes de colgar, Cambara le insiste en que por lo menos piense más en serio en alojarse con ellos, y le recuerda que si necesita transporte para ir a cualquier sitio, tanto Qasiir como el coche están a su disposición.

Malik le da las gracias y cuelgan.

El abatimiento es la orden del día, y manda a Malik de nuevo a la cama. Desde allí intenta varias veces localizar a Qasiir por teléfono, pero la línea siempre está ocupada, o comunica, o tiene el móvil apagado. Un gran desaliento se apodera de él.

Más tarde, cuando se levanta, una pena desconocida lo saca de su letargo, pero tampoco entonces sabe en qué ocupar sus energías. El día se extiende por delante como un espejismo. Va al cuarto de baño a lavarse los dientes, pero no soporta la idea de mirarse en el espejo, temiendo lo que pueda ver allí.

En la cocina prepara desayuno para dos. Luego llama al número de Dajaal, como solía hacer, pues sabe que los somalíes encajan la muerte sin sentimentalismos y seguramente alguien se habrá quedado con el teléfono móvil de Dajaal, y lo usará hasta agotar el saldo, luego decidirá si recargarlo o no.

Contesta una mujer.

—Soy Malik —dice—. ¿Con quién hablo?

—Soy la madre de Qasiir —dice la mujer, y se echa a llorar.

Malik le da el pésame y le dice cuánto echará de menos a Dajaal.

—Ha sido un hombre muy querido para mí —dice—. Me hubiera gustado ir a su entierro. ¡Pero usted sabe!

—Dios ha querido llevárselo —dice ella—. Yo lo quería más que a mi propio padre, porque él me crio, me mantuvo y se quedó a mi lado cuando mi hija resultó herida en un ataque estadounidense. Que Alá lo tenga en su gloria.

—Por favor, dígame a Qasiir que he llamado.

—Lo haré, descuide —le asegura ella.

—Espero poder pasar a verla antes de marcharme.

—Alabado sea Alá —se despide la mujer.

Hablar con la madre de Qasiir lo tranquiliza y le ayuda a recordar su responsabilidad como periodista y como amigo de Dajaal y esa estirpe de hombres que, a menudo, son asesinados por defender sus opiniones, que arriesgan la vida por plantar cara a la tiranía. Dajaal amaba su país, y lo han matado hombres que no pueden amar Somalia hasta que lo conviertan en un país distinto, en el que ellos prosperen y sus enemigos sean aniquilados. Malik decide que escribirá un artículo sobre la trágica erradicación de una generación de profesionales somalíes, de quienes Dajaal ha sido un modelo a seguir.

Se pone manos a la obra.

Pero justo entonces llama Ahl. Malik le cuenta que Dajaal ha muerto. Ahl, sin embargo, se consume solo de pensar en el recién nombrado embajador etíope en Somalia, alojado en la residencia presidencial como si fuera un hotel de lujo, no solo como invitado del traicionero Gobierno interino, sino además con el falso pretexto de salvaguardar el Estado y al presidente provisional, que fue escoltado hasta la casa con un destacamento fuertemente armado de soldados etíopes y un centenar de somalíes.

Malik es consciente de su torpe fracaso al dar importancia a la muerte de un individuo cuando debería preocuparse del estado actual de la nación. Precisamente al contrario que Ahl, al parecer, a quien la distancia del escenario de los bombardeos y el hecho de no haber conocido en persona a Dajaal le permiten valorar de una manera más amplia los acontecimientos. Quizá cuando uno vive en una ciudad dividida por la guerra civil se obsesiona con los hechos inmediatos casi hasta el punto de excluir todo lo demás; mientras que si uno opera al margen de estas tensiones, puede permitirse el lujo, como hace Ahl, de analizar la cuestión con miras más amplias y desde una perspectiva completamente distinta. Ahora mismo Malik está tan preocupado por la muerte de Dajaal, y enfrascado en pensar y escribir sobre ello, que necesita recordar que los etíopes están tendiendo sus tentáculos hacia posiciones estratégicas en Mogadiscio.

Malik concluye la llamada y se pone a escribir otra vez. Apenas ha terminado un borrador y lo ha guardado cuando llama Qasiir.

Después de darle sus más sentidas condolencias, Malik dice:

—Te aconsejo que te lo tomes con calma un par de días. Necesitas tiempo para llorar y hacer duelo por tu abuelo; yo también lo consideraba un hombre excepcional y único.

—Decepcionaría a mi abuelo y deshonraría su memoria si no siguiera adelante tal y como he hecho siempre antes de su muerte —dice Qasiir—, y cumpliera con mi deber y mis obligaciones pendientes.

Malik está tan conmocionado como impresionado ante sus palabras: conmocionado, porque no alcanza a imaginar que uno pueda seguir adelante tan pronto tras la muerte prematura de un abuelo querido; impresionado, porque solo las personas pragmáticas, que valoran la vida por lo que es (un préstamo que se concede y que, como todos los préstamos, hay que devolver), que aprecian cada instante de la misma, son conscientes de la necesidad de poner cada día comida encima de la mesa, extraer agua del pozo, dar pasto a los rebaños, atender a los enfermos; de manera que los demás sigan viviendo. El gesto de Qasiir le parece una lección de humildad, pues no cree que él pudiera hacerlo por nadie.

—Entonces, ¿por qué no vienes? —le dice.

Qasiir llega: abrazos, condolencias y lamentos.

Le habla a Malik de la muerte de Dajaal más sucintamente de lo que lo ha hecho Cambara. Al parecer un hombre lo siguió de camino a la mezquita. Cincuenta metros antes de que Dajaal llegara al templo, el sicario sacó una Magnum 55 y le pegó un tiro en la nuca; un asesinato profesional, sin lugar a error. Murió en el acto. Malik agradece que Qasiir le ahorre más detalles truculentos.

—El abuelo está muerto —dice el joven con determinación—. Sé quién va a pagar por ello: una vida a cambio de otra. Hoy haremos lo que toca, pero en algún momento el asesino pagará por lo que ha hecho. Entretanto me tomaré mi tiempo y viviré la vida como crea conveniente, tal como el abuelo habría querido que lo hiciera, siguiendo el consejo de un proverbio somalí que dice que los zapatos de un muerto son más útiles que él.

Malik no conoce el proverbio, y la poesía, los dichos y las bromas somalíes no son su fuerte. Pero está versado con la tradición árabe por haberse criado con una dieta rica en su poesía, particularmente del periodo preislámico (también conocido como *jaahiliya*), «la era de la ignorancia». Así que recita mentalmente un par de versos de Imru al-Qays, sin duda el mejor poeta árabe de todos los tiempos, hijo de un sultán, célebre por la réplica que dio a raíz del asesinato de su padre, con ese deje de cinismo que desde entonces impregna el folclore de esa cultura. Preguntado sobre cuándo pensaba vengar a su padre, al-Qays contestó: «Mañana beberemos; mañana nos vengaremos». Malik se pregunta si Qasiir llevará a cabo ese asesinato con discreción, a su debido tiempo, pues según Cambara no es de los que actúan precipitadamente.

Malik se siente abrumado por estar a solas con Qasiir ahora que sabe lo que se

propone, y aparta la mirada. No soporta mirar fijamente sus rasgos rígidos, y su esquivez da fe de que no quiere ser testigo de la pena de un doliente. En el largo silencio que sigue se mueve inquieto, luego prepara té y, para mantenerse ocupado, se ofrece a hacer algo de comer. Cuando Qasiir le dice que no tiene apetito, le propone salir a dar una vuelta en coche. El apartamento de pronto se le antoja demasiado pequeño para contenerlos a los dos.

—¿Adónde? —pregunta Qasiir.

Malik ha estado pensando en qué cambios ha provocado el carrusel de la política, ahora que las Cortes se han desvanecido y los etíopes y el Gobierno Federal de Transición ha ocupado su lugar. Cree que no hay mejor lugar que el mercado de Bakhaaraha para observarlos.

—Vayamos al Bakhaaraha —sugiere.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta Qasiir.

—Quizá nos encontremos con gente conocida —dice Malik.

—¿Y qué provecho sacaremos tú o yo de eso?

La idea de toparse con Barba Cerrada tan poco tiempo después de que la autoridad de las Cortes se haya desmantelado, excita perversamente a Malik, pero opta por no compartir con Qasiir ese desatino para evitarle más trastornos. Simplemente cierra bien la casa, asegurándose de que todas las medidas de seguridad queden activadas, y luego sigue a Qasiir, que baja por la escalera; recorre los pasillos hasta llegar por fin al aparcamiento.

—Quizá nos encontremos con Gumaad —dice Malik, ya en el coche.

—Gumaad está camino de Eritrea —dice Qasiir—, lo han nombrado portavoz de la comunidad somalí exiliada en Asmara. Ese grupo incluye a las Cortes y varias asociaciones somalíes más que se oponen al Gobierno Federal de Transición y a Etiopía. Lo he oído hablar en la radio, en una entrevista a la hora de mayor audiencia.

—¿Cómo ha llegado allí tan rápido? —pregunta Malik—. Me pregunto si estará mintiendo de nuevo al decir que habla desde Asmara cuando en realidad sigue aquí, en la ciudad. —Da la sensación de que hace mucho que Gumaad le sugirió que entrevistara al Jeque. En una guerra civil pueden suceder muchas cosas en un día. Dajaal está muerto y enterrado; Gumaad, en Asmara. ¿Qué más se ha perdido?—. ¿Y dónde está el Jeque?

—Gumaad lo escoltó en un vuelo especial que lo llevó directo a Eritrea —dice Qasiir—. Supuestamente el avión despegó en una pista que al parecer sigue controlada por las Cortes. El misterio rodea ahora al Otro Jeque. Un rumor lo sitúa en una aldea próxima a la frontera con Kenia, otro habla de la posibilidad de que se marche a Sudán o a Libia, donde estudió.

—¿Qué ha sido de los demás miembros de las Cortes?

—Algunos se dirigen a Irán, otros al golfo Pérsico.

—¿Sería justo afirmar que cada político somalí trabaja para alguien de fuera del

país, de quien acata órdenes y que se ocupa de velar por sus intereses? —A Malik le viene a la memoria un informe anual de Naciones Unidas sobre Somalia, en el que se publicó el año anterior que había doce países implicados en el conflicto somalí: Eritrea, Etiopía, Irán, Libia, Egipto, Kenia, Irak, China, Italia, los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña.

—Así es.

Fuera, los peatones cruzan la concurrida calle sin ningún tipo de apuro, como desafiando a los conductores a que los atropellen. Algunos se paran en medio y parecen decir: «Arróllame, a ver si me inmuto». Malik se fija en que ya hay más mujeres que pasean sin velo que cuando las Cortes gobernaban la ciudad.

—Haz el favor de decirme adónde vamos —dice Qasiir.

—Quizá hagamos una visita al establecimiento de Barba Cerrada —dice Malik.

—¿Con qué propósito?

—¿Tiene que haber un propósito? —dice Malik.

—Idealmente, hacemos las cosas por un motivo.

—Bueno —dice Malik—, entonces puedo hacer como que estoy buscando un iPod o, mejor aún, podemos decir que vamos a que nos tasen el precio de una BlackBerry. Cualquier cosa que nos permita observarlo sin levantar sospechas.

Qasiir no parece convencido de que sea una buena idea, pero no dice nada.

—¿No crees que sea conveniente hacerle una visita?

Qasiir frena porque un peatón cruza sin mirar, pero de todos modos no puede evitar darle un ligero golpe con el guardabarros. El peatón, ileso, hace un gesto de disculpa y retrocede hacia los coches que vienen en sentido contrario. Los vehículos frenan en seco con estrépito, y uno de los coches choca con el de delante. Inmediatamente se concentra gente a mirar desde ambos lados de la calle. Entonces un hombre se aparta de la multitud, y Malik advierte el ávido interés con que la gente lo mira. Como si todos los que observan estuvieran aguardando el momento oportuno para lanzarse sobre él. En uno de sus viajes, Malik fue testigo de la paliza de muerte que una multitud desahogada le daba a un hombre que corría detrás de un minibús y a quien tomaron por un ladrón. Otro viandante que pasaba cerca se dio cuenta en ese momento de que le habían robado la cartera y gritó: «Al ladrón, detengan al ladrón». Otro transeúnte repitió la frase, «Al ladrón», y otro, y otro más la corearon. Antes de que el pobre hombre alcanzara el autobús, alguien le puso la zancadilla. Los que pasaban se abalanzaron sobre él y empezaron a golpearlo. Para cuando llegó la policía, el hombre había perdido los dientes delanteros de una patada, y para colmo también su propia cartera y documentación habían desaparecido.

Afortunadamente ahora no ocurre nada parecido. El tráfico recupera la normalidad y siguen adelante.

—Dime lo que de verdad piensas de mi plan —dice Malik.

—No sacaremos nada con provocar a Barba Cerrada tontamente —dice Qasiir—. El abuelo, que lo conocía de toda la vida, siempre me recomendó guardar distancias

con él.

—Arruinó mi visita el día de mi llegada, y no me lo perdonaré si no hago algo para alterar el ritmo de su vida y luego escribir sobre ello.

Malik piensa que si las guerras civiles son una afrenta al sentido común, y dado que Qasiir no ha conocido más que el desquiciamiento que generan las guerras civiles, quizá no comprenda la importancia de ver a Barba Cerrada un día después de la expulsión de las Cortes. No hace falta insistir en que con la antigua Administración, cuando las Cortes estaban al mando, Barba Cerrada trabajaba por un lado como agente de aduanas y por el otro regentaba un establecimiento de informática. Encarna la idea que Malik tiene de un burócrata corrupto de las Cortes, aunque supone que, al margen de esos que solo obran en su propio beneficio, también debe de haber individuos honestos, trabajadores y con buenas intenciones.

—Espero que lo encontremos en la tienda —dice Malik.

—Yo espero que no —dice Qasiir.

—¿Crees que por hablar con él nos pondríamos en peligro?

—No de manera inmediata —dice Qasiir.

—Pero ¿podría ponernos en peligro a la larga?

—Tal vez sí —dice Qasiir.

Sin embargo, la advertencia no disuade a Malik de su propósito. Quizá trate con ello de compensar la oportunidad perdida de entrevistar al Jeque mientras tuvo ocasión. En otros tiempos hacía lo que le placía. Cómo le gustaba la atracción del peligro cuando era más joven, cuando no tenía una esposa y un hijo. «Ahora somos padres», dijo con una sonrisa en los labios cuando su mujer dio a luz. En cierto modo, piensa, los corresponsales de guerra casi harían bien en no formar una familia, para que eso no les impidiera seguir su vocación sin preocupaciones o temor. ¿No es precisamente lo que hacen los periodistas que cubren una guerra, poner en riesgo sus vidas? Malik recuerda a un poeta y editor austriaco que describió a las criaturas como «héros del obstruccionismo». ¿Hay algún lugar en la faz de la tierra donde el periodista impertinente, inquisitivo, expuesto al peligro, llame tanto la atención como en Somalia? Sí, ahora somos padres.

—Simplemente habremos de ser prudentes con Barba Cerrada. Eso es todo —dice Qasiir, y recula para meterse en un aparcamiento que ha quedado libre.

Tardan más de lo necesario en llegar al establecimiento de informática, en parte porque Qasiir, a todas luces contrario a la idea, alarga el momento del encuentro. Con la misma sensación que uno dice «es que ahora somos padres», le falta osadía en los tuétanos de los huesos, pero tampoco se atreve a contradecir abiertamente a Malik, por el respeto a su abuelo, que aún está caliente en su tumba y se disgustaría si Qasiir disgusta a Malik. Recuerda también el apego que Dajaal sentía por la máxima de los militares: «Las órdenes son las órdenes, y hay que obedecerlas». Camina muy cerca de Malik, que justamente está pensando que la vida aquí se sostiene sobre arenas

movedizas. Estás vivo y al cabo de un momento estás muerto, enterrado en un abrir y cerrar de ojos, sin una autopsia, ni siquiera una entrada en el registro de defunción.

Hay muchos clientes en el establecimiento, que solicitan artículos y esperan a que se los entreguen desde la trastienda. Cuando al fin les toca el turno a ellos, Malik dice que quiere ver a Barba Cerrada. A la mención del apodo, los empleados murmuran entre sí. Un hombre delgado y alto se aparta de los demás.

—¿Por qué quieres verle? —le pregunta a Malik.

—Compré un ordenador en este establecimiento hace unos días y funciona mal —dice Malik—. El gerente me dijo que me atendería personalmente si había cualquier problema con el aparato.

—¿Dónde está el ordenador? —pregunta.

—¿Está Barba Cerrada? —repite Malik sin más explicaciones.

El hombre se queda quieto como una estatua, como si sopesara la petición de Malik, y luego desaparece durante mucho rato. Entretanto la tienda se vacía, y uno de los vendedores más jóvenes se aposta en la entrada y le dice a la gente que quiere entrar que la tienda ya no está abierta al público, y les pide que vuelvan al día siguiente.

Un hombre sale por fin de la trastienda. Es idéntico al recuerdo que Malik conserva de Barba Cerrada, salvo porque va vestido con traje y no lleva barba. Espera a que uno de los vendedores le señale a la persona que ha pedido verle, aunque Malik y Qasiir sean ahora los únicos clientes que quedan en el establecimiento.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunta Barba Cerrada sin dar ninguna muestra de reconocerlo, ni asomo de tensión, ni indicio alguno de temor o preocupación.

—Mi ordenador no funciona bien —dice Malik.

Entonces, como si reconociera su cara o recordara el sonido de su voz, la compostura relajada de Barba Cerrada desaparece. Escruta a Malik, como si tratara de medirlo y decidir qué actitud adoptar hacia él. Pasea la mirada por el establecimiento, como un águila en busca de una presa sobre la que lanzarse, pero cuando ve a Qasiir parece recuperar la compostura, aunque con un gesto forzado.

—No me había dado cuenta de que estabas aquí —le dice a Qasiir—. Nadie me ha avisado. Por favor, por favor, acepta mis condolencias. Y por favor, por favor, saluda a tu madre de mi parte y dile cuánto lamento la muerte de tu abuelo.

Se hace un silencio. Barba Cerrada se vuelve de nuevo a Malik.

—¿Ha traído el aparato que según dice no funciona bien?

Malik niega con la cabeza.

—Tráigalo y lo arreglaremos —dice Barba Cerrada.

Se da media vuelta para irse. Malik lo llama.

—¿No nos hemos visto antes?

Barba Cerrada se toma un instante antes de contestar.

—A menudo me confunden con otra persona. Quizá haya conocido a alguno de

mis primos. Solía trabajar aquí.

Qasiir, entretanto, ha puesto un poco de distancia, igual que los adolescentes se quedan aparte y miran hacia otro lado cuando sus padres empiezan a atosigar a sus amigos con sus historias.

Malik, bajando la voz, le dice a Barba Cerrada:

—No te confundo con otro. Sé quién eres: tú me confiscaste el ordenador, borraste una fotografía de mi hija y luego metiste un virus letal en el aparato, que se estropeó sin remedio. ¿Te suena algo de todo eso?

—Me está confundiendo con otra persona.

Se miran el uno al otro con dureza, sin pestañear siquiera. Como si pretendiesen comprobar de qué temple está hecho el contrincante al que se enfrentan. Barba Cerrada parece casi boyante, sin embargo, como si tuviera una victoria al alcance de la mano; la confianza de Malik se aviva con la rabia.

—¿Qué quieres exactamente? —pregunta Barba Cerrada al cabo.

—Quiero recuperar mi ordenador.

Cunde el silencio, y Qasiir reúne fuerzas para decirle en voz baja a Malik:

—Vámonos, por favor.

Sin embargo, Malik no piensa moverse de donde está.

—Eres un hombre impetuoso y un idiota que no sabe lo que le conviene. Si valoras en algo tu vida, te irás de aquí ahora mismo. ¡Si no...! —dice Barba Cerrada.

—Y si no, ¿qué?

Barba Cerrada se abre la chaqueta para dejar ver la culata de su Magnum.

—Tendrás una muerte dolorosa. Me aseguraré de que así sea. Y recuerda, sé dónde vives. Lo sé todo de ti.

Sin saber muy bien qué esperaba, Malik no imaginaba que su conversación acabaría en el callejón sin salida de una amenaza tan cruda. Su calma aparente y su mirada firme ocultan ahora un temblor interno, y esta vez da un respingo cuando Qasiir le toca y le dice:

—¿Nos vamos, por favor?

Malik se pregunta cuánto habrá oído Qasiir de lo que se ha dicho, o si él también ha alcanzado a ver la culata de la Magnum.

De vuelta en el coche, Malik está impresionado al ver cómo Qasiir se contiene, sin entrometerse ni reprocharle nada por haber sido tan necio. Sabe que es dado a ocultar sus defectos, procurando no divulgarlos. Tiene un mal sentido de la orientación, por ejemplo, que le hace sentirse doblemente agradecido hacia Qasiir. En otras ciudades suele ir un día antes al lugar donde ha quedado con alguien para reconocer el terreno y no quedar en ridículo.

—Uno de mis amigos reclutado en el cuadro de mando de Al Shabab me ha informado del asesinato de un jovencuelo que murió por órdenes de Barba Cerrada hace un par de días —dice Qasiir—. Barba Cerrada es un hombre sin piedad.

—¿Puedo conocer a ese amigo tuyo reclutado por Al Shabab?

—Le pregunté si estaba dispuesto a quedar contigo.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Prefiere que conozcas al hermano del jovencuelo.

Qasiir explica que el chico muerto era parte de un equipo de avanzada, enviado para consagrar «casas francas» seguras cerca de la residencia presidencial, desde las que pretendían lanzar ataques tanto al cabecilla provisional como a los invasores etíopes.

—¿Sabes con qué se gana la vida el hermano del chico muerto, y cuándo y dónde podría entrevistarlo?

—Es un antiguo pirata, ahora desocupado.

—¿Cómo se llama, y dónde está viviendo en estos momentos? —pregunta Malik.

—Se llama Marduuf.

—Qué raro —dice Malik—. Llamarse igual que un gran fardo de *qaat*.

—Tiene debilidad por el *qaat*, y se gastó todo el dinero que sacó de la piratería en mascar.

—¿Dónde vive?

—Llegó a Mogadiscio poco después de que enterrasen a su hermano, y desde entonces se ha dedicado a recabar toda la información posible sobre las causas de su muerte —contesta Qasiir—. Creo que se ha propuesto vengarse.

—Y se está tomando su tiempo.

—Está esperando que se presente una buena oportunidad para dar rienda suelta a su rabia —dice Qasiir.

—¿Crees que está dispuesto a venir al lugar que yo escoja y hacer la entrevista?

—Eso me parece, sí —dice Qasiir.

—¿Y el momento que yo escoja, también le parecerá bien?

—Creo que así será —dice Qasiir.

Se despiden sin decir más.

Ahl se dirige a su habitación para asegurarse de que sus efectos personales, incluidos el dinero en efectivo y los pasaportes, están guardados a buen recaudo antes de su viaje a Guri-Maroodi, el pueblo costero desde donde parten embarcaciones de emigrantes ilegales a Yemen, y de ahí a algún país de Europa. Mete la llave en la cerradura de la puerta, pero no consigue abrirla. Dentro se oye el sonido del televisor, aunque él no recuerda haberlo encendido antes de bajar. Saca la llave y vuelve a meterla una vez más, y otra, pero no hay manera de que gire. Cuando se dispone a ir al mostrador de la recepción a pedir ayuda, la puerta se abre una rendija. Ve que un joven de rostro conocido, el técnico que programa los televisores, está dentro.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —pregunta Ahl.

Nada más decir estas palabras, se pregunta si uno podría considerarla «su habitación» cuando solo puede acceder a ella temporalmente.

—Estoy programando el aparato. Para usted.

—¿Con la llave echada?

—¿Qué más da si la llave está echada o no cuando estoy en la habitación, programando el televisor? —dice el joven con un descaro incorregible.

Ahl lo mira en silencio, con la puerta abierta, agarrando la llave con una mano, atisbando su maleta y su bolso de mano, no muy seguro de si están en el mismo sitio donde los dejó. ¿Parecen un poco desordenados, como si alguien hubiera estado revolviendo en sus cosas? Ahl recuerda que abrió el maletín del ordenador antes de bajar a desayunar, pero ¿lo dejó abierto? No tiene sentido preguntarle nada al joven. Aquí la gente está crispada, la irritabilidad los hace llegar a conclusiones equivocadas.

—¡Fuera de la habitación! —le grita al técnico.

Una vez a solas, con el cerrojo de la puerta echado por dentro, Ahl recuerda una visita reciente a Toronto en la que se alojó en un hotel de categoría. Había bajado a encontrarse con un amigo para tomar una copa y charlar y, al volver a su habitación, la puerta estaba abierta y dentro había una mujer limpiando.

La mujer apagó la aspiradora, lo miró fijamente con arrogancia y le dijo, con el acento cantarín de Barbados:

—¿Quién es usted, hombre, que entra en la habitación como si fuera suya y bailando a ritmo de calipso?

Era alta y hermosa, y tenía una confianza en sí misma y una voz que harían las delicias de cualquier hombre. A Ahl le recordó a otras mujeres caribeñas que había conocido cuando estudiaba en Inglaterra.

—Esta es mi habitación —contestó.

—¿Ah, de veras? —dijo ella.

—Puede limpiarla más tarde. Quiero que salga, por favor.

Pero ella se resistía a creerle.

—Demuestre que es su habitación —dijo.

—Aquí tengo la llave —contestó—. Y ese es mi equipaje.

Ella no se inmutó.

—Por favor, salga de la habitación, cierre la puerta y luego use su llave para entrar de nuevo.

Como era un hombre fascinado por la belleza, Ahl hizo lo que le pedía. Una vez que se quedó satisfecha de que en efecto era su habitación, él le pidió, aunque con amabilidad, que se marchara.

Ahora apaga el televisor, desenchufándolo. Los sobres sellados con la fotografía de Taxliil y el dinero en metálico están todavía en el maletín del ordenador; no hay tiempo para comprobar si falta algo más. Decide llevar consigo esos objetos valiosos, pues no se le ocurre una manera mejor de tenerlos a buen recaudo. Por mera formalidad cierra con llave la maleta, donde solo hay ropa sucia.

Al salir ve una bandada de cuervos jóvenes, con un plumaje tan lustroso que parecen untados en petróleo. Algunos se pasean ufanos, desafiándolo a perseguirlos; otros levantan el vuelo cuando se acerca y se posan en las ramas de los árboles o en el recinto de césped. Graznan ruidosamente y se picotean unos a otros.

Ahl va a la recepción para quejarse de la actitud del técnico que sintonizaba el televisor. Un hombre tuerto de mediana edad, al que no había visto antes, está en el mostrador. Ahl duda si exponerle su queja, porque supone que el hombre no trabaja en el hotel.

—¿Dónde está el gerente? —pregunta.

—¿Qué quiere? —dice el tuerto con brusquedad.

—Me gustaría dejar constancia de una queja sobre el joven que sintoniza los televisores, que ha tomado por costumbre cerrarse con llave por dentro en mi habitación y hurgar entre mis cosas —dice Ahl.

El tuerto se rasca la barba de tres días.

—Me temo que no hemos mandado llamar a ningún técnico. Despedimos al último que trabajó aquí hace tres días, precisamente porque lo descubrieron husmeando en la habitación de uno de los huéspedes.

—Pero si ahora mismo estaba en mi habitación —dice Ahl.

—No tendría por qué estar allí.

—Entonces —dice Ahl—, ¿cómo puede entrar en mi habitación si no dispone de una llave maestra, o consigue una de la recepción? Acabo de echarlo de allí hace escasos minutos.

—No tendría por qué estar allí, ni tampoco tendría por qué tener una llave maestra del hotel —insiste el tuerto—. Daré parte a dirección y se encargarán de tomar medidas.

—Hágalo, por favor —dice Ahl, aunque ni por un instante cree que el hombre vaya a hacerlo.

Suena un claxon y la valla de fuera se abre para franquear el paso a un vehículo destartalado. Fidno va al volante. Ahl se pregunta si tiene sentido llevar todo el dinero en efectivo y el ordenador encima, cuando salta a la vista que Fidno cree que el pueblo al que van no merece llevar más que este cacharro, en lugar del coche lujoso que suele conducir. Pero ¿qué otra cosa puede hacer? Deja el ordenador portátil a los pies y decide confiar en su buena suerte, pensando que todo irá bien. Quizá se marche del hotel a la primera oportunidad y se instale con Xalan y Warsame, si su ofrecimiento sigue en pie.

Apenas se ha montado en el destartalado cacharro de cuatro ruedas, ha dejado el ordenador junto a los pies y se ha abrochado el cinturón de seguridad, Fidno pisa el acelerador y sale chirriando ruedas, como si quisiera alejarse de ese lugar cuanto antes. En poco más de quinientos metros se encuentran ya en una zona pobre de la ciudad, donde las barracas están hechas de toscas esteras reforzadas con planchas de zinc aquí y allá, o de materiales de embalaje donde aún se leen los nombres de los fabricantes; aunque avanzan demasiado rápido para que Ahl pueda distinguir las letras. Las puertas improvisadas, meros retales de tela, ondean al viento. Tanto las barracas como los anexos que hacen las veces de cocinas dan una impresión de pura provisionalidad. Ahl no necesita que le recuerden que allí viven los desplazados por los enfrentamientos que tienen lugar en el sur del país. Han venido a Bosaso porque aquí hay paz.

Fidno cambia las marchas rápidamente, el trasto traquetea con tanto ruido que ninguno de los dos habla, ni siquiera cuando Fidno está a punto de atropellar a un par de peatones parados en mitad de la calle. En el último segundo se apartan, y Fidno sigue adelante como un piloto de carreras que hiciera un *rally* por carreteras rurales deshabitadas. El trayecto es tan desagradable como ir montado a lomos de un camello joven que escupe, da coces y echa espumarajos por la boca. A Ahl le duele el trasero, pero Fidno sigue conduciendo a toda velocidad por el camino lleno de baches, espantando a una docena de pollos que picotean entre sobras de comida.

—¿A qué viene tanta prisa? —dice Ahl, gritando para hacerse oír en medio del estruendo—. ¿Llegamos tarde a algún sitio?

—Nuestro hombre está inquieto —dice Fidno—, y puede que no lo encontremos si no estamos allí cuanto antes.

—¿Cómo se llama?

—Si de verdad lo quieres saber, se lo conoce por su apodo, Magac-Laawe. El Hombre Sin Nombre.

—Entonces, ¿has hablado personalmente con Sin Nombre?

—He hablado con su esbirro.

A Ahl le gustaría que Malik estuviera ahí ahora, porque él sabe lidiar con gente de esa calaña, la suciedad que nadie se atreve a limpiar, en una tierra sin leyes, en un país donde la fuerza bruta da grandes beneficios. Si los señores de la guerra tienen a

sus ayudantes, y los presidentes a sus vicepresidentes, parece lógico que en un mundo donde la coacción es la norma, los traficantes de personas tengan también sus secuaces.

—¿Qué le has contado de mí a Sin Nombre?

—Que eres mi amigo.

¿En qué me convierte eso?, se pregunta Ahl. ¿En socio de un conocido criminal? ¿Es esto lo que te hacen los hijos, a propósito o sin querer, convertirte en cómplice de forajidos? Ahora que lleva encima tanto dinero en metálico y el ordenador portátil, reza para que Fidno no infrinja la ley mientras están juntos, en este vehículo destartado, de camino a Guri-Maroodi, uno de los puntos conflictivos más candentes incluso dentro de Puntlandia.

—¿Qué más le contaste?

—Que estás buscando a tu sobrino fugitivo.

—¿Sobrino? ¿Por qué sobrino? Es mi hijo.

—Eso no importa. ¡Sobrino, hijo, hijastro!

Desde luego que importa; pero Ahl no dice nada.

—Me preocupaba que Sin Nombre temiera un exceso de emotividad, de irracionalidad o de exigencia por tu parte si las cosas no van como quieres. «Mi hijo» es diferente de «mi sobrino». No sé si podrás entenderlo, pero eso fue lo que pensé. Lo hice por tu bien. Para mover las cosas.

Una vez más, Ahl piensa que no está tan preparado para desenvolverse en estas situaciones como Malik, que ha entrevistado a jefes de la droga afganos así como a señores de la guerra talibanes en Pakistán. Hay que conocer el funcionamiento de la mente de los criminales, y Ahl carece de experiencia. Le preocupa pensar que si transige con la mentira una vez, podrá transigir muchas, y entonces ya no habrá manera de pararlo.

—Aclararé la cuestión con Sin Nombre. De mi lengua no salen mentiras fácilmente, y tendré que ir con pies de plomo en todo momento con lo que digo.

—Haz lo que mejor te convenga —le aconseja Fidno.

Cruzan una aldea triste donde solo se ven unas pequeñas tienduchas bajas construidas en piedra sobre una base de madera, los techos de zinc pintados de distintos colores, sobre todo azul. Hay carteles que anuncian cigarrillos, refrescos, leche y otros productos, Ahl supone que más para decorar que porque estén disponibles. Han reducido la marcha y avanzan ahora casi a paso de hombre, y Ahl ve varios grupos de tres y cuatro personas, siguiéndolos con mirada curiosa. Incluso alcanza a oírlos: hablan una mezcla de suajili, oromo, tigrina, un árabe entrecortado de la variante que se emplea en Yemen, y somalí. Un microcosmos del Cuerno de África, una miseria cosmopolita marcada por la implacable pobreza.

Los minibuses circulan por la carretera a Bosaso, y además hay hombres y mujeres que se paran a la espera de que alguien los lleve, o hacen el trayecto a pie; sobre todo son jóvenes, y se ven más hombres que mujeres.

—Así que el negocio ilícito consiste en transportar ilegalmente a través del golfo de Adén a estos jóvenes, que pagan un dinero que a duras penas pueden permitirse —dice Ahl.

—El contrabando de personas es una de las industrias criminales más florecientes del mundo, y las campañas por erradicarlo solo parecen hacerlo más clandestino, agravando la corrupción y encareciendo el trayecto para los que pagan por hacerlo.

—Alcancé a oír a gente hablando en amárico, suajili y tigríña mientras pasábamos —dice Ahl—. ¿Cómo demonios llegan hasta esta región?

—Los etíopes, los eritreos y los somalíes del sur del país caminan durante días para llegar aquí. Algunos kenianos y tanzanos vienen en avión o en barco. Solo unos pocos alcanzan su destino en Yemen, porque los dueños de los barcos de pesca, para evitar que les confisquen las embarcaciones, hacen saltar a tres cuartas partes de los pasajeros al agua antes de arribar a la orilla.

Hay un grupo de hombres jóvenes reunidos alrededor de una camioneta descubierta. Cerca de ellos, una mujer ha instalado un tenderete. Ahl se da cuenta de que la mujer vende *qaat*. De hecho, ve que uno de los jóvenes carga un fardo y varios de los compañeros lo siguen, salta a la vista que están pidiéndole que comparta con ellos lo que ha comprado.

—Dime cómo describiste a Taxliil —dice Ahl.

—Un muchacho brillante con don de lenguas, modales impecables, encargado de recibir a los reclutas extranjeros de Al Shabab que llegan aquí para unirse a la insurgencia en Somalia.

—¿Cuál es el papel de Sin Nombre en este escenario?

—Una manera de que los dueños de los barcos redondeen el negocio es no volver de vacío después de transportar a los emigrantes hasta las orillas de Yemen —explica Fidno. Ahl supone que sin duda es una ventaja para los diversos grupos que operan al margen de la ley. Tanto a los piratas como a los fundamentalistas les conviene trabajar juntos, no solo por el provecho económico, sino por la seguridad mutua.

Han llegado a las afueras de la aldea. Siguen hacia el sur, recorriendo un paraje tan desolado que parece arrasado por el fuego. De pronto cambia el viento, que trae una ligera brisa del mar. La vegetación es escasa, mayormente arbustos espinosos y unos cuantos árboles dispersos que dan sombra a los viajeros y forraje a los camellos. Un chiquillo descamisado y con sarong que masca un palo, parece perdido mientras sus camellos se alimentan de las hojas de uno de los árboles.

—Hay un mundo de diferencia entre el joven nómada somalí que cuida de su rebaño y los emigrantes que quieren cruzar el mar, ¿no es cierto? —dice Ahl.

—¿Acaso supones que el joven nómada se contenta con su vida porque no conoce nada mejor? —pregunta Fidno.

—Yo diría que muchos de los que emigran, nacidos y criados en una ciudad, están descontentos con la suerte que les ha tocado vivir y ansían buscar fortuna en otro lugar, porque han visto demasiada televisión y creen que la vida fuera de aquí está

llena de comodidades y abundancia —observa Ahl.

—¿Qué hay de tu hijo, que tenía por delante la posibilidad de un futuro prometedor? ¿Sabes qué lo ha empujado a marcharse de Mineápolis y volver a este país desolado?

—Ojalá lo supiera —murmura Ahl.

Entran en otro enclave. La brisa del mar se siente con más fuerza mientras pasan junto a hombres sentados y estirados a la sombra de los escasos árboles, enfrascados en mascar *qaat*. Aparcado cerca de una estructura con un cartel que anuncia Coca-Cola hay un todoterreno, cuyos ocupantes parecen árabes y van vestidos de un blanco impoluto. La presencia de estos individuos de aspecto exótico a Ahl solo se le antoja una declaración de sus oscuras intenciones.

—¿Son esos los empresarios árabes que están instalando granjas de avestruces? —pregunta.

—Esos son los dueños de una granja de pollos más al este, donde también crían ganado para exportar al Golfo —le explica Fidno.

—¿Y esos? —Ahl señala a un grupo de emigrantes jóvenes, medio tumbados en el suelo, como si estuvieran demasiado cansados incluso para sentarse erguidos.

—Emigrantes agotados de esperar.

—¿A qué están esperando?

Pero Fidno no contesta a la pregunta de Ahl.

—Hemos llegado —dice, y gira y se detiene frente a una valla metálica custodiada por hombres armados vestidos con uniformes caquis. Un joven de ojos grandes y un bigotillo fino se adelanta. Fidno lo saluda con la mano, y el muchacho lo reconoce con una amplia sonrisa.

Un lado de la verja se abre y el joven sale, al tiempo que otro chico de cara pequeña que lleva unas gafas enormes aparece del interior de la garita y se aposta junto a una segunda barrera que se acciona manualmente. El primer joven se acerca al coche a echarle un vistazo a Ahl.

—Nos están esperando —dice Fidno.

La verja se abre y Fidno entra con el coche.

La villa está rodeada por un amplio terreno vallado que se extiende en todas direcciones. La casa en sí, situada al fondo, es un edificio de dos pisos con amplios ventanales y una galería acristalada que bien podría albergar una fiesta suntuosa. Detrás se ve el mar. Hay una especie de pasillo cubierto por un toldo que se prolonga prácticamente hasta la verja, como para dar sombra mientras entran con el coche. Fidno aparca, y Ahl recoge el ordenador y le sigue al encuentro de dos jóvenes de librea que aguardan delante del toldo. La vivienda en su conjunto parece nueva y bien construida; la baranda del piso de arriba reluce recién pintada. Del fondo llega el zumbido de un potente generador eléctrico.

—Esta casa pertenecía hace una década a una empresa francesa que realizaba

prospecciones petrolíferas cincuenta kilómetros al norte. Los directivos se alojaban aquí cuando visitaban el yacimiento —le explica Fidno.

Se respira orden aquí, la disciplina de un autócrata corrupto impuesta a través de la coacción, piensa Ahl. Como para demostrar ese orden, uno de los hombres de librea los conduce hasta la casa, con paso medido. Llama a la puerta con un golpeteo rítmico, probablemente un código. La puerta se abre. Fidno y Ahl entran; el joven de librea se queda atrás, con una reverencia.

—Bienvenido, Ahlulkhair. Soy tu anfitrión.

A Ahl se le antoja una voz como de maestro, distante y firme. Se da cuenta de que proviene de un hombrecillo enjuto y entrado en años aposentado en una silla alta, con una barba poblada y canosa y una mirada penetrante. Qué extraño que una voz tan poderosa salga de un hombre tan menudo que casi parece un enano. No debe de medir más de un metro veinte. A Ahl le recuerda a imágenes que ha visto del emperador Haile Selassie, y por eso en cierto modo espera ver a un chihuahua imperiosamente instalado en el regazo de Sin Nombre. Se pregunta si el hombre está impedido.

—¿Cómo va todo? —le pregunta a Ahl el hombrecillo en un tono sorprendentemente familiar.

—Todo va bien por el momento —dice Ahl, aunque no es lo que siente por dentro. Sin embargo, cree que a nadie le gustan los quejicas.

—¿Qué tal tú, Fidno? —pregunta Sin Nombre, con un dejo un poco más autoritario, un timbre más rotundo en la voz.

—Todo va según lo previsto —dice Fidno.

—Excelente.

—¿Qué tal estás tú? —pregunta Fidno.

Sin Nombre parece un poco ofendido.

—Concédeme unos minutos a solas con mi invitado —le pide a Fidno—. Puedes reunirte con los demás fuera. Ya sabes orientarte por aquí sin ayuda.

Acostumbrado a dar órdenes, Sin Nombre cuenta con que le obedezcan, y Fidno hace lo que le pide.

—Gracias por recibir a mi amigo —dice antes de marcharse.

—Luego te veremos. —Ahl reconoce el plural mayestático.

Cuando Fidno abre la puerta para salir, el salón se inunda con el intenso resplandor del sol de mediodía. Y una vez más Ahl se pregunta si está obrando correctamente al relacionarse con criminales.

Mientras Ahl se acerca, Sin Nombre frunce el ceño, como alguien acostumbrado a usar gafas. Es evidente que no está acostumbrado a que nadie haga nada sin su beneplácito previo. Cuanto más se acerca Ahl a la silla donde Sin Nombre está sentado, más extraña parece la situación. Casi cómica.

—Siéntate, por favor —dice Sin Nombre.

Pero no hay ningún lugar donde sentarse, salvo una zona de estar al otro extremo

del salón, provista de un diván y una mullida alfombra con cojines esparcidos siguiendo las paredes. ¿Es ahí donde Sin Nombre masca *qaat* con sus amigos? ¿Un emperador tiene amigos?

¡Qué día y qué humillación! Ahl se agacha, con un crujido de rodillas, preguntándose si los hijos se hacen una idea de las tribulaciones que uno padece por ellos.

Con una sonrisa asomándole en los labios, Sin Nombre dice:

—Cuéntamelo todo acerca de tu sobrino.

—Es mi hijo, de hecho, no mi sobrino.

—Estoy seguro de que Fidno me dijo que era tu sobrino.

—Puede ser —dice Ahl—, pero es mi hijo.

—Eso cambia mi perspectiva.

—No soy su padre. Su madre es mi esposa. Pero yo lo crie.

Sin Nombre asimila la noticia. Su pie derecho, como si tuviera vida propia, tiembla igual que un gato arrecido por la lluvia.

—¿Qué otra cosa Fidno entendió mal, antes de que prosigamos?

Ahl se encoge de hombros en un gesto de disculpa.

—Háblame de tu hijo, pues, cuéntame todo lo que necesito saber.

Ahl le explica todo lo que sabe.

—¿Tienes alguna fotografía del joven huido?

Ahl se la muestra.

—¿Cuál es su fecha y lugar de nacimiento?

Ahl se lo dice.

—¿Cuáles son los nombres completos de su madre y los tuyos?

Ahl se los da, preguntándose cómo es posible que el anciano recuerde esos detalles sin tomar notas ni la ayuda de una secretaria que lo haga. ¿Estará tomándole el pelo, o quizá Sin Nombre sabe ya quién es Taxliil y dónde está?

—¿Algún otro particular que pueda ser útil para localizarlo?

—Se le rompieron las gafas hace poco y al parecer quienes le protegen en Kismayo le consiguieron unas demasiado grandes y toscas para su cara —dice Ahl—. He traído unas nuevas, que pienso darle cuando lo vea, si es que consigo encontrarle.

—¿Cómo se llama el imán de la mezquita de Minnesota que lo reclutó?

Ahl contesta a la pregunta con todo detalle.

—¿Sabes los nombres de sus compañeros yihadistas?

Ahl niega con la cabeza.

—¿Él no conocía al resto de la veintena de chicos que fueron reclutados de Minnesota y los alrededores?

—No lo sé —dice Ahl—. No lo sabemos.

—¿Cómo te podemos localizar, en caso de que deseemos hacerlo?

Ahl le proporciona un listado de números de teléfono.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Ahl se lo dice.

—¿Cuándo te marchas?

Ahl se encoge de hombros.

—Depende del éxito que tenga.

—O la falta de éxito —dice Sin Nombre. Y añade—: Fidno ha mencionado que tu hermano Malik, periodista, está en Mogadiscio.

—¿Qué tiene que ver Malik con esto?

—¿Hay posibilidad de que venga aquí?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me gustaría conocerlo.

—No ha dicho que tenga intención de venir de visita, pero me aseguraré de presentárselo.

—Cuento con ello.

Ahl está incómodo en esa postura, inclinado hacia delante con el peso de su cuerpo sobre las rodillas, como un devoto en un áshram.

—Con su permiso, querría hacerle una pregunta —dice.

—Adelante.

Una oleada de inquietud le recorre el cuerpo, alojándose un instante en su corazón, y luego en su cabeza. Una pregunta indiscreta por su parte podría echarlo todo a perder. A pesar de todo, la formula.

—¿Por qué ha accedido a recibirme?

Sin Nombre se lleva la mano a la frente y tuerce el gesto, como si pensar en los motivos o compartirlos con Ahl le causara un dolor indescriptible. Con los ojos cerrados, contesta.

—En primer lugar porque le estoy haciendo un favor a Fidno, mi amigo.

—Eso es muy considerado por su parte.

—En segundo lugar, porque hace unos días alguien mencionó tres nombres en mi presencia, no puedo recordar en qué contexto. Pero el nombre de Taxliil era uno de ellos, y el nombre se me quedó grabado porque nunca había conocido a alguien que se llamara así. De manera que cuando Fidno acudió a mí, accedí a implicarme y prestar ayuda. Haré lo que esté en mi mano para ayudarte a encontrar a Taxliil.

En ese preciso momento, un teléfono móvil suena en otra habitación. Sin Nombre, sentado en su alta silla, da a entender con sus gestos que la conversación ha tocado a su fin. El joven de librea entra por el fondo y le tiende una mano a Ahl para ayudarlo a incorporarse. Luego lo conduce hasta Fidno, que aguarda en el coche.

Fidno arranca en dirección a Bosaso, conduciendo aún más rápido que antes y visiblemente agitado. Quiere conocer la impresión que Ahl se ha llevado de Sin Nombre. Ahl cree que los extorsionistas tienden a presentar la factura demasiado rápido, igual que las prostitutas intentan cobrar servicios que todavía no han prestado y que luego hacen de prisa y mal.

—No sé qué respuesta dar —dice.

—Sin Nombre tiene muchos contactos entre los mandamases de Puntlandia y más allá: insurgentes, piratas, a todos.

Ahl se siente un poco más tranquilo con eso, pero no siente que esté para nada más cerca que antes de encontrar a Taxliil. ¡Y ahora es compinche de criminales: Fidno, Sin Nombre y toda la caterva!

—Digamos entonces que soy un poco más optimista que antes —concluye al final.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

Ahl tiene la impresión de que Fidno lo está ablandando antes de dar el golpe; está impaciente por oírlo.

—Por favor, llama a Malik y ponlo al corriente —dice Fidno.

—No te preocupes, lo haré más tarde.

—Ahora, por favor. Llámalo ahora.

—¿Y qué le digo?

—Pregúntale si acepta que nos veamos, y que diga dónde y cuándo.

—Lo llamaré más tarde.

—Haz el favor de llamar ahora. —La voz de Fidno adopta un tono amenazante.

Ahl abre la ventanilla y recibe en el rostro una ráfaga de viento y arena. Las tierras que están atravesando se le antojan más desoladas de lo que las recuerda en el viaje de ida. A decir verdad no se ha decidido a llamar a Malik desde el día en que tuvieron su desencuentro sobre la conveniencia de que entrevistara al Jeque, cuando Ahl insistía en que la familia debe anteponerse a las aspiraciones profesionales. Si tuviera opción, Ahl preferiría hacer la llamada en la privacidad de su habitación en el hotel, a solas, pero ve que no le queda otra que telefonar a Malik ahora mismo.

Marca el número, pero como la línea está ocupada, cuelga y le dice a Fidno que volverá a intentarlo al cabo de unos momentos. Entonces enciende la radio del coche, y sintonizan el final de un boletín informativo. Ha habido una lucha encarnizada entre el Ejército de ocupación etíope y los insurgentes, con muchas víctimas civiles. Ahl vuelve a probar, y esta vez Malik contesta al cuarto tono. Ahl activa el altavoz para que Fidno pueda oír la conversación. Pone al corriente a su hermano de su encuentro con Sin Nombre y le asegura que le hace sentirse optimista. Luego le pregunta:

—¿Has pensado cuándo podrás encontrar el momento para reunirte con Fidno? Podrías entrevistarle aquí en Puntlandia, pero si no puedes desplazarte hasta aquí, él está dispuesto a ir a Mogadiscio.

Malik, sin embargo, no está de humor en este momento. Acaba de enterarse de la muerte de otro periodista, alcanzado por otra bomba en una carretera.

—¿Por qué no hablamos más tarde, por la noche, y vemos cómo organizarlo? —dice—. Me parece que él tendrá que venir a Mogadiscio, porque yo no podré ir a Puntlandia.

—Está bien.

—Me alegro mucho de que las cosas vayan por buen camino.

—Pero dime, Malik, ¿cómo estás? —dice Ahl con inquietud—. ¿Estás herido o te ocurre algo?

—Solo estoy impactado, traumatizado; esto es un sinvivir.

Quedan en hablar con más detalle por la noche y se despiden. Después de colgar, se hace un silencio tan largo que Ahl da por hecho que Fidno no va a hablar. Pero de pronto dice:

—Me complacerá mucho ir a Mogadiscio. Tengo tantas ganas que quizá tome el primer vuelo disponible. Pero no lo reservaré hasta que me des noticias. Y cabe la posibilidad de que lleve conmigo a un amigo a la entrevista.

—No me habías dicho nada de llevar a un amigo.

—Lo hablaremos con calma —promete Fidno—. Hay tiempo para eso.

Ahl mira fijamente a Fidno, con furia y recelo. Sin duda a Malik le molestará ese cambio de planes. Pero Malik es parte de la familia, y a fin de cuentas hará lo que sea mejor para Taxliil. O por lo menos, Ahl confía en que así será.

Al llegar al hotel, Ahl baja del coche con los huesos doloridos, los ojos le escuecen del calor y del cansancio del día. Se dispone a despedirse de Fidno cuando una mujer joven, vestida con recato, la cabeza cubierta y la cara oculta tras un velo, aunque solo someramente, sale de la recepción. Se acerca directamente a Fidno, le susurra algo y se queda a un lado esperando.

Fidno le dice a Ahl:

—Si dispones de un momento, permíteme presentarte a Wiila. Creo que la conociste en el avión. Y recordarás que también la vimos juntos con Warsame, en el puesto de *qaat*.

Cansado, pero creyendo que sería demasiado descortés no acceder, Ahl estrecha la mano que Wiila le tiende. Pero incluso engalanada con el traje tradicional, su porte devuelve a Ahl al club nocturno en Yibuti, cuando la prostituta intentó engatusarlo; presiente en Wiila esa clase de sabiduría. Y, teniendo en cuenta que es amiga de Fidno, Ahl decide ser cauteloso.

—Encantado de conocerte —dice Ahl—. Como Fidno comentó el otro día, algunos de nosotros hacemos que el mundo sea más pequeño de lo que en realidad es.

Al soltarle la mano hace ademán de marcharse, pero Fidno lo agarra del brazo.

—Vamos, invítanos a un café, a un té. Somos tus invitados, ¿dónde están tus modales?

Consciente de que negarse a invitar a Fidno y Wiila no beneficiará en nada la empresa de encontrar a Taxliil, aunque a sabiendas también de que correrá riesgos innecesarios si confía más de la cuenta en ellos, Ahl opta por una vía intermedia: cooperación y vigilancia.

Se sientan en la terraza. Fidno y Ahl piden café, Wiila un refresco. Mientras aguardan las bebidas, Wiila explica por qué lloraba cuando Ahl y ella coincidieron en

el avión.

—Mi hermano menor había sido asesinado por Al Shabab ese mismo día. Todavía estoy llorando su pérdida.

Ahl recuerda aquel primer encuentro y cómo se interesó por la mujer al verla afligida. Se nota que Fidno tiene el aire de alguien que ha desenterrado una gema para Ahl; quizá Ahl esté demasiado cansado para apreciar el valor de lo que se le ofrece.

—¿Qué tengo yo que ver con todo esto? —pregunta.

—No tienes nada que ver.

Fidno le indica con un gesto a Wiila que puede marcharse. Ahl capta un atisbo de sonrisa en los labios de la mujer, un leve destello en sus ojos, como si hubiera cumplido con su parte en un contrato y ahora quedara libre. Wiila se levanta, saluda con la cabeza a los dos hombres, y sin probar siquiera el refresco se marcha.

—¿A qué estás jugando? —le pregunta Ahl a Fidno cuando la mujer desaparece de la vista.

—Es tan simple como la comida casera, que requiere mucho trabajo pero merece la pena y hace falta cada uno de los ingredientes del mortero, cada grano de sal, para que el plato sea una joya.

Ahl se siente embaucado cuando Fidno recurre a esas palabras rebuscadas, pero aun así sabe que está arrinconado. Así que deja traslucir apenas su irritación cuando le pregunta:

—¿Adónde pretendes ir a parar con todo esto?

—Mi intención no es implicarte en ningún sentido, para nada. Pero quiero involucrar a Malik y conseguir embarcarlo en un viaje con múltiples direcciones, donde varios caminos convergen en ángulos fascinantes. Un viaje peligroso, sí, pero que merece la pena.

Ahl habla con voz constreñida por la preocupación.

—¿Quieres que Malik hable con Wiila? —dice—. ¿Es esa tu intención?

Fidno no puede evitar darse aires, como un estudiante empeñado en superar a su maestro.

—Wiila tiene un hermano mayor, Muusa Ibraahim, antiguo pirata, que trabajó conmigo y al que me gustaría que Malik entrevistara. Muusa es parte del trato. De ese modo Malik habrá hablado con un financiador de la piratería, y ha accedido a hablar conmigo; yo no puedo quedar mal con los piratas y la piratería, Muusa es quien conoce el asunto desde dentro y tiene mucho que decir sobre Al Shabab.

Ahl recuerda la homilía atribuida a James Thurber, según la cual el humor es caos emocional recordado con serenidad. No hay duda de que ha sido un día de caos emocional, en el que sus esperanzas de localizar a Taxliil se han avivado pero ahora peligran, a menos que se pliegue a las exigencias con que Fidno pretende extorsionarlo. ¿Cuándo van a terminar sus abusos?

—Hablaré con Malik hoy mismo, más tarde —dice Ahl.

Fidno saca entonces un teléfono móvil, lo enciende y busca un número, que Ahl imagina que debe de ser el de Muusa Ibraahim. Ahl anota el número cuando Fidno se lo dicta.

Zanjados los asuntos de la jornada, como si Ahl y él fueran compañeros de fatigas tomándose unas copas, Fidno dice con una sonrisa maliciosa:

—Wiila me ha dicho que no le importaría prestarte sus servicios, si te apetece gozar de compañía en este hotel de mala muerte. Solo hace falta que me lo digas y te la mandaré aquí.

A Ahl no se le ocurre un comentario apropiado para salir del paso, pero de pronto le sale sin pensarlo:

—No tenía idea de que también te dedicaras al proxenetismo —dice.

Fidno no se ofende.

—Solo tanteaba el terreno. Era un simple ofrecimiento. Vivimos tiempos de tentación, y no conozco a hombre de familia que dijese que no a Wiila.

Y acto seguido Ahl se levanta y se marcha, y Fidno, por una vez, paga la cuenta.

Igual que antes, la puerta de la habitación de Ahl está cerrada por dentro. Después de llamar insistentemente, el técnico que arregla los televisores le deja pasar. Ahl no sale de su asombro, y más después de comprobar a conciencia que tiene todo el dinero en la riñonera que lleva a la cintura y el ordenador portátil en la bolsa que carga al hombro. Entonces, como si pretendiese demostrar algo, echa un vistazo a su maleta, que tiene el cierre arrancado. Sin esperar a que el técnico se marche, llama a Xalan por teléfono y le pide que por favor mande a alguien a buscarlo en cuanto pueda. No le explica por qué, solo quiere marcharse de aquí. ¡Basta!

Camina por la habitación, busca una toalla, abre el grifo y, con la parsimonia de quien puede matar el tiempo que le venga en gana, se lava las manos y la cara. Sin inmutarse ni alterarse, el técnico se queda en la habitación, toqueteando los botones del televisor sin prestarle atención a Ahl o a su necesidad de un poco de intimidad. Quizá el interminable conflicto de este país no decaerá hasta que los ladrones que campan en sus fronteras perfeccionen sus habilidades, piensa Ahl. Quizá la estulticia de sus gobernantes, de sus presuntos intelectuales, de los ancianos de los clanes y los imanes, de sus jóvenes a la deriva, sea contagiosa; da la impresión de que en esta tierra el sentido común brilla por su ausencia.

Lo llaman al teléfono móvil: Xalan está abajo, esperando. Ahl recoge como buenamente puede la maleta con el cierre roto, sin molestarse en comprobar si falta alguna de sus camisas, pantalones, ropa interior o sandalias. Deja la puerta de la habitación abierta mientras el técnico sigue hurgando en el aparato, subiendo y bajando el volumen.

Ver a Xalan es un soplo de brisa fresca para los sentidos: viste un caftán que le deja los brazos al descubierto e insinúa su hermosa figura, y luce una sonrisa preciosa. Ahl se azora al darse cuenta de que se miran intensamente, y siente que le da un vuelco el corazón. No cabe duda de que se atraen, pero comprende que no están hechos el uno para el otro. Xalan acude a su encuentro y se echan a reír cuando intentan abrazarse y por poco no se caen. Ella lo ayuda a cargar el ordenador portátil, mientras él se debate con la maleta desvencijada.

No hay nadie en la recepción, de modo que deciden llevar el equipaje al coche y esperar junto al vehículo, confiando en que aparezca pronto un empleado y avise al gerente para que le prepare a Ahl la cuenta. Mientras esperan, Ahl pone a Xalan al corriente de los últimos sucesos.

—Qué increíble que ese hombre siga todavía en la habitación toqueteando el televisor —dice ella—. En cualquier caso me alegra mucho que te vayas a alojar en nuestra casa.

Se ríen de la situación.

—De todos modos no me apetece tener más altercados con el personal del hotel, incluido el gerente. Probablemente no me creerán, será mi palabra contra la del

técnico. Y supongo que sus compañeros de trabajo se pondrán en contra de mí, pues soy un huésped extranjero, por más que hable somalí.

—Qué absurdo que Warsame te buscara un hotel regentado por gente de esta calaña, con todo el espacio que hay en nuestra casa, donde disponemos de una planta casi entera —dice Xalan con fingida irritación, burlándose.

Se tocan; sonrían.

—No seas dura con Warsame, por favor —dice Ahl, pensando que de mal humor Xalan debe de ser implacable. Quizá sean sus raíces malayas las que le aconsejan ser cauteloso; su padre habría dicho todo lo que se le pasara por la cabeza.

Cuando el gerente llega con la factura, Xalan comprueba la suma garabateada a mano y frunce el ceño, porque los números no cuadran. Entre otras cosas le están cobrando a Ahl la reparación del televisor, además del uso de sábanas y toallas y comidas que no ha consumido. Es un timo en toda regla, pero Ahl sabe que no se gana nada negociando con estafadores, y este es el precio habitual para un somalí en la diáspora que vuelve de los «países con dólares». Si se niega a pagar y da parte a las autoridades tiene muy pocas posibilidades de éxito; tarde o temprano le obligarán a pagar, a punta de pistola, acaso con su propia vida. Pobre de quien le niega a su guardaespaldas el préstamo que le pide, o del periodista en cuyo periódico se niegan a entregar el rescate que exigen al secuestrarlo justamente el día en que tenía previsto volver a casa.

Xalan, sin embargo, no se acobarda.

—¿Y si dice que no va a pagar? —pregunta.

—Yo le recomendaría no ir por ese camino —dice el gerente, en un tono que pretende ser intimidatorio.

Se enzarzan en una discusión; Ahl señala que ya había presentado una queja a un hombre tuerto en la recepción acerca de la actitud del técnico de televisores, pero el gerente le dice que en el hotel no trabaja nadie de esas características.

—Vaya, esta sí que es buena —dice Ahl con un suspiro.

Inevitablemente Xalan y el gerente intercambian exabruptos, después de que este acuse a Ahl de mentir. Ella amenaza con llamar a la policía, y el gerente le replica que tiene a la policía en el bolsillo y, de hecho, hará que la arresten si no saldan la cuenta y se marchan enseguida.

Entretanto el calor se ha hecho insoportable. Ahl hierve por dentro, en más de un sentido. La camisa se le pega a la espalda, el pelo le arde como chamuscado por el fuego. No tiene madera para afrontar esta clase de situaciones. Recuerda haberse enterado de un incidente en el que unos jóvenes armados, sin fuerzas suficientes para llevarse el botín a cuestas, obligaron a las víctimas a cargar en sus propios coches lo que les habían saqueado y, como los ladrones no sabían conducir, tuvieron que hacerles de chófer. Ahl no quiere perder de vista la razón por la que está aquí, y no va a pelearse por una cantidad que para él es irrisoria. Insiste en pagar lo que le piden, en dólares, y por si acaso añade una propina. Al fin quedan libres.

Al salir del recinto del hotel, Xalan le cuenta la escalofriante historia de un amigo somalí llegado de Nairobi.

—Nuestro amigo visita Puntlandia a menudo, ha invertido allí mucho tiempo y dinero —dice—. De hecho es uno de los fundadores del estado autónomo, un muchacho excepcional, además de un emprendedor muy inteligente y sagaz. Alquila un coche para ir desde Bosaso y Gaalkacyo, y toman varios desvíos. Viajan con él dos escoltas armados que la oficina de los coches de alquiler insiste en que lo acompañen, y además dos parientes suyos, ambos hombres, que aprovechan el trayecto gratis.

»Bueno, ya sabes qué paisajes tan increíbles tiene Puntlandia. En un momento del viaje, nuestro amigo se detiene a recoger un puñado de piedras con unas formas exquisitas. Verás, los que procedemos de Puntlandia no podemos evitar pensar que todo en nuestra región es valioso, que es una zona rica en petróleo, gas y minerales, y que incluso nuestras piedras son preciosas: solo hay que llevarlas a tasar. Por eso se guarda varias piedras en una bolsa, pregonando a los cuatro vientos que sin duda resultarán ser más valiosas que el oro. Las llevará a Nairobi y, dependiendo del resultado, quizá a Europa, para averiguar su valor.

»Regresa a Nairobi con las muestras. Lleva a analizar las piezas y tiene que resignarse a aceptar que no valen nada. Su mujer y el socio de su empresa les dan una utilidad en la oficina: las colocan como pisapapeles.

»Varios meses después, nuestro amigo regresa a Puntlandia. Y adivina qué pasa: tres de los hombres que estaban con él cuando recogió las piedras se presentan en su casa, donde lo acosan y exigen su parte del dinero que sacó de la venta de las piedras. Él les dice que se marchen. Lo apresan por la fuerza y lo mantienen incomunicado un par de días, acusándolo de haberlos estafado. Para liberarlo, intervienen los ancianos del clan.

Suena el teléfono, pero Ahl decide no contestar al ver que es Fidno quien le llama. No le ha hablado a Yusur de sus tratos con ese hombre por miedo a alimentar esperanzas que al final se frustren, y por el momento tampoco le ha contado gran cosa a Xalan. Se lo explicará a Yusur cuando sus esfuerzos den fruto; compartirá la noticia con Xalan solo cuando esté seguro de que no hay posibilidad de que surjan contratiempos. Sin embargo, teme que guardarse todos estos secretos al final le afecte, se ponga enfermo o complique las cosas, y más ahora que estará bajo el techo de Xalan. Pero cuando ella le dice «Con nosotros estarás en buenas manos», Ahl alcanza a contestar: «Estoy seguro de que estaré muy a gusto en vuestro hogar».

Aun así, teme el carácter huraño y solitario de Xalan, una de las secuelas de la terrible experiencia que vivió en Mogadiscio, a propósito de la que Yusur le ha hablado con cierto detalle. Xalan tiene un humor cambiante y es difícil de complacer, una de esas mujeres que saben cómo incomodar, y preferiría evitar esta situación. Teniendo en cuenta que Warsame aparece poco por allí, ocupado con sus negocios o

mascando *qaat*, Ahl habrá de aprender a navegar hábilmente por esas aguas turbulentas.

El teléfono vuelve a sonar, y esta vez Ahl tampoco contesta a la llamada. Xalan lo mira con discreción, sonriendo. Quizá piensa que lo llama una mujer y que Ahl no quiere atender el teléfono delante de ella. Se dispone a decir algo que corrija esa impresión cuando un pequeño pájaro de colorido plumaje se posa a su lado en la ventanilla y, asombrosamente, consigue seguir ahí quieto. Ahl cae bajo el hechizo y lo contempla, fascinado, mientras el pájaro lleva a cabo las figuras del siete, el ocho, el uno, el tres, y acaba su actuación con otros números que acaso formen parte del repertorio de los plumíferos. ¿Será que su emplumado amigo trata de comunicarle enigmas que él es incapaz de descifrar? Un volantazo del coche lo arranca de pronto de sus ensoñaciones, y se da cuenta de que Xalan ha estado a punto de atropellar a un peatón que iba caminando tan tranquilo por el centro de la calle.

Xalan para el coche, rebusca en la guantera sin encontrar lo que quiere, luego mete la mano en el bolso y saca un inhalador. Inhala, exhala, transpira y se queda inmóvil, tranquilizándose. Al parecer es un ataque de asma, una dolencia que probablemente desencadenó el trauma de la violación. Ahl espera, apartando la mirada y guardando silencio.

Finalmente reemprenden el camino, pero apenas unos cientos de metros más adelante, Xalan gira en redondo y vuelve al lugar del incidente. Saca del bolso un grueso fajo de billetes, abre la puerta y, antes de que Ahl pueda hacer o decir algo, va corriendo hacia el peatón, que ahora camina a un lado de la calle, para disculparse. El hombre también está avergonzado, y da la impresión de que se considera tan culpable como ella, porque al principio rechaza el dinero. Ante la insistencia de Xalan, sin embargo, lo acepta con ambas manos, en muestra de gratitud por ese regalo que parece caído del cielo.

Ahl piensa en la aparición del pájaro. ¿Una epifanía? Presiente que las cosas empiezan a aclararse. Interpreta los gestos del pájaro como un heraldo de la inminente llegada de Taxliil, la cercanía del encuentro. No comparte ese palpito con nadie más, ni siquiera con Xalan, pues no desea que sea malinterpretado ni tentar a la suerte.

Sentada de nuevo al volante del coche, Xalan murmura algo como «qué locura». Ahl le acaricia la muñeca, como para asegurarle que todo irá bien. Ella afloja un poco la tensión con que empuña el volante, pero no se mueve: necesita más tiempo para recobrar la compostura.

—En un momento me siento completamente segura de mí misma y a gusto, y al instante siguiente todo se desbarajusta.

Pone en marcha el coche y conduce en silencio unos minutos, hasta que llega delante de una verja y toca el claxon. Un hombre con uniforme caqui acude a abrir. Nada más traspasar la valla vuelve a ser otra persona: una mujer que lleva las riendas. Le da instrucciones al vigilante de meter adentro la maleta y el maletín del ordenador

de Ahl. Llama luego a la doncella y le pregunta si la habitación está lista para que Ahl pueda ocuparla inmediatamente.

En la habitación de invitados de la planta de arriba, Ahl consulta el teléfono. Tres llamadas perdidas de Fidno, y dos de un número desconocido. ¿Qué pueden significar todas esas llamadas? Afianza en su interior la idea de que, pase lo que pase, procurará proteger a Taxliil de su propia insensatez. De lo contrario, ¿qué sentido tiene esta disparatada expedición?

Su intento por contener un estornudo empieza a sonar como el carraspeo de un gato que se atraganta con una espina de pescado. Se limpia con el dorso de la mano. Sorbe con la nariz, un gesto poco acorde con un hombre como él. De pronto se siente con ganas de recitar poesía y dice para sí uno de sus versos favoritos, a fin de mantener a raya las oleadas de ansiedad que teme acaben devorándolo: «Soy todo lo que hay a mi alrededor».

Deshace el equipaje y se sienta en el borde de la cama, repitiendo el verso varias veces. ¿Quién era el poeta, Wallace Stevens o Robert Frost? ¿Qué hay a su alrededor, salvo la miseria de una nación con los ánimos por los suelos? Recorre la habitación de un lado a otro como el dueño de una funeraria que midiera el tamaño de un ataúd para un cadáver, pero no se decide a hacerle la llamada a Fidno, temeroso de recibir malas noticias. Vuelve a pensar en el pájaro que se ha posado en la ventanilla del coche, y una vez más no acierta a decidir si se trata de un buen o un mal augurio.

Se oyen unos enérgicos golpes en la puerta, pero al principio no contesta, paralizado aún por la aprensión. Entonces oye a Xalan.

—... la comida está en la mesa.

Se reúne con ella en el comedor, no para almorzar, sino con la idea de hacerle compañía, un simple gesto de buena voluntad. Le gustaría poder mencionar la desaparición del sobrino de Xalan, Ahmed-Rashid, pero no se atreve por temor a abrir la caja de los truenos. Aun así le parece raro que ella no haya aludido al chico para nada, ni siquiera mientras hablan de la desaparición de Taxliil.

—¿Dónde está hoy Warsame? —pregunta Ahl.

—Mascando *qaat* en casa de un amigo —dice ella.

Hay un vaso de mosto servido para Ahl. Toma un sorbo, pero dice que no es capaz de comer, tiene molestias estomacales. Como para demostrarlo se abraza la barriga, que hace unos ruidos desagradables. A Xalan le hace gracia y se echa a reír.

—No has comido nada desde el desayuno.

—Quizá más tarde —dice él.

—Tal vez el agua de aquí te sienta mal al estómago —dice ella—. ¿Quieres un vaso de agua mineral embotellada?

—No tengo ningún problema con el agua —dice él.

—Pues entonces tomemos un té.

Le pide a la asistenta que prepare té para tres. ¿Té para tres? ¿Quién es el tercero?

Nuevamente un verso acude a su memoria, esta vez de T. S. Eliot: «¿Quién es el tercero que camina siempre a tu lado?». Ahl continúa recitando el poema en silencio, permitiendo que capte su atención y lo aleje de las preocupaciones. Qué curioso y qué interesante también que Xalan no le haya dicho quién tomará el té con ellos; decide no interrogarla, sin embargo, por parecerle de mala educación. Presiente que algo fuera de lo corriente, un suceso valioso y providencial, está ocurriendo. Primero un pájaro misterioso, y ahora una enigmática presencia. El corazón le late con fuerza, no tanto de inquietud como de expectación.

Entonces, casi a modo de respuesta, oyen un fuerte golpe en la verja, que a continuación se abre y se cierra. Ahl espera y, entretanto, fija la vista en el techo, evitando la mirada de Xalan. Entra el recién llegado, un muchacho. Xalan se pone de pie de un salto y lo estrecha en sus brazos como si fuera un hijo reencontrado después de mucho tiempo. Lloro de alegría. Luego el muchacho se acerca a Ahl y lo abraza también.

Es un joven unos años mayor que Taxliil, muy alto y escuálido, con mucho vello facial. Se mueve con gestos nerviosos, como un fugitivo, y tiene un brillo indómito en la mirada. A pesar de la alegría de su expresión, también lleva el miedo escrito en la cara. Su inmensa desazón salta a la vista.

Ahl padece momentos de zozobra mientras observa a la mujer y al joven abrazados, y la imagen le provoca un llanto instantáneo al recordar al pequeño Taxliil, dormido entre sus brazos y respirando plácidamente con un pequeño ronquido. Ahl se siente tan confundido que se pregunta si Fidno o Sin Nombre, en su deseo por cumplir con su parte del trato, le han enviado a este muchacho por error. Y como no puede decidir si es así, aguarda con la esperanza de una explicación que arroje luz a su confusión.

Se fija en que Xalan tiene agarrado al muchacho por la muñeca, como si temiera que pudiese huir. Luego lo toma del codo y lo empuja suavemente hacia delante.

Sin poder contenerse, Ahl le hace a Xalan una ráfaga de preguntas. ¿Quién es este joven, de dónde viene, y por qué ella está tan emocionada de recibirlo y abrazarlo?

—Se llama Ahmed. Ahmed-Rashid. Es mi sobrino.

El muchacho se aparta, visiblemente ofendido, y se mantiene alejado de Xalan, decidido a guardar distancia.

—No, yo ya no me llamo Ahmed. Hace mucho que no me llamo así.

—¿A qué nombre atiendes, pues? —pregunta Ahl.

—Mi nombre es Saifullah —responde el joven.

Ahl empieza a vislumbrar algo parecido a la claridad, una claridad que le permite comprender que el muchacho es un fundamentalista renegado, un zelote con una visión.

—¿Saifullah es tu nombre de guerra? —pregunta.

Asintiendo, Saifullah dice:

—Ya no soy la persona que antes era.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He viajado de incógnito —dice Saifullah.

—¿Y de dónde vienes?

—De ningún lugar concreto.

Las evasivas del joven ponen a Ahl en alerta.

—¿Y adónde te diriges?

—Voy a cumplir con mi destino sagrado.

La cara de Xalan revela un temor hasta ahora desconocido. Mira a Ahl y a Saifullah y, de pronto, se lanza a abrazar al muchacho, como si fuera el hombre amado a punto de embarcarse en un arduo viaje del que quizá nunca vaya a volver. Sollozando, se aferra a él y dice:

—¿Mi hermana sabe que estás aquí?

—Mi madre lo sabe todo —dice Saifullah.

Xalan deja de llorar, se enjuga las lágrimas de la cara. Suelta a su sobrino, se sienta y pregunta:

—¿Y cómo ha reaccionado?

—Ya sabes cómo es mi madre.

Xalan contesta con dureza:

—Dime cómo es, porque yo y ella no nos hemos visto, ni siquiera hemos intercambiado un saludo de hermanas, desde hace mucho tiempo.

Ahl se dispone a marcharse para darles intimidad, pero Xalan le hace una seña para que se quede.

—Dime cómo es tu madre ahora. Sé que es una mujer devota, que lleva una vida recluida, entregada a la oración. Pero ¿qué piensa de que decidas ir a cumplir con tu destino sagrado?

—Me temo que eso tendrás que preguntárselo tú.

—No le parece bien, ¿verdad que no?

—Te sugiero que acudas a ella tú misma para conocer sus opiniones.

Ahl cree que es el momento de intervenir con una pregunta crucial.

—¿Por casualidad conoces a mi hijo Taxliil?

Saifullah lanza un gruñido, como si no consintiera una interrupción inoportuna. Cruza una mirada con Xalan, pero ella fija la vista en el suelo. Al final responde sencillamente:

—Sí, conozco a Taxliil.

Ahl reacciona en silencio, con más temor que alivio, ante las palabras de Saifullah. Entorna los ojos, como queriendo concentrarse, pero no sabe qué decir. Tras una larga pausa, pregunta lentamente:

—¿Dónde y cuándo lo viste por última vez?

—Servimos juntos en el mismo contingente, en un campo de entrenamiento cerca de Kismayo, poco después de que él llegara.

—¿Cómo estaba la última vez que lo viste?

—Gozaba de buena salud, aparte de unas molestias en los ojos. Una semana después de llegar se le rompieron las gafas. Desde entonces, la vista se le ha deteriorado —dice Saifullah.

—¿Y cuándo y dónde lo viste por última vez?

—No recuerdo cuándo ni dónde fue. Nos movíamos mucho, íbamos y veníamos de un campo a otro, pasábamos la noche en un sitio y nos marchábamos al amanecer, después de la oración de *as subh*.

—Por lo demás, ¿te parece que se encuentra bien?

—Tiene algunos otros problemas personales —dice Saifullah—, que le han causado molestias que más valdría haber evitado.

—¿A qué te refieres?

—A que es un buenazo, a eso me refiero.

—¿En qué sentido lo dices? —pregunta Ahl.

—Por favor, basta de preguntas —dice Saifullah—, porque no estoy autorizado a hablar de esto ni de otros asuntos relacionados.

Cuando el joven da media vuelta para marcharse, Xalan dice:

—¿Qué me dices a un plato de espaguetis con salsa boloñesa, tu plato favorito, preparados por Faai, que vuelve a estar con nosotros?

Xalan explica que Saifullah conoce a Faai, la doncella, desde niño, y que la mujer tiene predilección por él y lo agasaja siempre con deliciosos platos y dulces. A Ahl le toca ahora ser testigo mientras los dos rememoran una parte del pasado que no es conflictiva.

Saifullah está entusiasmado.

—¿Dónde la encontraste?

—Aquí en Bosaso, en un campo de desplazados —le cuenta Xalan—. Vivía en una barraca, y la encontramos de pura casualidad.

—¿Cómo me gustaba su salsa boloñesa!

—Acaba de prepararla, así que si te apetece quedarte a comer...

—Primero tomaré un té, con mucha azúcar —dice Saifullah.

—Entonces, ¿unos espaguetis a la boloñesa de Faai?

—¿Dónde puedo echarme un rato a descansar? —pregunta el joven.

—Arriba, en el cuarto libre, al fondo a la derecha.

Justo antes de que se suba, Faai entra en el comedor, con las manos metidas en los bolsillos del delantal. Mira fijamente a Saifullah, y luego a Xalan.

—Aquí lo tienes, es nuestro Ahmed —le dice Xalan.

Saifullah no se molesta en corregirla. En lugar de eso, se acerca de una zancada a la doncella, que al principio no le reconoce, hasta que su rostro se ilumina y el muchacho la estrecha en un cálido abrazo levantándola del suelo. Forman una imagen divertida, él la dobla en altura, ella lo dobla en anchura. Cuando la suelta, la mujer lo agarra por las delgadas muñecas y luego sostiene sus mejillas chupadas entre ambas manos.

—Mírate —dice Faai—. ¿Tú también has estado en un campo de refugiados o detenido en una penitenciaría? ¡Pero si pareces un palo, de tan delgado como estás!

Xalan se apresura a cambiar de tema, pues no quiere que Saifullah se disguste o quiera salir corriendo. Faai, sin embargo, insiste en saber más cosas.

—¿De dónde sales? Espero que no de la penitenciaría, donde apenas dan de comer como es debido a los reclusos, ¿verdad?

—Estoy bien, en serio —dice Saifullah.

—Se aproxima un milagro —dice Faai, ululando.

Ahl comparte ese mismo sentimiento, pero no lo dice.

Xalan le dice a Saifullah:

—Ahmed era el nombre de tu abuelo paterno, y Rashid el nombre de tu abuela materna, dos bellos nombres musulmanes. ¿Por qué cambiarlos por Saifullah?

—Es un nombre que me encaja a la perfección —dice el joven.

Faai lo agarra más fuerte y lo llama por su antiguo nombre varias veces, hasta que le corren lágrimas por las mejillas.

—Y dime, ¿qué clase de nombre es Saifullah? —le pregunta.

Nadie contesta y todo el mundo la mira como si hubiera metido la pata diciendo algo imperdonable.

—Estoy cansado —dice Saifullah—. Me voy a acostar.

—Ese cuerpo famélico necesita un poco de comida —dice Xalan.

—Bueno, pues ¿dónde está esa boloñesa? —dice Saifullah, y por fin Faai vuelve a la cocina a buscarla.

Racionalmente Ahl no sabe qué conclusión sacar de todo esto, pero tiene la poderosa sensación de que es un buen augurio haber conocido a Saifullah, y arde en deseos de saber qué va a revelar. Aun así piensa con inquietud que ante cualquier cosa que diga o haga, Saifullah se comportará de un modo impredecible. Y si eso es así con este joven, ¿qué puede esperar de Taxliil?

Una vez Saifullah se va arriba, Ahl y Xalan se sientan sumidos en un grave silencio, sopesando la trascendencia de lo que acaba de suceder. Ahl se pregunta si conviene alentar o acallar sus expectativas después de lo que acaba de contarle Saifullah sobre Taxliil.

Xalan le pone al corriente de algunos datos relevantes: que Saifullah llevaba desaparecido más tiempo que Taxliil, y que incluso corrió el rumor de que había muerto en un atentado suicida fallido. O que Al Shabab le había hecho un consejo de guerra y lo habían ejecutado.

Luego uno u otro cambia de tema y comentan qué raro les parece que los legionarios de Al Shabab escojan nombres tan arcaicos.

—Me tranquiliza tener noticias de Taxliil, aunque no sé muy bien qué esperar a partir de ahora —dice Ahl.

—Por un instante temí que Saifullah saliera por la puerta como un caballo

espantado. O que se cerrara en banda y no hablara, o huyera y desapareciera tan misteriosamente como apareció —dice Xalan.

Se hace un breve silencio.

—Es curioso que haya dicho que no está autorizado a hablar del asunto. ¿Qué clase de subterfugios son esos? —dice Ahl.

—¿Sabes lo que me preocupa? —pregunta Xalan.

—¿Qué te preocupa?

—Que tiene el aspecto de alguien que no va a vivir mucho.

—Como si tuviera una misión que cumplir —coincide Ahl.

—No puedo ni pensarlo.

La idea inquieta a Ahl, que trata de ahuyentarla adoptando el punto de vista contrario, aunque solo sea porque quiere creer que pronto verá a Taxliil, también.

—Quizá con el sueño Saifullah consiga desterrar sus pesadillas y esté mejor dispuesto a hablar con nosotros.

—Tengo que ir a ver a su madre, mi hermana —dice Xalan.

Ahl sube a su habitación e intenta varias veces llamar a Malik y a Fidno, y cada vez recibe el mismo mensaje: el abonado no está disponible. ¿Qué demonios puede significar eso? Al fin localiza a Malik, y lo pone al corriente enseguida, resumiéndole lo que ha ocurrido.

Malik parece optimista.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien. Taxliil volverá, como es común entre los chicos que se fugan, sin previo aviso, disculpándose y prometiendo no volver a hacerlo más. Mira a Saifullah.

Ahl se siente alentado por lo que Malik dice y se alegra y se tranquiliza al encontrar a su hermano más receptivo de lo que esperaba. Es entonces cuando le dice:

—Fidno se ha ofrecido a presentarte a un tal Muusa Ibraahim, también conocido como Marduuf, un antiguo pirata que también quiere rendir cuentas con Al Shabab, porque mataron a su hermano menor, un antiguo joven recluta del grupo. ¿Te interesaría hablar con él?

Malik se muestra entusiasmado con la idea y toma nota de los datos para ponerse en contacto con Marduuf, aunque no puede predecir cuándo podrá encontrarse o hablar con él.

Malik llama al timbre que hay junto a la verja de la casa de Bile y Cambara, y se vuelve para mirar a Qasiir, que ha aparcado cerca de la entrada y está esperando, pues quiere asegurarse de ver que Malik está dentro antes de irse.

Mientras aguarda a que aparezca alguien o que abran por el interfono, activando los ladridos de los perros, Malik recuerda haber visto *101 dálmatas* en DVD con su hijita en el regazo. Con un año era demasiado pequeña para entenderla, aunque cuando ve un perro de verdad lo señala con el dedo e imita los ladridos. Malik suele entretenerla con un repertorio de cómo ladran los perros de distintas razas: sabe imitar el grito agudo del pastor escocés, el bufido grave del lebrél afgano y el aullido del husky siberiano.

La llegada de Cambara lo saca de su ensimismamiento. Mientras se acerca le dice que viene a abrir la verja manualmente porque hay un corte eléctrico. Camina cautelosamente, como si sorteara charcos, y finge torcer el gesto en lo que en realidad es una sonrisa. Lleva unos zapatos de entrecasa y una túnica *guntiino* que la favorece, dejando entrever su piel y un atisbo de escote cuando la tela le resbala por el hombro. Al llegar junto a la verja, sin embargo, se cubre con el fino chal estampado como para asegurarse de que no haya ninguna clase de malentendidos por parte de Malik, que antes de entrar se vuelve y saluda a Qasiir al pasar con el coche. Cambara le da el manojito de llaves para que pueda abrir la puerta desde fuera. Los dedos de ambos se rozan por accidente y sienten una descarga de electricidad estática. Malik aparta la vista, avergonzado, aunque Cambara no parece inmutarse; echa a caminar delante de él, y ninguno de los dos habla hasta que están dentro de la casa y Cambara ha vuelto a colgar el aro de las llaves en el gancho detrás de la puerta.

Con voz ensayada, Malik dice:

—Que la muerte llega antes de hora y nos arrebatara a los mejores es una realidad que muchos de nosotros no apreciamos hasta que muere un ser querido. Y por supuesto es peor si muere asesinado.

Aguardando a que concluya, con las manos extendidas, quizá para abrazarlo, Cambara parece alguien que camina en la niebla tanteando alrededor porque no ve a más de dos pasos. Por un instante Malik se queda tan inmóvil que se diría que algunas partes de su cuerpo han dejado de funcionar.

Cambara lo devuelve a la vida exclamando «¡Sí!».

Malik continúa.

—Hace muy poco que conocí a Dajaal, pero aun así voy a extrañarlo. Su muerte me hace pensar: ¿y si muero cuando me queda menos de una página por escribir? Dajaal tenía mucho trabajo por hacer, y algún malvado segó su vida de repente.

Justo cuando termina su parlamento y por fin están a punto de abrazarse, Cambara aguza el oído y se detiene en mitad del gesto, como una bailarina interrumpiéndose en plena pirueta, y retrocede. Opta en cambio por darle la mano y

los dos siguen caminando, ella guiándolo, él a la par.

Cuando ya están dentro, Cambara dice:

—Sin duda un hombre difícil de complacer, a veces más duro consigo mismo que con los demás, Dajaal era un hombre de elevados principios. Era leal, honesto; se podía contar con él. Vamos a echarle muchísimo de menos. Forma parte de nuestra historia, de la historia de Bile y mía. Era gracias a él que muchas veces nuestro mundo seguía girando, nos hacía la vida más fácil, aunque a veces se interpusiera entre nosotros dos y provocara ligeros roces. Pero yo le tenía cariño, mucho cariño.

—A menudo pienso que, en la ficción, la muerte sirve para algo —dice Malik—. Ojalá supiera de qué sirve una muerte como esta en la vida real.

Cambara prepara dos bebidas en vaso largo y una en vaso corto, añade una gota de algo a uno de los vasos largos (Malik no sabe qué, quizá sea alguna medicina para Bile) y le tiende uno. Levanta el corto para brindar con él, diciendo:

—A tu salud.

—¿Cómo se encuentra Bile? —pregunta Malik.

—Bajará enseguida —le anuncia.

Y así es, muy pronto Bile se reúne con ellos. Tiene mucho mejor aspecto, aunque parece un poco nervioso; su dedo índice y corazón frotan el pulgar al ritmo lento de su andar, paso a paso más cerca de su objetivo: una butaca mullida de respaldo duro colocada entre los asientos de Cambara y Malik. No pueden evitar ser testigos de su progreso gradual, pero ninguno de ellos quiere hacer comentarios al respecto. Malik se levanta para recibirlo con un abrazo.

Cambara le ofrece el vaso largo intacto y, besándolo en la frente y en los labios, le dice:

—Tu bebida, querido, le he puesto una gota de la medicina.

Bile se lleva el borde del vaso al labio inferior y da un sorbo; la nuez de Adán se mueve visiblemente, y luego da un nuevo trago, sediento.

En ese preciso momento cae un proyectil en las inmediaciones. La casa se estremece ligeramente, los cristales tiemblan contra los marcos, las bombillas de la lámpara entrechocan apenas con un tintineo que a Malik le recuerda remotamente a uno de los juguetes de cuerda de su hija.

—Bueno, ¿qué me decís a eso? —pregunta Malik.

Bile, obsesionado con seguir puntualmente las noticias sobre los enfrentamientos, pasa las horas escuchando HornAfrik y ha oído que algunos de los proyectiles van dirigidos a la residencia donde han instalado su base los etíopes y el presidente provisional.

—Hace un rato noté que uno pasaba justo por encima de nosotros. Algunos de los entrevistados en la radio decían haber identificado la casa donde los insurgentes que lanzan los misiles se han atrincherado.

—¿Y qué pasó entonces?

—Entonces oyeron la respuesta enviada desde la residencia presidencial, donde los etíopes cuentan con bombas más potentes y letales, que por ende provocan más destrozos.

—Cubriendo otras guerras he conocido muchos casos de misiles que no dan en el blanco —cuenta Malik—. Y en consecuencia se producen víctimas civiles.

—Aquí a ninguna de las partes en liza le importa —dice Bile—. Los etíopes se alegran de matar somalíes, y los insurgentes, en consonancia con sus posturas extremistas, ejercen la misma clase de brutalidad imperdonable.

—Según los informes de la radio, muchas de las bombas no cayeron en los objetivos a los que iban destinados —dice Cambara— y han causado un elevadísimo número de víctimas civiles.

—Estoy seguro de que a Malik le interesará visitar algunos de los hogares destruidos, y saber cuántas vidas se han perdido con los ataques —dice Bile.

—Al Shabab asesinó a Dajaal —dice Cambara.

—Y los etíopes bombardean y matan a la población civil.

—Indiscriminadamente —añade Cambara.

Entretanto Bile, reacomodándose en la butaca, pierde sin querer una de las chanclas; trata de alcanzarla tanteando con los pies descalzos, pero solo consigue alejarla más aún. Malik se apresura a levantarse para traerle la chancla que Bile no puede alcanzar.

—Gracias.

Malik le ofrece sus condolencias por la muerte de Dajaal, y Bile consigue balbucir unas palabras casi inaudibles a modo de respuesta, aunque por poco no derrama la bebida al contestar.

—Aquí estoy yo, inútil y con vida, mientras él, que era tan útil, está muerto. Somos un pueblo con una terrible tendencia a la autodestrucción.

—Fue conmigo un hombre magnífico, generoso —dice Malik.

Bile se interesa por los artículos de Malik, la marcha de la investigación y las entrevistas, y le pregunta si con Qasiir se las está arreglando bien por el momento. Las respuestas positivas de Malik son un motivo de alegría para Bile, que brinda a la salud de todos.

—Queremos que te traslades aquí con nosotros, ahora que el atribulado inquilino de nuestro anexo de dos habitaciones lo ha dejado libre —dice Bile.

—¿Qué ha sido de Robleh? —pregunta Malik.

—Se ha marchado —dice Cambara.

—En buena hora, diría yo —contesta Bile.

—Recibirá lo que merece —dice ella.

—A nosotros solo nos causó problemas —dice Malik.

—Aun así, Cambara no quería echarlo —dice Bile.

—Por lealtad a una amiga de Toronto.

—Lealtad, ¡y un cuerno! —dice Bile.

Malik está pensando en cambiar de tema cuando oyen el estallido de otra bomba que cae en el vecindario y hace temblar la casa. Pero Bile no está dispuesto a zanjar la cuestión, sigue despotricando con resentimiento. Malik cree que están viviendo al límite: entre los bombardeos, y por si fuera poco la muerte de Dajaal les ha traído la muerte a la puerta de casa.

—Robleh tenía por costumbre traer a casa a neófitos de las mezquitas —dice Bile—. En nuestra presencia se atrevía a decirles que nos ha aconsejado a menudo «tomar los votos». Una mentira como cualquier otra, pero que no osaba decirnos a solas, porque no podía. Si hubiera tenido fuerzas, yo mismo hubiera matado a ese estúpido.

Por un instante Cambara parece crispada como un gato acechado por una serpiente. Visiblemente molesta, opta por irse a la cocina a preparar cosas. Malik está convencido de que las historias sobre Robleh no han terminado aún. Se propone plantear un tema relacionado tangencialmente, el de los somalíes que tras la invasión etíope están abandonando el país con pasaportes extranjeros. Quiere escribir un artículo acerca del trato que reciben en la frontera con Kenia, y lamenta que por el momento no pueda abordar la cuestión. A lo mejor Qasiir puede encontrarle a alguien a quien entrevistar.

Cambara les sirve un almuerzo ligero, un caldo suave con gambas y base de citronela. Lo toman allí mismo, sosteniendo los platos encima del regazo; Bile con una bandeja, para que no tenga que moverse, porque tiene molestias en las rodillas. Sorben la sopa prácticamente sin ruido, ni siquiera el tintineo de una cuchara al chocar con la porcelana. Malik no puede desterrar una preocupación que le da vueltas en la cabeza.

—Quería que habláramos de Dajaal —dice Malik.

—¿Acerca de qué? —pregunta Bile.

—Antes de que Jeebleh se marchara, acordé con él que destinaríamos una remuneración para Dajaal, un pago mensual, el equivalente a la paga de un año —dice Malik—. Ahora que lo han asesinado, no sé qué hacer con esos honorarios. Debería haberle preguntado a Qasiir, pero me sería de ayuda contar con la opinión de alguien que esté fuera de los familiares más cercanos.

—¿Qué quieres preguntar exactamente? —dice Bile.

—¿Dajaal tenía algún familiar que pudiera beneficiarse de ese dinero que me propongo reunir?

—Nosotros éramos su familia —dice Bile, como para zanjar cualquier posible discusión sobre el asunto—. No hace falta que te molestes —añade.

—Ya, pero le debo la paga.

—Eres nuestro invitado, así que no te preocupes.

—Jeebleh y yo... —empieza a decir Malik.

—Por favor —insiste Bile.

Cambara se vuelve hacia él.

—Oigamos lo que tiene que decir.

—No te metas en esto —dice Bile con firmeza.

Malik piensa que, igual que el pastor se recrea hablando de sus camellos, el donjuán de sus conquistas, el estadista de sus estrategias, el corresponsal de guerra de los riesgos que ha corrido, las personas como Bile y Cambara, que no han conocido nada más que la lucha, por falta de otra causa a la que entregarse, corren el peligro de volverse uno contra el otro. De nuevo cambia de tema, en un intento por evitar una discusión.

—¿Cómo os conocisteis, Dajaal y tú? —le pregunta a Bile.

Bile contesta con una voz áspera, como si carraspeará después de haberse tragado una espina.

—Dajaal y yo nos conocimos un día o dos después de que estallara la guerra civil. Las puertas de la cárcel donde yo había pasado casi dos décadas encerrado, la mitad de esos años con Jeebleh, de repente se abrieron. Unos vándalos blandiendo cuchillos estaban amenazando con apresar el coche en el que yo viajaba y hacerse con el dinero que yo había robado en la casa donde me había refugiado al escapar. Quiso la suerte que Dajaal pasara por allí en ese momento, con su coche. Iba vestido con el uniforme del ejército y armado. Sospechando que los vándalos no se proponían nada bueno, intervino. Luego me ayudó a encontrar a Shanta, mi hermana. Y cuando empleé el dinero robado en fundar El Refugio, lo nombré mi mano derecha. Era un amigo queridísimo: cultivaba a la perfección el don de estar allí justo cuando hacía falta.

Cambara deja caer la cuchara. Bile y Malik la miran, y ella estalla sin contenerse:

—¡Para mí también!

—Para ti también, ¿qué? ¿Qué estás diciendo? —pregunta Bile.

Cambara contesta.

—Las primeras palabras que me dijo Dajaal fueron: «¿Tienes algún problema para el que necesites ayuda?». Me acababan de amenazar unos muchachos que se acercaron con el coche mientras yo iba camino a esta casa, que por entonces ocupaba un cacique de poca monta. Los chicos me habían ofrecido que subiera al coche e intentaban obligarme, me decían «¿No quieres, eh, no quieres?». Justo cuando conseguí desembarazarme de ellos, me encontré con Dajaal, y supe inmediatamente que mi vida había dado un giro decisivo. Dajaal estuvo a mi lado y me ayudó a recuperar la propiedad de mi familia.

Malik tiene la sensación de que no necesita explicar ahora sus experiencias al lado de Dajaal, aunque podría cantar alabanzas sobre ese hombre durante horas.

—Me pregunto —dice— por qué nunca se me ocurrió decirle si tenía familia. Es una lástima, ¿no?

—Era tan discreto —dice Cambara— que daba apuro hacerle preguntas sobre su vida privada, o averiguar si pasaba por problemas económicos o de cualquier clase. A diferencia de muchos empleados, nunca te molestaba para pedirte un préstamo, ni se ausentaba del trabajo.

—No era un empleado —dice Bile—. Era parte de la familia.

—Pero no era de la familia —dice Cambara.

Bile enarca las cejas con visible indignación.

—¿Acaso sabes qué hacía Dajaal cuando nos dejaba al anochecer, cariño? —pregunta Cambara.

—Ni idea —contesta Bile—. Era un hombre celoso de su intimidad, prefería así las cosas.

—Hacia el final de su vida, Dajaal estaba muy cambiado —dice ella.

—Tú y él no siempre os llevasteis bien —replica él.

—Se puso muy susceptible —dice ella.

—Igual que todo este país —dice Bile—. La gente aquí está nerviosa, tiene tendencias suicidas, vive crispada. —Levanta un poco la voz, enfatizando sus palabras—. Admítelo, él estaba más expuesto a las amenazas cotidianas que nosotros. Además, gracias a él nos sentíamos protegidos. Incluso puede que Dajaal haya muerto por protegernos.

—No es que nunca me contestara con malos modales, ni se mostrara abiertamente en desacuerdo conmigo —dice ella—. Me trataba con deferencia, pero pude advertir un cambio en su comportamiento, su rabia hacia el mundo, hacia la vida en general. Como si se sintiera arrollado por el rumbo de los acontecimientos.

—Tú también cambiarías si vivieras bajo una amenaza constante y no supieras cuándo puede salir de las sombras un asesino con la cara tapada para matarte. —Hace una larga pausa, y luego le pregunta a Cambara—: ¿Qué es lo que no nos estás contando? Algo te corroe por dentro; algo te hace volverte ahora en contra de Dajaal. ¿Qué hizo para molestarte de esta manera?

Cambara se yergue en la silla, ofendida, y se levanta, aunque al principio no parece saber qué hacer; entonces ve que Malik está recogiendo los platos y se los quita de las manos, indicándole que se siente.

—El amor no existe sin los celos —dice, dirigiéndose a Malik—. Me pregunto si a Bile se le ha ocurrido pensar cuántas veces me he sentido de más cuando lo veía con Jeebleh, viendo lo relajados que estaban juntos, sin cruzar nunca una palabra desagradable, viendo cómo fluían tersamente sus conversaciones. No cabe duda: me he sentido superflua. Bile parecía más joven, más contento y más animado charlando con Jeebleh. Parecía más lleno de vida en compañía de Jeebleh que conmigo, como si yo le irritara y le resultara tan antojadiza como una chiquilla exigente. A solas conmigo, me da la impresión de que pierde esa chispa y de que habla mucho menos sobre asuntos trascendentales, solo me cuenta qué y dónde le duele. A menudo se comporta como si yo no fuera más que una enfermera a domicilio.

Se hace el silencio. Cambara murmura unas palabras para sí y por un momento parece avergonzada. Demasiado tarde para lamentar ese arranque inoportuno, se marcha a la cocina llevando los platos de la comida.

Malik atribuye el arrebato a la tensión bajo la que Cambara y Bile han estado

viviendo. La guerra civil pasa factura a los que la padecen, y muchos acaban por quebrarse.

El silencio se prolonga hasta que Cambara vuelve para preguntarles si quieren té o café. Mira a Bile de reojo, para dejar patente su disgusto.

Bile le pregunta a Malik:

—Presenciaste el último altercado que hubo entre Dajaal y Gumaad en el apartamento, ¿verdad? ¿Te pareció que Dajaal se pasaba de la raya con sus provocaciones?

Pensando que un único testigo no es testigo, y que en todo caso no puede saber si el altercado condujo a la muerte de Dajaal, Malik opta por contestar con otra pregunta.

—¿Alguien tiene alguna idea de quién lo asesinó?

—Qasiir dice que sabe quién fue —dice Bile.

—¿Sospecha de Al Shabab?

—Eso es lo que he creído entender después de hablar con él.

—¿Tiene pruebas concretas? —pregunta Malik.

—Su opinión se sostiene en meras conjeturas —dice Bile—. Aunque no creo que eso le impida actuar según sus principios, me temo.

Cambara parece todavía incómoda. Se mueve inquieta en la silla, y dice:

—Aun así, Al Shabab y sus aliados dicen ser yihadistas cuando ni siquiera se comportan como musulmanes. —Se pone de pie, como para dejarlos a solas.

Bile le contesta:

—Tú no puedes dirimir esas cosas. Solo Dios tiene el privilegio de decidir si son o no son musulmanes.

—¿Por qué matan en las mezquitas, o a sus puertas? —pregunta ella, como si la respuesta a esa pregunta pudiera desentrañarlo todo.

—Son asesinatos políticos —dice Bile.

—¿Estos atentados están cometidos por quintacolumnistas vinculados con las Cortes? —pregunta Malik.

—Según lo que Qasiir me ha contado, así es.

—¿Insinúa entonces que Dajaal se expuso en bandeja a que lo mataran, declarándose laico? —dice Malik.

Bile solo puede especular.

—Al Shabab conocía desde un principio la postura de Dajaal. No hacía falta que se declarara laico. En todo caso era un demócrata, y por tanto laico. Lo raro es que no lo mataran antes.

Malik mira disimuladamente a Cambara; aunque con escaso fundamento, le da la impresión de que, a menos que sea el centro de atención, donde se sienta valorada, mimada, querida y alabada, es una de esas mujeres que se quedan al margen, igual que ahora, escuchando sus conversaciones como si hablaran de alguien a quien no conoce. Malik intenta hacerla partícipe de nuevo.

—¿Qué sensación tienes tú, Cambara? Las Cortes están fuera; sabemos que a ti sus planteamientos rigurosos no te hacían ninguna gracia. Ahora han venido los etíopes. ¿Qué me dirías si te preguntara cuáles son hoy tus impresiones, tal y como están las cosas?

—Tanto unos como otros son peores que una plaga —murmura ella.

—Hay un proverbio somalí que dice: «Beber leche no servirá de nada cuando te ahogas con el agua» —dice Bile.

—¿Acaso no es lo mismo que he dicho yo, solo que con proverbios? —dice Cambara.

—Quizá estoy diciendo más que eso —contesta Bile.

—¡Haya paz, por favor! —suplica Malik.

—Estoy diciendo que las Cortes habrán aprendido la lección —replica Bile—, y si se les presenta una segunda oportunidad para gobernar Somalia, no serán tan arrogantes e insensatos como lo fueron la primera vez. Por supuesto habrá quienes insistirán en crear un estado islámico a toda costa, y habrá escisiones, facciones enfrentadas entre sí y ese tipo de cosas.

—No se puede hacer mucho con un huevo podrido. Eso es lo que son las Cortes, un huevo podrido —dice Cambara, satisfecha consigo misma.

—¿Qué son los etíopes, entonces? —pregunta Bile, curioso.

—Agentes contaminantes que enrarecen aún más el aire —dice ella.

Se hace un largo silencio, hasta que Bile vuelve a hablar.

—La imagen del huevo podrido para definir a las Cortes es acertada. Pero por lo menos hay posibilidades para la negociación. Ahora mismo están en la jungla política, al haber supuesto equivocadamente que las armas enviadas por Eritrea los ayudarán a derrotar a Etiopía aquí e iniciar la marcha hacia Adís Abeba, para invadirla y ocuparla. Eso es un sueño, pero cumplirlo no es cosa fácil.

Cambara se mira los dedos de las manos, pensativa.

—Me sorprendes, cariño —dice al fin—. Miras a las Cortes con buenos ojos. Nunca habría esperado eso de ti.

—Aborrezco a tal punto la ocupación etíope y el presidente provisional que la ingenió, que preferiría que las Cortes volvieran mañana mismo, con tal de evitar la situación actual —dice Bile—. Aun así, probablemente me ahogaría con el agua que tuviera que beber.

Cualquier otro día, Malik se quedaría a disfrutar de la charla con Bile, especialmente viéndolo tan robustecido como hoy. Pero se retira al cuarto de baño a enviarle a Qasiir un mensaje pidiéndole que pase a recogerlo sin pérdida de tiempo. Al reunirse con Bile y Cambara, les dice:

—Ya pasa de la hora de tu siesta, y yo tengo mucho trabajo que despachar. Así que os doy las gracias por una comida y una compañía tan estupendas.

En un tono autoritario que no deja lugar a cuestionamientos, Bile dice:

—Le pediré a Qasiir que traiga tus cosas del apartamento. Quiero que te instales

en el anexo. Es más seguro estar aquí.

—Tenemos todo lo que precisas —dice Cambara.

—Por favor, no admito réplicas —añade Bile.

—Me trasladaré con vosotros —dice Malik—. Pero a partir de mañana.

—¿Por qué no ahora mismo? ¿O esta noche, a lo sumo?

—Tengo algo entre manos —dice Malik.

—Le diremos a la doncella que lo prepare todo.

—Hasta mañana, entonces.

En el trayecto al apartamento, con Qasiir al volante del coche, Malik repara en que ha recibido varias llamadas perdidas, algunas incluso de la noche anterior, y un largo mensaje de texto que no había leído.

En el mensaje, Ahl lo pone al corriente de las últimas novedades, que al parecer también le ha mandado por correo electrónico: le confirma que se siente más cómodo instalándose en casa de Xalan y Warsame, e indirectamente le sugiere a Malik que se traslade también con Cambara y Bile, aunque no lo dice de manera explícita. Ahl concluye con un «Mantente alerta en todo momento».

Malik se da cuenta de que Qasiir está inquieto: entorna los ojos, como un miope al fijar la vista en un punto distante, y no para de mover los labios.

—¿Va todo bien? —le pregunta Malik.

—He encontrado a Marduuf, el antiguo pirata —dice Qasiir—. Coincidimos en una tetería. Es un hombre muy hosco.

—¿Sabes dónde vive?

—Y también sé cómo se gana la vida.

—¿Dónde vive y a qué se dedica?

—Vende alfombras y tapices —dice Qasiir. Me contó que desde que se dio cuenta de que hay más riesgo que dinero en la piratería, compró una pequeña camioneta con lo poco que le quedaba y montó el negocio.

—¿Cuándo puedo quedar con él? —pregunta Malik.

—Cuando quieras, a decir verdad.

—¿Quieres decir ahora mismo, por ejemplo? —pregunta Malik, entusiasmado.

—Por supuesto —dice Qasiir.

—Estoy un poco cansado.

—Dime lo que mejor te convenga, y se hará como prefieras.

Malik se lo piensa. Un antiguo pirata cargado de rencor hacia Al Shabab parece prometedor.

—Déjame en el apartamento y luego ve a buscarlo.

Guardan silencio, hasta que Malik lanza la pregunta que ha estado dándole vueltas en la cabeza.

—¿Cuál era la situación familiar de tu abuelo? ¿Tu abuela todavía vive?

Qasiir sigue conduciendo sin contestar, con la actitud de quien calcula la

envergadura de un desafío. Finalmente dice:

—El abuelo vivía solo en una casa que estaba en muy buen estado cuando la compró. Últimamente, sin embargo, ha empezado a deteriorarse, hay goteras en el techo, la pintura está descascarillada, el agua forma charcos, los desagües no drenan bien. Siempre decía que se ocuparía de los problemas estructurales y luego la alquilaría o, si llegaba la paz, la vendería para comprarse un apartamento de una sola habitación. No quería molestarse en arreglarla con pequeñas chapuzas.

—¿Tenía gente a su cargo?

—No, si te refieres a una esposa o hijos.

—¿Tú eras su único pariente vivo?

—¿Puedo preguntarte adónde quieres llegar con estas preguntas?

Malik le cuenta lo que habló con Jeebleh antes de que se marchara, y que ambos acordaron concederle a Dajaal una remuneración mensual. No menciona la discusión que ha tenido con Cambara y Bile a propósito de este tema.

—Solo quería saber si tu abuelo tenía a alguien a su cargo, como menores que dependieran de él. Ya sabes que los hombres en estas latitudes siguen engendrando hijos hasta que tienen un pie en la tumba.

—No, no tenía hijos menores —dice Qasiir.

Con acertado criterio, Qasiir le cuenta que, en cambio, él tiene una hermana más joven que quedó sorda por el ruido de los helicópteros estadounidenses cuando invadieron el distrito donde el Cacique del Sur tenía su base de operaciones. Por aquel tiempo era una criatura de pecho, así que desde entonces nunca ha conseguido articular una palabra con sentido, y no puede valerse por sí misma.

—El abuelo Dajaal era su sostén desde que yo formé mi propia familia.

—Hablémoslo con detalle cuando tengamos la oportunidad —dice Malik, viendo que ya casi han llegado al apartamento—. Entretanto necesito preguntarte: ¿conoces a alguien que pueda disponer de información de primera mano sobre el trato que se aplica en la frontera con Kenia a los somalíes con pasaporte extranjero sospechosos de ser simpatizantes de las Cortes? Porque según un comentario que escuché en HornAfrik, hay un puñado de agentes del FBI presentes en los interrogatorios de los oficiales de Inmigración kenianos.

—Eso será fácil —dice Qasiir—. De hecho conozco a un hombre, un tal Liibaan, que sirvió en el Ejército Nacional con el abuelo, y que es dueño de una flota de autobuses que, según tengo entendido, hacen el trayecto entre Mogadiscio, Kismayo y el paso de la frontera. Quizá pueda ayudarnos a encontrar a alguien, o mejor aún, puede que esté dispuesto a hablar contigo. Déjalo de mi cuenta, yo me encargaré de buscar a alguien.

Qué hermosa frase, «déjalo de mi cuenta», piensa Malik, y más cuando se dice con tanta convicción. Esas palabras lo solazan y se recrea en su sentido: «Confía en mí, y todo se hará para que quedes satisfecho».

—¿Me llamas si no consigues localizar a Marduuf?

—Sé dónde vive —dice Qasiir—. Sé a qué mezquita va a rezar, en qué tetería juega a las cartas con un par de amigos: le encontraré. Nos vemos en breve.

Mientras espera a que Qasiir vuelva, Malik pasea sin objeto por el apartamento y al final acaba en el cuarto que usa como despacho. Recoge un papel del suelo, y atraen su mirada unas líneas escritas de su puño y letra, parte de un artículo más largo que ha terminado y mandado ya al director de una publicación, no recuerda cuál: «Los somalíes son un pueblo en el atolladero; una nación con un nervio pinzado; un país sumido en un caos terrible. La nación entera está atrapada en una espiral de degeneración que alguien prácticamente extranjero como yo no acierta a comprender cabalmente. Es todo una patraña, ni más ni menos, una patraña».

Tras pensarlo mejor, tachó con pulso vacilante la última línea, y continuó con estas palabras: «Este conflicto no tiene nada que ver con las rivalidades entre los clanes o las cuestiones religiosas. Más bien todo gira alrededor de la economía. Según un proverbio somalí, es mejor que el tambor sea tuyo, porque así puedes tocarlo como se te antoje. Si no, la segunda mejor opción es que el tambor le pertenezca a alguien próximo, como un pariente, que lo comparta contigo. En otras palabras, la guerra civil somalí está estrechamente vinculada al provecho individual y a los conflictos personales».

Qasiir espera en la sala de estar viendo la televisión, un programa de deportes, mientras Malik dispone lo necesario para entrevistar a Muusa Ibraahim, alias Marduuf.

Marduuf tiene el porte de un hombre que, si irrumpiera en tu casa y dijera ser el dueño, haría que no te sintieras con pleno derecho a llevarle la contraria. Es de estatura mediana, con un pecho ancho y puños de púgil. El dorso de sus manos está surcado de venas prominentes, y se mueven cuando gesticula. Sin embargo, para un hombre de su cariz, habla suavemente y su sonrisa es tan dulce como las fotografías de los anuncios de un bálsamo infantil.

Malik le pregunta dónde y cuándo nació, cuántos hermanos tiene, y dónde estudió, si es que llegó a hacerlo. Habla tan bajo que Malik ha de acercarle más la grabadora y ajustar el volumen. Su acento tiene un deje rústico, además, y Malik ha de prestar mucha atención para captar los matices de sus palabras.

—Nací en Daawo, pueblo hermano de Eyl —dice Marduuf—. Soy el primogénito. Éramos muchos hermanos, pero con el tiempo solo quedamos tres, porque los demás murieron de enfermedades como la tuberculosis o la malaria, o porque no había un médico en el pueblo para curar un catarro. Cinco de mis hermanos no llegaron a cumplir los cuatro años. Muy pocos de los niños que nacen en nuestra región sobreviven. Habías de ser muy fuerte desde el nacimiento para salir adelante.

Malik no sabe si por los nervios o la rabia, pero algo obliga a Marduuf a

interrumpirse cada pocas palabras, como un lector que ha aprendido a leer tarde.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Tengo treinta y cinco años.

—¿Dónde están en estos momentos los hermanos que te quedan?

—Mi hermana trabaja de azafata de avión.

—¿Y tu hermano?

—Murió hace poco. Asesinado por Al Shabab.

Malik quiere preguntar por qué, pero no desea apartarse de lo que en realidad le interesa de la historia de Marduuf.

—¿Qué edad tenía cuando murió? —pregunta.

—No murió, lo mataron —dice Marduuf con vehemencia.

—Pero ¿cuántos años tenía? —dice Malik.

Marduuf se crispa un poco, pero se contiene y solo dice:

—Era un chico pequeño para su edad. Tenía la cara de un viejo, pero el cuerpo de un niño. Tenía dieciséis años, quizá alguno más. Ahora que está muerto, se ha engrandecido. En nuestra memoria.

Malik observa que la voz de Marduuf sube un decibelio cuando habla de su hermano menor asesinado.

—¿Conoces a Fidno? —pregunta Malik.

—Sí. Trabajé varias veces con él.

—¿Qué trabajo hiciste para él?

—Hice de pirata —dice Marduuf.

—Y Fidno, ¿cuál era su papel? ¿También hacía de pirata?

Malik cree ver un asomo de burla o incluso desdén en su mirada. Quizá imaginar a Fidno en el papel de pirata le parezca ridículo o divertido. Malik espera. Al final su paciencia obtiene recompensa.

—Si tienes estudios, no quieres acabar de pirata —dice Marduuf.

Ese comentario le revela a Malik algo nuevo, y tiene la certeza de que arroja luz sobre muchas otras realidades: es la privación de oportunidades pura y dura, la ausencia total de cualquier posibilidad de prosperar lo que hace que un hombre recurra a la piratería, y más aún cuando los medios para ganarse la vida están amenazados, se truncan o directamente desaparecen. Esto rebate la teoría de que la presencia de un Estado central fuerte garantiza el cese de las actividades de los piratas. Malik espera escribir algún día un artículo titulado «La pobreza es la invención de la piratería».

—¿A qué se dedicaba Fidno?

Finalmente, cuando Marduuf se siente en su elemento, las palabras empiezan a fluir, sin apenas titubeos y con menos interrupciones.

—Fidno es un hombre cultivado —dice—. Lee a todas horas. Cada vez que lo veíamos, tenía un nuevo libro en las manos, libros en la lengua del hombre blanco, no en inglés. Tal vez alemán, o eso dijo alguien, porque vivió en ese país, y allí fue muy

poderoso. Cuando hablaba por el móvil en una de esas lenguas, lo hacía rápido, tan rápido como el agua cae por el vidrio de una ventana cuando llueve. Pero es un hombre malo. Hace trampas en sus propios bolsillos. Es uno de esos tramposos que se guarda algo en el bolsillo de la camisa pero se asegura de que el bolsillo del pantalón, el de los carteristas, no tenga ni idea de lo que hay en el bolsillo de la camisa, ¿entiendes lo que quiero decir? No es de fiar. Con el dinero, Fidno se vuelve muy peligroso.

—¿Sacaste mucho dinero de la piratería?

—No mucho —dice Marduuf.

—¿Qué hacen los piratas con lo que ganan?

—Muchos se compran un Toyota Surf, un todoterreno.

—¿Tú te compraste uno?

—Yo me compré un cuatro por cuatro pequeño. Más práctico.

—Entonces, ¿no se hace mucho dinero con la piratería?

—Nos metimos en eso porque se decía que se ganaba mucho —contesta Marduuf—. El boletín somalí de la BBC dice que la gente de las costas de Somalia se hizo rica, que los piratas conseguían a las mujeres más bellas, que cada día había una boda. Pero yo nunca vi esa cantidad de dinero de la que hablaba todo el mundo, ni después de dedicarme varios años a la piratería. El pellizco más grande que recibí fueron siete mil dólares.

—¿Me puedes dar el nombre de algunos de los barcos que apresaste? —pregunta Malik.

—Un barco coreano; otro saudí, muy, muy grande, más que la casa más grande que haya visto en Mogadiscio... No me pidas los nombres, porque no los recuerdo. Hubo uno español, capturamos un barco español que pescaba en nuestras aguas —dice Marduuf—. Los perseguíamos con pequeñas lanchas, hacíamos ruido de disparos potentes como misiles, y se detenían. Requisábamos todo el dinero en efectivo que llevaba la tripulación, que podían ser unos trescientos dólares, les quitábamos los móviles caros y los relojes que tuvieran, nos comíamos su comida. Al cabo de tres meses recibíamos mil dólares cada uno. Juro que no más que eso.

—¿A qué te dedicas ahora?

—Vendo alfombras sin intermediarios, directamente, a algunas mezquitas. Tengo un local en el mercado de Bakhaaraha —contesta Marduuf—. Así fue como mi hermano pequeño entró por primera vez en una mezquita. Kaahin estaba conmigo, era apenas un chiquillo entonces, cuando un día fui a una mezquita a zanjar una venta. Al salir, cegados por la luz del sol, me dijo que se había sentido a gusto dentro del templo. Me dejó al cabo de una semana para convertirse en discípulo de la mezquita. Contaba que allí le enseñaban a leer el Corán y a escribir. Un mes y medio después, me mostró cómo se escribía su nombre en árabe. Yo estaba contento. Luego supe por Wiila, mi hermana, que alguien de nuestra familia que también tenía un hijo en la mezquita se había enterado de que Kaahin había hecho un juramento y se había

unido a un grupo especial de Al Shabab; todo era muy secreto. Desde entonces no venía tanto a verme. Y luego un día supe que había muerto, asesinado.

—¿Cómo supiste que lo habían asesinado?

—Le pregunté a su *mucallim* dónde estaba Kaahin.

—¿Y qué contestó el profesor? —pregunta Malik.

—Dijo que Alá había querido que Kaahin muriera.

—¿Le pediste al mentor que se explicara?

—Me dijo que Kaahin estaba en el paraíso —dice Marduuf.

—¿Le preguntaste cómo sabía él eso?

—Me dijo que mi hermano era un mártir que había dado su vida por el islam.

—¿Qué hiciste entonces? —pregunta Malik.

—Pedí verlo muerto.

—¿Y luego qué ocurrió?

—Dijo que me mataría si volvía a verme.

—¿Y entonces qué hiciste?

—Nada, todavía.

—¿A qué te refieres con «todavía»?

—Voy a actuar. Voy a vengar a mi hermano.

Malik está tentado de preguntarle si piensa dar parte de todo lo sucedido a las autoridades, pero se contiene al comprender que una pregunta así no significará nada para alguien como Marduuf, nacido en un país sin ley y criado en la desolación de las guerras civiles, un hombre que nunca ha conocido la autoridad en un sentido positivo del término.

La cinta de la grabadora se acaba. Marduuf se sobresalta. Mira la máquina como si fuera a golpearla por el susto y entonces, por primera vez, contesta con una sonrisa a la sonrisa de Malik.

Qasiir acompaña a Marduuf a su camioneta, aparcada en el solar, y al volver encuentra a Malik contento con la entrevista, aunque tan cansado que apenas puede mantenerse despierto.

—¿A qué hora quieres que venga por la mañana y traiga a Liibaan hasta aquí? —pregunta Qasiir—. ¿Quieres dormir hasta tarde?

Malik sabe que le aguarda un día duro, con varias entrevistas pendientes y el traslado a casa de Bile y Cambara.

—A primera hora de la mañana —dice.

Saifullah ha desaparecido.

Nadie, mucho menos Ahl, entiende cómo ha podido suceder. El joven se había ido arriba y estaba escuchando grabaciones del Corán. O eso pensaban. Confiaban en que se lo tomaba con calma y que en algún momento bajaría, relajado y dispuesto a hablar con ellos. Procuraban ser pacientes para que las cosas se revelaran a su debido tiempo.

A la hora del té, sin embargo, Faai sube a llevarle una taza de té bien cargado de azúcar y llama a la puerta de su cuarto. Al ver que no contesta, grita su nombre, y además recurre a los apelativos cariñosos con que lo llamaba de niño. No hay respuesta. Xalan sube y las dos gritan cada vez más alto para llamarlo, pero es en vano. Xalan se pregunta, ¿y si se ha tirado por la ventana y yace en el jardín, inconsciente? ¿Y si se ha matado? Faai, entre lamentos, reza más fuerte y con más fervor. «Por favor, Dios, no. Por favor, Dios, no». Xalan le ordena que se calle. Faai se aleja arrastrando los pies y, después de bajar la escalera, se sienta y sigue implorando. «Por favor, Dios, no. Por favor, Dios, no». A continuación sube Ahl a sumar su voz al coro, instando a Saifullah a salir de una vez.

Xalan telefonea a Warsame y le dice que vuelva a casa inmediatamente. Cuando Ahl propone echar la puerta abajo, Xalan se desmorona de pura tensión nerviosa. Aparta la cabeza y se presiona los ojos con las yemas de los dedos, como si atendiera las preguntas que la atormentan y se agolpan en su cabeza.

Para cuando Warsame llega, Xalan respira con dificultad, y su marido teme que le dé un ataque de asma. Va a buscar el inhalador de la mesilla de noche y se sienta junto a ella, más preocupado por su mujer que por Saifullah, a quien nunca ha tenido especial cariño. Sosteniéndola del codo, ayuda a Xalan a caminar hasta el dormitorio; ambos avanzan a duras penas, pues ella deja caer todo su peso sobre él, y Warsame por poco tropieza al dar un paso en falso.

Ahl va en busca de un martillo o algún objeto pesado con el que romper la cerradura. Salta a la vista que no tiene ni idea de lo que está haciendo, porque vuelve a subir las escaleras con las manos vacías. Entonces, por fin se decide a empujar la puerta con el hombro, que fue su primer impulso, y se sorprende de que ceda sin apenas resistencia.

—Aquí no está —anuncia en voz alta después de abrirla.

Warsame va hasta allí. Los dos hombres se miran, y sus miradas convergen en la cama intacta. Luego, sin mediar palabra, se dirigen hacia la ventana abierta. Ahl apaga la casetera, por la que siguen oyéndose versículos del Corán. Xalan entra corriendo y se queda mirando boquiabierto la ventana. Está claro que ella ha llegado a la misma conclusión y cree que Saifullah ha saltado. Ahl, sin dejar nada al azar, se asoma y comprueba que no haya rastro del joven. Niega con la cabeza. Todos vuelven abajo a discutir cuál será el siguiente movimiento que hagan.

Xalan dice en un susurro:

—Por lo menos no se ha matado en una habitación de esta casa. No sé lo que habría hecho en ese caso.

Ahl no está seguro de qué quiere decir. ¿Xalan se refiere a que no sabría qué hacer si su sobrino se hubiera matado, o que no sabría qué hacer si se hubiera suicidado en una habitación de su casa? Pasea la mirada por los presentes en el salón, que ahora parece un lugar más lúgubre, y al final la posa en Faai, que está de pie en el umbral, llorando en silencio.

Warsame manda llamar al guarda y le pregunta si ha visto a un joven marcharse de la casa. Sin dar ningún nombre, describe a Saifullah con cierto grado de detalle.

El guarda, mascando una bola de *qaat* del tamaño de un huevo, contesta que no ha visto entrar ni salir a ningún joven.

Xalan se vuelve a su marido.

—¿Y qué hacemos ahora?

Warsame constata que en estos momentos no tienen la más remota idea de los lugares o las personas que Saifullah podría frecuentar. Le pregunta a Xalan si cree que haya podido ir a la casa de su hermana, que vive enfrente de la mezquita.

—¿Te ha dicho si había ido a verla antes de venir aquí?

—¿Nos acercamos a su casa y lo averiguamos? —dice Xalan—. Es una lástima que, con la alegría de verle, nos olvidamos de preguntarle por su madre, o si la había ido a visitar.

—No veo qué se pierde por intentarlo —contesta Warsame.

—¿Y si no está allí?

—Más que eso me importa saber si nos recibirá o nos echará de su casa insultándonos —dice Warsame.

Ahl no quiere tentar a la suerte aventurando una opinión. Está al corriente de la mala sangre que se tienen las dos hermanas, a raíz de la disparidad de sus caracteres y de sus puntos de vista, pues una es muy devota e intransigente en los asuntos de fe, y la otra tiene una mentalidad laica. Se levanta, dispuesto a ir a la casa de Zaituun, pero no preparado para hablar.

Xalan se siente incómoda por visitar a Zaituun, su hermana mayor, con la que lleva años sin hablar ni visitarse, a pesar de que ambas han vivido siempre en las mismas ciudades, anteriormente en Toronto y ahora en Bosaso. Zaituun es una verdadera devota, se entrega a la oración con todas sus fuerzas. Xalan y ella se enemistaron porque las costumbres de su hermana menor se le antojaban laxas, y le auguró violaciones y desgracias aún mayores si no tomaba el buen camino. Y Xalan no pierde el tiempo con quienes creen que no debería culpar al islam por lo que le hicieron los vigilantes, violándola en una mezquita mientras tres imanes miraban y no movían un dedo por detener a los estupradores.

Una muchacha los conduce hasta la casa. Les informa de que Zaituun está

rezando sus oraciones. Inquieta, Xalan consulta el reloj, como si quisiera precisar el nombre de la oración que su hermana está rezando a esta hora del día. No sabe si merece la pena preguntarle a la muchacha si ha visto a Saifullah, pero Warsame le recomienda paciencia. Se descalzan en la puerta del salón. Ahl no va preparado para eso, lleva botas y sabe que tiene los calcetines sucios y que en uno de los talones se le ha hecho un gran agujero.

Zaituun vive en una casa modesta, austera y sin adornos de ninguna clase. Las estancias son contiguas, pensadas como espacios independientes uno del otro; no es una casa de habitaciones comunicadas, sino más bien dispuestas como ideas inconexas. En cada rincón hay alfombras, algunas tapizando las paredes, otras tendidas sobre el suelo, o colgadas aquí y allá, como si aguardaran una comunidad de fieles para la oración. El salón mira a la quibla. Ahl imagina en ese instante una mujer que morirá rezando, con unas palabras devotas en los labios.

Y aun así Xalan le ha contado que Zaituun cuando era joven jugaba al fútbol con los chicos e incumplía todas las normas de la escuela, desafiando a los profesores y corrigiéndoles cualquier error. Siempre se llevó a maltraer con su marido, desde el día que se casaron hasta que él murió alcanzado por una bala en un tiroteo, cuando milicianos armados irrumpieron en su casa para saquearla en los comienzos de la guerra civil. Después de enviudar, tras pasar un año en un campo de refugiados en Kenia y otro en una vivienda destartada de dos habitaciones en Toronto a la espera de los papeles de asilo del Gobierno canadiense, sorprendió a todo el mundo al decidir que entregaría su vida al estudio de los textos sagrados. Sus cuatro hijas se casaron y ella volvió a Bosaso, donde sigue hasta la fecha. Cuando le pidieron que explicara a qué se debía aquel gran cambio de actitud, Zaituun le dijo una vez a Warsame, con voz serena y pausas calculadas: «Lo único que recuerdo es estar delante de una puerta subterránea, que se abría a una habitación resplandeciente bañada con la luz del sol. Recuerdo que me adentré hasta sentirme totalmente inmersa en las benditas aguas del gozo interior. Solo entonces comprendí hasta qué punto nuestras realidades cotidianas no son más que resquicio de luz que se abren a la oscuridad de nuestras vidas eternas».

Zaituun llega justo después de que la muchacha les haya servido té. Entra en la habitación con mirada límpida y pasos suaves, su sola presencia irradia serenidad. Sonríe dulcemente y saluda con una leve reverencia en dirección a Warsame y Ahl, y al pasar las dos hermanas se tocan el hombro a modo de saludo. Incapaces y sin deseos de concederse más gestos, por temor a que una de ellas diga algo que no debe, se conforman con este saludo apresurado, simbólico, el mayor compromiso que por ahora se atreven a adquirir.

—¿Has visto a Ahmed? —le pregunta Xalan.

Zaituun hace un gesto de bienvenida y luego se toma su tiempo, fingiendo que no reconoce ese nombre. Para sacarla de dudas, Warsame dice:

—¿Y si decimos Ahmed-Rashid o Saifullah?

Zaituun se queda de pie, muy erguida.

—Hemos rezado juntos —dice—. Le pregunté dónde había estado, adónde iba, qué planes tenía. No contestó a ninguna de mis preguntas. Compartimos la comida en silencio, él fue a rezar de nuevo. Me besó y me abrazó, como si fuera a embarcarse en un viaje del que tal vez no regrese, y yo le deseé que fuera con Dios y que Dios lo bendijera.

Cunde el pánico, Xalan enseguida da muestras de agitación, y Ahl y Warsame se contagian del nerviosismo, pues también tienen sus razones para inquietarse: Warsame, porque está preocupado por que Xalan se desmorone; Ahl, porque había llegado a creer que cualquier posibilidad de recuperar a Taxliil pasaba por la información que Saifullah pudiese procurarle. Debe hacer acopio de todas sus fuerzas para no perder el control.

—Vámonos —dice Warsame, con decisión.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunta Xalan.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —replica él.

Warsame se despide de Zaituun apresuradamente y sale tan rápido que Xalan y Ahl han de correr para darle alcance. Este último le dice «Vaya con Dios» a Zaituun, en un intento por ablandar la dureza de su mirada, que no se despega de su hermana. Siente el peso de la derrota sobre sus hombros.

De nuevo en el coche, Xalan dice:

—Debemos actuar sobre la premisa de que Zaituun sabe mucho más de lo que deja traslucir. Mi hermana es una mujer sin corazón. No me extrañaría que sepa exactamente lo que Saifullah y sus mentores se proponen, y algo me dice que no es nada bueno. No sé si alertar a las autoridades. Warsame, quizá deberías llamar a uno de tus conocidos del servicio de inteligencia y ponerle al corriente de lo que sabemos.

—No quiero delatar a Zaituun. Ya hay bastantes rencillas entre nosotros, ¿para qué empeorar aún más las cosas?

—¿Y si compartiéramos simplemente nuestras sospechas con las autoridades locales —se pregunta Xalan en voz alta—, de que un tal Ahmed, también conocido como Saifullah, puede estar planeando un acto de sabotaje contra la paz que prevalece en Puntlandia?

Ahl no es partidario de hacerlo, pues cree que hará peligrar las posibilidades de reunirse con Taxliil.

—La verdad es que no disponemos de datos fiables con que respaldar esas sospechas —dice.

—¿Qué situación tan desagradable! —exclama Xalan.

—Dudo que quiera que lo encontremos —dice Warsame.

Xalan, con la inquietud que propicia hablar con hipérbolos, le dice a su marido:

—Cariño, ¿por qué eres tan rematadamente pesimista y te niegas con esa contumacia a prestar ayuda?

Warsame sigue conduciendo sin contestar.

Entretanto a Ahl le embarga la sensación de caminar por un puente colgante sobre un río. Cada ángulo de la situación le concede una perspectiva distinta y lo orienta hacia diferentes maneras de proceder. Está profundamente asqueado.

Xalan le tiende la mano desde el asiento delantero y le estrecha la suya.

—Pase lo que pase, ruego que hallemos a Taxliil sano y salvo.

Al llegar a casa encuentran un coche destartado aparcado de cualquier manera. Warsame, que no puede maniobrar para sortearlo, toca el claxon, y el chófer, mascando *qaat* a dos carrillos, toma el relevo al volante para que Warsame pueda ir a recibir a su visitante. Ahl siente renacer las esperanzas: cree que a lo mejor Saifullah ha vuelto. Sin embargo, sus ilusiones se desvanecen cuando le presentan a un hombre que atiende al sobrenombre de Kala-Saar.

Kala-Saar, profesor de universidad en la recién fundada Universidad Estatal de Puntlandia, es amigo de Xalan; se trata de un hombre de aspecto afable, desgarrado, vestido con unos sencillos pantalones anchos y una camisa caqui con muchos bolsillos, llenos de paquetes de cigarrillos, una pipa y demás accesorios. Tiene la costumbre de salpicar sus frases en somalí de palabras extranjeras en italiano, árabe o inglés, dependiendo de la lengua en la que su interlocutor se sienta cómodo. Se doctoró en el Instituto Universitario Oriental de Nápoles, con una tesis sobre la epistemología del islam, y tiene un carácter con tendencia a transmitir un apremio que acaba por hacer perder los estribos a cualquiera. Soltero y nulo en las artes culinarias, Kala-Saar aprecia una buena mesa; frecuenta toda clase de actos sociales, lo invitan allá donde hay una reunión interesante o una mujer soltera de visita en la ciudad y no hay más candidatos para hacerle compañía.

Xalan lo invita a cenar, pero él anuncia que no se quedará a menos que le dejen fumar durante el ágape. Entonces, sin esperar la respuesta de sus anfitriones, enciende otro cigarrillo con la colilla del que está a punto de tirar.

Xalan valora las opiniones de Kala-Saar, pero no sus modales. Le resulta inspirador escucharlo hablar de política o la sagacidad con que analiza los actos ajenos. Le dice:

—Espera hasta que vuelva, y resérvate las buenas ideas para entonces. No quiero perderme nada.

Luego se va a la cocina a disponer lo necesario para la cena, con la ayuda de Faai. Apaga la radio, que la doncella estaba escuchando, a fin de captar desde allí retazos de la conversación.

Mientras tratan varios asuntos intrascendentes de interés local, Ahl advierte que Warsame no tiene tanta debilidad por su invitado. Sale a colación de forma fugaz el presidente de Puntlandia, a quien Kala-Saar describe de «sumamente incompetente» y Warsame tacha de «cretino corrupto».

Kala-Saar pasa entonces a interesarse por Ahl. Salta a la vista que está bien informado sobre su situación, por medio de Xalan. Ahl tiene la impresión de que su interlocutor ejercita su conocimiento como un músculo, en la línea de los antiguos

gimnasios, donde se adiestraban las mentes jóvenes para fines más elevados.

Entonces Kala-Saar le pregunta a Warsame:

—¿Por qué tengo la sensación de que Xalan acaba de pasar por una experiencia extracorporal? Tú tampoco pareces el mismo de siempre. ¿Hay algo que no me habéis contado?

Ahl sospecha que Kala-Saar está tanteando la confirmación de algo que ya sabe a medias por el chófer o por Faai. Warsame le habla de la aparición y la desaparición de Saifullah, y termina con una advertencia: que Kala-Saar se reserve cualquier comentario que tenga que hacer hasta que Xalan esté presente. Kala-Saar accede a esta condición, y se vuelve a Ahl para preguntarle si ha habido alguna noticia de Taxliil.

—No todavía, pero vivimos esperanzados —dice Ahl.

—Seguro que Taxliil estará perfectamente —predice Kala-Saar.

Guardan silencio esperando a que Xalan vuelva con ellos.

Verlos a todos reunidos alrededor de la mesa degustando la comida que ha preparado es una gran alegría para Xalan, que siempre tiene presente la idea de «familia». Se sienta al lado de Kala-Saar y le pide a Faai que baje el volumen de la radio en la cocina, para que la conversación fluya mejor.

Entretanto, aunque antes ha dicho que no quería comer, Kala-Saar está ansioso por empezar el banquete que Xalan ha preparado, con un surtido de verduras y delicias succulentas acompañando un pescado rebozado. Quizá cocinar la haya ayudado a canalizar su desazón.

Kala-Saar toma un sorbo de agua y tuerce el gesto. Cita las «Oraciones en un templo» de Yusuf al-Khal, en el que el poeta libanés escribe sobre una piedra que habla y se convierte en pan, y luego en vino. Ante la insistencia de Xalan para que explique el sentido de sus versos, y alentado también por Warsame, Kala-Saar mira hacia Ahl y recita: «Una carencia, una lamentable ausencia de esta buena mesa, un vaso de buen vino».

Continúa hablando:

—Cuando las desapariciones de Saifullah y Taxliil se miran con una perspectiva más amplia, no puedo evitar llegar a la conclusión de que todo forma parte de una nueva manera de pensamiento entre nuestros jóvenes. Como padres, estamos en falta. Como adultos, no somos ningún modelo para nuestros hijos. Somos culpables en tanto que nosotros, que nos consideramos gente instruida y laica, no hemos servido de inspiración a la generación más joven, que responde a nuestro fracaso con un rechazo rebelde de todo aquello que nosotros hemos defendido hasta ahora. A principio de los años noventa, muchos de los jóvenes se unieron a las milicias de los clanes como reclutas, y mataron y murieron sirviendo a los señores de la guerra que los contrataban. Últimamente han buscado y encontrado otra clase de modelos: imanes y gurús de otros lugares, otras disciplinas y otras culturas. Algunos incluso

han idolatrado a poetas combativos que probablemente no merecen nuestra aprobación. Los jóvenes han constatado su disconformidad en los términos más contundentes, porque nosotros, como padres, como adultos y como profesores, no hemos sido abiertos y francos con ellos.

—Pero ese rechazo a todo, ¿en qué los ha convertido? —pregunta Ahl.

—Algunos han acabado siendo terroristas, otros insurgentes —dice Kala-Saar.

—¿Cuáles son las diferencias esenciales entre los terroristas y los insurgentes? —dice Ahl.

—Los terroristas masacran a los inocentes a propósito, mientras que la resistencia de los insurgentes a la ocupación etíope obliga a sus oponentes, es decir, a los etíopes o los somalíes que luchan en nombre de las Fuerzas Federales, a matar a los inocentes sin querer.

—No veo diferencia entre unos asesinos y otros —dice Warsame.

—¿Cómo definirías a Al Shabab, insurgentes o terroristas? —pregunta Ahl.

—Al Shabab son terroristas, en tanto que se proponen destruir, no construir, y como tales no dan valor a las vidas humanas, como nosotros —dice Kala-Saar—. Aun así, me atrevería a considerarlos auténticos insurreccionistas, que combaten la ocupación y luchan con todos los medios a su alcance. Por desgracia, sin embargo, las guerras entrañan la matanza de personas inocentes.

—¿Qué hay de las mujeres? —dice Xalan.

—¿En qué sentido? —pregunta Kala-Saar.

—¿Crees que el movimiento que genera la disconformidad lo integran solo los jóvenes? —dice ella.

—Desde luego, sin duda —dice Kala-Saar.

—En tu opinión, ¿a qué conduce este descontento? —pregunta Ahl.

—En última instancia conduce al odio hacia uno mismo.

—Y eso, a su vez, ¿a qué conduce? —insiste Ahl.

Kala-Saar deja la cuchara y el tenedor y, mientras mastica, se toma tiempo para sopesar la pregunta. Mira a Ahl largamente, y al cabo posa la mirada en Xalan, sonriendo con la satisfacción de quien ha encontrado una respuesta a una cuestión peliaguda.

—Parafraseando al sociólogo francés Bruno Étienne —dice—, este tipo de odio desemboca en que la nación se asesina a sí misma, y en el proceso de hacerlo, el suicidio individual pasa a ser una metáfora de la cultura de la muerte.

El silencio que sigue a sus palabras le indica a Ahl que nadie ha entendido lo que Kala-Saar quiere decir, pero ninguno le pide que elabore la idea. Todos prestan de nuevo atención a la comida, concentrados.

—Pero ¿qué hay de nosotras, las mujeres? —dice Xalan—. ¿Las mujeres no arremeten contra las injusticias de los hombres con más contundencia que antes?

—No deseo herir tus sentimientos, mi querida Xalan, pero yo no veo que las mujeres en Somalia estén convirtiendo su compromiso con la liberación en una

fuerza viable para el cambio —dice Kala-Saar—. No han dado muestras de rebelión, tal y como han hecho los jóvenes. Las mujeres en Somalia hoy en día ya no son una corriente de cambio positivo y progresista, sino de regresión. Y eso se debe a que las mezquitas se han arrogado el papel de asociaciones sociales, y sabes bien que vosotras apenas contáis con representación en las mezquitas. En mi opinión, las mujeres se han convertido en reaccionarias retrógradas, llevan velo y son sumisas. Hubo un tiempo en que las mujeres somalíes estaban mejor organizadas, como miembros de los partidos políticos, como modelos para la nación. Ya no.

Xalan se observa los nudillos.

—Hablando de los jóvenes, cuya rebeldía contra las costumbres de sus padres parece que apruebas, ¿cuál es tu postura sobre los que se inmolan con bombas o se matan con actos que entre ellos consideran de martirio?

Kala-Saar mastica con incomodidad, como si tuviera los dientes flojos y le sirvieran de poco provecho. Habla con la boca medio llena, y espurrea comida en todas direcciones.

—Tal vez aprobaría el rumbo de Al Shabab si sus acciones estuvieran destinadas a traer cambios: cambios hacia una sociedad mejor. No es el caso. Solo saben desbaratar, no están capacitados para construir nada. Como las Brigadas Rojas. Viví en Italia cuando aterrorizaban el país. No soy partidario de los métodos destructivos. Además, Al Shabab es un movimiento pasajero; se irán igual que se van las luciérnagas.

Se interrumpe, se limpia la boca, toma agua y continúa.

—¿Cuál es mi postura acerca de los terroristas suicidas? He aquí el problema. Ningún imán está dispuesto a pagar el precio supremo por el islam sacrificándose él mismo. Tampoco entregan a sus propios hijos para que mueran por la causa por la que dicen luchar; solo los hijos y los hermanos de los demás. Son un hatajo de deshonestos, y yo no apruebo las conductas deshonestas.

Kala-Saar se sirve más agua en el vaso y toma otro bocado de comida antes de continuar.

—Admiro profundamente a los jóvenes, porque ellos llevan a cabo sacrificios que hasta ahora no se conocían en estas partes del mundo que habitamos. Pensemos en Japón, en la etnia ahmara en Etiopía. Dos pueblos con una tradición en la que sacrificar la propia vida para causar grandes daños a los combatientes enemigos cuenta con una noble historia: los kamikazes que pilotaban aviones pequeños cargados de combustible, explosivos y bombas y se estrellaban contra los buques de guerra aliados; la batalla de Adua, en Etiopía, donde los abisinios lucharon descalzos contra los invasores italianos, mucho mejor equipados que ellos. Nosotros, en Somalia, nunca hemos tenido una tradición de sacrificar nuestras vidas por nuestra nación. Merece la pena traer a colación las palabras de Thomas Jefferson: el árbol de la libertad debe regarse de vez en cuando con la sangre de patriotas y tiranos. Ese es su abono natural.

—Entonces, ¿estás a favor de Al Shabab? —pregunta Warsame.

—No estoy a favor de las acciones de Al Shabab por las siguientes razones. No luchan por la libertad, sino para acaparar el poder. No luchan por el interés nacional, sino por el interés sectorial, puesto que solo defienden los intereses de una parte concreta de la sociedad somalí, la facción extremista.

—¿Qué te parece que luchan por el islam, entonces? —pregunta Ahl.

—El islam no está bajo ninguna amenaza —dice Kala-Saar—. Tampoco creo que lapidar a una muchacha de trece años acusada de adulterio y absolver al hombre que la ha violado sirva para preservar el buen nombre del islam. Más bien denigra la reputación de la fe. ¿Te parece que imponer un tipo de velo ajeno a nuestra tradición a las mujeres somalíes es algo positivo? ¿O prohibir la música, impidiendo la emisión de deportes por televisión, detener en plena calle a las mujeres que van camino a casa o al mercado solo para comprobar si llevan o no llevan sujetador?

La conversación prosigue por estos derroteros, Kala-Saar pontificando sobre varias facetas de los mismos temas, u otros relacionados.

Entonces oyen que Faai grita desde la cocina, llamando a Xalan.

—Por favor, ven y escucha esto.

Xalan va con ella y vuelve, perpleja y boquiabierta.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Ahl.

—Según las noticias de la radio —dice Xalan—, un terrorista suicida de identidad todavía desconocida se ha inmolado en el centro de Bosaso. Hay al menos diez víctimas y muchos más heridos.

Ahl contiene el aliento, su tez pierde su color natural y se queda quieto, inmóvil. Kala-Saar también guarda silencio, visiblemente apenado, como si hubiera sido el causante del terrible suceso. Ahl se levanta y va hacia la ventana.

Su teléfono suena. Le trae una noticia inesperada que va mucho más allá de sus expectativas, una noticia que no alcanza a encajar, sintiendo que el corazón se le sale del pecho. Por poco el teléfono se le cae de las manos. Se calma lo necesario para escuchar.

Xalan, Warsame y Kala-Saar lo observan en silencio mientras habla.

—¿Dónde estás ahora? —pregunta. Aguarda la respuesta y dice—: ¿Puedo ir a recogerte, ahora mismo? —El móvil se le resbala de nuevo—. Si sabes cómo llegar adonde yo estoy, te esperaré aquí. —Una pausa—. Yo también, cariño, estoy tan contento de oír tu voz, tan contento de saber que estás vivo y en buen estado, y que te veré muy pronto. —Luego, justo antes de colgar, añade—: Sí, claro que te quiero, cariño.

Los demás lo miran, esperando a oír las novedades con todo detalle. Ahl, sin embargo, tiene dificultad para hablar, no solo porque le cuesta convencerse de que acaba de hablar con Taxliil, sino también porque no desea compartir la noticia con Kala-Saar. No quiere oír hablar a un hombre que, regodeándose en su soberbia retórica, quizá se embarque en el ejercicio de hacer distinciones entre un terrorista

suicida, a quien pondrá en la vanguardia de los jóvenes somalíes que entregan la vida por una nueva causa revolucionaria, y Taxliil, un apocado que no es capaz o no quiere convertirse en un mártir.

—¿Era Taxliil? —pregunta Xalan.

A modo de respuesta, Ahl rompe en un llanto que le desborda los ojos y le surca las mejillas. En ese momento le gustaría recuperar su preciada intimidad para llorar de alegría a sus anchas, solo. Igual que ocurre en la guerra civil de Somalia, los asuntos íntimos de esta nación son pasto para los rumores, el escándalo, el asombro y los titulares de prensa en todas partes, pero no para las víctimas de la lucha.

Xalan ayuda a Ahl a sentarse antes de que le fallen las rodillas. Tiene la cara anegada por el llanto, parece un niño que se ha embadurnado torpemente el rostro. Entonces Xalan ve que Ahl tiene también los pantalones mojados. ¿Se ha orinado encima? Por el amor del cielo, ¿qué le está ocurriendo a este pobre hombre?

Xalan, de pie detrás de Ahl, indica con gestos a Warsame y Kala-Saar que salgan de la habitación. Luego ella también se marcha y se reúne con ellos en el salón.

Malik, por una vez, es incapaz de concentrarse al escuchar el boletín informativo de la radio; tiene otras preocupaciones en la cabeza. Recién duchado y afeitado, con el móvil al alcance de la mano, está esperando a que Qasiir lo llame para confirmarle que viene en camino y que trae al hombre con información sobre los somalíes que llegan a la frontera keniana con pasaporte extranjero. Sin embargo, cuando suena el teléfono resulta ser Ahl que, sin poder contener la excitación, le informa de que Taxliil ha dado señales de vida.

—Pero ¿cuándo y dónde se comunicó contigo? —pregunta Malik.

—Me llamó ayer, a última hora de la tarde.

Malik echa una ojeada al reloj con cierta aprensión, pues desearía que Ahl no hubiera llamado justo en este momento en que no puede entretenerse mucho hablando. ¿Por qué no lo llamó enseguida, o incluso por la noche a última hora, para contarle que había tenido noticias de Taxliil? Aun así, después del desencuentro que tuvieron días atrás cuando Ahl lo acusó de preocuparse más de su trabajo que de los demás, va con pies de plomo; Qasiir puede esperar, se dice. Con toda la cordialidad posible, reprende a su hermano:

—Qué bien te estabas guardando el secreto, ¿eh?

—No lo mantuve en secreto a propósito —contesta Ahl—. Taxliil llamó diciendo que llegaría muy pronto, pero no acudió. He estado esperando novedades desde entonces. No sé si ha cambiado de parecer o si algo le ha ocurrido desde el momento en que llamó. No he pegado ojo en toda la noche.

—Si te llamó al móvil, debes de tener un número registrado —razona Malik—. ¿Has probado a llamar?

—La pantalla dice «número oculto» —explica Ahl—. Intenté devolver la llamada, pero comunicaba.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

—Esperar —dice Ahl—. ¿Qué otra opción me queda?

—Llamar a Fidno y Sin Nombre, a ver si tienen noticias tuyas. Da la impresión de que hayan intercedido para liberarlo de las garras de Al Shabab, ¿no crees? —dice Malik.

—Ninguno de los dos me contesta; sus números también comunican constantemente.

—Ojalá pudiera ayudarte —dice Malik.

—De eso no me cabe duda —dice Ahl.

—Entonces, ¿puedo llamarte más tarde? —dice Malik.

—Ya te llamaré yo si me entero de algo.

Malik está a punto de colgar cuando Ahl le pregunta:

—¿Qué harías tú en mi lugar? —Suena vulnerable, desesperado porque la conversación no termine.

—Yo esperarí, tal como estás haciendo tú.

—¿Y qué más?

Malik siente que no se le da bien el papel de buen samaritano, ni siquiera podría trabajar en un consultorio sentimental telefónico. No tiene ni idea de cómo reconducir una situación que se ha torcido de ese modo, y tampoco quiere que su fracaso en rescatar a Ahl de la desesperación lo empuje a decisiones precipitadas.

—¿Qué te sugieren Xalan y Warsame?

—Que espere hasta que vuelva a ponerse en contacto conmigo —dice Ahl.

—¿Están ahí ahora? ¿Puedo hablar con ellos?

—Están en su cuarto, durmiendo.

—¿Por qué no haces lo que te están sugiriendo y, para no acabar rendido, duermes un poco, con el teléfono al lado para contestar inmediatamente si te llama? Mientras tanto, trataré de pensar en algo y te llamaré.

—Quizá intente dormir un poco, sí.

—Hablamos luego, pues.

Malik suspira y cuelga, y nada más dejar el teléfono encima de la mesa, vuelve a sonar. Es Qasiir.

—El tío Liibaan y yo estamos abajo en el aparcamiento, no sé si estás listo para que subamos.

Malik guarda silencio, momentáneamente confundido, hasta que recuerda que Liibaan es un antiguo compañero militar de Dajaal, de ahí que lo llame «tío».

—Subid, por favor —dice, y quita el cerrojo de la plancha metálica de la puerta del apartamento para recibirlos.

Qasiir entra primero e intercambia con Malik un saludo apresurado antes de que los dos hagan espacio para un hombre muy corpulento, con una gran tripa redonda que lo precede allá donde va, calzado con unas chanclas de goma demasiado pequeñas para su peso; con una barba tan rala como la de un adolescente de dieciséis años, y unos ojos que se entrecierran hasta no ser más que dos ranuras cuando se concentra.

Mientras Malik se ausenta para preparar el té, Qasiir asume el papel de anfitrión y conduce a Liibaan al salón, donde ambos se sientan. Una vez pone a hervir el agua, Malik se reúne con ellos. Observa que Liibaan se encuentra tan a sus anchas que incluso se quita las chanclas, y se fija en que las uñas de sus pies son peligrosas como dagas, largas y afiladas.

—Me alegro de conocerte, Liibaan.

Tras un silencio, Liibaan dice:

—El asesinato de Dajaal me ha entristecido sobremanera. Lo quería mucho, como a un hermano. Era un poco mayor que yo y un oficial de mayor rango. Un hombre serio, honesto, admirado por quienes le conocíamos. Todos le adorábamos. ¡Que Dios bendiga su alma!

Malik contribuye al coro de «¡Amén!».

La tetera silba y Malik se levanta, aliviado de haber despachado ya los preliminares de la conversación. Le pregunta a su invitado cómo prefiere el té.

—Con mucha azúcar y mucha leche —dice Liibaan.

Malik le dice a Qasiir:

—Ven conmigo a la cocina un momento, por favor. Me gustaría que me hicieras un favor.

Malik pone las tazas y los platitos con algunas galletas y otras cosas para picar. Mete dos bolsitas de té en el agua de la tetera. Qasiir observa y aguarda en silencio, advirtiendo que Malik ha preparado solo dos servicios.

—Me gustaría realizar la entrevista a solas —dice Malik.

—Claro, por supuesto —dice Qasiir.

Malik va a la habitación que hace las veces de despacho, dejando a Qasiir en la cocina, y vuelve con los aparatos de grabar.

—Danos una hora y media.

—De acuerdo —dice Qasiir—. Nos vemos dentro de una hora y media, a menos que antes me digas algo. —Va a despedirse del tío Liibaan.

Liibaan, a petición de Malik, resume brevemente su biografía.

—Nací en Jalalaqsi y me crie en Beletweyne, Hiraan, pero estuve escolarizado en Mogadiscio hasta el segundo año de secundaria, cuando me reclutó el Ejército Nacional como suboficial. Un año más tarde fui a Odesa, donde recibí instrucción y me especialicé en la división de carros de combate. Volví con el rango de teniente segundo, y poco después me enviaron a luchar en la guerra del Ogadén, donde estuve a las órdenes de Dajaal. Serví en el Ejército hasta el desmoronamiento de las estructuras del Estado y, sin más opción, me metí en el negocio de importación y exportación con antiguos compañeros del ejército, algunos de los cuales arrancaron con el dinero que habían apartado después del saqueo del Banco Central de Somalia. Ahora dirijo una flota de autobuses para una empresa con grandes intereses y me encargo de la seguridad. Así es como me gano la vida, en el sector de la seguridad.

—¿Qué entraña velar por la seguridad de una flota de autobuses? —pregunta Malik.

—Tengo empleados a tres docenas de muchachos —dice Liibaan—. Ellos van en grupos de tres o cuatro en los autobuses, como escoltas armados.

—¿Tú viajas a veces con ellos personalmente?

—En los últimos tiempos me he instalado en una aldea limítrofe a la frontera entre Kenia y Somalia. Parecía lógico trasladarse allí cuando los hombres de las Cortes huyeron y abandonaron Mogadiscio, y opté por irme a vivir al pueblo de Liboi, del lado keniano, donde el hotel es más grande y mejor. Algo me decía que mucha gente, en su mayoría extranjeros (entre los que se incluyen los somalíes con otras nacionalidades), huiría hacia la frontera de Kenia, teniendo en cuenta que la frontera somalí con Etiopía estaba cerrada a raíz de la invasión.

—Imagino que sabes cómo van las cosas en el cruce fronterizo —dice Malik—, puesto que vas y vienes constantemente. Supongo que, como hombre de negocios, conoces a algunos de los oficiales de Inmigración, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cómo son? ¿Qué tal te tratan?

Una chispa de sagacidad le ilumina la mirada a Liibaan al contestar:

—El trato con ellos es fácil siempre que estés dispuesto a untarlos un poco. Si lo haces, el éxito está asegurado; eres su mejor amigo y puedes ir y venir a tu antojo, no te hacen preguntas.

—¿Es cierto que suelen sacarle dinero a todos los somalíes que se presenten en el puesto fronterizo, tengan o no tengan los papeles en regla? —pregunta Malik.

—Los salarios de los oficiales de Inmigración kenianos son bajos, y su codicia, aunque no es justificable, sí es comprensible —dice Liibaan—. Además, los kenianos saben que los somalíes son por naturaleza impacientes, y no les importa pagar lo que haga falta por allanar los trámites burocráticos.

Malik le pide a Liibaan que le esclarezca lo que ocurre.

—Los kenianos dividen a todos los viajeros que quieren entrar en Kenia en cuatro grupos; a los viajeros con pasaporte somalí les piden hacer el trámite otro día, ya les dirán cuándo. Se les aconsejaba quedarse cerca de la frontera, del lado somalí. Los somalíes con nacionalidad keniana hacen otra cola aparte: les dan acceso enseguida. Los que tienen pasaporte extranjero van por otro lado, igual que los no somalíes.

—Háblame de los somalíes con pasaporte extranjero —dice Malik—. ¿Cómo va ese proceso?

—A ellos los hacen rellenar formularios por triplicado —dice Liibaan—. Los entregan junto con sus pasaportes, y hacen cola a pleno sol durante mucho rato, esperando primero a que les acepten la instancia y luego a que los entrevisten y les tomen las huellas dactilares. Concluidos estos trámites, los conducen hasta un cubículo donde han de contestar las mismas preguntas, ahora frente a tres oficiales distintos: un keniano de uniforme y, según me dijo un hombre al que denegaron el paso, un estadounidense y un británico, a juzgar por sus distintos acentos.

—¿Alguna idea de qué preguntas les hacen?

—Por lo que me dijo ese hombre, cada oficial pregunta las cuestiones que más conciernen al punto de vista que les interesa, y se repiten las mismas preguntas, formuladas de distinta manera. Sobre todo acerca del terrorismo, de las Cortes, de yihadistas extranjeros en el país, cuestiones sobre financiación y adónde se derivan los fondos; además, claro está, de las preguntas personales expresas para cada viajero en particular.

—¿Por qué le denegaron la entrada a ese hombre?

—Su pasaporte holandés había expirado hacía seis meses —contesta Liibaan—, y no recordaba el nombre del bloque de viviendas donde decía haber vivido en Ámsterdam antes de venir a Somalia.

—¿Algún otro incidente inusual que te venga a la memoria? —pregunta Malik.

—Recuerdo el caso de un tal Robleh, que habló más de la cuenta y se metió en problemas, por lo que me contaron algunos otros viajeros —dice Liibaan—. La primera parte de esa historia me la contó una fuente de confianza, uno de los conductores del autobús, y el resto por el somalí con pasaporte holandés al que le negaron la entrada en Kenia.

—¿Sabes el nombre completo de ese tal Robleh?

—Lo había oído por Dajaal, que solo tenía malas palabras para él, la última vez que nos vimos —dice Liibaan—. Dajaal lo describía como una serpiente rastrea y hablaba de él con un desprecio visceral. Por eso recordé su nombre al oír que alguien lo mencionaba, y pensé: te está bien empleado, serpiente. Era algo como Hassan Ali Robleh, o quizá Hussein Ali, o una combinación parecida, no lo sé. No me importa lo más mínimo su nombre. Dajaal lo aborrecía, y eso a mí me hacía aborrecerlo infinitamente.

—¿Qué hizo para meterse en problemas?

—De camino a la frontera entre Kenia y Somalia, se enzarzó en discusiones acaloradas con todos los pasajeros que viajaban con él en el autobús, y caldeó los ánimos. Defendió a capa y espada la actuación de las Cortes. Pero subestimó la reacción de algunos de los pasajeros cuando se le ocurrió tachar de traidores al islam, de herejes y apóstatas, a cualquiera que no estuviera de acuerdo con él, simplemente porque se opusieran a la política de las Cortes.

Liibaan guarda un largo silencio, pero cuando habla de nuevo parece haber recobrado toda su agudeza dispersa.

—En un intento por que no siguiera despotricando, un viajero empezó a hacerle a Robleh una serie de preguntas inocuas, empezando por dónde vivía, desde cuándo y demás. Pero entonces un somalí con pasaporte sueco se preguntó en voz alta con qué derecho un tipo como Robleh, que vivía en Canadá a costa de las prestaciones sociales, tenía el descaro de llamarlos traidores al islam, herejes y apóstatas, solo porque no aprobaban la actitud beligerante de las Cortes. Robleh carraspeó y vaciló, y los demás pasajeros esperaron hasta que al fin dijo que trabajaba para las Cortes, que era un «cazatalentos» en Norteamérica, pero que vivía de las ayudas porque ese trabajo prácticamente no daba ningún dinero.

»Alguien preguntó en qué consistía ser un “cazatalentos” de las Cortes, y Robleh contestó que se dedicaba a captar a jóvenes para Al Shabab.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunta Malik.

—Entonces Robleh golpeó al hombre, y el hombre le devolvió el golpe, y todo el mundo se metió en la pelea. Llegaron a la frontera, todavía peleándose. Dado que ese día ni siquiera había un mástil para enarbolar una bandera en el lado somalí, el conductor del autobús los dejó lo más cerca posible de los cobertizos especiales que habían montado los kenianos para entrevistar a los viajeros.

—¿Tienes idea de cuándo llegaron a la frontera?

—Sé que los puestos fronterizos están abiertos hasta después de la caída del sol, los oficiales hacen turnos para tramitar las solicitudes. También se dan circunstancias excepcionales en las que se aplican condiciones nunca antes vistas.

—¿Qué condiciones son esas?

—La presencia, en otro cubículo apenas a un minuto a pie, de oficiales extranjeros de paisano, que trabajan en tándem con los kenianos al cargo. Nadie sabe de qué nacionalidad son o a qué rama de los servicios de inteligencia pertenecen, ni a qué país. Algunos son blancos, otros negros; todos hablan inglés.

—¿Cómo acabó la historia de Robleh? —pregunta Malik.

—Su labia no conocía límites —dice Liibaan.

—¿A qué te refieres?

—Al final resultó que Robleh se fue tanto de la lengua que acabó detenido —dice Liibaan—. Porque cuando los demás somalíes del autobús fueron interrogados y preguntados si tenían vínculos con las Cortes y el terrorismo, todos y cada uno de ellos, además de declararse opositores de los extremistas, señalaron a Robleh, que había alardeado de captar jóvenes reclutas para Al Shabab.

—Entonces, ¿lo detuvieron después del interrogatorio?

—La fanfarronería le valió un billete a Guantánamo.

Concluida la entrevista, Qasiir pasa a recoger a Liibaan, tras acordar con Malik que volverá luego para llevarlo al mercado de Bakhaaraha, que en la jerga periodística se considera el epicentro de la resistencia contra la ocupación.

Ahora no pasa un día sin que haya noticias de enfrentamientos armados entre los insurgentes y las fuerzas federales, o sea, las del Gobierno interino, respaldado por los etíopes. Bombardean sus respectivas posiciones en un interminable fuego cruzado. Según Qasiir, el mercado es una pieza fundamental de la venta y la ocultación de armas, así como del suministro de información a la insurgencia.

Mientras espera a Qasiir, Malik prepara rápidamente un plato de espaguetis con salsa de tomate, por si Qasiir quiere comer algo. A él le apetecería una ensalada, pero no tiene lechuga fresca. Recoge sus cosas y prepara el equipaje, listo para mudarse al anexo de Bile y Cambara, pero, como no le parece prudente meter la maleta, el ordenador y el dinero en el maletero del coche si van al Bakhaaraha, decide dejar sus pertenencias en el apartamento para recogerlas más tarde. Llama a Cambara para avisarla de lo que va a hacer, y luego a Ahl, que le dice que no hay novedades.

Cuando Qasiir vuelve, Malik le sirve los espaguetis y le pide más datos sobre el papel que actualmente desempeña el mercado en la insurgencia.

Qasiir mastica largamente y traga la comida antes de contestar.

—Hay varias razones para que el Bakhaaraha esté ayudando a la insurgencia. Por un lado, ningún hombre de negocios tiene ganas de dar la bienvenida a un Gobierno que sin duda aumentará la carga impositiva a sus empresas; preferirían que no hubiera Gobierno, no pagar impuestos. La segunda razón es que no les gusta el

presidente interino, que es de Puntlandia, y al que acusan no solo de haber traído a miles de soldados del estado autónomo, sino además de haber invitado a los etíopes a invadir el país.

De camino al complejo del mercado asisten a más síntomas de devastación: casas destruidas por los bombardeos recientes, familias a la intemperie o bajo la sombra de los árboles que permanecen en pie entre los escombros. Qasiir le explica a Malik que muchos de los propietarios de las viviendas prefieren la incomodidad de vivir de cualquier manera cerca de sus propiedades a trasladarse a los campos de refugiados, donde se hacinan los que han perdido su hogar y los desplazados.

Mucha gente va caminando en dirección contraria, como si ya hubieran visto más de lo que pueden soportar. Malik reflexiona que con la antigua Administración, cuando las Cortes gobernaban, la ciudad vivía en una aparente calma. Ahora conducen por un paisaje agitado, de hombres y mujeres que huyen de algo y miran atrás para comprobar si los problemas de los que huyen les pisan todavía los talones. Allá donde uno posa la mirada advierte inquietud, temor y rabia. La gente se habla a gritos, presa de la crispación, intercambia impresiones acaloradas.

—¿Quieres que paremos? —pregunta Qasiir, mirándolo de reojo.

Malik niega con la cabeza y continúan. Pronto los alcanza el olor a neumáticos quemados. Un grupo de jóvenes y hombres con túnica lanzan soflamas y entonan cánticos cargados de odio: «¡Abajo Etiopía!», «¡Abajo los cristianos invasores!». Otros claman: «¡Larga vida a los mártires de la fe!». Qasiir gira por una calle ancha sin asfaltar y, justo cuando encuentra un lugar donde aparcar, está a punto de atropellar a un hombre que cruza la carretera absorto, enfebrecido. Malik dice que le hubiera gustado traer una cámara. Qasiir saca su teléfono móvil y, antes de que pueda decirle algo, empieza a fotografiar a unos jóvenes que allí cerca están prendiendo fuego a una tosca efigie del primer ministro etíope. Malik y Qasiir se adentran más y más en el corazón del caos, observando los incidentes con interés furibundo. A pesar de que le prometió a su mujer que se mantendría alejado del abismo, que no acabaría muerto dejándola a ella viuda y huérfana a su hija, Malik sigue adelante sin arrepentimiento, atraído por la intensidad del sufrimiento ajeno, atento a los lamentos que oye a su paso, a las conversaciones y a los retazos de la vida privada y pública de quienes lo rodean. Después de todo, en medio de la multitud uno es partícipe de la intimidad de los demás en un espacio público.

—Para ellos es una especie de teatro —dice Qasiir—, e incluso llegan a divertirse, por desgracia. También forma parte del espectáculo político, orquestado hasta el último detalle por los peces gordos que simpatizan con los insurgentes y se oponen al GFT. La idea es humillar al Gobierno interino.

—¿Tú participaste en los viles desmanes con el cadáver del marine estadounidense en 1993, Qasiir? —pregunta Malik.

Qasiir al principio no contesta.

—Sé que un helicóptero americano estuvo a punto de matar a tu hermana pequeña

y la dejó sordomuda y traumatizada de por vida, pero ¿interviniste en aquel acto deleznable?

—El abuelo Dajaal no me permitió unirme a ellos —dice Qasiir por fin.

—¿Lo habrías hecho de no ser por él?

—Sí —dice Qasiir—. Me habría unido a mis compañeros de no haber sido por eso.

—Nunca hubiera imaginado algo así de ti —dice Malik.

—Tal y como nos lo plantearon entonces, todo formaba parte de una estrategia política para mostrar apoyo al general, un elemento más de una representación. Todo estaba ensayado, se contemplaron todos los detalles —explica Qasiir, y tras una pausa añade—: Yo era joven, ingenuo.

—Me consuela saber que ahora te parece un comportamiento imperdonable —dice Malik—. En Pakistán, en India y en Afganistán he sido testigo de muchas de estas manifestaciones concertadas de antemano. Al principio parecen siempre tan reales, sobre todo la teatralidad de quienes participan activamente. Me da la impresión de que esa escena que acabamos de presenciar ha sido muy ensayada. Eso no quita que muchos corresponsales extranjeros muerdan el anzuelo.

—Actúan como plañideras, lamentándose —observa Qasiir.

—Supongo que nada es gratuito —dice Malik.

Recuerda los nombres de algunos colosos del oficio, periodistas y autores que se entrometían en los horrores más recónditos del universo y que volvían con toda clase de escoria. Algún día espera escribir un artículo sobre lo que entraña contemplar las crudas verdades de la ira. Aunque, cuanto más se adentra en los santuarios del laberíntico mercado, vetados para él hasta ahora por su condición de forastero, más se le encoge el corazón. Qasiir, que camina un poco más adelante, ora se para a chocar la mano con uno de los muchachos junto a los que luchó en otros tiempos, ora se saluda con un antiguo miliciano que vela porque la manifestación no se descontrole y no se desaten grandes disturbios.

Malik se ahoga con el humo de las efigies quemadas y demás escombros en llamas. Qasiir y él se fijan entonces en un puñado de jóvenes que dan palmas en un corro, bailando al son de cánticos de protesta en los que alternativamente ponen en el punto de mira a Etiopía, los Estados Unidos, cristianos, infieles, apóstatas o traidores. Mientras Qasiir fotografía a los jóvenes, que posan ante la cámara sin reparos, en un clima festivo y de exaltación, Malik comprende horrorizado que están dando patadas a un cadáver uniformado tirado en el suelo.

Para Malik este suceso marca el momento en la historia de un pueblo en el que la ira sectaria bien puede interpretarse como el pánico de toda una nación. Malik cree que ese comportamiento indica que un segmento de los somalíes ha renunciado a pertenecer plenamente a la especie humana: es inaceptable ultrajar a los muertos. Y quien aspira a proteger la dignidad del ser humano tampoco arrasa un templo de adoración hasta convertirlo en ruinas, ni profana cementerios, ni arrastra un cadáver

por el suelo, o lo pisotea bailando a su alrededor. Se puede llegar a entender la rabia que lleva a ciertos sectores de la población a obrar de esa manera, una rabia provocada por las muertes y la humillación sufrida a manos de los etíopes, pero aun así Malik condena rotundamente su conducta, porque rompe con la tradición, tanto somalí como musulmana, y se aparta de las normas mínimas de civismo.

Demasiado avergonzado para reconocer su propio miedo, se aleja de la escena, lamentándose por el etíope, asesinado en una guerra sobre la que probablemente no estaba bien informado hasta el momento de su muerte. Se lamenta también por los jóvenes somalíes que dan patadas al cadáver, un hatajo de muchachos sin educación e indocumentados, tan ajenos a la noción de respeto por los muertos como de los fundamentos del islam. La culpa es de las décadas de guerra civil, en las que estos muchachos no han ido a la escuela, no han vivido en hogares donde existiera una apariencia de armonía y orden. La culpa es, también, de la casta política actual de este país, tan pobremente educada y egocéntrica como esos jóvenes, y tan absolutamente deshumanizada. Malik siente que la pena que lleva en el corazón es mayor que nunca; en cierto modo se considera cómplice de estos terribles sucesos porque no puede encontrar una manera de detenerlos.

Justo antes de salir del mercado se produce un intenso fuego cruzado, salvas de disparos de RPG procedentes de los alrededores de la residencia presidencial que caen a unos cien metros de donde Qasiir ha aparcado el coche. La ubicación del Bakhaaraha y la casba solo cobran sentido para los nativos de la ciudad, piensa. Un forastero no sabría cuáles son los callejones sin salida y cuáles pueden conducir a territorio seguro.

Suben al coche y milagrosamente consiguen atravesar el laberinto de callejuelas y desembocar en una de las arterias de la ciudad.

El teléfono de Malik suena. Fee-Jigan le informa al otro lado de la línea de que, apenas hace dos horas y media, un periodista cuyo nombre Malik identifica con uno de los fabulosos comentaristas de HornAfrik, ha muerto asesinado cuando circulaba por el Bakhaaraha.

—¿Qué estaba haciendo cuando lo mataron? —pregunta Malik.

—Estaba entrevistando a un insurgente.

—¿Dónde estás tú ahora?

Fee-Jigan dice que va a acompañar al cortejo fúnebre, que ahora mismo está a las puertas del Banco Tawfiq, y partirá en media hora. Le pide a Malik que le pase a Qasiir para darle las indicaciones de cómo llegar.

Malik es el primero en divisar el cortejo, y Qasiir aparca en la parte de atrás. Llaman a Fee-Jigan, que acude a buscarlos, y se quedan los tres junto al coche, conversando. Aparecen otros periodistas, y Fee-Jigan se los presenta a Malik, quien reconoce el nombre de varios articulistas a los que ha leído. Recuerda que sus artículos no le causaron una gran impresión, ya fuera por falta de profundidad o

porque no se sustentaban sobre investigaciones rigurosas que avalaran los puntos de vista que se exponían. Salta a la vista que varios de los reporteros carecen de formación profesional, cuando menos no tienen la necesaria para tomarlos en serio. Aun así Malik los respeta por su coraje y su compromiso irrenunciable con lo que hacen.

Le dan más datos a Malik acerca del asesinato, que ha ocurrido en el complejo del mercado de Bakhaaraha. Shire, el periodista fallecido, estaba esperando al hombre con quien debía entrevistarse, un cabecilla de la insurgencia, en la trastienda de un establecimiento de material informático. Conocido por no ceder al miedo y por hablar sin pelos en la lengua, Shire firmaba sus columnas de opinión aun cuando sabía que podía molestar a las partes en liza. A menudo había pronosticado que la suya era una muerte «anunciada», aunque no podía saber, ni parecía importarle, si lo atraparían antes los etíopes o los insurgentes.

Lo asaltaron varios hombres tapados con pasamontañas en la trastienda, contigua al cubículo del gerente del establecimiento. Tres hombres consiguieron acceder a la sala donde el periodista pensaba llevar a cabo la entrevista, y uno de ellos le disparó utilizando un arma con silenciador.

—Los asesinos salieron, saludaron al gerente y los empleados, y se marcharon habiendo cumplido con su misión —dice Fee-Jigan.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El joven encargado de llevar el té.

«¡Qué triste forma de morir!», piensa Malik.

—Esa es la historia —dice Fee-Jigan, enarcando las cejas con una expresión que parece sugerir que hay algo que no encaja en todo ese asunto.

—¿Y qué explicación han dado el gerente y el personal de la tienda? —pregunta Malik. Tiene la impresión de que el trabajo lo ha hecho alguien de dentro, y recuerda vagamente un incidente en Afganistán en que un señor de la guerra fue asesinado por árabes que se hacían pasar por periodistas.

—Todos los empleados aseguran que no estaban al corriente de los detalles, porque Shire había insistido en dos cosas: que el hombre al que iba a entrevistar y sus escoltas llegarían enmascarados con pasamontañas, y en que les franquearan el paso a la trastienda, donde él estaría esperándolos —explica Fee-Jigan.

—¿Dónde está ahora el cadáver? —pregunta Malik.

—En una mezquita, cerca de su casa.

—¿Vamos a ir a la mezquita o a su casa?

—Primero a la mezquita, y de ahí al cementerio.

Pasa un buen rato hasta que los vehículos del cortejo forman una caravana. Malik piensa que en una ciudad donde reinara la paz habría alguien con autoridad, de uniforme, como un guardia urbano, despejando el camino para que la veintena de coches desfilara ordenadamente. Organizar semejante desfile en medio de una guerra civil, en cambio, parece una tarea imposible.

Por último, sin embargo, emprenden la marcha, y Malik, sin aludir directamente al último encuentro que tuvieron en compañía de Ma-Gabadeh, pregunta cómo progresa el libro que Fee-Jigan está escribiendo.

—Lo he dejado aparcado —dice Fee-Jigan.

—Entonces, ¿qué te traes entre manos en estos momentos?

—He estado centrado en asuntos que nos tocan más de cerca.

—¿Como cuáles?

—He escrito varios artículos que suscitan gran interés en el ámbito internacional —dice Fee-Jigan—. No hay nada más candente en estos momentos que los periodistas estén en el punto de mira y sean asesinados un día sí, al otro también.

—¿Quién crees que está detrás de estas muertes?

Fee-Jigan parece preocupado por si puede hablar delante de Qasiir, y lo mira fijamente. Malik le hace entender sin palabras, asintiendo, que Qasiir es de confianza.

—Hay mercenarios quintacolumnistas, básicamente antiguos oficiales del ejército, vinculados con las Cortes. Son ellos los que llevan a cabo los asesinatos.

—Pero ¿por qué querrían matar a Shire, si por lo que tengo entendido iba a entrevistar a un cabecilla de la insurgencia simpatizante de las Cortes?

—Asesinan para enturbiar las cosas.

Malik no consigue seguir su lógica.

—¿A qué te refieres con «enturbiar las cosas»? —pregunta.

—Shire era partidario de la verdad —dice Fee-Jigan— y decía lo que pensaba, sin miedo. A veces sus rotundos comentarios molestaban a Al Shabab y sus aliados. Los mercenarios quintacolumnistas hacen cualquier trabajo sucio, siempre y cuando sirva para enturbiar las cosas.

Malik agradece que Qasiir haga lo que puede en medio de la confusión para asegurarse de que no se quedan rezagados, ora aminorando, ora acelerando, ora comunicándose con un par de chóferes con los que ha intercambiado los números de teléfono antes de que la comitiva se pusiera en marcha. Se mantendrán en contacto en caso de que surja un problema. Cuando llegan a la mezquita y se dan cuenta de que ya ha empezado el servicio religioso, no se ponen de acuerdo sobre si entrar o no; algunos sugieren ir a la casa familiar de Shire, desde donde el féretro se acarreará a pie hasta el lugar donde será enterrado, a unos quinientos metros de la vivienda, y otros insisten en ir directamente al cementerio y esperar allí. Malik coincide con Fee-Jigan en que lo mejor es ir a la casa y ayudar a trasladar el féretro, un gesto loable para con la familia.

Llegan justo cuando sacan el féretro de la casa. En la calle se ha congregado una multitud que acude a presentar sus respetos al difunto, transeúntes que se detienen a decir «*Allahu akbar*», entre el rumor de todas las súplicas y oraciones dirigidas al Todopoderoso. Se respira la tristeza de la gente, que da muestras de congoja con la cabeza gacha, doliéndose por la intempestiva muerte de un hombre que no había hecho ningún mal y era querido por todos.

La procesión avanza rápido, y muchos periodistas que llegan al mismo tiempo que Malik se apresuran a alcanzar el féretro y llevarlo a hombros, aunque sea unos instantes. En el islam el entierro no se demora, con la esperanza de que el difunto llegue cuanto antes al reino de Alá.

Malik se encuentra por primera vez en la vida llevando el féretro de alguien a quien ni siquiera conocía en persona, y está emocionado de participar en el ritual. Cede su lugar a Fee-Jigan, que a su vez se lo cede a Qasiir, hasta que llegan al borde mismo de la sepultura.

Justo entonces Malik oye el zumbido de su teléfono móvil en el bolsillo de la camisa, y cuando tiene oportunidad se aparta del cortejo y lo consulta discretamente. Lee el mensaje de Ahl: «Taxliil está aquí. Todo bien, después de todo. Hablemos cuando puedas».

Malik recuerda haberle escrito un mensaje de respuesta a Ahl, pero no si llegó a enviarlo antes de que el artefacto alcanzara la camioneta en la que viajaba. Sabe que estaba volviendo con varios colegas del funeral de un periodista. Ahora, mientras yace de costado semiinconsciente, transido por el dolor, compone mentalmente más mensajes que no va a enviar: «¡Para que se diga de los heridos ambulantes!». Sin embargo, no puede pulsar el botón para enviarlo. Se necesitan manos para teclear un mensaje, y Malik no siente las suyas. Eso no impide que incluya una posdata: «Imagina a los heridos trabajando en medio de tanto dolor, firmando sus propias sentencias de muerte con una gran floritura».

Es curioso, piensa, que hasta ahora no hubiera conocido en sus carnes los daños de un artefacto explosivo improvisado.

Se dice —está ensayando un breve artículo sobre la explosión dentro de su cabeza— que en Somalia los AEI no figuraban habitualmente entre los rasgos de identidad de ninguna de las facciones armadas del conflicto hasta que llegaron los etíopes. Antes se oía hablar de que dos hombres en una motocicleta, o tres individuos a pie enmascarados con pasamontañas y armados con pistolas, se ocultaban en un recodo de la carretera mientras esperaban a que sus víctimas salieran de una mezquita o de un coche. Los asesinos, de identidad desconocida, se fugaban en la motocicleta o echaban a correr. Últimamente, en cambio, los explosivos accionados por control remoto se han convertido en el modo operativo predilecto de los insurgentes. Estudian los movimientos de sus víctimas y plantan un artefacto explosivo hecho a medida, que accionan a distancia para alcanzar a un oficial del gobierno que viaja en coche, o a un batallón etíope que se traslada de una base a otra, o a periodistas que cubren un suceso.

Malik redacta mentalmente otro mensaje para Ahl, informando a su hermano que ha sido víctima de uno de estos artefactos pero que, gracias a Dios, sigue con vida. De hecho puede oír la explosión resonando en su memoria, puede ver el humo que ha provocado, puede oler la pólvora que ha desprendido y puede sentir en su propio

cuerpo los estragos del explosivo. Tiene magulladuras y ha sufrido una contusión en la cabeza que lo ha dejado conmocionado, pero siente que empieza a recobrar la capacidad de mover las extremidades. Mueve una pierna, como para corroborar que aún la tiene, aunque por desgracia la pierna no obedece la orden. ¿Y el brazo? Parece que está más dispuesto a hacerle caso, quizá porque nada se lo impide, a diferencia de la pierna, que está apresada por el resto del cuerpo. Es en la cabeza, sin embargo, donde siente el mayor impacto. Siente el cuello retorcido y la nuca mojada, aunque no sabe si se trata de sangre o de agua que alguien ha derramado. Dobla las rodillas un poco y luego, con gran dificultad, estira la pierna.

Entonces abre los ojos, pero enseguida los vuelve a cerrar.

El artefacto que impactó en el coche que trasladaba a Malik y a sus colegas periodistas a la vuelta del funeral de Shire se cobró la vida de tres de ellos. Malik prefirió viajar con ellos en lugar de ir solo con Qasiir. Mientras reconstruye la explosión en su memoria, no puede precisar si uno o dos de los neumáticos de la furgoneta de doce plazas en la que viajaban reventaron, o si antes de la detonación los asaltó a tiros un hombre en motocicleta. Sea como sea, el vehículo no estalló como un globo por los aires, sino que Malik sintió que la camioneta se levantaba del suelo justo cuando uno de los periodistas, que ahora está muerto, describía Al Shabab como «un hatajo de individuos sin un ápice de sensatez, ni de astucia política, que solo se destacan por sus ambivalencias». Todo el mundo, incluido el chófer, que también ha fallecido, prestaban atención a sus palabras hasta que el estruendo de la granada las acalló y zanjó el animado debate con una oscuridad súbita.

Incluso cuando su cabeza golpeó el asiento de delante, Malik se resistió a sumirse en las tinieblas, recordando las palabras de Amran: «No quiero criar a una niña huérfana». El aturdimiento pasajero dio paso a un silencio aterrador, hasta que oyó a alguien cerca gimiendo de agonía, y a alguien suplicando ayuda que decía: «Estoy herido, gravemente herido». Luego, un sonido como el degollamiento de una cabra.

La conmoción cerebral no ha sido fuerte, no le ha afectado la memoria; sus reflejos corporales y mentales parecen funcionar medianamente bien. Pero como un recién nacido, o una persona muerta recién enterrada, no está del todo ahí. Conserva la lucidez para recordar la creencia sin fundamento que cunde entre los somalíes de que un difunto al que se le acaba de dar sepultura puede oírlo todo, puede incluso reconocer las voces de los parientes y amigos presentes en el funeral. Malik está vivo, aunque no esté del todo ahí. Sigue el protocolo que debe seguir una persona tras una fuerte contusión en la cabeza: se hace a sí mismo preguntas sencillas, cómo se llama, el nombre de su mujer, el nombre de su hermano, su fecha de nacimiento, y en qué lugar del mundo está en estos momentos. Pasa a ser el que pregunta y el que responde. Solo cuando supera la prueba abre de nuevo los ojos. Se ha reunido una multitud alrededor del vehículo, gente que ha acudido a ayudar, gente que se limita a mirar embobada.

Malik tiene en la frente una hinchazón del tamaño de una pelota de golf. Le duele el pecho; tiene la ropa manchada de sangre que no es suya. Por encima de la entrepierna hay más trazas de sangre. Se palpa y encuentra un trozo de vidrio que le ha rasgado los pantalones.

Oye entonces la voz de Qasiir.

—¿Puedes oírme, Malik? —le pregunta. Luego siente que alguien lo saca de la furgoneta como alguien alzaría en brazos a un niño dormido de un coche.

—Estoy bien —dice.

—Ten, agárrame de la mano —dice Qasiir.

Malik lo hace y le pregunta:

—¿Qué ha sido de los demás?

Solo cuando están fuera del vehículo comprende por qué a Qasiir le ha costado tanto llegar hasta él: los muertos y los heridos estaban en el paso. Qasiir se ofrece a trasladar a quien precise ayuda al hospital, y varios de los que están allí improvisan mortajas con sábanas sobre las que empiezan a trasladar a los cadáveres a la mezquita cercana. Malik sabe que no tiene sentido telefonar y pedir ambulancias, rara vez disponibles en una ciudad donde hay más artefactos explotando que ambulancias. Tampoco merece la pena llevar a los muertos a un hospital o molestarse en hacer autopsias; antes de que caiga la noche los habrán enterrado a todos.

Cuando Qasiir consigue instalarlo como buenamente puede en el asiento trasero del coche, flanqueado por dos de sus colegas heridos y otro recostado en su regazo, Malik se da cuenta de que ahora tiene una responsabilidad hecha exactamente a su medida. Se le ha encomendado la tarea de contar al mundo lo que ha ocurrido, que estos periodistas han muerto sirviendo a la causa de su profesión. ¿Podrá estar a la altura de ese cometido? ¿Tendrá el temple para llorar por ellos abiertamente, mencionando nombres, señalando a los culpables? Durante el trayecto redacta en su cabeza un obituario del «periodista desapercibido»; no hay tiempo de encontrar un escritorio, pero empieza a bosquejarlo con uno de los periodistas heridos que está en condiciones para contestar a sus preguntas.

Una punzada de arrepentimiento le late en la cabeza, recordándole a Malik que todavía no ha publicado el artículo a propósito del asesinato de Dajaal. Se abre entonces una brecha de pesadumbre en la región activa de su cerebro, pues le preocupa la posibilidad de morir también sobre las hordas de jóvenes que se abandonan a la locura, y sobre la sociedad que mira impasible y no hace nada por detenerlos.

Malik y los periodistas heridos están de suerte. Qasiir ha tenido la presencia de ánimo para llamar por teléfono a Cambara y Bile, y ella le ha facilitado el nombre de varios médicos de confianza que trabajan en el Hospital Medina, así como los números de otros cuatro profesionales que atienden en consultorios privados, añadiendo que haría todo lo posible por localizarlos entretanto. Poco después Cambara y Bile llaman a Qasiir para comunicarle que han dado con uno de los

médicos, que ha reservado habitaciones en la unidad de cuidados intensivos, y él y su equipo de enfermería los estarán esperando.

Y así es, en efecto. Mientras los heridos ingresan directamente en el quirófano, Malik rellena el papeleo. Al ir a cumplimentar los datos de su tarjeta de crédito, se da cuenta de que la clínica no dispone de datáfono para procesar el pago. Aun así promete hacerse cargo de la factura si nadie lo hace, y el administrativo toma su palabra como garantía.

El penetrante olor del cloroformo se le pega a las fosas nasales, recordándole qué cerca ha estado de la muerte. Antes de que el dulce aroma llegue a desvanecerlo, se obliga a incorporarse. Querría moverse, salir a tomar aire fresco, pero se queda donde está, en un catre de campaña improvisado y hediondo, con manchas de sangre. Aprensivo y con cierta sensación de claustrofobia, finalmente sale al aire libre y encuentra un banco en un jardincillo descuidado. Se sienta y respira aliviado.

Un hombre se acerca y le pregunta si puede compartir el banco para dar descanso a su cuerpo cansado. Malik le indica con un gesto que lo haga, justo cuando lo llaman por teléfono. El director del diario para el que escribe está al otro lado de la línea, y le propone que escriba un breve artículo sobre los últimos sucesos de Mogadiscio, que saldrá publicado hoy mismo. Malik se palpa los bolsillos pero no encuentra ni bolígrafo ni lápiz, así que le pregunta al desconocido si tiene algo para escribir. El hombre le presta un lápiz. Malik se aleja un poco, pues le da la impresión de que el hombre está escuchando la conversación, y toma varias notas de lo que busca el director del periódico. Tras acordar mandarle un artículo en unas pocas horas, Malik cuelga y le devuelve el lápiz a su dueño, dándole las gracias.

El desconocido se presenta entonces como Hilowleh, diciendo su nombre de un modo que Malik se pregunta si debería conocerlo. Su cara le suscita un vaguísimo recuerdo. Aun así Malik no sabe con certeza si han coincidido antes, ni cuándo o dónde, quizá porque su mente todavía está demasiado aturdida por la conmoción para atar cabos. Las largas pestañas del hombre, su barba de dos días y su aspecto harapiento no le sirven de ayuda. Cierta apocamiento en su actitud parece indicar que no conviene hablar con él. ¿Está avergonzado? Y en tal caso, ¿por qué? ¿Tiene ese hombre algo dentro que pugna por salir?

—Pensé que eras Malik —dice el hombre.

Malik recuerda la obra de Edward Albee, *La historia del zoológico*, en la que un hombre se sienta al lado de otro en un banco de un parque de Nueva York. Los dos hablan, y la conversación lleva a que uno asesine al otro. En cualquier caso, ¿qué quiere este hombre?

—¿Y si fuera Malik? —pregunta.

El desconocido saca un pedazo de papel del bolsillo, anota un número de teléfono, se lo da a Malik y le dice:

—Llámame cuando tengas un momento. —Luego se marcha, sin dedicarle ni una mirada ni una palabra más.

Malik escarba en su memoria en busca de una reacción apropiada a las circunstancias, pero no da con ninguna satisfactoria. Sostiene el pedazo de papel como si estuviera ardiendo y a punto de quemarle los dedos, y sale corriendo detrás del hombre.

—¿Quién es usted? ¿Dónde nos hemos visto antes?

—Yo estaba en la furgoneta —dice Hilowleh—, por eso reconoces mi cara, y soy el tío de uno de los tres periodistas cuya atención médica te has ofrecido a pagar. Soy dueño de una imprenta, una de las más grandes de la ciudad, de ahí que conozca a la mayoría de los periodistas. Antes que nada, quiero darte las gracias por tu generosidad.

Malik asiente y aguarda a que continúe.

—La factura será cara y me ofrezco a compartir los gastos contigo, igual que harán otros, cuando la clínica la tramite —dice Hilowleh—. Pero el tuyo es un gesto generoso y nos corresponde reconocerlo con nuestra gratitud.

—Estoy seguro de que quieres decirme algo más, aparte de darme las gracias por una factura que aún no me han enviado y que no he zanjado todavía —dice Malik.

Hilowleh asiente y dice:

—Así es.

Malik tiene la impresión de que Hilowleh mantiene sus dudas a raya del mismo modo que un jugador con una mano ganadora se demora en enseñar sus cartas.

Finalmente Hilowleh dice:

—Casualmente obran en mi conocimiento varios asuntos relevantes. Me entero de muchas cosas porque estoy en el negocio de la prensa y soy tío de un periodista que se ha confiado a mí.

Malik se siente incapaz de izar velas entre tanta niebla, así que aguarda a que Hilowleh se decida a hablar claro.

—¿Qué tratas de decirme?

—¿Vas a estar aquí mucho tiempo? —dice Hilowleh.

—Por lo menos hasta que pague la factura, eso seguro.

—Me refería a si piensas quedarte un tiempo en el país.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si yo fuera tú, me marcharía cuanto antes.

A la luz de las últimas muertes, Malik es de la misma opinión: se propone marcharse en cuanto haga unas pocas entrevistas más.

—Por lo que he oído, tienes suerte de seguir con vida —afirma Hilowleh—. Por lo que pueda valer, te digo que ya se ha confirmado que Gumaad ha sido desde el principio la serpiente que ha sembrado de traiciones su trayectoria, provocando la muerte de muchos colegas por pura envidia, porque él no era capaz de escribir una sola línea digna de ser publicada. Mi consejo es que te marches rápido, que abandones este maldito país mientras puedas.

Sin esperar a ver su reacción, Hilowleh se aleja a paso ligero.

Qasiir encuentra a Malik sumido en meditaciones. Viene acompañado del cirujano, que le informa de que los tres periodistas heridos están ya fuera de peligro, aunque todavía siguen sedados en la unidad de cuidados intensivos. Luego, el cirujano le da una tarjeta con su nombre completo, el teléfono de su casa y el del móvil.

—Reitero lo que le he escrito en el mensaje al dorso, por si no nos veíamos aquí. Por favor, llame cuando quiera. A la hora que sea. Estoy de guardia toda la semana. Además, no se preocupe por pagar la factura con la tarjeta de crédito. Hilowleh, el tío de uno de los periodistas, ha accedido a correr con todos los gastos. Así que si se encuentra bien, puede marcharse. Y gracias.

De camino a la casa de Cambara y Bile, Qasiir informa a Malik de que, siguiendo las instrucciones de sus amigos, ha llevado sus cosas al anexo, tal como las había dejado preparadas.

—Me gustaría que me lo hubieras dicho antes de hacerlo —dice Malik.

Qasiir se encoge de hombros, como restándole importancia al asunto.

Malik está molesto.

—Ya ves que estoy bien para poder decidir por mí mismo. Tampoco estoy muerto, por ahora. Porque cuando esté muerto les tocará a otros, como Cambara y Bile, hacer lo que les plazca con mis efectos personales.

—Solo he cumplido las instrucciones que me han dado —dice Qasiir.

Malik, después de pensarlo un poco, atribuye su irritabilidad a que no desea hablar con nadie de su encuentro y su conversación con Hilowleh. Detesta la actitud de «ya te lo dije» que los demás adoptarían si llegara a ocurrirle algo terrible.

Escuchan las noticias por la radio del coche. Nueve misioneros por la paz del contingente de Burundi adscrito a la Unión Africana AMISOM murieron cuando un terrorista suicida irrumpió en un vehículo en el complejo donde se alojaban.

Al llegar a la casa de Cambara y Bile, Malik se apea del coche con cautela, llega a la verja y levanta la mano hasta el timbre exterior; pero por alguna razón, no lo pulsa. En cambio, se balancea hacia uno y otro lado, con una mezcla de dolor y agotamiento, sintiendo que le da vueltas la cabeza y el cuerpo súbitamente magullado. Los pies no le responden, parecen de plomo. Qasiir toca el timbre en su lugar y espera hasta que Cambara sale a recibirlos. Solo entonces va a llevar la maleta y el ordenador de Malik al anexo.

Cambara le da a Malik la bienvenida y un abrazo. Caminan juntos hasta el anexo, a paso lento. Ella está muy familiarizada con el andar pesado de los inválidos, y lo ayuda a avanzar. Bile se reúne con ellos; trae una bolsa de calmantes y antiinflamatorios, decidido a reconocer a fondo a Malik en cuanto sea posible. Lo invitan a alojarse en la vivienda principal esa noche, pero Malik no quiere ni oír hablar de ello.

—No me gusta el aspecto de esa contusión que tienes en la cabeza —dice Bile—.

Tiene mala pinta, y la inflamación no ha bajado.

—Además me parece que tienes un poco de fiebre —dice Cambara. Y para comprobarlo, le acerca una mano a la frente, que a Malik se le antoja fría en contacto con su cara.

Bile se sienta en la única butaca de la habitación, Cambara en el borde de la cama, donde Malik se ha tendido bocabajo. Le hacen preguntas sobre la explosión, y él les da los detalles que ya ha elaborado mentalmente y que tiene intención de escribir enseguida.

Una vez concluye con su relato, Malik le indica a Cambara la bolsa en la que ha guardado la ropa sucia que llevaba. Luego va al cuarto de baño a lavarse la cara y echar un vistazo a la contusión de la frente. Bile le insiste en que tome alguna pastilla, y cuando Malik le dice que quiere ponerse manos a la obra con el artículo que le ha prometido al periódico, Cambara prepara un diván donde dormir y un escritorio donde trabajar.

Solo al fin, Malik escribe varias versiones de los sucesos del día y luego manda por correo electrónico el breve artículo; una lástima que no disponga de ninguna fotografía que adjuntar. Exhausto y dolorido, deja para el día siguiente la redacción de una crónica más larga, y llama a Ahl para contarle lo sucedido y preguntarle por Taxliil.

Ahl tiene ganas de hablar. Aunque agotado y lleno de magulladuras, Malik se ofrece a saludar a Taxliil, «solo por oír la voz de mi sobrino después de tanto tiempo».

—Taxliil no está de humor para hablar con nadie.

—¿Quién lo dice? —pregunta Malik, irritado.

—Lo digo yo, lo dice él, ¿qué más da quién lo diga?

Malik se dice que, como si los afectara una enfermedad contagiosa, la crispación se ha apoderado de todos ellos y se respira en el aire. Él se siente sometido a una gran tensión por las amenazas a las que ha aludido Hilowleh y, más aún, por resistirse a compartirlas con nadie, lo cual solo acrecienta la ansiedad que por sí solas entrañan; Ahl, por culpa de las incertidumbres que rodean a su hijo; el propio Taxliil, por todo lo que le ha pasado y lo imprevisible de su seguridad futura. Tal vez sea mejor que no pierdan la calma ante lo que, sin duda, ha sido un suplicio para todos ellos. Decide que ha llegado la hora de comprometerse.

—¿Qué te haría feliz?

—Que hablaras con Fidno y su amigo —dice Ahl.

—¿Sin Nombre viene con ellos también? —pregunta Malik.

—Sin Nombre no va a ir —dice Ahl—. En su lugar va a reunirse contigo el socio de Fidno, Il-Qayaxan, conocido entre sus amigos como Isha.

—¿Y qué pinta él en todo esto? —pregunta Malik.

—Tú solo habla con ellos, por favor —dice Ahl.

—¿Dónde está Fidno en estos momentos?

—Fidno e Isha están en Mogadiscio esperando tu llamada —dice Ahl—. Déjame darte sus respectivos números de teléfono. Por favor, asegúrate de concertar una cita mañana con ellos en el lugar y a la hora que mejor te convengan.

Malik anota los números y cuelga. Con las palabras de Hilowleh retumbándole en la cabeza, llama a Qasiir y le pide que telefonee a Fidno e Il-Qayaxan, diciéndoles que es su asistente, y quede con ellos a la una de la tarde del día siguiente.

—Por favor, llámame cuando hables con ellos, y te daré el nombre del hotel y el número de la habitación.

Luego Malik cumple con su obligación y llama a Amran también, ofreciéndole una versión amañada del episodio que ha vivido, reduciendo el número de muertes a un tercio y distanciándose del suceso.

Después habla con Jeebleh, a quien le cuenta una versión descarnada de los acontecimientos de la jornada.

Por último, envía el breve artículo al periódico.

Ahl topa con obstáculos a cada momento al tratar de encontrar el medio más seguro y menos engorroso de sacar a Taxliil de Somalia. Como si no le costara ya demasiado traspasar el umbral, la dificultad es doble al tener que lidiar con el chico que, tras sus turbios tratos con Al Shabab, está hecho un verdadero lío. Taxliil parece decidido a dar una nueva vuelta de tuerca a la situación cada vez que Ahl consigue destrabarla un poco. Todo esto le resulta agotador y, por más que se trate de su hijastro, se siente a punto de venirse abajo.

Su plan era llevar a Taxliil a Yibuti, donde podrían presentarse en la Embajada de los Estados Unidos y explicar la pérdida del pasaporte del muchacho. Pero por el momento parece una idea inviable, porque necesitan hacerse con un permiso de viaje de algún tipo para marcharse de Bosaso y entrar a Yibuti. Ninguna compañía aérea aceptará a un pasajero sin un pasaporte válido. Ahl cree que cuantos más giros de la historia de Taxliil salgan a la luz, más serán los reveses que tendrán que afrontar.

Entretanto Ahl se ha puesto en contacto con Yusur, desecha en lágrimas en Mineápolis, ha mantenido largas sesiones en busca de ideas con Jeebleh, que está en Nairobi, y sigue comunicándose con Malik por teléfono y con mensajes de texto. Xalan y Warsame están haciendo lo que pueden para ayudar también, pero las cosas no se presentan demasiado halagüeñas.

Cuando no piensa como un fugitivo, Taxliil se ha disculpado varias veces con sus padres, reconociendo su insensatez al confiar en el imán de las Ciudades Gemelas, dejándose engatusar para unirse a Al Shabab. Ahora ha abierto los ojos; ahora sabe qué es qué, y ha aprendido la lección por el camino difícil. Quiere olvidar y perdonar, o ser perdonado, y que todo el episodio quede borrado de la memoria.

Y sin embargo, ¿se da cuenta de que ahora las cosas no son fáciles para él y los veintitantos muchachos fugitivos? Taxliil asegura que sí, pero no hace nada por demostrarlo. A Ahl le viene a la memoria un proverbio, seguramente francés, que habla del hombre que cae de espaldas y a resultas de la caída se rompe la nariz. Taxliil parece empeñado en hacer justo lo contrario de lo que dice que va a hacer, complicando aún más una situación de por sí delicada. Se queda dormido mientras Ahl lo interroga sobre lo sucedido. Cuando Ahl trata de dilucidar las principales incoherencias de su historia, Taxliil pierde los estribos y hace comentarios fuera de lugar sobre su padastro.

En la casa todos se esfuerzan por ayudar, pero también guardan las distancias. Faai sirve café solo para Ahl y bebidas azucaradas para Taxliil. Xalan se ocupa de los trámites para el pasaporte somalí con la ayuda de un amigo que tiene acceso a un empleado de la oficina donde se expiden los pasaportes en Bosaso. Taxliil viajará con Ahl a Yibuti, lejos de los omnipresentes asesinos de Al Shabab que, si llegan a enterarse de que está aquí y en esta casa, pueden hacerle daño a él y a los demás; con esa gente nunca se sabe. Una vez Ahl consiga llevarlo a Yibuti, con la ayuda de

Malik y Jeebleh intentarán que pueda volver sano y salvo a los Estados Unidos. Desde luego no pueden contar con que criminales como Fidno y Sin Nombre, que al parecer han intervenido para que pudiera escapar, mantengan la boca cerrada mucho más tiempo. De ahí la propuesta de Ahl para que Malik «compre su silencio» haciéndoles una entrevista.

Xalan llama a Ahl para confirmarle que ha reservado billetes de avión para que viaje con Taxliil a Yibuti al día siguiente, y que está ultimando los trámites para conseguir el pasaporte del joven. Las noticias ejercen un efecto balsámico, y Taxliil se pliega a aclarar los detalles de su historia. Ahl pretende alcanzar un doble objetivo: por un lado, entender lo que ha sucedido para recuperar su propia paz de espíritu; y, por el otro, ayudar a Taxliil a prepararse para el interrogatorio al que lo someterán las autoridades estadounidenses en cuanto vuelva a América.

Aun así, antes Taxliil quiere oír, y no por primera vez, cómo descubrieron que se había ido de Mineápolis. Es como si se regodeara en haber mantenido a sus padres, a sus amigos y al consejo de la escuela en la más absoluta ignorancia mientras preparaba su fuga, y haberse escapado sin que nadie se diera cuenta de nada. Ahl le prodiga respuestas: Yusur y él pensaban que estaba estudiando o en la mezquita, y hasta bien entrada la noche no se preguntaron dónde se había metido. Puesto que Yusur hacía el turno de noche, le tocó a Ahl registrar la habitación de Taxliil en busca de alguna pista de su paradero, y fue entonces cuando descubrió que su pasaporte y su mochila habían desaparecido.

—¿Qué hiciste entonces?

—Desesperados ante la mera idea de no poder encontrarte, porque nadie te había visto, recorrimos las comisarías de policía y los hospitales —contesta Ahl—. Perplejos como estábamos, la verdad es que también fue un alivio que nos llamaras dos días después para decir que estabas en Somalia y que se te habían roto las gafas.

Taxliil se recrea diciendo:

—Pero entonces aún no estaba en Somalia.

Hasta ahora no había dicho tal cosa, y Ahl no acierta a saber si está mintiendo. Ese es el problema de mentir: una mentira puede hacer que uno dude de la veracidad de lo que se ha dicho o lo que se dirá luego.

—¿Desde dónde llamaste, entonces?

—Estaba en Lamu, a punto de embarcarme para Kismayo, Somalia.

—Empecemos por el principio, antes de que llegaras a Kenia. ¿Qué ruta seguiste para ir a Nairobi?

—Fui a Abu Dabi, con escala en Ámsterdam. Desde allí volamos directos a Nairobi —dice Taxliil—. Iba acompañado de otro alumno del instituto, aunque hasta entonces no lo conocía.

—¿Él también iba a rezar a la mezquita?

—Sí.

—¿Lo conocías lo suficiente para confiar en él?

—Simplemente es que antes nunca habíamos conectado —dice Taxliil, y añade —: Ya sabes cómo va. A veces conectas enseguida con algunas personas, a veces no. Pero durante ese largo viaje conectamos, nos hicimos grandes amigos. Y eso estuvo muy bien.

Ahl empatiza por naturaleza con esa clase de actitud. Le gusta cuando alguien se lleva bien con los demás, cuando hace el esfuerzo de hacer que los demás estén a gusto. Taxliil solía tener facilidad para que la gente se sintiera bien en su compañía. Era un chico de trato fácil, muy dulce. Tras su paso por Al Shabab se ha convertido en otra persona, un joven quejica, temeroso, lleno de recelos hacia el mundo y sus habitantes.

—Ahora, cuéntame cómo fuiste de Nairobi a Lamu.

—Varios de nosotros volamos por separado hasta Malindi, donde finalmente nos encontramos después de llegar por distintos caminos a Nairobi —dice Taxliil, orgulloso de recordar la versión que ha dado antes.

—¿Y desde Malindi?

—Desde allí tomamos un barco a Lamu.

—¿Y de Lamu fuisteis a Kismayo?

—Exacto.

Ahl está dilatando a propósito la conversación, concediéndose más tiempo para estudiar las expresiones de Taxliil.

—¿Y después de llegar a Kismayo?

—Pasamos una noche en Kismayo antes de separarnos en pequeñas unidades. Entregamos nuestros pasaportes estadounidenses a los vigilantes encargados de llevarnos hasta la selva, donde recibiríamos instrucción y nuevas órdenes. El segundo día caí enfermo.

—¿Qué te ocurrió?

—La malaria es un mal endémico en el valle del Juba.

Hasta aquí, bien. No hay titubeos ni pausas más largas de la cuenta. Ahora Ahl se lanza valientemente a las aguas infestadas por Al Shabab, preguntándole a Taxliil por el nombre de los vigilantes y por el momento y el lugar exacto en que se encontró con ellos.

—¿Cómo se llama el jefe del campamento?

Taxliil repite la misma respuesta que ha dado varias veces anteriormente.

—Nunca sabíamos el verdadero nombre de los instructores. Tampoco llegamos a conocer los nombres de los que nos vigilaban, o de los hombres que se quedaron con nuestros pasaportes.

—¿Recuerdas algo más sobre alguno de ellos?

—Nuestro instructor tenía un acento norteno, y nos gritaba mucho, y no consentía que nadie chistara; era implacable. —Luego, medio en broma, medio en serio, intenta imitar al instructor—: «Nosotros no formamos parte de la historia. ¡Nosotros estamos haciendo la historia, viviendo la historia!», repetía como un mantra. «Somos mártires,

a través de la expresión de nuestra furia, a través de nuestra ambición activa, para sacar esta nación de la ruina que ella misma se está buscando». Luego volvía con su cantinela: «Nosotros no formamos parte de la historia. ¡Nosotros estamos haciendo la historia, viviendo la historia!». Lo apodamos Taariikh, que significa «historia». Cuando miro atrás, me muero de la risa —dice Taxliil, relajado por un momento.

—¿En qué consistía vuestro entrenamiento?

—Era parecido a un campo de instrucción militar para reclutas —dice Taxliil—. Correr un poco antes de la oración del alba, gachas de avena de desayuno, más entrenamiento físico, adiestramiento sobre explosivos. Almuerzo, oración, media hora de descanso, y luego seguíamos hasta el anochecer, sin descanso salvo para rezar. —Ahora habla de carrerilla, sin esperar a las preguntas de Ahl—. El chico de Jefferson al que conocí pidió que le enseñaran no solo a fabricar bombas, sino también a desactivarlas.

—¿Cómo reaccionaron ante su petición?

—Con un latigazo en la lengua. El instructor lo llamó blandengue. Le explicó que Al Shabab no se dedicaba a desactivar bombas, sino a fabricarlas y a causar todo el daño posible, hasta que se hiciera con el poder y se instaurara un estado islámico; el primer verdadero estado islámico, no solo del continente, sino del mundo entero. Un ejemplo a seguir, un modelo y una luz para otros musulmanes.

—¿Y qué tal te fue ahí?

—Al principio era divertido.

—¿Y luego?

Taxliil parece abrumado, como si hubiera perdido el hilo de la respuesta. ¿Qué le preocupa? ¿Cuáles son los temas sobre los que todavía no está preparado para hablar?

—¿Hiciste amigos allí? —pregunta Ahl.

—Sabía que podía confiar en Ali-Kaboole, que era más o menos de mi edad, pero alumno del instituto Roosevelt, un chico brillante, amable, siempre solícito conmigo, generoso a más no poder. Encontré en él un amigo de los que no fallan. Me recordaba a Samir, mi compañero de clase iraquí.

—¿Qué ha sido de Kaboole?

—Kaboole murió... a manos de uno de los nuestros.

Ahl le pide que se explique.

—Una de las facciones vinculadas a los clanes que se disputaban con Al Shabab el control de la ciudad costera de Kismayo lo mató en un enfrentamiento que se cobró la vida de varios de nuestros mejores hombres.

—¿Tú también participaste en esa lucha?

—Yo nunca participé en ningún combate.

—¿Por qué no?

—No podía; no tenía gafas.

—¿Cómo te las arreglaste sin ellas?

—Curioso que lo preguntes. Kaboole, antes de morir, participó en un tiroteo en

Kismayo y encontró unas en el suelo, con lentes gruesas como el culo de una botella. Eran de un anciano del bando enemigo, abatido por uno de los nuestros. Kaboole me las trajo, con toda su buena intención, pensando que unas gafas son unas gafas, que cualquiera va bien. Esa pasó a ser una broma entre nosotros.

—Aun así, ¿las usaste?

—Las usé, a falta de otra cosa.

—Y luego, ¿qué?

—Me asignaron un puesto de «civil», y al cabo de un tiempo me convertí en un programador informático útil para la causa. Me trasladaron a la sección de publicaciones y pronto ascendí, me nombraron enlace muyahidín. Serví como intérprete con los contingentes extranjeros que se adiestraban en la fabricación y el manejo de explosivos.

—La vida no era muy dura, por cómo lo dices.

Taxliil se apresura a corregirle.

—La vida era dura. Nada de televisión. Nada de diversión. Nada de juegos. Al principio parecía fácil. Pero más adelante era lo mismo que si te sirvieran cada día un pedazo del infierno con cada comida. La palabra *shahid*, «mártir», se oía con frecuencia. Cuando nos unimos a la causa creíamos todo lo que nos contaban sobre el paraíso y las huríes del cielo. Poco a poco el término *shahid* pasó a significar que era el turno de que uno de nosotros muriera.

Ahl no sabe si el entusiasmo inicial de Taxliil para unirse a Al Shabab ha dado lugar a la hostilidad que muestra ahora, aunque cabe esperar que sea así. Y sin embargo, ¿seguirá titubeando entre varias versiones incoherentes hasta que lleguen a Yibuti, y se encogerá aún más ante las preguntas de las autoridades estadounidenses?

—¿Tienes alguna idea de qué se hizo con vuestros pasaportes?

—Oímos rumores, nada más.

—¿Qué clase de rumores?

—Rumores que se contradecían unos a otros —dice Taxliil—. Se comentaba que nuestros pasaportes estadounidenses servían para traer a combatientes extranjeros a Somalia, pero sabíamos que eso no podía ser cierto, pues todos los combatientes extranjeros eran mucho mayores que nosotros. Luego nos dijeron que algunos de los líderes de Al Shabab los utilizaban para introducir a sus hijos en Norteamérica —dice—. No sé si eso es verdad. Lo desconozco.

Ahl vislumbra, y no por vez primera, las inmensas dificultades que los somalíes van a tener que afrontar en Norteamérica en el futuro.

—Entonces, ¿cómo fuiste a parar al campamento del desierto donde Saifullah se ofreció a inmolarse? —pregunta Ahl.

—Después de meterme en problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Mi instructor, Historia, me hacía enseñarle inglés a su hija. Clases orales, porque yo sin gafas no podía leer. Resultó que la chica se quedó embarazada.

—¿Quieres decir que tú la dejaste embarazada?

—Yo no hice tal cosa, papá.

—¿Qué ocurrió luego?

—Historia me obligó a «casarme» con ella.

Ahl monta en cólera.

—¿Historia te obligó a casarte con su hija a punta de pistola, aunque tú no la dejaste embarazada?

—Así es, papá.

Verás cuando Yusur se entere, piensa Ahl.

—¿Y después qué?

—Después hizo que me trasladaran a los escuadrones de combate.

—¿Crees que te quería quitar de en medio, te quería muerto?

Taxliil mira a Ahl fijamente, sin contestar.

—¿Cuál era su motivación, entonces, si no te quería muerto?

—Eso es lo que pensaba uno de mis amigos.

—¿Y tú qué pensabas?

—Yo estaba demasiado asustado para pensar.

Se hace un silencio, y al cabo Taxliil dice:

—Estoy demasiado cansado para contestar más preguntas hoy, papá.

—Solo un par de cosas más y ya estaremos.

En algún lugar próximo, un muecín llama a los fieles a la oración. Taxliil parece inquieto, como si se debatiera entre ponerse de pie y atender a la llamada o quedarse sentado y contestar a las preguntas que faltan.

—¿Recuerdas el nombre de la agencia de viajes que tramitó vuestros billetes de avión? —quiere saber Ahl—. Y otra cosa, ¿fuisteis a recoger vosotros mismos los billetes, o alguien os los llevó?

—No sé el nombre de la agencia de viajes que gestionó nuestros vuelos, o quién pagó los billetes —contesta Taxliil.

—¿Fuisteis en persona a buscarlos?

—Los recogíamos en diferentes aeropuertos, cuando presentábamos en persona el pasaporte —dice Taxliil—. Siempre eran billetes electrónicos, desde nuestros lugares de origen en los Estados Unidos hasta el destino final. No nos encontramos todos hasta Lamu, y de ahí viajamos juntos en barco.

Ahl se dispone a volver a la carga con sus preguntas cuando se da cuenta de que, una vez más, Taxliil se ha retirado al mundo privado del que es dueño y señor.

Se toman un descanso, y Ahl intenta localizar a Malik para ponerlo al corriente de los últimos avances. Pero solo consigue llegar a su buzón de voz y no se molesta en dejar un mensaje.

Al retomar el hilo de la conversación, Ahl le explica que partirán para Yibuti al día siguiente.

—¿Cuándo volvemos a casa, a Mineápolis?

—Eso no lo sabemos —contesta Ahl—. Habrá que esperar a ver.

Ahl está convencido de que el nombre de Taxliil constará en la lista de los expedientados por el FBI, pues es sospechoso de haber viajado a Somalia para unirse a Al Shabab. La embajada estadounidense insistirá en sonsacarle todo lo posible al muchacho, y puede que incluso manden un agente ex profeso para interrogarlo en Yibuti. No está seguro de si Taxliil es el primero de la veintena de jóvenes fugitivos que va a volver. Después de interrogarlo probablemente lo manden a Stuttgart, esposado, en un vuelo militar especial. Aun así, de momento prefiere ahorrarle a Taxliil esa clase de detalles. Una cosa es prepararlo para lo que vaya a ocurrir, otra es atemorizarlo sin necesidad.

—¿Crees que me considerarán una amenaza para la seguridad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque Saifullah dijo que prefería morir dignamente a que los norteamericanos lo arrestaran y esposaran y lo trataran como a un sospechoso por el resto de sus días —explica Taxliil.

—Hay una posibilidad de que te consideren una amenaza para la seguridad, sí —dice Ahl—. Pero como aún eres menor de edad, espero que no sean muy duros contigo.

—¿Estás tratando de asustarme, papá? —pregunta Taxliil.

—No, hijo mío —dice Ahl.

—Empiezo a arrepentirme de no haber seguido adelante.

—Yo me alegro de que no lo hicieras —dice Ahl.

Piensa que no hay desesperación más profunda que la de un adolescente cándido e imprudente que ha depositado su confianza en el lugar equivocado.

Xalan vuelve a casa con los billetes de avión y el pasaporte de un muchacho que ronda la edad de Taxliil. Aunque fue expedido hace meses, nadie ha acudido a recogerlo, y su contacto en la oficina donde se tramitan los pasaportes está dispuesto a correr el riesgo de prestárselo a Xalan. Negará saber nada del asunto si llega a descubrirse el pastel. Como mucho, si nada se destapa, el pasaporte solo sirve para entrar en Yibuti, donde un somalí no requiere visado de entrada. Para entrar en los Estados Unidos, Taxliil habrá de solicitar un visado ex profeso, que incluso en las mejores condiciones es difícil de obtener.

Hay un problema más perentorio: Taxliil se niega a salir de su habitación; prefiere estar solo, no quiere ni hablar de ponerse la ropa que Xalan ha comprado para él. Ella y Ahl intentan sacarlo de su abatimiento.

—¿Cómo iban las cosas entre vosotros antes de que subiera a su habitación? —le pregunta Xalan a Ahl.

Ahl se lo cuenta todo.

—Quizá lo hayas asustado y está muerto de miedo —dice Xalan.

—No era mi intención.

—Tal vez crea que lo van a encerrar en Guantánamo.

—Yo no le he dicho nada de eso. Solo procuraba prepararlo para lo que pueda ocurrir.

Guardan un largo silencio.

Ahl llama a Malik por teléfono para contarle que Taxliil y él se marchan a Yibuti al día siguiente. Le pregunta cuánto tiempo más piensa quedarse en Mogadiscio, y Malik, no por primera vez, opta por no contarle lo preocupado que está en estos momentos de que su vida corra peligro. Se limita a decirle que pretende hacer algunas entrevistas y después marcharse. Cuando Ahl comparte las buenas noticias sobre los billetes de avión y el pasaporte, Malik se alegra.

—Puede que nos veamos antes de lo que crees —le dice.

Ahl llama luego a Jeebleh para ponerle al corriente de los progresos hasta la fecha. Justo antes de colgar, menciona que ha convencido a Malik para que acceda a entrevistar a Fidno y a uno de sus compinches.

Jeebleh se enfurece con los dos hermanos, y así se lo hace saber.

—¿Por qué pones su vida en peligro, engatusándolo para que entreviste a dos criminales a la vez en la misma habitación, en un hotel? Es demasiado arriesgado. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Estoy en deuda con Fidno —dice Ahl.

—Uno nunca está en deuda con un criminal —dice Jeebleh.

—Bueno, pues yo sí —replica Ahl—. Gracias a su intervención, Taxliil está aquí.

—¿Qué demonios te ocurre?

—Actúo por amor a mi hijo —dice Ahl.

—Estás trastornado —dice Jeebleh—. Tú no sabes lo que es el amor.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que pienses en lo que has hecho, el peligro al que has expuesto a tu hermano.

—Eso no está en nuestras manos —dice Ahl.

Jeebleh cuelga el teléfono hecho una furia.

Malik está en la cocina de la casa principal, preparando el desayuno. Ha pasado casi toda la noche en vela, no pudo dormir después de hablar con Jeebleh. No se plantea la opción de cancelar la cita de la entrevista con Fidno e Isha. Sería un acto de cobardía, sobre todo porque desea honrar la memoria de los que han muerto asesinados en el cumplimiento de su trabajo: los periodistas, los hombres como Dajaal, y el ingente número de civiles inocentes que por puro terror se someten al barbarismo de etíopes, Al Shabab y media docena de otros quintacolumnistas. Hará lo que le ha prometido a Jeebleh: llevará a cabo esta única entrevista y a la mañana siguiente se marchará en avión a Nairobi.

El desayuno se compone de ensalada, queso, pan tostado, naranjas peladas y en rodajas, y sobras de la noche anterior, entre las que hay lentejas. Cambara quiere café con leche en tazón; Bile quiere el suyo con media cucharadita de azúcar. Ella quiere el hígado poco hecho; Bile lo prefiere bien pasado.

Cambara se sienta a la mesa con un vestido de algodón sin sujetador, como si se plegara al reciente edicto de Al Shabab que insta a las mujeres a no llevar esa prenda opresiva, de inspiración norteamericana y contraria al islam. ¿Se da cuenta de que hace suspirar a Malik por la compañía de una mujer, especialmente cuando, al saludarse con un beso en la mejilla, aprieta su pecho contra el suyo?

Qué grata sorpresa que Bile se sume a ellos, con una tez más saludable y buen apetito. Malik observa que Bile y Cambara se recrean acariciándose con cualquier pretexto. Bile le pregunta a Malik cómo se encuentra, insiste en examinarle la hinchazón de la frente, que ha bajado lo suficiente para que se sienta más tranquilo.

—¿Te has enterado de que un dron depredador ha atacado el pueblo de Dhuusa Marreeb al amanecer? —dice Bile. Le explica a Malik que ha oído en el servicio de la BBC somalí la crónica de que un misil de crucero Tomahawk, lanzado desde un submarino estadounidense fondeado en la costa de Somalia, ha matado a varios civiles inocentes además del blanco que perseguía, un asesino y uno de los profanadores de los cementerios italianos de Mogadiscio—. Ahora me temo que las acciones estadounidenses desencadenen una mayor espiral de violencia, y que más yihadistas extranjeros se ofrezcan a unirse a Al Shabab.

—La misma historia de siempre, con distintas vestiduras —dice Malik—. Los ataques estadounidenses, destinados a doblegar a los terroristas, al final solo sirven para envalentonarlos.

Cambara dice:

—No parece que eso te preocupe mucho.

—No me preocupa tanto como me irrita —dice Malik—. Como ya he dicho antes, uno debe saber lo que se puede esperar de ataques mal planificados, sean obra de los etíopes que actúan en nombre de los Estados Unidos, o de los propios Estados Unidos.

Bile coge un tomate cherry y se lo come.

Malik, de hecho, se enteró del ataque con misiles Tomahawk leyendo la prensa digital en el anexo a las cuatro de la madrugada, pero no lo dice, ni tampoco lo que pensó: «Un malvado menos, muerto y enterrado. ¡Siguiente!».

Cambara le contesta:

—Probablemente sería forzar un poco las cosas si digo que, por su propia naturaleza, los terroristas suicidas funcionan por control remoto. Para mí, sin embargo, no hay ninguna diferencia entre el imán que controla a distancia al suicida que se inmola y el tipo que orchestra el ataque con Tomahawks desde la tranquilidad de su base en Colorado. Uno podría estar tomando café y bromeando con sus compinches, el otro podría estar arrodillado en su estera, supuestamente rezando.

—Es el asesinato indiscriminado de civiles ajenos al conflicto lo que me inquieta cuando pienso en cualquier tipo de matanza accionada a distancia —dice Bile. Y, volviéndose a Malik, pregunta—: ¿Vas a escribir sobre ello?

—No.

—¿Por qué no?

Malik finge no oír la pregunta, pues no ve que tenga sentido contestar, y Bile no insiste.

Cambara quiere saber cuáles son sus planes para hoy.

—Tengo una cita con dos sujetos a los que entrevistaré en una *suite* de hotel que he reservado para el día.

—¿A quién vas a entrevistar? —pregunta Bile.

Y antes de que haya podido contestar, Cambara lo insta a usar el anexo, exponiendo que es más fácil vigilar los movimientos de quién entra en el recinto y quién sale.

—En un hotel resulta imposible seguir las idas y venidas de la gente.

Cuando Malik insiste en no modificar sus planes, sin embargo, ninguno de los dos lo presiona para que recapacite.

Mientras desayuna, Malik no puede evitar comparar la reacción de Bile y Cambara con la de Jeebleh, que dijo que entrevistar a esos «criminales» era una apuesta que «no merecía la pena». Seguramente porque no ha mencionado a quién se propone entrevistar, ni cómo se ganan la vida; a decir verdad, ni siquiera él sabe a qué se dedica Il-Qayaxan, aparte de que es socio de Fidno. Atribuye la actitud comprensiva de Bile a su lealtad obstinada hacia Somalia, que lo alienta a quedarse en el país a pesar de todos los reveses.

Una vez más, Qasiir lleva a Malik en coche a la cita. Al entrar en el recinto del hotel, alcanza a ver a Barba Cerrada, todavía bien afeitado y vestido con traje, sentado en un coche con la ventanilla bajada y hablando por el teléfono móvil. Dos desconocidos están con él en el coche. Malik se detiene en seco, intercambia una elocuente mirada con Qasiir, y sigue andando hacia el vestíbulo del hotel. Antes de

llegar a la recepción, Qasiir dice:

—Quizá deberíamos considerar la posibilidad de cancelar la cita y abandonar la escena inmediatamente.

—¿Has activado los dispositivos de seguridad necesarios?

—Por supuesto.

—¿Pueden reaccionar ante cualquier imprevisto?

—Puedo pedir refuerzos inmediatos, si quieres.

—Hazlo, y sigamos de acuerdo al plan.

Antes de dar un paso más hacia la recepción, que está más lejos de lo que había imaginado, Malik recuerda que Hilowleh le dijo que tenía suerte de seguir con vida. Se vuelve, reconfortado al saber que Qasiir está cerca.

—¿Quiénes son los dos hombres que estaban en el coche con él?

—Uno de ellos se llama Al-Xaqq.

—¿En qué turbios asuntos está metido?

—Se dedica al comercio de explosivos.

—¿Y el otro?

—Dableh, un antiguo coronel del Ejército Nacional —dice Qasiir—. Se sospecha que los tres son miembros activos de Al Shabab.

A Malik le parece increíble que tres conocidos cabecillas de la insurgencia puedan estar tranquilamente sentados en un coche en el aparcamiento de un hotel de cuatro estrellas, y que los servicios de inteligencia del llamado Gobierno Federal de Transición no dispongan de medios para apresarlos, menos aún de detenerlos.

—Me pregunto qué los ha traído aquí a los tres hoy.

—Quizá tú —aventura Qasiir.

—¿Intentas asustarme para que cancele la cita, solo porque hay tres presuntos cerebros terroristas en un vehículo aparcado ahí fuera? —pregunta Malik.

—No tengo intención de asustarte, sino de asegurarme de que soy capaz de rescatarte.

Malik recuerda de nuevo su breve encuentro con Hilowleh en la clínica, y su sugerencia de que abandonara el país.

—No me asustan. He visto cosas peores.

—Me recuerdas a mi abuelo. Y él está muerto.

Malik siente miles de mariposas en el estómago, que en estos momentos está agitado como un campo de batalla. Suda copiosamente también, y por más que se enjuga la frente a cada momento, no sirve de nada. Qasiir tiene la bondad de apartar la mirada, fingiendo que no se da cuenta.

—Quizá estén aquí por otro asunto, no por ti —dice Qasiir—. Esperemos que sea así.

—Dudo que yo sea tan importante —dice Malik.

—Todos los dispositivos de seguridad están a punto, de todos modos.

—Eso me procura la tranquilidad que necesito.

—Y yo estaré aquí también —añade Qasiir.

—Estupendo —dice Malik.

Mientras Malik se queda en la recepción cumplimentando los formularios y dando los datos de su tarjeta de crédito, Qasiir ve a dos de sus hombres en el vestíbulo. Luego se adelanta a Malik y sube en el ascensor al cuarto piso, donde se asegura de que los guardas que ha contratado ocupan sus posiciones. Malik se cruza con él al subir, y dice:

—Te llamaré cuando acabe.

La *suite* consta de dos habitaciones separadas por una zona de estar, a buen seguro pensada para los consumidores de *qaat*, a juzgar por las alfombras y los cojines arrimados a las paredes. Se accede a la entrada por la puerta del medio. Está decorada con muebles caros, las paredes adornadas con fotografías de La Meca y con breves versículos del Corán enmarcados. El precio incluía abundancia de Coca-Cola y refrescos embotellados, así como haces de *qaat* suficientes para tres huéspedes, a pesar de que Malik no tiene intención de mascar, y varios paquetes de cigarrillos. El aire acondicionado está al máximo.

Il-Qayaxan, también conocido como Isha, es el primero en llegar, justo a la hora acordada. Llama a la puerta tan suavemente que Malik tarda unos instantes en oír el golpeteo apagado por el rugido del aire acondicionado. Lo invita a entrar. Se estrechan la mano, se presentan y se saludan con las frases de rigor. Malik, entretanto, siente el corazón martilleándole la caja torácica y la vista nublada por el miedo. Qué estúpido he sido, se dice, por haberme dejado meter en esto.

Señala el lugar donde ha colocado los aparatos para la grabación y le dice a Isha:

—Siéntate, por favor. —Se toma su tiempo, aprovechando para estudiar un poco al hombre que ahora le sonrío—. Y sírvete algo de beber y dispón del *qaat*, si te apetece.

Isha tiene una expresión endurecida por la inquietud, y la mueca turbia de un hombre que acaba de despertar de una pesadilla. Por momentos a Malik le parece un tipo malhumorado, y por momentos cree que en su cara se delata el peso de la culpa. Malik basa sus conjeturas en los gestos nerviosos, furtivos, de Isha. Detecta además el tufo que despide, y se fija en que trae consigo una bolsa negra de plástico.

—Empecemos —dice Malik, y enciende la grabadora. Complementará el registro tomando notas a mano, por si surgiera cualquier fallo o percance con el aparato.

Isha apenas ha dicho un par de frases completas cuando se oye una fuerte explosión a lo lejos y un tiroteo en las proximidades. Las detonaciones hacen que la jaqueca de Malik vuelva sin concesiones. El dolor lo desgarrar por dentro, como si le abrieran la cabeza en dos, como si su memoria revisitara padecimientos antiguos, pustulosos. No puede soportarlo. Quizá Jeebleh tuviera razón, después de todo.

Malik deja correr la cinta, registrando el ruido de los bombardeos como para la posteridad. Un par de bombas caen cerca. En las pausas entre los disparos y los

estallidos de los proyectiles, oyen a un niño aullando. Quizá la criatura sea de una familia que huye de los enfrentamientos, cargando en hatillos sobre la cabeza sus pertenencias.

Cuando al fin cesan los bombardeos, Malik le pregunta a Isha qué asuntos lo trajeron a Mogadiscio desde un principio. Isha explica que trabajaba de contable antes de emigrar a los Estados Unidos en calidad de refugiado, a principios de los años noventa; primero fue a Nashville, y luego se instaló en Mineápolis. Al ver que no encontraba un empleo a la altura de sus cualificaciones, montó una agencia de viajes y, cuando las cosas empezaron a ir bien, amplió el negocio, asociándose con dos indios y un empresario chino de Hong Kong. En 1996 la empresa se pasó al dinero fácil, básicamente dedicándose al lavado de dinero sucio procedente de la piratería. Consiguieron grandes beneficios, que llegaron al veinticinco por ciento. En un momento dado, invirtieron parte de su propio dinero, ya lavado, para financiar a título personal la piratería.

Sin embargo, justo cuando esperaban quintuplicar las ganancias, el dinero se agotó. Los bancos de Londres adonde iban a parar todos los fondos de la piratería explicaron que los pagos serían escalonados, a fin de no levantar sospechas con grandes cantidades de dinero cambiando de manos en el escenario posterior al 11-S de 2001. Con el transcurso del tiempo, no obstante, Isha y sus socios no veían ningún dinero, solo números y más números. Acompañado por sus socios asiáticos visitaron Londres para encararse con el empleado del banco que se encargaba de recibir el dinero y distribuirlo entre los correspondientes destinatarios, y este les mostró una declaración jurada y un poder notarial presuntamente firmado por los piratas de Harardhere, los cuales autorizaban a un tal Ma-Gabadeh a recoger los fondos en su nombre. En la nota manuscrita adjunta, los piratas juraban que matarían a varios rehenes, entre ellos dos británicos, a menos que los bancos ingresaran los fondos en las cuentas de Ma-Gabadeh en Abu Dabi.

—Resultó ser un caso de ladrones repartidos en varias guaridas por distintos continentes, que se dedicaban a estafar a pequeños ladrones, cuyos intermediarios y contactos se habían vendido —explica Isha.

Enviado a Mogadiscio, Isha se reunió con Ma-Gabadeh en presencia de un consejo de ancianos, que convencieron a este último de pagar por lo menos a Isha, para evitar que los clanes de sus respectivas familias se declararan la guerra.

—¿Y tú aceptaste ese trato, en el que los asiáticos que invirtieron contigo acabarían timados? —pregunta Malik.

—Trataba de ganar tiempo, porque Ma-Gabadeh les dijo en mi presencia a los ancianos de mi clan y el suyo que necesitaba margen para reunir el dinero —dice Isha—. Más vale a veces pájaro en mano que ciento volando, como suele decirse.

—¿Qué ocurrió después?

—¡Los etíopes invadieron el país! Y Ma-Gabadeh huyó.

—¿Adónde?

—A Eritrea, ¿dónde si no?

—Y eso, ¿adónde nos lleva?

—Ahora estoy sin blanca y varado en Somalia.

—¿Y si intentarás marcharte?

—Me arriesgo a acabar detenido en los Estados Unidos.

—¿Qué les has contado a tus socios asiáticos?

—Creen que he recibido mi parte, y que con eso me he fugado. Puedo entender que clamen por mi pellejo. Están amenazando con denunciarme a las autoridades estadounidenses diciendo que ellos no estaban al corriente de nada de todo esto.

No es de extrañar que Isha parezca enojado y al mismo tiempo culpable.

Cuando Fidno llama a la puerta, Malik lo invita a entrar en la *suite*. Isha y él se dan un abrazo y unas palmadas en la espalda. Malik trata de leer la expresión de su cara. Parece un personaje de novela negra: taimadamente atractivo, al estilo de un Humphrey Bogart, con una sonrisa tan cautivadora que robaría el corazón de cualquiera; la mirada centelleante y llena de promesas, promesas que te harán maldecir el día que lo conociste. Pero no puede ser completamente malo, imagina a Ahl diciendo. A fin de cuentas, lo ha ayudado a reunirse con Taxliil.

Fidno lleva una bolsa de lona blanca con el logo de The Body Shop impreso en letras negras. Disculpándose con Malik, dice que quiere zanjar un asunto inmediatamente: le entrega a Isha el dinero que lleva en la bolsa, contento de disponer de un testigo. A tal fin, Fidno cuenta un fajo de varios miles de dólares estadounidenses y deja aparte el resto, que Malik supone que es la parte que Isha le debe. Isha cuenta los billetes y los guarda en la bolsa negra de plástico que traía; tiene el descaro incluso de preguntarle a Malik si le interesa recibir un porcentaje. Ofendido, Malik rehúsa la oferta.

Fidno elige un haz de *qaat* y se pone a mascar en silencio, hasta que forma una bola en los carrillos del tamaño de un limón. Tiene los ojos inyectados en sangre, desorbitados por la vigilancia redoblada. Malik consigue esbozar una sonrisa forzada mientras la catarsis recorre cada pulgada de su cuerpo en tensión. Le duele la cabeza, y la zona de la ingle también. Se concentra en el dolor físico tratando de excluir todo lo demás, bloqueando el pasado, el presente y el futuro para alojarse en un territorio cercado por la agonía física. Le crujen las rodillas como unas bisagras que precisan una puesta a punto. Sin embargo, incapaz de cancelar el paso al pasado más reciente, suspira, suda a mares y respira tan agitadamente como un hombre que ha escalado una montaña muy rápido sin preparación previa. Se seca el sudor grasiento de la frente, usando el paño húmedo que envolvía el haz de *qaat* de Fidno.

—He oído que resultaste herido ayer —dice Fidno—. Aunque no de gravedad, por lo que veo.

Malik se siente incómodo. No le apetece hablar de los daños que ha sufrido, ¡Dios sabe que conoce el pasado de Fidno lo suficiente como para no querer atenciones

médicas de su parte! Y Fidno adopta una actitud de impaciencia, como si no quisiera que lo atosiguen con interrupciones; quiere empezar de una vez, hablar hasta perder la coherencia, despacharse a gusto.

Y mientras habla, Malik cada vez está menos seguro de por qué piensa que Fidno es un hombre peligroso. Repite la historia como ya se la contó a Ahl, con insistencia palpable en que nadie ha pagado el rescate que se le debe a él y a sus hombres; que nadie está escuchando a los somalíes, que los piratas no están recibiendo el dinero que por derecho les corresponde. Y lo más importante, dice Fidno: «Lo que se le ha hecho creer al resto del mundo es falso. Por favor, escríbelo, por favor».

—Entonces, ¿quién se queda con el dinero, si los piratas somalíes no se están enriqueciendo con las ganancias de sus actividades? —pregunta Malik, procurando no suscitar la ira de su interlocutor.

—Eso quiero saber yo —contesta Fidno.

—Tengo entendido que en Somalia se dan cita todas las actividades criminales habidas y por haber, desde el tráfico de drogas, al lavado de dinero, el contrabando de personas y la importación ilegal de armas. Por no mencionar el apoyo y la instigación, o como mínimo el respaldo, a lo que en Occidente se llama terrorismo. ¿Qué me dices a eso?

Fidno deja de mascar. Advierte el gesto de Malik invitándolo a hablar, pero aguarda y al cabo habla con estudiada lentitud.

—En una clase de retórica dictada en la universidad alemana donde estudié, el profesor dedicó más de media hora a la pregunta que un abogado le planteó a un hombre acusado de maltratar a su esposa. La pregunta estaba formulada de un modo que obligaba al hombre a incriminarse contestara lo que contestara. Ahora debo insistir en que reformules tu pregunta, para tener una opción justa a responder.

—¿La piratería funciona? —pregunta Malik—. Y en caso de que así sea, ¿para quién?

—No somos bandidos marinos de la estirpe del capitán Hook y el capitán Blood. La capital mundial de la piratería no está en Eyl o Harardhere, y si las visitaras verías por ti mismo que son dos de los pueblos más subdesarrollados en el ya desolado páramo de Somalia. —Hace una pausa—. Aquí tienes la respuesta a tu pregunta. La piratería para los somalíes no funciona.

—¿Querías explicarte?

—Déjame intentarlo —dice Fidno—. A través de los esfuerzos combinados de la comunidad y los pescadores afectados por la pesca mecanizada, que no solo causaba daños medioambientales sino que entrañaba la pérdida del sustento de los pescadores, las gentes de Puntlandia establecieron vigilancia en la costa, inicialmente con la única intención de detener la pesca ilegal en nuestras aguas. Cuando esos esfuerzos fracasaron, porque los pesqueros extranjeros empleaban tácticas de mano dura y utilizaban armas para intimidar a esas comunidades locales, un puñado de antiguos pescadores recurrieron a «hacerse con el mando» de los barcos de distintas naciones

que pescaban ilegalmente y sin ningún tipo de regulación.

Malik ha oído hablar de estas cosas antes, pero tiene curiosidad por saber cómo funciona realmente. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que unos muchachos que tripulan esquifes de veinte pies de eslora con motores fueraborda de apenas 75 cv sean capaces de abordar buques del tamaño de un bloque de pisos?

—Lo hacemos con la ayuda de otros —dice Fidno.

—¿De quiénes?

—En nuestra condición de «corsarios» somalíes, pues insistimos en que no somos piratas, contamos con una red de informantes de distintas nacionalidades y profesiones dispares: corredores marítimos, agentes de seguros, guardacostas con acceso a información sobre el tráfico de barcos, banqueros, contables; todo el abanico de oficios relacionados con el transporte marítimo. Nos comunicamos con Londres de un modo seguro, por teléfono vía satélite; recibimos el contacto de alguien del canal de Suez que dispone de los itinerarios de las embarcaciones, la clase de carga que llevan, el nombre de sus propietarios y el destino final. Dubái. Londres. Saná. El mundo entero al alcance de los dedos. ¿Cómo crees que nos hicimos con el barco procedente de Ucrania que transportaba tanques a Mombasa, destinados al Gobierno regional del sur de Sudán? ¿Cómo supimos de un barco israelí cargado de residuos químicos? Estamos informados de todo unos días antes de que zarpen. Tenemos negociadores en Norteamérica que tratan con los propietarios de los barcos. Lo que está ocurriendo aquí supera con mucho lo que tú o cualquier otro podáis imaginar.

Fidno mira a Isha, que respalda sus afirmaciones asintiendo.

—Aquí tienes a uno de nuestros negociadores —dice Fidno, señalando de nuevo a Isha—. Empezó de contable, ahora está aquí encallado, sin blanca, porque los pagos que correspondía recibir no se han efectuado.

—¿Dónde está el dinero?

—En Londres... en un banco —dice Fidno.

—¿Quién cobra, entonces? ¿Quién ha recibido el pago, si tú no has sido?

—Aparte de los somalíes, todos los demás han cobrado lo que les correspondía. Nuestros consultores de Londres han recibido su parte; los intermediarios de Abu Dabi, también; y lo mismo los tipos del canal de Suez. Pero no ha habido un céntimo para los somalíes. Hemos hecho el trabajo sucio y somos los «villanos» que aterrorizan el tráfico marítimo del mundo entero, pero no nos han pagado.

—¿Puedes proporcionar nombres, dar direcciones?

—Por supuesto.

Malik le pregunta a Fidno por el dinero en metálico que acaban de repartirse, aunque sabe que se arriesga a que lo echen con cajas destempladas.

—Como hombres acostumbrados a navegar por todos los mares, hemos de saber navegar por distintas aguas para poder sobrevivir —dice Fidno—. El dinero que nos hemos repartido procede de un negocio de fabricación de lanchas motoras que hemos montado en Seychelles. He accedido a prestarle la mitad de mi parte a Isha, que

promete devolvérmelo en cuanto reciba por fin lo que le deben. Y como puedes ver no se trata de millones de dólares; son apenas diez mil, en billetes pequeños.

Malik no tiene ningún motivo para no creerle, y además Fidno suena convincente, aunque eso no sea mucho decir. Malik, como periodista, rara vez confía en la veracidad de un relato hasta que ahonda en las fuentes y llega al fondo de la cuestión. Por desgracia ahora no es posible, el tiempo juega en su contra. Y para colmo el miedo parece apoderarse de él de nuevo, se siente un poco febril.

Aun así no piensa ceder fácilmente.

—Sin embargo, es seguro que los piratas reciben bolsas llenas de dinero contante y sonante. Por televisión han circulado fotografías de los rescates entregados a los barcos secuestrados, y los reporteros aseguraban que dentro había un par de millones de dólares.

—¿Cómo puedes saber a partir de unas imágenes que viste desde el sofá de tu casa que las bolsas que se mostraban contenían dinero? —pregunta Fidno.

—¿Qué había dentro, si no?

—Te sugiero que vayas a preguntárselo a la persona que captó la imagen de las bolsas presuntamente llenas de dinero entregadas al barco presuntamente secuestrado y al reportero que dio la noticia. Quizá ellos lo sepan. El problema de mucha gente en principio inteligente, leída y bienintencionada, es que creen lo que ven en las pantallas del televisor, no lo que decimos los señalados aquí en Puntlandia.

—Las bolsas que fueron entregadas con una cuerda suspendida desde un helicóptero supuestamente contenían dos millones de dólares —repite Malik.

—Alguien miente.

—Dime quién miente y por qué.

—No soy yo —dice Fidno—. No somos nosotros.

—Entonces, ¿quién?

—Quizá sea una artimaña de la aseguradora.

—¿Afirmaron que habían pagado sin que fuera cierto?

—Apuesto a que también creíste la flagrante mentira que circuló en la prensa internacional —continúa Fidno— de que el cadáver de un pirata, ahogado después de recibir su parte, apareció en la orilla arrastrado por la marea con cincuenta y tres mil dólares en el bolsillo. Pregúntate lo siguiente: ¿qué fue de ese dinero? El periodista eso no lo dice, ¿verdad? En ese mismo artículo hay una historia increíble sobre cinco piratas ahogados, que presuntamente llevaban encima tres millones de dólares: el rescate por un petrolero saudí, ¿no? Una vez más, ¿qué ha pasado con ese dinero? En Somalia los habitantes de cualquier pueblo harían una guerra por cien míseros dólares. ¿Qué no harían por cincuenta y tres mil, o mejor aún, por un millón? ¿Tuviste noticia de algún conflicto a raíz del dinero que llevaba ese pirata que la marea empujó a la orilla?

—¿Qué me dices de la buena vida que se dan en Eyl y Harardhere, los pueblos en manos de la piratería sobre los que he leído en el *Guardian* de Londres?

—Eyl es una aldea desolada, la más pobre de Puntlandia —dice Fidno—. Dudo que el periodista que escribió esas cosas haya estado ahí. Yo sí he estado. No hay nada en Eyl, nada de nada.

—La BBC emitió noticias similares —dice Malik.

—¿Y quién soy yo para poner en entredicho a la BBC? —dice Fidno.

—¿Estás diciendo que las mentiras corren por todas partes?

—Corren muchas mentiras, ¡desde luego!

—¿Qué hay del informe de ciento cincuenta páginas que recabaron los expertos de Naciones Unidas, que ha servido de base para elaborar un plan de acción para frenar la piratería en las costas de Somalia?

—¿Qué hay de eso? —replica Fidno.

De la bola de *qaat* que mascaba apenas queda ahora una pequeña protuberancia bajo la mejilla. Isha tiene la mirada de un pobre borracho de garrafón barato, y la lengua impregnada del jugo verde y macerado de su adicción.

—Ese informe de Naciones Unidas son patrañas burocráticas, ensambladas por un grupo de chupatintas que cobran dietas y suplementos por trabajar en condiciones de vida difíciles —dice Fidno—. No sirve ni como papel de váter.

—¿Qué puedes decirme de la relación entre Al Shabab y los piratas? —pregunta Malik.

Fidno guarda silencio y mira a Isha, como aguardando una señal. Sin ninguna a la vista, continúa.

—La suya es una relación de interés mutuo: los piratas, especialmente los que simpatizan con la causa de Al Shabab, ayudan a traer armas y algunos combatientes extranjeros para la yihad, a los que recogen en puntos previamente convenidos cerca de Yemen; a cambio, Al Shabab ofrece protección a los piratas y adiestramiento en el manejo de armas en caso de que se produzca un ataque estadounidense.

Malik apaga la grabadora y dice:

—Hemos terminado. Gracias a los dos.

Hablan a continuación de algunos asuntos que no quedarán registrados, y Fidno le pregunta a Malik si ha estado en contacto con Ahl y si puede informarle de cómo van las cosas. Malik contesta con cierta vaguedad, sin entrar en detalles. Es más, se esfuerza por no mencionar a Taxliil, ni siquiera una vez. Manteniendo las buenas formas hasta el último momento, se despiden con buen ánimo; Malik promete que escribirá un artículo basándose en su conversación y les mandará una copia, si le facilitan una dirección a donde enviársela.

Malik llama a Qasiir para que pase a buscarlo, y deja a Fidno e Isha en la *suite*, mascando. En la recepción paga la cuenta, dejando claro que él no es responsable de más cargos. Luego encuentra a Qasiir en el coche, aparcado en el sitio donde lo dejó.

—Por favor, ve por un camino distinto al que hemos elegido al venir. Sugiero que hagas como si fuéramos al apartamento.

Qasiir mira a menudo por el retrovisor, asegurándose de que nadie los sigue.

- También quiero reservar mi billete de avión —dice Malik.
—¿Tu billete adónde?
—A Nairobi. A primera hora de la mañana.

Ahl, listo para partir hacia el aeropuerto, telefona a Malik para contarle cómo están las cosas, aunque ni siquiera ahora le apetece confiarle a su hermano los erráticos cambios de humor y comportamiento de Taxliil, y menos aún que ahora mismo sigue atrincherado en la habitación, negándose a abrir la puerta o a comunicarse con nadie.

De todos modos es Cambara quien contesta al teléfono, no Malik. Sorprendido en un primer momento y preguntándose si se ha equivocado de número, Ahl está a punto de colgar cuando ella se apresura a decirle quién es.

—No te has equivocado de número —añade Cambara—. Pero me temo que Malik no podrá contestar.

Ahl se ofrece a llamar más tarde, y le deja su nombre y la avisa de que Taxliil y él saldrán en un rato hacia el aeropuerto. O eso espera.

Aun así, ella no dice gran cosa. Ahl se pregunta si la salud de Bile habrá empeorado. Entonces piensa en la entrevista de Malik, justo en el momento en que Cambara dice:

—Lamento tener que darte malas noticias.

Ahl comprende automáticamente. Los nombres de Fidno e Isha se unen a su sentimiento de culpa y lo ahogan, dejándolo sin palabras. La lengua parece inerte, los ojos parecen a punto de salirse de las cuencas, como si padeciera una especie de ataque.

—Lo siento, lo siento mucho —dice ella.

Entre sollozos, Cambara confirma sus peores temores. Malik está en el hospital, en estado crítico.

Conmocionado y mudo como está, pasa revista a las últimas discusiones que ha tenido con Malik y Jeebleh. Por lo menos Malik no está muerto, piensa. Reza porque una de las muchas vidas de su hermano lo ayude a salir de una cama de hospital.

—El coche en el que viajaba, volviendo de la entrevista, fue alcanzado por una bomba de carretera accionada por control remoto —dice Cambara—. Qasiir, que iba al volante, está muerto. Malik está en la unidad de cuidados intensivos. Estoy aquí pasando la noche en el hospital, a su lado. Hemos organizado un plan especial para trasladarlo en avión a Nairobi, dentro de una hora aproximadamente. Viajaré con él, acompañándolo.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Tú ya tienes bastante de lo que ocuparte —dice ella.

—Me refería a las facturas médicas.

—Eso ya está arreglado —dice Cambara—. Están pagadas.

Ahl no sabe qué decir, ni siquiera acierta a dar las gracias.

Cambara continúa:

—He llamado a Jeebleh, que vendrá a recibirnos al aeropuerto.

—Si mi hermano corre peligro, por favor dímelo, Cambara.

—Necesita un hospital mejor preparado que este —dice—. Además, Jeebleh estará en Nairobi cuando lleguemos.

—¿Qué dicen los médicos de Mogadiscio?

—Confían en que su vida no peligrará si lo ingresan en un hospital de Nairobi con instalaciones más sofisticadas —le asegura ella antes de colgar.

En el silencio que sigue, Ahl se queda inmóvil un instante. Y luego estalla. Lanza el teléfono móvil contra la pared; grita a pleno pulmón, maldiciendo. Xalan sube corriendo la escalera y lo encuentra callado mirando el teléfono, como si no tuviera ni idea de lo que acaba de hacer, ni por qué. Ella sigue su mirada y recoge las piezas del teléfono, desperdigadas por el impacto, las ensambla de nuevo y ajusta la carcasa hasta que el aparato vuelve a funcionar. Se lo pasa, y él le da las gracias con un gesto de la cabeza. Ella espera, dispuesta a hablar, dispuesta a ayudar, mientras Ahl llora y las lágrimas le corren por las mejillas.

El teléfono de Ahl vuelve a sonar y, al ver que él se aparta negando con la cabeza, Xalan contesta, y así se entera de lo que ha provocado ese desmoronamiento momentáneo. Lo abraza y lo mece tiernamente, como si acunara a un recién nacido con cólicos. Y mientras se abrazan, Xalan repite alternativamente dos lamentos: «¡Qué ciudad ruin!» y «¡Qué país maldito!».

Al fin Ahl logra recomponer el rostro y su gesto se endurece. Aprieta los dedos en un puño y se queda de pie, inmóvil, incluso después de que Taxliil se reúna con ellos. Xalan no le dice al muchacho lo que le ha ocurrido a su tío; no se atreve. Con los jóvenes nunca se sabe; son capaces de decir o hacer cualquier cosa.

Como es lógico, a falta de una explicación, Taxliil cede a interpretaciones equivocadas. Suponiendo que Ahl finalmente está proyectando la rabia que siente hacia él, se encierra de nuevo en su cuarto y se niega a abrir la puerta o a hablar con Xalan, incluso después de que ella le dé la triste noticia sobre Malik. Taxliil permanece a oscuras, debatiéndose entre dos frentes, un instante compadeciéndose a sí mismo por ser el que padece el sufrimiento de otros, y un instante después abrumado por la culpa. Grita repetidamente que ojalá hubiera rematado la faena con valentía, como había hecho Saifullah, en lugar de acobardarse en el último momento. Está fuera de sí, y nada de lo que Xalan dice consigue calmarlo.

Warsame llama por teléfono. Ha estado en Garowe, la capital de Puntlandia, y ha mantenido una larga charla con el vicepresidente de la región, antiguo compañero de clase de Xalan. Su jefe del Estado Mayor ha garantizado que la investigación sobre la explosión en la que Saifullah murió sigue en curso. Entretanto, sin embargo, el ministro del Interior le ha dado a entender a Warsame que en algún momento quizá Xalan y él sean citados para responder a algunas preguntas. Xalan quiere saber si Warsame ha hablado con el ministro acerca del «otro asunto, de nuestro joven ya-sabes-quién».

—Sí —dice Warsame—. Ha sugerido que limpiemos la casa de inmediato y nos

aseguremos de eliminar bien todo el polvo de los rincones.

Ella le asegura que hace cuanto está en su mano por sacar a Ahl y Taxliil de Bosaso, no porque estén sucios, sino porque su propia seguridad depende de ello: cuanto más esperen, mayor será la probabilidad de que Al Shabab averigüe dónde están.

Luego le cuenta lo que sabe sobre Malik, y todo lo que entraña la noticia.

Xalan hace hincapié en que, por desafortunados que sean los sucesos, Malik ha tenido suerte en varios sentidos: en primer lugar, de que la explosión se produjera cerca de la casa de Cambara y Bile; la suerte también ha querido que la asistenta casualmente pasara por allí cuando explotó el artefacto, viera a la multitud que se congregaba alrededor del vehículo y cediera a la curiosidad de ir a mirar, sin saber quiénes eran las víctimas hasta que se aproximó lo suficiente para reconocer a Malik y Qasiir.

La mayor suerte de todas: que hayan encontrado un Cessna Sovereign sin carga ni pasajeros a punto de regresar a Nairobi. El viaje no ha resultado más barato por eso, ni mucho menos, pero Cambara ha reunido el dinero que ha podido arañar, sumándolo a lo que había en la bolsa de Malik. Con la ayuda de algunos de los presentes, consiguió sacar a Malik del vehículo y, con la ayuda de Bile, llevarlo enseguida a un hospital privado con apenas diez camas disponibles, después de que la asistenta, con la colaboración de algunos voluntarios, accediera a trasladar el cadáver de Qasiir al anexo de la vivienda.

Malik había perdido mucha sangre, pero los médicos lograron impedir que su situación se complicara. Su estado era crítico, porque se le había reventado el bazo y se temía que la hemorragia afectara otros órganos y le provocara un fallo hepático.

Ahl llama a Bile para saber si hay novedades.

—Aún no he tenido noticias de Cambara —dice Bile.

—Espero que todo vaya bien —dice Ahl.

—¿Cuándo salís para el aeropuerto? —pregunta Bile.

Ahl no le comenta nada sobre la actitud de Taxliil; solo le dice que el vuelo se ha retrasado al menos una hora.

—Te llamaré si me entero de algo —dice Bile.

—Te lo agradeceré mucho.

—¿Cómo van las cosas con Taxliil? —pregunta entonces Bile.

—Estamos todos con los nervios de punta —dice Ahl.

Ahl no puede evitar conmoverse ante el sufrimiento de Taxliil, provocado en parte por las condiciones que hoy en día se viven en Somalia. Está sentado a solas, tomando la enésima taza de café y sintiendo un malestar para el que no hay una cura inmediata. Se halla en un dilema. Levanta la vista cuando Xalan sugiere que revisen el pasaporte que usará Taxliil para entrar en Yibuti, pero él niega con la cabeza,

resignado a que sus planes hayan fracasado. Xalan le sirve más café.

Su teléfono suena y Ahl contesta. Permanece unos instantes escuchando antes de activar el manos libres, para que Xalan asista al aluvión de acusaciones que Yusur está vertiendo contra él.

—Taxliil dice que le estás asustando, contándole que quizá en Yibuti lo deporten directamente a Guantánamo —dice Yusur.

—Yo no he dicho nada de eso —dice Ahl.

—Puedo imaginarte haciéndolo —dice Yusur.

—Bueno, pues no lo he hecho.

—Soy su madre y quiero que mi hijo vuelva conmigo.

—Pero también es mi hijo, y le quiero —dice Ahl.

—Basta de monsergas —lo corta ella—. Sabes que no es tu hijo, y nunca le has querido como haría un padre. Y yo le creo. Sé lo que tratas de hacer. Quieres meterle el miedo en el cuerpo.

—¡Yusur, cariño!

—¡Nada de cariño!

Ahl no sabe qué hacer ni qué decir.

—¿Xalan está contigo? —pregunta Yusur.

—Sí, aquí mismo.

—¿Puedo hablar un momento con ella?

Xalan interviene.

—No desearía decir algo fuera de lugar, pero permíteme advertirte de que cometes un grave error acusando a Ahl de haber obrado mal en ningún sentido. Merece mucho más aprecio por tu parte; merece la gratitud de tu hijo, que está resultando sumamente difícil en el trato. Sugiero que vuelvas a llamar antes de una hora con una disculpa, porque tú no sabes por lo que estamos pasando aquí.

Xalan le cuelga el teléfono a Yusur. Luego sube a decirle a Taxliil que si no sale antes de media hora y se disculpa, su padre tomará el vuelo a Yibuti por su cuenta y lo dejará aquí.

Cuando vuelve, Xalan le dice a Ahl:

—Yusur está irreconocible. La que hablaba no es la mujer que yo conozco y quiero. Cuando me llamó, justo antes de que volaras hacia aquí, te describió como el marido más complaciente y adorable del mundo. ¿Qué le ha ocurrido para que esté así?

—No le ha ocurrido nada nuevo —contesta Ahl—. Ese rasgo de su carácter siempre ha estado ahí, y aflora cuando está angustiada o cuando no se sale con la suya en algo. Hay cosas de Yusur que nunca conocerás hasta que vivas con ella a diario bajo el mismo techo.

—Aun así, ¿cuál es la causa de este arrebato?

—Puedes ver el comportamiento de Yusur reflejado en Taxliil —dice Ahl—. De tal palo, tal astilla; un instante son encantadores, y al instante siguiente dan rienda

suelta a una amargura cargada de veneno.

Un escalofrío de duda se instala en la cara de Xalan, ensombreciendo su semblante. Lamenta haber sido testigo del arranque de ira de Y usur. Ahl está seguro, sin embargo, de que Y usur no retirará sus acusaciones ni se disculpará, aun cuando se presentara la ocasión. «Perdón» no es una palabra que su mujer utilice a menudo.

Ahl, incómodo en el largo silencio, le pregunta a Xalan si es feliz en su matrimonio.

—Sí —dice, y añade—: De hecho con frecuencia me he preguntado si hace falta ser feliz en el matrimonio, sabiendo que la felicidad suele ser difícil de alcanzar en el caso de las parejas casadas. Llevo prácticamente veinticinco años de matrimonio, pero mi marido siempre me ha sido leal, siempre. Muchos hombres somalíes habrían dado la espalda a sus esposas si hubieran pasado por lo que yo pasé. Incluso mi hermana me dio la espalda. Mi Warsame no. No lo hizo. Eso es amor puro.

Ahl se reserva su opinión y permanece en silencio.

Su teléfono suena: Cambara informando de que están en Nairobi, en medio del tráfico en el camino del aeropuerto al hospital. Promete llamar más tarde con el número de la clínica.

Cuando llega la hora de que Ahl parta también al aeropuerto, Taxliil está a punto, vestido con una gorra de los Lakers calada al revés, gafas de sol, zapatillas deportivas, sin calcetines, unos pantalones anchos y, en lugar de cinturón, un cordón anudado a la cintura. Faai sale a la puerta a despedirlos.

Al llegar a la pista de aterrizaje, se quedan en el coche con Xalan, el aire acondicionado encendido, sin hablar. Taxliil no ha dicho una palabra desde que se ha subido al coche.

Un hombre con uniforme de policía se acerca a hablar con Xalan e intercambian las preguntas de rigor sobre sus respectivas familias. El policía menciona que Warsame ha llamado desde Garowe para pedirle ayuda. Xalan le entrega los dos pasaportes. El hombre se aleja lentamente, y al arrastrar las botas al andar sobre el suelo de tierra levanta una nube de polvo.

Xalan le pregunta a Taxliil si sabe cuál es el nombre que figura en el pasaporte, el nombre que ha de dar para entrar a Yibuti y su lugar de nacimiento. Taxliil no puede contestar, porque no se ha molestado siquiera en abrir el pasaporte. Xalan le pregunta si prefiere quedarse en Bosaso. El muchacho niega con la cabeza. Ella le pregunta por qué no. Taxliil no tiene nada que decirle.

Entretanto el oficial uniformado vuelve con ambos pasaportes debidamente sellados y se los entrega a Xalan, que a su vez le pasa con disimulo un abultado sobre lleno de billetes en moneda somalí. El hombre se aleja con rapidez, y Xalan les devuelve los documentos, a Ahl el suyo, y a Taxliil un pasaporte somalí sellado y con el correspondiente visado de salida. Taxliil sigue sin tener interés en aprenderse su nuevo nombre o lugar de nacimiento, pero ella se los lee de todos modos. Nada de lo

que ella haga o diga le interesa lo más mínimo. Al final, Xalan deja el pasaporte al cuidado de Ahl, que lo guardará junto al suyo hasta que lleguen a Yibuti; ella confía plenamente en que lo tendrá a buen recaudo.

Antes de que los pasajeros embarquen en el avión, Xalan anota el nombre de un hotel en Yibuti donde pueden alojarse si consiguen pasar el control de migraciones. También copia el número de teléfono de la casa y el móvil de un buen amigo que tiene allí, un locutor de radio que, dependiendo de cómo les vaya, irá a buscarlos y los llevará al hotel, para que pasen allí al menos la primera noche.

Durante todo el vuelo Taxliil evita mirar a Ahl a los ojos, y procura mantenerse tan lejos de él como puede. Reacciona con desdén cuando Ahl le sugiere, susurrándole en inglés, que abra el pasaporte y trate de familiarizarse con su presunta identidad.

Cuando al fin aterrizan y desembarcan en Yibuti, el orden salta a la vista. El personal de tierra uniformado conduce a los pasajeros desde el avión al vestíbulo de llegadas. Los guardias de seguridad mantienen una vigilancia competente, pero sin alardes manifiestos de autoridad. Se respira confianza en la eficacia organizada del poder del Estado, cuyo boato salta a la vista. Para lo pequeño que es el país, hay un buen número de aviones en el asfalto y en la pista, identificados con las banderas de muchos países.

Su vuelo ha aterrizado cerca de la hora en que muchos yibutianos disfrutaban mascando *qaat*, y que suele anunciar una temible lentitud. Ahl advierte que los oficiales de migraciones de servicio están ansiosos por despachar los trámites de los pasajeros cuanto antes. Se siente tranquilo, no solo porque Taxliil y él ahora están fuera del alcance de Al Shabab, sino también por la sensación de orden que impera a su alrededor. Le gusta conocer en qué términos trata con las autoridades; le reconforta saber cuándo puede cuestionar los aciertos o los desaciertos de las acciones que competen al Estado. En Bosaso, la autoridad del Estado era tan difusa que no podía precisar quién llevaba las riendas. Cumplimenta los formularios de entrada al país, declarando el propósito del viaje y estimando la duración de la estancia en una semana como mucho.

Sigue preocupado por la actitud de Taxliil, sin embargo, temiendo que su hijo albergue el deseo de que lo apresen, lo deporten o le nieguen la entrada. ¿Acaso Taxliil quiere ser un mártir después de todo, para resarcirse por un fracaso anterior? ¿Acaso pretende exaltar, como les ocurre a muchos jóvenes desatinados, el valor de la obstinación? Impasible a las templadas advertencias y objeciones de Ahl, que lo insta a despachar el formulario, Taxliil se limita a garabatear algo en la parte superior e inferior del folio. Dos distintos oficiales de migraciones le preguntan al muchacho, y luego a Ahl, cuál es el problema, y este les contesta: «Nada, cosas de adolescentes».

Hace lo posible por no perder los estribos, y apretando los dientes por la frustración, le arranca el formulario a Taxliil y le dice:

—Deja, ya lo relleno yo.

—Hay un problema, sin embargo —dice Taxliil.

—¿Qué problema?

—Hay algo de este pasaporte que no me gusta —dice Taxliil.

—¿Qué es lo que no te gusta? —pregunta Ahl.

—Me hace un año más mayor de lo que soy. Y tampoco me gusta el nombre.

¿Quién dice que no hay vida después de la muerte? Ahl recuerda un verso de Auden, que dice que «los nombres propios son poesía en bruto», y al leer de carrerilla

los nombres a los que se supone que Ahl debe atender —Mohammed Mahmoud Mohammed—, no puede evitar coincidir en que suenan a nombre falso. Así que, en un momento de rara empatía, Ahl le da una palmada en el hombro a Taxliil, que le deja rellenar el formulario sin protestar.

Son los únicos pasajeros que quedan, forman una fila propia. Mientras se acercan al mostrador de migraciones, Ahl le dice severamente en inglés:

—Déjame hablar a mí, si no te importa.

Felizmente, Taxliil asiente.

Dado que sus nombres no guardan parentesco, y dado que Ahl viaja con pasaporte estadounidense con un visado de salida y de entrada a Yibuti de hace menos de dos semanas, mientras que Taxliil lleva un pasaporte somalí, expedido un año atrás, pero que no se ha utilizado hasta ahora, sin duda habrán de dar explicaciones de esas aparentes discrepancias. Ahl confía en que si van al mostrador juntos tendrá una oportunidad para defender mejor esa discordancia entre sus respectivos nombres. A fin de cuentas no es extraño en estas partes del mundo que los padres y los hijos tengan apellidos distintos. Además, con un poco de suerte, el oficial de migraciones quizá no tenga los medios para saber que el documento de Taxliil está amañado.

El oficial es muy cortés; les da a ambos la bienvenida a Yibuti. Estudia detenidamente los pasaportes y acto seguido mira a Ahl y a Taxliil; salta a la vista que no detecta ningún parecido familiar en las caras o en la identidad de las nacionalidades que figuran en los pasaportes.

Ahl se da cuenta de que Taxliil está nervioso. Da la impresión de que vaya a echar a correr hacia la escalera en cualquier momento, o que se le vaya a escapar cualquier comentario que lo incrimine.

—Es mi hijastro —dice Ahl sin que le pregunten, y no añade más detalles.

—No pienso volver a Bosaso —dice Taxliil.

Es como cuando el dentífrico se sale del tubo, no hay manera de volverlo a meter, por más que Ahl intente restar importancia al comentario y considerarlo la metedura de pata de un adolescente. Cuando trata de explicarlo, Taxliil no le deja, hablando con petulancia y diciendo «Déjame en paz». El oficial de migraciones estudia de nuevo los pasaportes sin prisas y somete a un intenso escrutinio los formularios. No les dice nada, ni a uno ni a otro. Descuelga el teléfono y dice un par de palabras por el auricular, en francés.

Otro oficial, de rango superior al del mostrador, aparece al cabo de escasos minutos. Él también examina los pasaportes y observa las caras de Ahl y Taxliil, como si buscara alguna pista. Hace una llamada telefónica, dice una sola palabra. Un tercer oficial, superior de estos dos, se reúne con ellos.

Ahl y Taxliil son escoltados hasta un cubículo dentro de las instalaciones del aeropuerto. Los meten en salas separadas y les hacen preguntas sobre su identidad, lugar de nacimiento y lugar de procedencia, así como sobre su destino final. Nuevos

formularios. Nuevas preguntas. Sus direcciones, números de teléfono particulares, relación que los une, y lugar de trabajo o centro de estudios en Mineápolis. Les suministran nuevos formularios, una vez más. Las mismas preguntas, distintos oficiales, conversaciones grabadas y toma de sus huellas dactilares.

Justo antes de que caiga la noche, llegan dos furgonetas que los conducen desde el recinto del aeropuerto a una comisaría de policía situada a un kilómetro escaso, donde los someterán por separado a un interrogatorio más largo y detallado, primero por parte de las autoridades yibutianas y luego... Aunque Ahl no puede predecir lo que ocurrirá después de eso, ¿o sí?

Xalan ha seguido de cerca los movimientos de Ahl y Taxliil desde el momento en que se embarcaron en el avión hasta su llegada a Yibuti. Su amigo, el locutor de radio, le confirma que están en manos de las fuerzas de seguridad estatal, según ha averiguado por un oficial de migraciones, que le ha confiado los protocolos por los que han pasado y que los han trasladado en sendas furgonetas a un destino desconocido.

Xalan le pregunta al locutor cómo se ha enterado de todo esto.

—El oficial es amigo mío y mascamos *qaat* juntos —contesta él.

Cambara comunica las últimas novedades sobre Malik, que aún no está en condiciones de poder hablar y mucho menos de comprender lo que sucede, a Bile, que se las transmite a Xalan para que esta pueda finalmente poner a Yusur al corriente. Xalan, por su parte, le cuenta a Bile lo que sabe de Ahl y Taxliil por el momento y todos los datos que le ha dado el locutor de radio desde Yibuti. Cambara comparte las últimas noticias con Jeebleh, que ha ido a recibirla al aeropuerto de Nairobi y los ha acompañado hasta la ambulancia, que esperaba ya para trasladarlos a la clínica, donde Malik se está recuperando ahora después de pasar por el quirófano.

—Pero ¿qué harán con ellos en Yibuti? —pregunta Cambara.

—No los van a degollar, como sí habrían hecho los de Al Shabab si les hubieran puesto las manos encima a cualquiera de los dos —dice Jeebleh.

—Visto así, es un alivio —dice Cambara.

—Ese es el lado bueno.

—Aun así, ¿en qué situación legal van a encontrarse allí?

Jeebleh, estudioso de Dante, describe la situación de Ahl y Taxliil de «purgatorio»: un estado intermedio, en el que les conceden la oportunidad de alcanzar una purificación más prometedora que la que habrían podido esperar en Somalia si Al Shabab hubiera dado con ellos.

—Creo que sé en qué consiste la purgación —dice Cambara—. Es la eliminación de residuos del cuerpo, ¿me equivoco?

—Sí, la eliminación de material de desecho en un sentido litúrgico o ritual —contesta Jeebleh—. Y puesto que a Ahl y Taxliil los mantienen bajo arresto por

separado, cada uno de ellos se limpiará de todo el envilecimiento que llevan dentro, en especial el muchacho. Su situación es un «purgatorio» en la medida que ahora pueden ver que Bosaso se aproxima a la idea que ambos puedan hacerse del infierno. Taxliil deberá enfrentarse a sus propios demonios: un mártir suicida que se echa atrás en el último momento no es un trago fácil de digerir para nadie.

—¿Y qué papel desempeña Yibuti entonces, en términos de purgación? —pregunta Cambara.

—Estoy convencido de que están en un infierno mucho menor que si hubieran caído directamente en manos de Al Shabab, del FBI o del Departamento de Seguridad Interna estadounidense —dice Jeebleh.

—¿Te refieres a que en Yibuti están bajo una custodia más amable, por así decir?

—En Yibuti serán más comprensivos con un adolescente somalí en la situación de Taxliil, atrapado en políticas suicidas —dice Jeebleh—. El Estado quizá interceda a un acuerdo de Gobierno a Gobierno durante el proceso de extradición. Mientras esperan a que las cosas se aclaren, no serán torturados ni humillados.

Cambara llama a Bile para contarle las impresiones de Jeebleh y ponerle al corriente del estado de Malik. Los médicos de Nairobi aún no lo consideran fuera de peligro, pero aseguran que tiene «suerte de estar vivo». Le han puesto los pies en alto, escayolados, y está entubado por todas partes. También lleva la cabeza vendada, tan prieta que le resultaría incómodo sonreír aunque quisiera. No puede respirar por sí solo, tiene los pulmones perforados.

Los periodistas afincados en Nairobi han acudido en masa al hospital, pese a todo. Algunos han dejado su firma en la escayola de Malik, anotando fechas y lugares en que trabajaron juntos y garabateando mensajes de ánimo en holandés, francés, árabe e inglés, para desearle una pronta recuperación. Una periodista británica y un reportero canadiense le traen flores y velan por él en el pasillo de la clínica, aguardando y charlando.

Cambara, sin embargo, no puede seguir hablando:

—Tengo que colgar, luego te llamo —le dice a Bile—. Malik se está despertando.

AGRADECIMIENTOS

Esta es una obra de ficción, inspirada no obstante en hechos verídicos que sirven de telón de fondo, revestidos por la pátina de la invención, y poblada por personajes que en su totalidad nacen de mi propia imaginación.

Al escribir he tomado elementos de numerosas fuentes, y en ocasiones me he basado en entrevistas que yo mismo llevé a cabo en Puntlandia y Mogadiscio entre finales de diciembre de 2008 y finales de febrero de 2011.

Entre los muchos textos que he leído y consultado o de los que he extraído información están: «Nine Journalists Killed in Somalia» (*Africa News*, 2009); «Somali Canadian Journalist Killed» (*CBS News*, 1 de agosto, 2007); «Even in Exile Somali Journalists Face Death» (*The Christian Science Monitor*, 12 de agosto, 2007); «Somalia journalist: “I Saw My Boss Dead”» (BBC, 19 de junio, 2009); «Gunmen Assassinate Prominent Somali Journalist» (CNN, 4 de febrero, 2009); «Fifth Journalist Killed This Year» (Committee to Protect Journalists, 8 de junio, 2009); Eric Schmitt y Jeffery Gettleman, «U. S. Says Strike Kills Leader of a Somali Militia Suspected of Ties to Al Qaeda» (*The New York Times*, 2 de mayo, 2008); «Recruited for Jihad» (*Newsweek*, 24 de enero, 2009); Richard Matthew, «Recruited for Jihad? What Happened to Mustafa Ali?» (*Minneapolis Star Tribune*, 9 de febrero, 2009); Abdisaid M. Ali, «The Al-Shabaab Al-Mujahidiin: A profile of the First Somali Terrorist Organization» (Institut für Strategie-Politik-Sicherheits-und Wirtschaftsberatung, Berlín, 2008); Steve Bloomfield, «Anger at U. S. “Rendition” of Refugees Who Fled Somalia» (*The Independent*, 23 de marzo, 2007); *Muslim Human Rights Forum’s Horn of Terror: Report of U. S. — Led Mass Extraordinary Renditions from Kenya to Somalia and Ethiopia and Guantanamo Bay*, de enero a junio de 2007, presentado ante el Comité Nacional de Derechos Humanos en julio de 2007; *Talal Asad On Suicide Bombing* (Columbia University Press, 2007); *Somali Customary Law and Traditional Economy: Cross-Sectional, Pastoral, Frankincense and Marine Norms* (Puntland Development Research Centre, 2003); Nigel Cawthorne, *Pirates of the 21st Century: How Modern-Day Buccaneers Are Terrorising the Worlds Oceans* (John Blake, 2009); David Cordingly, *Under the Black Flag* (Random House, 1996); Abdirahman Jama Kulmiye, «Militia vs Trawlers: Who Is the Villain?» (*The East African*, 2001); «Speedboats vs Warships: Why Piracy Works» (*The Sydney Morning Herald*, 19 de noviembre, 2008); Michael Scott Moore, «What Are Those Ships Doing off the Coast of Somalia» (Miller-McCune, 18 de noviembre, 2009); Clive Schofield, «Who’s Plundering Who?» (*Conservengland*, 23 de noviembre, 2008); Clive Schofield, *Plundered Waters: Somalia’s Maritime Resource Insecurity en Crucible of Survival*, editado por Timothy Doyle y Melissa Risely (Rutgers University Press, 2008); «Somali Piracy Began in Response to Illegal Fishing and Toxic Dumping by Western Ships off the Somali Coast» (*DemocracyNow.org*, 14 de abril, 2009); Andrew Harding, «Postcard from Somali

Pirate Capital» (BBC, 16 de junio, 2009); Mary Harper, «Life in Somalia's Piracy Town» (BBC, 18 de septiembre, 2008); Najad Abdullah, «Toxic Waste Behind Somali Piracy» (Al Jazeera, 11 de octubre, 2008); Mohamed Adow, «Somalia's Trafficking Boomtown» (BBC, 29 de abril, 2004); Robyn Hunters, «Somali Pirates Living the High Life» (BBC, 28 de octubre, 2008) y «How Do You Pay a Pirate's Ransom» (BBC, 3 de diciembre, 2008); «Pirate "Washes Ashore with Cash"» (BBC, 12 de enero, 2009); Daniel Heller-Roazen, *The Enemy of All: Piracy and the Law of Nations* (Zone Books, 2009); Mary Harper, «Chasing the Somali Piracy Money Trail» (BBC, 24 de mayo, 2009); «This Is London: The Capital of Somali Pirates' Secret Intelligence Operation» (*The Guardian*, sin firma, 11 de mayo, 2009); Chris Green, «Mystery of "Hijacked" Cargo Ship Deepens» (*The Independent*, 18 de agosto, 2009); Cahal Milmo, «Insurance Firms Plan Private Navy to Take On Somali Pirates» (*The Independent*, 28 de septiembre, 2010); Daniel Howden, «The Jailed Pirates That Nobody Wants» (*The Independent*, 14 de abril, 2009).

Son muchas las personas a las que debo agradecer que, ya recibíendome como anfitriones, o sirviéndome como guías o escoltas, facilitaran mis desplazamientos por Somalia de manera que pudiese realizar mis investigaciones en un entorno seguro y cordial. Gracias en especial al director del Centro de Desarrollo e Investigación Crowe, de Puntlandia, Abdurhman A. Shuke, y su equipo; a Said Farah Mahmud y su esposa, Faduma; a Hussein H. M. Boqor, en Bosaso; a Hawa Aden en Galkayo; a Hussein Koronto en Eyl. En Newcastle, donde ostenté una cátedra Leverhulme en el trimestre de primavera en 2010, mi gratitud hacia Linda Anderson, la directora del Centro de las Artes Literarias de Newcastle. Por último, mi agradecimiento y mi cariño para Anna y William Colaiace, Lois Vossen y Jay Bryon, Paula Rabinowitz y David Bernstein.

¿Hace falta añadir que soy el único responsable de las opiniones expresadas en esta novela, así como de cualquier desacierto o malentendido a que puedan dar lugar?

NURUDDIN FARAH

Marzo, 2011